

OTIS HOWARD GREEN

VIDA Y OBRAS
DE
LUPERCIO LEONARDO
DE ARGENSOLA



"INSTITUCION FERNANDO EL CATOLICO"
Z A R A G O Z A

INSTITUCION «FERNANDO EL CATOLICO» (C. S. I. C.)
DE LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE ZARAGOZA



VIDA Y OBRAS DE LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA

POR
OTIS HOWARD GREEN



Este estudio fué presentado como tesis para el doctorado en Lenguas Románicas. Lo editó el Departamento de Publicaciones de la Universidad de Pennsylvania con el número 21 de la serie de Lengua y Literatura Románicas, Philadelphia, 1927.

De esta edición tradujo Francisco Ynduráin.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

De serle posible, el autor hubiera querido preparar para esta edición zaragozana una redacción nueva de su trabajo. No pudiendo realizar este deseo, pide al lector interesado que al leer el capítulo XI, consulte el artículo que publicó en 1933—seis años después de publicada la edición de Filadelfia—sobre la estancia de los Argensola en Nápoles, y la famosa corte literaria del Conde de Lemos en la capital de aquel reino. El artículo está hecho a base de documentos hallados en los archivos de Nápoles (1).

(1) Véase Otis H. Green, «The Literary Court of the Conde de Lemos at Naples, 1610-1616», en la *Hispanic Review* (Filadelfia), Año 1933, Tomo I, páginas 290-308. Puede consultarse también otro artículo del mismo, «Notes on the Lucianesque Dialogues of Bartolomé Leonardo de Argensola», en la misma revista, Año 1935, Tomo III, págs. 275-294. Aquí se ponen en claro varios puntos relativos a la intervención de los Argensola en las alteraciones de Aragón causadas por la fuga de Antonio Pérez en tiempos de Felipe II.

PREFACIO

El presente estudio está hecho con los materiales publicados disponibles hasta la fecha y también sobre documentos consultados por el autor en los archivos de las Universidades de Salamanca y Huesca, de la Diputación Provincial de Zaragoza y de la Corona de Aragón en Barcelona; en la Biblioteca Nacional de Madrid y en las bibliotecas de la Real Academia de la Historia y del Duque de Luna, en la misma ciudad. Por falta de tiempo no fué posible continuar la investigación en los archivos municipales de Zaragoza y Barbastro y en los del Estado de Nápoles. La visión que ofrezco ha de ser, por tanto, incompleta hasta tanto pueda manejar fuentes de primera mano.

Muchos amigos, en este país y en España, me han ayudado en la preparación de este pequeño libro. El autor quiere expresar su reconocimiento especialmente al Dr. J. P. W. Crawford, por haber indicado el tema y por su constante dirección y ayuda; a D. Juan Larrauri de Salamanca, D. Ricardo del Arco de Huesca, don Luis Colomina y D. Pascual Galbe, ambos de Zaragoza, por su gentileza en facilitar las investigaciones en sus respectivos archivos; y al Dr. Hugo A. Rennert y Dr. Miguel Romera-Navarro por su cuidadosa lectura del manuscrito y de las pruebas.

INDICE

I	
Familia	9
II	
Estudios	13
III	
Estancia en Zaragoza... ..	25
IV	
Secretario del Duque de Villahermosa	30
V	
Casamiento	42
VI	
La Academia de Madrid	46
VII	
Secretario de la Emperatriz... ..	50
VIII	
Cronista del Rey	63
IX	
Monzalbarba y Zaragoza, 1603-1610	67
X	
Cronista de Aragón	78

	XI	
Nápoles		86
	XII	
El hombre		96
	XIII	
Las tragedias		102
	XIV	
Obras históricas		122
	XV	
Obras menores... ..		141
	XVI	
Las <i>Rimas</i>		154

I

FAMILIA

«Es la familia de Argensola una de las que más ilustran a Cataluña por su antigüedad, en nobleza i vasallos.» Estas son las palabras de don Miguel Leonardo de Albióñ, nieto del poeta Lupercio Leonardo de Argensola, en una petición dirigida a Felipe IV. (1) No menos distinguidos fueron los Leonardo, quienes contaban con una hoja de servicios en Italia y España desde el siglo trece. Giuliano Leonardo fué enviado por las ciudades de Florencia y Bolonia en 1238 como su embajador ante Jaime el Conquistador; Ponce Leonardo a principios del siglo catorce estaba al servicio del Rey Roberto de Nápoles; Andrea Leonardo sirvió a este Rey en 1332 y 1335 en las guerras de Piamonte; y las heroicas tradiciones iniciadas por estos hombres fueron continuadas por «muchos cavalleros deste apellido y familia que salieron de la ciudad de Rávena, donde tenían su origen i solar, señalándose en armas i en letras» (2).

Pedro Leonardo, el bisabuelo de Lupercio, vino a España, fijó su residencia en la ciudad aragonesa de Barbastro y ayudó a Fernando el Católico en la conquista de Granada con tropas mantenidas a sus expensas (3). Juan Leonardo, abuelo de Lupercio, Doctor en derecho civil y canónico (4), fué «uno de los gentileshombres del ilustrísimo don Juan de Aragón i Navarra, Obispo de Huesca, Jaca i Barbastro, hijo del serenísimo don Carlos, Príncipe de Viana» (5). Su hijo, llamado asimismo Juan, llegó a ser Secretario de Maximiliano II, que durante la ausencia de Carlos V y del Príncipe Felipe, tuvo a su cargo el gobierno de España.

Este Juan Leonardo casó con Aldonza Tudela de Argensola, cuya familia, según palabras del duque de Villa-

(1) Real Academia de la Historia, ms. H, 25, fol. 110 y ss. Este ms. es una colección de papeles titulada *De los cronistas de Aragón*.

(2) *Ibid.*

(3) Latassa, *Bibliotecas antigua y nueva de escritores aragoneses*, Zaragoza, 1884, Vol. I, pág. 139.

(4) Real Academia de la Historia, Ms. H, 24: *Elogios de los Chronistas de Aragón*, por Juan Francisco Andrés de Ustarroz, cap. XIII.

(5) Real Acad. de la Hist., Ms. H, 25, fol. 110.

hermosa, era «de calificada nobleza en Cataluña» (6). En el Archivo de la Corona de Aragón (Barcelona) se conservan numerosas cartas de Carlos V, Felipe II y Felipe III, concediendo a varios miembros de esta familia recompensas en dinero y tierras por sus servicios a la Corona. Baste un ejemplo. Al final de un extenso documento el Secretario latino puso la siguiente nota en castellano para mayor comodidad de Su Majestad:

«Vuestra Magestad haze merced a don Gerónimo de Argensola, Portantveces de General Gouernador del Principado de Cataluña, de seiscientos ducados de renta sobre la Baylia general de Cathaluña para durante la mera voluntad de Vuestra Magestad, attento que dexa el officio con el salario y emolumentos dél» (7).

De este matrimonio de Juan Leonardo y Aldonza de Argensola nacieron cuatro hijos: Lupercio, Bartolomé (8), Pedro y Ana María. Los dos primeros deben citarse juntos en toda historia del Siglo de Oro español; Pedro fué fraile Agustino (9) y de él hablan las relaciones de la Orden:

«Fué varón ejemplar y docto: en el año de 1598 predicó la Cuaresma en Epila. Poco después se pasó a las Indias, a los reinos del Perú; en el año 1607 en 23 de julio le hicieron Provincial del Nuevo reino de Granada en el Convento de Santa Fe» (10).

Antes de salir de España enseñó teología en el convento

(6) Don Marcelino de Aragón Azlor y Fernández de Córdoba, Duque de Villahermosa, Conde Duque de Luna, *Obras*, Madrid, 1894, pág. 9. Los Leonardos eran de categoría inferior. Pertenecían a la clase de *infanzones* (equivalentes a los *hidalgos* castellanos) y estaban por bajo de los *caballeros* y *ricos hombres*, o nobleza superior. Todos éstos poseían feudos, castillos y vasallos, y administraban justicia en sus dominios. Únicamente los *infanzones* podían ser promovidos a la categoría de *caballeros*, y usar desde este momento el *don*. Este honor se confirió (15 junio 1631) a Gabriel Leonardo de Albión, hijo de Lupercio Leonardo, «con atendencia de ser Infanzón y traer su origen del antiguo linaje de los Leonardos de la ciudad de Ravena, y en consideración de los servicios de su padre». Real Acad. de la Hist., *Ms. H*, 24, cap. XIII. Cf. *Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe Segundo*, por el Marqués de Pidal, Madrid, 1862, vol. I, pág. 24 y ss., y la *Rúbrica del Libro de los actos comunes del año 1630*, Ms. 400 del Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza, donde se lee: «Presentación de decisorios y armasmento de cauallero de don Gabriel Leonardo para ser insaculado» (las páginas correspondientes faltan en el ms.).

(7) Concedido por Felipe III en 1604. *Registro* 4889, fol. 270 ss.

(8) Bautizado el 26 de agosto de 1562. La partida fué publicada por Miguel Mir en su introducción a la *Conquista de las Islas Malucas*, Zaragoza, 1891, pág. XXXVIII.

(9) Pronunció sus últimos votos en el convento de San Agustín, de Zaragoza, el 22 de febrero de 1589. Cf. Padre Gregorio de Santiago, *Ensayo de una biblioteca iberoamericana de la Orden de S. Agustín*, vol. I, pág. 202.

(10) Padre Gregorio de Santiago, *op. cit.*, pág. 202.

de S. Agustín en Valencia (11) y en Salamanca (12) y predicó en Medina del Campo (13). Escribió poemas en latín y castellano como apéndice a algunas obras teológicas, así como algunos dísticos latinos, que fueron publicados en la *Relación de las fiestas de San Jacinto* (14).

Ana María casó con el Dr. Jusepe Trillo, nacido en Barbastro en 1564, y compañero de estudios de Lupercio y Bartolomé en la Universidad de Huesca, y acaso de Bartolomé en Salamanca (15). En 1607 era *Abogado del Reino* (16) y fué designado por el Rey *Juez extraordinario de la Corte del Sr. Justicia de Aragón* (17). Fué *Jurado tercero* de Zaragoza en 1618 (18) y Diputado en una ocasión (19).

Los cuatro hermanos estaban unidos por lazos del más entrañable afecto. Lupercio expresa estos sentimientos en los *tercetos* (20) que dirigió a Bartolomé cuando sus dos hermanos estaban desempeñando sus cargos en Villahermosa y Valencia, respectivamente. Bartolomé siempre se refiere con orgullo a los triunfos de fray Pedro. Sin embargo, él estaba más estrechamente unido a su hermano mayor. Lo encontramos siguiendo los pasos de Lupercio en casi todos los momentos de su carrera, interesado en la misma clase de investigaciones históricas, emprendiendo junto con él el estudio del árabe, y cultivando las mismas formas poéticas con una identidad de pensamiento y gusto tan acusada, que constituye una verdadera dificultad para la atribución de poemas a uno u otro hermano. Bartolomé, en su testamento (21) legó buena parte de sus bienes

(11) Carta de Bartolomé Leonardo al Dr. Bartolomé Llorente, prior de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, publicada por el Conde de la Viñaza en el Apéndice (sección 190, carta 12) a su *Discurso leído ante S. M. el Rey Don Alfonso XIII, presidiendo la Real Academia de la Historia, en la recepción pública del Excmo. Sr. Conde de la Viñaza*, Madrid, 1904.

(12) *Ibid.*, carta 26.

(13) *Ibid.*, cartas 26 y 28.

(14) *Relación de la fiesta que se ha hecho en el convento de Santo Domingo de la Ciudad de Zaragoza a la Canonización de San Hyacinto* (recogida por Jerónimo Martel), Zaragoza, 1595. Cf. P. Salvá y Mallén, *Catálogo de la biblioteca de Salvá*, Valencia 1872. Vol. I, núm. 284.

(15) Univ. de Salamanca, *Libro de Matriculas de 1585-1586 (Cánones)*.

(16) Archivo de la Diputación de Zaragoza, Ms. 309, fol. 18.

(17) *Ibid.*, fol. 135.

(18) Real Academia de la Historia, Ms. H, 24, cap. XIII.

(19) J. A. Pellicer, *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*, Madrid, 1778, p. 1.

(20) Págs. 17-20 del vol. I de *Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas e ilustradas por el Conde de la Viñaza*, Madrid, 1889. Esta edición se citará en adelante, *Obras sueltas*.

(21) Publicado por M. Mir, *op. cit.*, pág. CXL y s.

a su hermana, «por quanto yo amo mucho a la dicha Ana María», y en la misma cláusula recuerda a su hermano político «porque sé que me ama mucho el dicho Doctor Jusepe Trigo..., y yo también lo amo con mucha ternura, y como a hermano propio».

Los datos precedentes ponen de manifiesto las excepcionales ventajas con que Lupercio Leonardo se encontró al nacer. A través de diez generaciones de distinguidos antepasados recibió no sólo sus dotes intelectuales; sino también independencia económica y relaciones mediante las cuales le era fácil alcanzar puestos de gran influencia y disfrutar, como pocos hombres de letras podían entonces, de las comodidades de la vida.

II

EDUCACIÓN

Lupercio Leonardo fué bautizado el 14 de diciembre de 1559 en la iglesia parroquial de Barbastro (1). En ninguna de sus obras hay noticias sobre su infancia o adolescencia, y carecemos en absoluto actualmente de documentos hasta el año 1579. Pellicer (2), hablando de Lupercio y siguiendo a Andrés de Ustarroz (3), dice:

Su padre... le envió desde luego a la Universidad de Huesca... donde estudió filosofía y leyes. En ella asistía ya el año de 1579, como lo da a entender un grave soneto que compuso en sus tiernos años, en alabanza de la *Divina y varia poesía* del P. Fr. Jaime de Torres, Religioso Mercenario (4).

D. José Sanz de Larrea, en el *Libro ceremonial o Lucero literario de la Sertoriana Universidad de la Ciudad de Huesca*, preparado en 1789 y publicado por primera vez por D. Ricardo del Arco en el primer volumen de sus *Memorias de la Universidad de Huesca* (5) coloca a los Argensola entre los *Varones ilustres de la Sertoriana Universidad*, con estas palabras:

Los dos célebres hermanos, gloria de la nación, Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, cursaron la filosofía con el célebre P. Fr. Jaime Torres; después la jurisprudencia, en la que el primero obtuvo el grado de bachiller, no habiendo obtenido después otro más; el segundo el de bachiller, licenciado y doctor...

Por desgracia los archivos de las Universidades de Huesca y Zaragoza no conservan documentos en los que figure el nombre de ninguno de los dos hermanos, y por lo que respecta a sus estudios, la tradición y la hipótesis

(1) Certificado publicado por Mir, *Conquista de las Islas Malucas*, t.ºg. CXXXVII.

(2) Op. cit., pág. 2.

(3) *Elogios de los cronistas de Aragón*, Ms. cit., cap. XIII.

(4) Huesca, 1579. Una descripción detallada de este volumen, en *Obras sueltas*, vol. II, pág. 891-392.

(5) *Colección de documentos para el estudio de la historia de Aragón*, vol. VIII, págs. 85-240. Vide pág. 223.

constituyen toda nuestra fuente de información. Con todo es posible determinar la probabilidad o improbabilidad de las varias afirmaciones que se han hecho.

No hay razón alguna para discutir la afirmación de que ambos Argensolas estudiaron en Huesca. Andrés de Ustarroz fué amigo del nieto de Lupercio y, excepto en cuestiones de detalle, su testimonio es bueno. Es natural que su padre, Juan Leonardo, los hubiera enviado allí, ya que en 1574 él fué uno de los consiliarios de la Universidad (6); y el hecho de haber escrito Lupercio un soneto laudatorio para el libro de Torres en 1579 puede indicar que éste se encontraba allí entonces. Hay, sin embargo, muy serias objeciones para que aceptemos la afirmación, tan difundida, de que ambos hermanos se graduaron en Huesca.

La primera de estas objeciones es que, mientras Sanz de Larrea copió en su *Libro ceremonial* cuanto pudiera añadir lustre a la Universidad, salvando muchas relaciones cuyos originales están hoy perdidos, no aparece en todos los documentos que trasladó una sola referencia a los Argensola (8). Su noticia respecto a éstos entraña un error evidente (9), y pues no aduce documentos de ninguna clase, la suposición más natural es que no había tales documentos que copiar y que, lo mismo que Pellicer, siguió a Andrés de Ustarroz.

(6) *Memorias de la U. de H.*, p. 178: Año 1574: «Consiliarios, Agustín Pillares, Juan Blasco, Juan Leonardo, etc.».

(7) Esta idea estaba tan firmemente arraigada que el *Consejo de la Universidad* en 1788 tomó el siguiente acuerdo: «Lo hizo Consejo de meo y propuso que el célebre escritor D. Bartolomé Leonardo de Argensola es Doctor e hijo de esta Universidad, y parece acreedor a que para memoria se haga de él un retrato igual a los que están en el teatro; que el señor Rector tiene compuesto con el escultor que el marco será sólo su conto veinte escudos y lo demás de la pintura o retrato. Está ya hecho. Y el Consejo resolvió que se haga también dicho marco en la forma que se ha propuesto y se comisionó al Vice Rector para ello. Ex quibus, etc. Testes, qui supra». Archivo de la Universidad de Huesca, Leg. 144, *Cuadernos de Sumas de Consejo, del año 1738*.

(8) Copia del *Libro de grados* registros de grados colacionados a personas hoy olvidadas; y vemos que el «célebre» Fray Jaime de Torres, Mercenario recibió el grado de Bachiller en Artes el 30 de Mayo de 1578, y el de Bachiller en Teología el 15 de julio del año siguiente. Este pudo, ciertamente, enseñar a los Argensola que estudiaban en Huesca en 1579, según afirma Sanz de Larrea, p. 225: «El insigne Fr. Jaime de Torres, Mercenario, Maestro de los Argensolas». Pero estamos ante una afirmación gratuita más, que puede ser una simple deducción del hecho de haber publicado Lupercio un soneto en la obra de Torres *Divina y varia poesia*. Torres no fué enteramente ignorado por Nicolás Antonio: «Scriptisae dicuntur Divina y humana poesia. Anno 1579, in. 8».

(9) Sabemos que Bartolomé no se graduó de Bachiller en Huesca. Cf. *infra*, pág. 13.

La segunda objeción es que, a diferencia de los *Libros de grados* de la Universidad, los *Libros de tesorería* de este período se conservan en buen estado y dan testimonio negativo absolutamente. Don Ricardo del Arco, Bibliotecario y Archivero de Huesca, después de revisar el *Libro primero de Tesorería* (1572-1583) dió el siguiente informe:

No aparece ninguna mención de los derechos pagados al arca de la Universidad por grados ni de Lupercio ni de Bartolomé, no obstante registrarse todos los grados que se iban confiriendo, tanto de bachiller como de licenciado y doctor (10).

La única conclusión posible es que ninguno de los dos hermanos se graduó en la Universidad de Huesca. Abona también esta conclusión el que tanto Lupercio como Leonardo completaron sus estudios en otros sitios. Bartolomé figura entre los estudiantes de Derecho canónico en Salamanca durante los cursos de 1581-1582; 1582-1583 y 1583-1584. De su primera inscripción resulta que había ya recibido el grado de *bachiller* en el *Estudio General* de Zaragoza. El registro dice:

Barme. Leonardo de Argensola, natural de çaragoça, a seis de junio, 1582 años. ba. [bachiller] por çarago.^a

Lupercio, según nos consta por su propio testimonio, estudió en la Universidad de Zaragoza. Al defender su actitud hacia los *Anales de la Corona de Aragón* de Zurita, escribió:

Algunos dellos [elogios de Zurita] trae el P. Andrés Schoto, eruditísimo varón, cuyo discípulo me precio de haber sido en el tiempo que asistió en esta ciudad antes que entrase en la Compañía de Jesús (12).

El tiempo a que se refiere era el año 1584. Es proba-

(10) El período investigado fué más tarde ampliado por el Sr. Del Arco, también con resultado negativo, en un esfuerzo por hallar el registro del doctorado de Bartolomé, que se concedería después de 1616 y antes de 1619, como se demuestra por sus firmas.

(11) Archivo de la Universidad de Salamanca, *Libro de matriculas de 1581 a 1582*, fol. 58 verso. Este descubrimiento se debe a doña Blanca de los Ríos. Vid. su libro, *Del siglo de oro*, Madrid, 1910, págs. 131-134.

(12) Pellicer, *Op. cit.*, p. 22. Este P. Schoto fué Andreas Schott, notable humanista belga. Cf. *infra*, p. 21.

ble que hacia 1580 y antes de que o Lupercio o Bartolomé se graduasen en Huesca, Juan Leonardo trajera su familia de Barbastro a Zaragoza, fijando en esta última ciudad su residencia y trasladando sus dos hijos al centro de estudios superiores allí establecido. Bartolomé, después de recibir su primer grado en el *Estudio General* (en 1583 se convirtió en Universidad de Zaragoza) marchó a Salamanca (13). Lupercio quedó en Zaragoza y estudió griego, retórica e historia de Roma con Schoto (14). Es razonable suponer que también allí se hizo bachiller.

Se ve que los hechos con que operamos son, en gran parte, negativos. Es más bien cierto que ni siquiera Leonardo se graduó en Huesca. Los libros de Salamanca no registran ningún grado conferido a Bartolomé. Este último no figura en documentos como *Doctor* hasta después de 1619. Los *Libros de matrículas* y los *Libros de grados*, de la Universidad de Zaragoza no son aprovechables para esta época (15). Yo propongo lo siguiente como una mera hipótesis: Lupercio y Leonardo se graduaron de bachilleres en Zaragoza. Bartolomé estudió Derecho canónico en Salamanca, pero cuando el *Estudio General* de Zaragoza se transformó en Universidad (1583) volvió aquí para graduarse de *Licenciado*. Al cabo de unos treinta y seis años se doctoró, probablemente, en Zaragoza.

¿Cuál era el ambiente cultural de estas dos universidades aragonesas, y en qué grado contribuyeron a formar el carácter y el bagaje intelectual de Lupercio Leonardo? Por lo que hace a Huesca, nuestros informes son menos precisos de lo que desearíamos. Andrés Schoto, profesor en el centro rival de Zaragoza, es el primero en dar su

(13) Cf. el doc. publicado por Pérez Pastor, *Bibliografía madrileña*, III, p. 409. «Señor: El Conde de Lemos por un memorial que ha dado en la Cámara dice que el licenciado Bartolomé Leonardo de Argensola, rector de Villahermosa, es aragonés, pero que se ha criado en Castilla la mayor parte de su vida y particularmente desde el año 1581 en Salamanca, donde prosiguió y acabó sus estudios...». ¿Quiere decir este *acabó* que Bartolomé se licenció en Salamanca? Creo que no. No está su registro en el archivo de la Universidad. Yo pienso que, como la Universidad de Zaragoza alcanzó su mayor esplendor en 1582, Bartolomé volvió a ella para recibir su grado.

(14) Pellicer, *op. cit.*, p. 2. El mismo Schoto dice que enseñó estas materias. Cf. pág. 28 de su *Hispaniae Bibliotheca, seu De Academiis ac Bibliothecis, item elogio et nomenclator clarorum Hispaniae Scriptorum, qui Latine disciplinas omnes illustrarunt...* Frankfurt, 1608.

(15) M. Jiménez Catalán y J. Sinués Urbiola, *Historia de la Real y Pontificia Universidad de Zaragoza*, Zaragoza, 1923-24, Vol. II, p. 106.

(16) *Hispaniae Bibliotheca*, p. 30.

opinión. Se lee en su *Academiæ Hispaniæ Catalogus* (16):

Oscana in Aragoniæ regno miræ vetustatis, ut nulli hac in parte cedat. Hanc enim referente Plutarco Sertorius ante Christi adventum excitavit ut Hispaniam inuentum bonis illic litteris excolendam curaret.

Los intentos de entroncar la Universidad de Huesca con la escuela fundada por Sertorio no están justificados. La Universidad data de 1354, en que fué creada por el Rey Don Pedro el Ceremonioso. Mandó este rey que en ella se enseñara Teología, Biblia, Cánones, Medicina y Filosofía y otorgó a sus graduados privilegios iguales a los de Tolosa, Montpellier y Lérida. Hasta el tiempo de los Reyes Católicos, Huesca, junto con las otras Universidades de la corona de Aragón, tuvo una existencia muy precaria; pero Fernando y los sucesores aumentaron sus privilegios y recursos económicos, y le elevaron hasta alcanzar el período de máximo esplendor.

Según D. Ricardo del Arco (17) la enseñanza que allí se daba en el siglo XVI era muy compleja y de grandes vuelos: los ejercicios de clase se completaban con debates sostenidos bajo la dirección de *pasantes*, o profesores auxiliares, a quienes se exigía ser doctor o licenciado. Se necesitaban tres años para conseguir el grado en Artes (18). Las pruebas de ingreso consistían en un examen de gramática y latín (19), no admitiéndose a nadie por certificación (20). La colación de grados se hacía con sumo rigor (21).

El *Libro ceremonial* de Sanz de Larrea no permite saber quiénes fueron los maestros de Lupercio. Para el año de 1579, copia (22):

Gaspar Ram desde 29 Noviembre, 9 Julio 79 B. F. Catedráticos Sebastián La Raz; Pedro Lastanosa; Fr. Juan Villacampa; Alonso Pérez; Diego de Lanaja, y Ram.

(17) *Memorias de la U. de H.* I, p. 25.

(18) *Ibid.*, p. 25.

(19) *Ibid.*, p. 23; II, p. 79.

(20) *Ibid.*, p. 25.

(21) *Ibid.*, p. 24.

(22) *Ibid.*, p. 182.

Solamente Ram es citado en las *Bibliotecas* de Latassa (III, 18 ff.). Enseñó Artes y Teología en Huesca, su *alma mater*, durante dieciocho años, y más tarde fué profesor de Teología en la Universidad de Barcelona, volviendo finalmente a Huesca. Desempeñó muchos elevados cargos eclesiásticos y escribió numerosos tratados teológicos.

Para el año de 1533 Sanz de Larrea (23) indica lo que sigue:

Catedráticos... cuyas cátedras vacan en 15 de Marzo; Cánones, Canales, Adrián Amigo; Juan Miguel Olcina, Leyes; Tárrega; Sr. Gaspar Herrera, Theología. Electores, Juan Olivito, Juan Lanaprest, Juan Gascón, Tomás Cortés, Pedro Sanz, Maestro. Fr. Jaime Torres, Sub-Conservador... Francisco Almenar, de Monzón, B. L., es Rector de la Universidad.

De esta relación, sólo cinco, incluido Jaime de Torres, se encuentran en Latassa. Canales (D. Juan) fué «un buen humanista y jurisconsulto de Huesca» que tuvo varios cargos de responsabilidad al servicio de los Diputados del Reino. Olcina no fué muy señalado. Cortés ocupó altos puestos en la Iglesia y fué Rector de la Universidad en 1607. Gascón fué *Maestro en Artes* en Alcalá y profesor de Filosofía en Huesca. Escribió *In Logicam sive Dialecticam Aristotelis Commentaria* (Huesca, 1570).

Entre los alumnos distinguidos se cuentan tres figuras de primer orden (24). El Dr. Miguel Zurita de Alfaro, padre del famoso historiador, que se graduó de Doctor en Medicina en 1497 y sirvió como médico a Fernando el Católico, a la reina doña Juana y al Emperador Carlos V; D. Pedro de Cerbuna, que en 1583 reorganizó el *Estudio General* de Zaragoza, colocándolo a la altura de los mejores centros universitarios de España; y D. Bartolomé Llorente, canónigo y Prior de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza, amigo de siempre y corresponsal de los Argensola y continuador de Lupericio como cronista del Reino de Aragón. Sus obras, especialmente sobre asuntos de historia eclesiástica, comprenden veintisiete títulos.

(23) *Ibid.*, p. 187.

(24) *Ibid.*, p. 222 ss.

Podrían añadirse tres nombres de segundo orden, sobre los que Latassa trae noticias bio y bibliográficas: Felipe Puivecino, Juan Garay, Miguel Ferrer. Sanz da una lista más completa.

Alumnos como éstos justifican la frase de Schoto refiriéndose a la Universidad de Huesca: «*Ut nulli hac in parte cedat*». En 1579 no la había mejor en Aragón. Es interesante anotar el plan de los cursos de Artes que Lupericio siguió seguramente. En las *Memorias* (II,105) se lee:

Al principio del curso se dará un compendio de lógica: luego algo de Porfirio y de Aristóteles. En el segundo y tercer año, diversos libros de Aristóteles. Estos cursos de Artes se interpretarán por un profesor de Filosofía.

Y en la página 90 del mismo volumen:

En algunos días leerá [el Maestro Mayor] una lección de algún autor grave latino o griego; hasta la Cuaresma la Gramática de Clenardo, u otra, y la Construcción en un autor elegido con permiso del Rector.

En la página 112:

No permitirán los Maestros que los discípulos hablen, estando en el Estudio, sino en Latín; castigándolos en caso de desobediencia, con azotes, *quando lo sufre la edad*. El tiempo de lectura será de cuatro horas por la mañana y otras cuatro por la tarde, con una de recreo intermedia. Los autores a propósito para leer, serán: para los de la clase de menores, fuera del Arte, los *Coloquios* de Vives, *Disticos* de Catón, Miguel Verino, las *Selectas* de Cicerón y las *Fábulas* de Esopo. Para medianos, los *Oficios* de Tulio, con los demás tratados que van con ellos impresos; sus *Epístolas*, y el Terencio expurgado. Para mayores, las *Orações* del mismo Tulio, y las *Epístolas* más graves; poetas, Virgilio, Horacio y Marcial; historiadores, Salustio, César, Livio y Tácito... Los alumnos tendrán conclusiones, recitarán y representarán algunas de las comedias de Terencio y declamarán églogas y diálogos, con premio de 100 reales anuales repartidos entre los que más sobresalieren en esto.

A principios de 1582 hubo un paréntesis en los estudios de Lupericio. En este tiempo, marchó a Barcelona para reunirse con su padre, que estaba de vuelta a España en el séquito de María de Austria, viuda de Maxi-

miliano II. La comitiva imperial llegó a Barcelona el 6 de enero de 1582 (25), y habiéndose detenido durante algún tiempo en dicha ciudad, en Zaragoza, Alcalá de Henares y El Pardo, siguió hasta Madrid, donde la Emperatriz estableció su residencia con su hija en el convento de las Descalzas Reales. Durante este viaje Lupercio escribió desde Lérída la epístola a D. Juan de Albión que empieza:

Aquí donde en Afranio y en Petreyo (26)

Esta epístola no sólo proporciona una clara visión del aspecto más característico de la personalidad poética de Lupercio, como se indicará en un capítulo posterior; es además un índice de los «profundos conocimientos de humanidades que sacó Lupercio de la Universidad de Huesca» (27). La inspiración del poema es totalmente horaciana—el Horacio de los *Sermones* y del *Ars Poética*. Hay en esta composición abundantes alusiones clásicas que parecerían pedantes si no fuera por la habilidad del poeta, y el conjunto muestra que el autor estaba muy enterado hasta de los más menudos detalles de la historia antigua, de la mitología y de todo el vasto repertorio de conocimientos tan caros a los hombres del Renacimiento. El joven Lupercio iba a estudiar con maestros más notables que ninguno de los que había tenido hasta entonces; pero su cultura estaba ya extensamente formada. En estos tercetos a don Juan tenemos un monumento a la «exactitud y rigor» de la Facultad de Huesca.

No se sabe cuándo ni dónde reanudó sus estudios Lupercio Leonardo. Únicamente tenemos su propio aserto de que estudió en Zaragoza con Schoto, el cual profesó allí desde 1584. Por esta fecha Zaragoza se encontraba en los comienzos de un período de actividad intelectual y literaria, cuyo esplendor rebasó las fronteras de Aragón y

(25) Para un relato de este viaje, véase el apéndice 11 de «*La Santa Duquesa, vida y virtudes de la venerable y excelentísima señora doña Luisa de Borja y Aragón...* por el R. P. Jaime Nonell... Madrid, 1892.

(26) *Rimas de Lupercio* i del Doctor Bartolomé Leonardo de Argensola, Zaragoza, 1634, p. 35. En el Índice se lee esta nota del editor: «Esta carta se escribió a Don Juan de Albión desde Lérída... en la sazón en que vino de Alemania la Serenísima Emperatriz María...»

(27) Duque de Villahermosa, *op. cit.*, p. 10.

se expandió por España entera (28). Desde tiempo atrás la ciudad había tenido un *Estudio de Artes* que sólo confería el grado de *bachiller*. En 1447 se le concedió el derecho a dar los grados de *licenciado* y *maestro* en Artes. En 1555 el Papa Paulo IV ratificó el permiso dado por Carlos V autorizando la constitución de una universidad en Zaragoza que podría otorgar grados en todas las secciones. Pero como el Rey sólo dió el permiso y el Papa no le señalaba recursos de ninguna clase, la universidad existía solamente en el papel.

Que el antiguo *Estudio* tenía categoría universitaria lo demuestra el hecho de que en 1554 fray Pascual del Molinar, «bachiller en Artes hecho en Zaragoza» se presentó en Huesca y opusó al profesorado en Artes en esta Universidad; y aunque algunos advirtieron que no poseía grado universitario, el Consejo acordó por unanimidad aceptarlo «aunque no está graduado en Universidad general» (30).

Años y años buscaron los ciudadanos de Zaragoza los medios para convertir la Universidad en una realidad, hasta el punto que la Universidad de Huesca, advirtiendo el peligro de tener un competidor tan próximo, empezó en 1574 a mostrar hostilidad, que nada pudo hacer por detener a la naciente institución. Deseosos de elevar el nivel del *Estudio*, los *Jurados* de Zaragoza llamaron en 1575 al famoso humanista Pedro Simón Abril (31). De este *Estudio General* recibió Bartolomé Leonardo, antes del 6 de junio de 1582, el grado de *bachiller*: «ba. por çarago.º» (32).

La historia de la Universidad de Zaragoza empieza en 1583, año en que D. Pedro Cerbuna, Prior de la Santa Iglesia Metropolitana (La Seo) de Zaragoza, reparó a su costa el edificio del antiguo *Estudio* y fundó la nueva Universidad de acuerdo con el privilegio concedido unos treinta años antes, creando nuevas cátedras y reuniendo en torno suyo «un cuadro de catedráticos tan ilustre como lo pudiera tener la mejor universidad española» (33).

(28) Miguel Mir, *loc. cit.*, p. XXVII.

(29) Jiménez y Sinués, *op. cit.* I, p. 11.

(30) *Memorias de la U. de H.*, 11, 20-21.

(31) De Abril trataremos entre los profesores de la Universidad, Juan Lorenzo Palmireno enseñó también en el viejo *Estudio*, pero antes de 1581. Vide H. Mérimée, *L'Art dramatique à Valencia*, Toulouse. 1913, 250.254.

(32) V. *supra* pág.

(33) Jiménez y Sinués, *op. cit.*, I, p. 75.

Todo esto se llevó a cabo con poderes dictatoriales ejercidos por el fundador, quien, frente a la oposición de los enemigos de la nueva institución y a las órdenes de Felipe II (34), salió adelante con su propósito, obligando a los que se le oponían a aceptar la Universidad como hecho consumado. Las alternativas de las distintas reclamaciones hechas por Huesca alegando que la creación de la Universidad era contraria a los *fueros* del Reino, el primer fallo, favorable a Huesca, emitido por un tribunal de jueces catalanes en Barcelona (1586), el recurso y la segunda sentencia (1588) a favor de Zaragoza dada por la *Real Audiencia* del Reino de Aragón, pueden leerse en el primer volumen de la historia de la Universidad por Jiménez y Sinués. Lo que interesa al objeto de nuestro estudio es que Lupercio Leonardo cursó en la Universidad de Zaragoza en momentos de lucha por su existencia, pero en los que la fuerte personalidad de Cerbuna y el brillo de la nueva facultad atraieron estudiantes que llegaron a dos mil en 1584 (35).

De los treinta y un profesores nombrados por el fundador en los años de 1583 y 1584, sólo los más señalados pueden ser citados aquí. Para Teología, estaban fray Jerónimo Javierre, que después de profesar unos catorce años en la Universidad, fué elegido por Felipe III confesor suyo y por Paulo V, cardenal de la Santa Iglesia Romana, y fray Pedro Malón de Chaide, autor del *Libro de la conversión de la Magdalena*. Menos célebres fueron Francisco Gayán y fray Felipe Hernández de Monreal. En Cánones estuvieron el Dr. Martín Miravete de Blancas, antiguo profesor en la Universidad de Lérida y titular de altos cargos jurídicos en Aragón; Juan Rivas, fiscal de Su Majestad y miembro del ilustre *Colegio de Abogados* de Zaragoza; y Juan Francisco Torralba, más tarde *Regente de la Cancillería de Aragón*; mientras el derecho civil estuvo representado, entre otros, por el famoso Dr. Juan Costa, que desempeñó cátedras en diversas ocasiones en las Universidades de Barcelona, Salamanca, Huesca, Lérida y Valencia y murió siendo cronista del Reino.

Aun más distinguidos fueron los maestros de huma-

(34) *Ibid.*, p. 57.

(35) *Ibid.*, p. 75.

nidades. Pedro Simón Abril tradujo las seis comedias de Terencio, las cartas y discursos de Cicerón, algunos diálogos de Platón, la Medea de Eurípides, las Fábulas de Esopo y las obras completas de Aristóteles. En su *Ayuntamiento de cómo se deben reformar las doctrinas y la manera de enseñallas* pide claridad y sencillez en la enseñanza y el abandono del latín como lengua de clase. Por encima de Abril descuella el gran belga Schoto. Nacido en Amberes en 1552, estudió Filosofía en Lovaina, llegando más tarde a ser profesor de retórica en el Collège du Château de esta ciudad. A causa de los disturbios en los Países Bajos, marchó a Douai en 1577, y de aquí a París. Habiendo salido para España con cartas de su padre para personas influyentes en la corte de Felipe II, llegó a Toledo en ocasión que vacaba la cátedra de Griego en la Universidad. Se presentó a la oposición y después de obtener el puesto, lo desempeñó con tal brillantez, que fué llamado por Cerbuna en 1584 para la cátedra de Griego y Retórica en la Universidad de Zaragoza. En 1586 ingresó en la Compañía de Jesús en cumplimiento de un voto y fué destinado por sus superiores a enseñar Teología en el colegio jesuíta de Gandía, desde el que pasó a la cátedra de retórica en Roma, y de aquí a su ciudad natal, donde murió en 1629 (36).

Entre las cuarenta y siete obras que se le atribuyen hay dos especialmente interesantes para el estudio de la bibliografía y antigüedades hispánicas. Su *Hispania illustrata, seu rerum ubiunque Hispaniae, Lusitaniae, Aethiopiae et Indiae scriptores varii* (37), es una rara y apreciada compilación y su *Hispaniae Bibliotheca*, ya citada, contiene no sólo abundantes datos, útiles en lo que se refiere a bibliotecas e instituciones docentes de España; sino que proporciona la base para el estudio del estado de la cultura en este país a finales del siglo XVI.

En las páginas 11 y 12 del segundo tomo de su *Historia*, Jiménez y Sinués reproducen el cuadro de estudios de la Universidad de Zaragoza para el año de 1588. Reza así:

EN RETÓRICA, LATINIDAD Y GRIEGO: Desde las 8 hasta las 11

(36) *Biographie universelle* (Michaud), art. *Schott*.

(37) Frankfurt, 1603-1608, 4 vols. Schoto editó los dos primeros.

y desde las 2 hasta las 5 de la tarde, enseñarán 6 maestros, repartidos por sus clases, con grande ejercicio y erudición, porque en breve tiempo salgan muy aprovechados los oyentes: éstos son: El Maestro Andrés Escoto.—El Maestro Pedro Simón Abril.—El Maestro Berenguer.—El Maestro Mendoza.—El Maestro Lobera.—El Maestro Araciel.

A estas clases de «el Maestro Andrés Escoto» asistió Lupercio Leonardo. A ellas se refiere con orgullo en la única referencia que tenemos a sus días de estudiante. En estas clases, cuyo ambiente se mantenía tenso y con un sentido de superación de las dificultades, su educación se completó y se formó definitivamente su carácter.

III

EN ZARAGOZA

Indudablemente fué en sus días de estudiante en Zaragoza (1), cuando Lupericio Leonardo compuso sus tres tragedias, *Isabela*, *Filís* (2) y *Alejandra*, que tan calurosamente elogió Cervantes, y que, según éste, «dieron más dinero a los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que después acá se han hecho» (3). El autor de estas tres piezas no fué mencionado por Cervantes, y aunque Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido* (4) habla de Lupericio como autor de tragedias, hasta la publicación, en 1772, de *Isabela* y *Alejandra* en el *Parnaso español* de López de Sedano (5) no fueron éstas conocidas como obras del mayor de los Leonardo.

Carecemos de datos definitivos sobre la fecha de composición y estreno de estas tragedias. Andrés de Ustaroz dice (6) que:

el licenciado Martín Miguel Navarro (7), canónigo de la Santa Iglesia de Tarazona, en el título desta tragedia [*Isabela*] dice que la escribió Lupericio Leonardo en sus tiernos años, a quien debemos creher por la amistad que tubo con su hermano Bartolomé Leonardo, y aunque no lo adbierte en la primera [*Alejandra*] también se conoce que la escribió en el mismo tiempo...

La Barrera (8) cita un manuscrito de la *Isabela* fecha-cho en 1581. López de Sedano (9) afirma que fueron re-

(1) De las tragedias se deduce que fueron escritas para su representación en Zaragoza.

(2) La *Filís* no se ha descubierto.

(3) *Don Quijote*, I, cap. 48.

(4) Ed. Bonilla, *Nueva biblioteca de autores españoles*, XXI, Madrid, 1915, p. 495.

(5) La *Isabela* y *Alejandra* pueden leerse en *Obras sueltas*, vol. I, y en el *Tesoro del teatro español*, de Ochoa, vol. I.

(6) Real Acad. de la H. a. Ms. H, 24 (*Elogios*), cap. XXII.

(7) Durante los años 1624-1630 preparó una edición de los versos de Bartolomé Leonardo. V. extractos de cartas de Bartolomé a Navarro en *Rev. crit. de historia y literaturas españolas, portuguesas e hispano-americanas*, Vol. VII, págs. 248-250 y 407-411.

(8) *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*, Madrid, 1860, p. 518. S. G. Morley (*Strophes in the Spanish Drama before Lope de Vega*, en *Hom a Menéndez Pidal*, 1925, vol. I, p. 523). J. P. W. Crawford, no: «Fueron escritas probablemente entre 1581 y 1585». (*Spanish Drama before Lope de Vega*, Philadelphia, 1922, p. 171).

(9) *Parnaso español*, Vol. VI, Apéndice, p. XV.

presentadas en Madrid y Zaragoza. Probablemente Cervantes las vería en aquella ciudad.

Las dos tragedias conservadas han sido estudiadas por el profesor J. P. W. Crawford (10). Según el Dr. Crawford, representan, junto con las obras de Juan de la Cueva, Virués, Artieda y *El trato de Argel* y *La Numancia* de Cervantes, «un momento de transición en que el teatro español se ha independizado de la imitación consciente de la tragedia clásica, tal como se da en las obras de Gerónimo Bermúdez, y no ha alcanzado todavía el derecho a ser considerado como teatro nacional»—momento de imitación senequista representado en Inglaterra por *Gordobuc* y *The Spanish Tragedy*, en Italia por *Orbecche* de Giraldi Cintio y en Francia por las tragedias de Robert Garnier.

Hemos de prestar más atención a estas dos tragedias de Lupercio Leonardo en el capítulo XIII del presente estudio. Desde el punto de vista biográfico, nos interesa ahora el éxito teatral de las piezas y los datos que proporcionan sobre las preferencias intelectuales y la cultura del autor.

Los encendidos elogios de Cervantes están sin duda avivados por una cierta animosidad contra Lope de Vega, y deben, por tanto, descontarse. Por otra parte, tampoco hay motivo para creer como Fitzmaurice-Kelly que las obras de Lupercio fueron fracasos (11). Hay testimonios coetáneos de lo contrario, y el decir de Cervantes «que admiraron, alegraron y suspendieron» es confirmado por Vicente Espinel (12) en el canto segundo de *La casa de la Memoria*:

Mi oreja hiere y mi sentido eleua
tu numeroso verso leuantado,
y el armónico son que el ayre lleua
de tu diuino espíritu engendrado:
ya la trágica Musa se renueva
de aquel antiguo Séneca olvidado,
ya, Lupercio, por ti honro y celebro
por todo el orbe las corrientes de Ebro;

(10) *Romanic Review*. Vol. V (1914), págs. 31-44.

(11) *The Life of Miguel de Cervantes y Saavedra*, London, 1892, págs. 192-193.

(12) *Diversas rimas de Vicente Espinel / Beneficiado de las iglesias de Ronda, con el Arte Poética, y algunas Odas de Oracio, traducidas / en verso Castellano*. Madrid, Luis Sánchez, 1591, fol. 45 verso.

por Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido* (loc. cit.):

Las cosas iban mejor
haciendo entonces Artieda
los encantos de Merlín
y Lupericio sus tragedias;

y por Lope de Vega mismo (13), que escribió en octubre de 1611:

De Lupericio hubo algunas tragedias, pienso que buenas, lo que permitió aquel siglo, en que ni los ingenios eran tantos ni los ignorantes tan atrevidos.

Henri Mérimée (14) deduce de los siguientes versos del prólogo de *Alejandra* que las tragedias de Lupericio no tuvieron precedente en la capital aragonesa:

También imaginábadese vosotros
que aquí saliera Plauto con su Anfitrión
o Terencio quizá con sus marañas,
y os mostrara a su Sosia, o a su Davo,
a Pánfilo, o a Sima con su Cremes,
y al revés os saldrán los pensamientos,
que todo ha de ser llanto, muertes, guerras,
envidias, inclemencias y rigores.

«En este pasaje, escribe Mérimée, que va dirigido a los espectadores, quiere Argensola oponer sus propias obras en que lo imitado de la antigüedad procede únicamente de los trágicos, a las imitaciones de los cómicos latinos, que era antes de él, cuanto conocía el gran público del teatro antiguo.»

Esta conclusión puede ser verdadera en términos generales, pues de otro modo serían ridículas las palabras del prólogo. Pero los versos citados cobran nuevo sentido cuando se sabe que, lo mismo que el argumento de la *Alejandra* está tomado de *Marianna* (15) de Ludovico Dolce, su prólogo está calcado en el de *Orbecche* de Giral-

(13) Carta al Duque de Sessa, publicada en *Historia de la literatura y el arte dramático en España*, Madrid, 1885-1887, Vol. II, p. 310, de Schack.

(14) Ob. cit., pág. 247 y nota.

(15) Crawford, *Spanish drama* b. Lope de Vega, p. 172.

di Cintio (16). Los correspondientes versos italianos son:

Ne senza cagion mi maraviglio,
 Che tanti alti Signori, tante alte Donne...
 Oggi qui sien venuti, ove non si hanno
 A recitar di Davo, ovver di Siro
 L'astute insidie verso i vecchi avari,
 O pronti motti, che vi muovan riso,
 O amorosi piaceri, o abbracciamenti
 Di cari amanti, o di leggiadre donne,
 Onde possiate aver gioja, e diletto;
 Ma lagrime, sospiri, angosce, affanni,
 E crude morti (17).

La suerte de esta innovación fué efímera. El gusto dramático del tiempo estaba cambiando rápidamente y Lupercio, cuyas inclinaciones didácticas encontraron en la tragedia senequista fácil modelo, no podía competir con la frivolidad de ciertos tipos de la *comedia nueva*, contra los que luchó abiertamente años después. Desvió su atención hacia otros terrenos, y su heredero, reconociendo el cambio, no incluyó las tragedias en las *Rimas* de 1634.

Las dos tragedias evidencian el conocimiento de la literatura italiana en Lupercio, y ambas son perfectamente representativas de éste—católico ferviente, rígido moralista, y enamorado de Zaragoza, «ciudad santa, metrópoli de santos». La *Isabela*, al igual que *Polyeucte*, podría llevar el subtítulo *tragédie chrétienne*, pues por ella circula el espíritu triunfante del martirio cristiano. Una y otra vez evoca las glorias religiosas de Aragón; tres de los personajes (Engracia, Lupercio y Lamberto) llevan nombres de santos mártires de la vieja Cesaraugusta; y en el epílogo de la *Alejandra* la tragedia explica las muertes presenciadas por el auditorio como el resultado inevitable de perversiones morales:

Mortales, revolved en la memoria
 cuán ciertas han salido mis palabras.

(16) Este paralelo me fué sugerido por el Dr. J. A. Meredith, de la Universidad de Pensilvania. Es interesante notar que la *Alejandra*, que debía tanto a la tragedia italiana, fué traducida al italiano en 1649, por Nicolo Bertini. Vide Felipe Picatoste, *Los españoles en Italia*, Madrid, 1887, I, pág. 203.

(17) *Teatro italiano antico*, Milán, 1809, Vol. IV, p. 123.

Mirad cuántos despojos me han rendido
los vicios arraigados en los príncipes... (18)

(18) Comp. los versos finales de *Marianna* :

CORO

Vedete, egri mortali,
Come l'ira è cagione
D'incomparabili mali,
Però non vi lasciate uscir di mano
Il fren de la ragione,
Se poi doler non vi uolete in uano;
Che questo acuto sprone,
Voi trasportando a precipizj tali,
Vi guasti ogni opra, ogni consiglio sano.

Teatro italiano antico, Vol. V, págs. 315-316.

IV

SECRETARIO DEL DUQUE DE VILLAHERMOSA

Después de terminar sus estudios, Lupericio Leonardo fué secretario de D. Fernando de Aragón, Conde de Ribagorza y Duque de Villahermosa. No hay documentos en los archivos de la casa de Luna (1) para fijar la fecha de este cargo. El 14 de junio de 1586, el Duque asignó a Lupericio la cantidad de 300 *sueidos jaqueses* (2) y por el año de 1592 éste había percibido 90.000 reales. Es probable, sin embargo, que estuviera al servicio del Duque antes de acordar este contrato. El que la *Austriada* de Juan Rufo se publicase en Madrid el año 1584 conteniendo en los preliminares cuatro octavas laudatorias de Lupericio Leonardo, indicaría que él era ya conocido como miembro de la casa del Duque; y todavía proporciona una evidencia mayor el que Lupericio asistiera a las *Cortes* de Monzón en 1585 (3) en las que don Fernando solicitó del Rey los medios para tomar posesión del Condado de Ribagorza que se había revuelto contra su padre, don Martín. Estos hechos permiten suponer que Leonardo se encargó de la secretaría del Duque en el verano de 1584, después de un semestre de estudios con Andrea Schoto en la Universidad de Zaragoza.

El cargo se le concedió con toda seguridad por influencia de la mujer de don Fernando, doña Juana Pernestain (Wernstein) y Manrique, la cual, como azafata de la Emperatriz María pudo haber conocido al padre de Lupericio; y desde aquí fué ascendiendo a puestos de más honor al servicio de la misma Emperatriz y del Rey. A causa de estos cargos estuvo Lupericio mezclado muy de cerca en todos los turbulentos y trágicos sucesos que registra la historia de Aragón en los últimos veinte años del s. XVI.

El Condado de Ribagorza que formaba parte de las

(1) Madrid. Los documentos de este archivo están divididos en tres grupos: *Ducado de Luna, Ducado de Villahermosa, Condado de Ribagorza*. Hay un buen catálogo.

(2) Pérez Pastor, *Bibliografía madrileña*, III parte, Madrid, 1907, p. 410.

(3) Lo dice él mismo. Vide *Obras Sueltas*, I, págs. 323-324.

posiciones de la casa de Aragón, se había sublevado en tiempo del Duque don Martín, rehusó acatamiento a su autoridad y lo rechazaron hasta sus dominios próximos a Zaragoza. Ulteriores intentos por recobrar el dominio no tuvieron éxito, y cuando murió D. Martín el Condado seguía bajo un jefe rebelde. D. Fernando trató de posesionarse, pero las dilaciones de las fuerzas reales lo hicieron imposible y permitieron que los rebeldes quedasen impunes. Finalmente D. Fernando insistió en su demanda en las Cortes de Monzón (por medio de su hermano D. Francisco) y el Rey despachó una carta a la Junta de Ribagorza requiriéndola a que prestase obediencia al nuevo Duque (4). Los disturbios continuaron y al final se consiguió por la fuerza de las armas un dominio precario, sin ayuda ni consentimiento de Felipe y contra la voluntad de su representante, el Virrey de Aragón. Proseguían las luchas y don Fernando, quebrantada su salud y a punto de ser vencido, recibió por fin una carta del Rey, fechada en El Escorial, en abril de 1588, rogándole que fuera para tener una entrevista a fin de resolver la cuestión de Ribagorza. Llegó sólo para saber que se vería con gusto la cesión del Condado a la Corona a cambio de determinadas compensaciones económicas. Así se hizo y la cesión de Ribagorza fué confirmada por bula pontificia, aunque la casa de Villahermosa no olvidó la pérdida, y don Francisco, hermano y sucesor de don Fernando, se lamentaba en 1599 ó 1600 de «los agravios que me han hecho, en quitarme la hacienda y el estado de Ribagorza, y no tenerme hecha refacción equivalente» (5).

El mismo don Francisco refiere (6) la parte que cupo a Lupericio Leonardo en esta pérdida. En su contestación a los cargos formulados contra su hermano después de la sublevación de 1591, escribe:

Al octavo capítulo. Está respondido en los precedentes capítulos que tratan de las cosas de Ribagorza; y que bien podía estar el Duque descontento de la detención, gastos y largo modo

(4) Para Ribagorza, véase D. Francisco de Gurrea y Aragón, *Comentarios de los sucesos de Aragón en los años 1591 y 1592*, Madrid, 1886, págs. 347-352; 486-498 y 543-547. Y Lupericio Leonardo de Argenzola, *Información de los sucesos del Reino de Aragón en los años 1590 y 1591*, Madrid, 1908, págs. 36-50.

(5) Don Francisco de Gurrea, *op. cit.*, pág. 347.

(6) *Ibid.* p. 551.

de proceder, de lo que tocaba a la permuta (7), pero que no se descontentó del asiento, antes bien *tenía en todo este tiempo a Lupercio Leonardo, su Secretario..., solicitando la conclusión de él y la averiguación y despachos que de Roma se habían de traer...*

Y en la lucha que precedió al arreglo Lupercio intervino aún más de cerca. El mismo cuenta en su *información* (pág. 45) que el Duque, en sus esfuerzos por restablecer su autoridad, acudió al gobierno de Aragón, pidiendo que los Diputados junto con el *Justicia* expulsaran del Reino por la fuerza «a los extranjeros que valían a los ribagorzanos con mano armada, como lo dispone un fuero... que es comúnmente llamado el segundo de *generalibus privilegiis*». Esta invocación del antiguo *fuero* que nunca antes había sido puesto en vigor, movió los Diputados a la acción, pero obró más bien en contra que a favor de los intereses ducales. El mismo *fuero* fué el motivo de la resistencia ofrecida en 1591 a la entrada en territorio aragonés del ejército de don Alonso de Vargas, y a este respecto leemos en los *Comentarios* (p. 143): «Este fuero, y la introducción de declararle y ponerle en ejecución fué inventor dél, según dicen, Lupercio Leonardo, cuando las cosas de Ribagorza».

Lupercio se quejaba con razón a su hermano (8) de falta de descanso entre 1583 y 1589. Se ve claramente hasta qué punto el Duque confiaba en él y esta confianza había de aumentar a medida que las nubes se iban haciendo más oscuras sobre los estados de Villahermosa y sobre Aragón entero.

Los alzamientos de Ribagorza, fomentados desde Madrid, no fueron sino una manifestación más de la subordinación paulatina de la nobleza aragonesa al centralismo de Felipe II. Las historias abundan en estas noticias y en este estudio sólo pueden recogerse en cuanto afectan a Lupercio Leonardo. El año 1591 fué decisivo. Antonio Pérez había escapado de las garras de Felipe II a su provincia nativa, Aragón, y allí invocó el antiguo privilegio de *manifestación* por el que ningún preso podía

(7) La sumisión de Ribagorza a la Corona.

(8) Escribe en marzo de 1589:

Pues ha seis años que un momento de ocio
no gozo...

(Obras sueltas, I, pág. 19.)

ser entregado sino después de un proceso seguido con arreglo a las leyes del Reino (9). El rey, deseoso de volver a Pérez a Castilla, recurrió a la Inquisición; y se hicieron cargos de herejía en forma legal (10); pero el traslado del preso desde la *cárcel de los manifestados* a las prisiones de la Inquisición se hizo tan rápida y secretamente que el pueblo de Zaragoza creyó que se había hecho por la fuerza y contra fuero; de lo cual resultó que la multitud atacase la residencia del Santo Oficio, y matase en la puerta a dos servidores de la Inquisición (11). Y ésta, en vista del peligro, consintió en que Pérez fuera devuelto al cuidado del *Justicia*.

Estos fueron los famosos sucesos del 24 de mayo. Hasta el 24 de septiembre no se atrevieron las autoridades a intentar la vuelta del detenido a los inquisidores (12). Este intento resultó completamente fallido. Los sediciosos se anticiparon; huyó el gobernador; Pérez fué sacado de la cárcel de *manifestados* por sus amigos y huyó hacia los montes de Tauste, continuando hasta Francia. Unas cien personas fueron muertas este día.

Después vino la entrada (11 de noviembre) del ejército enviado por Felipe a las órdenes de D. Alonso Vargas a fin de mantener el orden; la resistencia por parte del *Justicia* que intentó sostener el segundo *fuero de privilegiis generalibus* por el que solamente tropas aragonesas podían ir armadas dentro del Reino; la ejecución del *Justicia* como rebelde; y la modificación, a favor de Madrid, de la vieja constitución aragonesa. En todos estos sucesos estuvo directamente afectado el Duque de Villahermosa y su actuación en ellos, fué, en muchos casos, decidida por el consejo de su secretario.

Antes de las primeras revueltas en 1591, el Reino estaba muy alterado por haber tratado el Rey de anular el *fuero* que excluía del cargo de Virrey en Aragón a todo el que no fuera natural del país. El asunto dependía de la interpretación del *fuero* y el Rey comisionó al Marqués de Almenara que fué a Zaragoza a tal efecto. Los naturales lo recibieron hostilmente y se iban encen-

(9) Argensola, *Información*, págs. 17-21.

(10) *Comentarios*, pág. 42: «Por acusación bastante».

(11) *Ibid.* pág. 51.

(12) *Comentarios*, págs. 76, 77, 82, 83, 93, 95, y 127-137.

diendo más y más las pasiones cuando empezó a discutirse el caso. (13) En esta ocasión el Duque de Villahermosa y el Conde de Aranda firmaron un documento en el que se proponía que la nobleza titulada del Reino constituyera una junta para mantener la causa de la justicia (14). La firma de este escrito fué más tarde atribuída a Don Fernando como un acto de conjura, y don Francisco en sus *Comentarios* (pág. 29) hace cargo a Lupercio Leonardo de esta desafortunada iniciativa:

Y así para alentar las cosas por parte del Reino para la defensa de este pleito [del Virrey extranjero] el Conde de Aranda *qui volebat populo satisfacere* firmó este cartel, y el Duque de Villahermosa juntamente con él, por ser fácil a cualquier cosa, y ambos a dos sujetos al parecer de un Secretario del Duque llamado Lupercio Leonardo, que los gobernaba y les notaba las cartas que al Rey y Ministros escribían entrambos, que por el discurso de ellas se juzgará el daño que les hizo.

El autor de los *Comentarios* ha sido citado desde Pellicer en alabanza de los Leonardo. Efectivamente, habla con frecuencia de la alta estima en que uno y otro fueron tenidos, pero como él desaprobaba la indecisa política de su hermano don Fernando, aparece a menudo una sombra de ironía en sus alusiones a «la sabiduría de Leonardo».

Durante el motín del 24 de mayo, el Duque estaba ausente, pero tan pronto tuvo noticias, escribió al rey desde Pedrola, el 29 de mayo, ofreciendo sus servicios para que se empleasen como a Su Majestad conviniera. Felipe contestó desde S. Lorenzo, el 10 de julio, agradeciendo las manifestaciones de lealtad y ordenando a don Fernando que marchase a Zaragoza e hiciera uso de su autoridad en beneficio de la Corona (págs. 70-71). Pero, según don Francisco, el Duque no tuvo la habilidad de aprovechar las posibilidades que le deparaba este encargo. Intentó, junto con Aranda y otros nobles, reclutar un grupo de hombres armados y restituir Antonio Pérez a la cárcel inquisitorial; pero la indecisión en el

(13) Argensola, *Información*, págs. 53-57.

(14) *Comentarios*, pág. 29.

momento decisivo hizo que el intento quedase en nada:

Anduvieron luego juntos en la Diputación con letrados, si se debía hacer... y la entrega de Antonio Pérez se desvaneció por esta vez. (*Comentarios*, pág. 76.)

El Duque se encontró entre dos fuegos. Leal siempre al Rey, se dió cuenta de que le faltaba fuerza para oponerse a la situación, y su actividad como agente de Felipe se redujo a informar sobre la marcha de los asuntos y pedir instrucciones. Don Francisco, cuya energía estaba en rudo contraste con la debilidad de su hermano, propuso a los Diputados que, en vez de agobiar al Rey con nuevas quereilas, ayudaran a restaurar la autoridad real y la del Santo Oficio y ofrecieran sus servicios a tal fin (págs. 77-82). Pero su consejo no había de imponerse, y se cursó a Madrid otra carta redactada por Bartolomé Leonardo.

Al fin... escogieron por mejor medio... escribir una carta al Rey nuestro señor, ordenada por un Bartolomé Leonardo, que ella dará testimonio de sí para verificar que éste y su hermano Lupericio Leonardo son tenidos por el pozo y hondura de la secretaría, y de bien hablados y buenos entendimientos y grandes conceptos...

En esta carta (págs. 82-86) Bartolomé Leonardo daba cuenta de la suspicacia popular que había desembocado en la violencia del 24 de mayo y declaraba que los testimonios de herejía aducidos contra Pérez eran falsos; que los ministros de la Inquisición lo habían detenido con el propósito de llevarlo a Castilla; que el Marqués de Almenara, como agente del Rey (en el *pleito del virrey extranjero*) había procedido contra fuero (15), basándose al obrar así en su especial mandato real; y que todas estas cosas habían venido a promover el levantamiento popular y la muerte de Almenara. Todo lo cual, al decir de don Francisco, no suavizó, antes excitó grandemente el enojo del Rey:

Y como la determinación iba ya encaminada al castigo, ni se

(15) «Había hecho el Marqués muchas provisiones tan absolutas y desahoradas que jamás se han visto. (pág. 84).»

le respondió a estos papelotes, ni se les amenazaba con castigo...; pues bastaba, si ojos tuvieran... ver las prevenciones que del ejército... se hacían en la frontera de Castilla y Aragón (pág. 86).

El 15 de septiembre vuelve a escribir el Rey a don Fernando diciendo que su intención era restablecer la autoridad de los *fueros* y la del Santo Oficio con la ayuda del Duque (págs. 127-128); pero sin dar instrucciones definitivas. Al recibir esta carta Don Fernando envió a Lupercio Leonardo ante el Virrey en demanda de un informe sobre los planes de la entrega de Pérez, pero la única respuesta fué que el Gobernador se cuidaría de todo (págs. 129-130).

Los caprichosos planes del Gobernador fracasaron el 24 de septiembre. Don Fernando obró decididamente en el motín final, y su casa sirvió de asilo a todos los funcionarios públicos, incluidos el Virrey y el Gobernador. Y acto seguido encomendó a Bartolomé Leonardo (16) la redacción de otra carta a Su Majestad dándole cuenta de cuanto había ocurrido y asegurándole terminantemente que ninguna de las autoridades de Zaragoza había incurrido en deslealtad. Esta carta sola, dice don Francisco (pág. 140) debiera haber sido suficiente para aclarar la situación. Pero antes de que llegase a su destino el Tribunal del *Justicia* había dictaminado la necesidad de oponerse a la entrada de las tropas castellanas (17) de acuerdo con el *fuero segundo* (18). Esta declaración, que, en sentir de todos, había sido hecha por el *Justicia* y sus oficiales obligados por miedo a los elementos sediciosos del pueblo, fué la causa de los desastres que siguieron:

[Quiso] su Majestad sólo por esta ceguera, y culpa de los que lo declararon, justificar todo lo que después quiso cargar al Reino (pág. 140).

La posibilidad de que entrasen las tropas castellanas era considerada por muchos como una calamidad. Los

(16) Esta carta figura en las páginas 138-140 de Comentarios y también en el Ms. 9855 de la Biblioteca Nacional con la nota: *Notula Bartolomé Leonardo...*

(17) El Ejército estaba destinado a ayudar a la Liga Católica en Francia, pero Felipe lo mandó a Zaragoza.

(18) Fuero que, como se recordará, hizo que se aplicase cuando la rebelión de Ribagorza.

Diputados mandaron un mensaje a Don Alonso de Vargas, diciéndole que si quería llevar sus hombres hasta Francia, podía pasarlos por Aragón en grupos de quinientos y pasando sus armas en depósito y que bajo ninguna otra condición se le permitiría penetrar en el Reino. También la duquesa de Villahermosa decidió hacer cuanto le fuera posible por impedir el paso de fuerzas extrañas. Pese a las dificultades para atravesar la guardia establecida en las puertas de la ciudad por los revoltosos, salió para Madrid, llevando consigo a Lupercio Leonardo y don Juan de Paternoy (págs. 143-147). Su primera jornada terminó en Agreda, donde intentó convencer a don Alonso de que no entrase armado en el Reino, según se lee en los *Comentarios* (página 148):

Trató con él de las cosas de Aragón con demasiada demostración de tener en poco toda aquella máquina de ejército que se hacía, diciendo ella y sus criados y la sabiduría de Leonardo que aquello no era para resistir los iabradores de Zaragoza.

Don Alonso se deshizo en cortesías con ella, pero confesó más adelante a don Francisco que de haber sido un hombre la hubiera hecho detener por su impertinencia.

Por los mismos días (31 de octubre de 1591) en que habían mandado la duquesa a Madrid como su representante, Aranda y Villahermosa elevaron dos protestas formales, la una a Vargas y la otra al Rey, manifestando que se encontraban secuestrados, que dudaban de la sinceridad del *Justicia* al hacer su declaración de resistencia, que se habían recogido armas y artillería y que ellos habían sido requeridos a entregar cuantas piezas poseían «por no tener fuerzas para defenderla ni saber si debíamos hacerlo, aunque la concebimos con las protestaciones que en tanta opresión se nos han permitido» (pág. 149) y pedían que se atendiese a la Duquesa en su representación de los desastres que derivarían de un intento de declarar el estado de guerra.

El tenor de estas protestas es duramente criticado por don Francisco, quien, muy lejos de mostrar la indecisión de su hermano, hizo desde el primer momento causa común con Vargas, proveyéndole de bastimentos y acémilas y entrando en Aragón bajo la enseña real (págs. 197-198).

y nuevamente carga la culpa de esta acción sobre Lupercio:

A mi parecer, el consejo fué del Secretario del Duque, que era hechura y consejero del de Aranda,... y hacía firmar y escribir en una misma carta a estos dos Señores, cosa muy excusada, peligrosa, y no bien entendida; pero el suceso lo mostró, y cómo se recibía esto en Castilla (pág. 157).

Entre tanto, el *Justicia* había publicado su proclama y sacado el pendón de S. Jorge, a fin de convocar al pueblo, pero hasta tal extremo era esta resistencia obra de agitadores, que se reclutaron menos de mil quinientos hombres en conjunto. Aranda y Villahermosa rehusaron hacer armas contra su Rey y huyeron de Zaragoza a Epila (pág. 186). El propio *Justicia*, dándose cuenta de lo desesperado de su posición, escapó «a uña de caballo» de entre los hombres que dirigía y también se acogió a Epila. Mientras tanto, el ejército penetró, y Aranda, resentido por la pretendida ignorancia afectada por Vargas respecto de sus ofrecimientos, no quiso volver a Zaragoza, siguiéndole en esto Villahermosa. Pero Vargas no había pensado desdenar a nadie y deseando que estos dos caballeros entrasen en Zaragoza con su ejército, mandó a don Francisco a Epila para hacer esta demanda. Aranda, en su resentimiento, se excusó, y el Duque, por encima de la amistad hacia él, desoyó los ruegos de su hermano y demoró su regreso. Entonces Lupercio Leonardo corrió de Madrid a Epila para añadir su influencia a la de don Francisco. Gastó 330 reales en caballos de posta, «teniendo necesidad de dejar los caballos en Calatayud y tomar mulas de alquiler, volviendo después a tomar caballos de posta para ir a Epila, y desde allí a Zaragoza» (19).

Por fin claudicaron y volvieron a Zaragoza, donde Vargas mantenía el más riguroso orden, y donde era común esperanza que se lograría un arreglo incruento de la revuelta. Pero, ante la sorpresa de todos, el día 19 de diciembre, fué decapitado el *Justicia* por traidor, y Aranda y Villahermosa por sus relaciones con aquél y su dilación en venir cuando los mandó a buscar don Alonso, fueron detenidos en nombre del Rey y enviados como prisioneros

(19) Pérez Pastor, *Bibliografía madrileña*, III, págs. 410-411.

al castillo de la Mota, en Medina del Campo, y al castillo de Burgos, respectivamente.

El misterio cubre la suerte que corrieron estos dos infortunados caballeros. Los *Comentarios* de don Francisco (pág. 285) atribuyen gran parte de la responsabilidad por su pérdida al Conde de Chinchón, cuya antigua enemistad hacia la casa de Villahermosa, unida a su valimiento en la Corte, agravó muchísimo su situación. El Conde de Aranda murió súbitamente, después de haber sido trasladado desde Medina del Campo al castillo de Coca. De forma semejante la muerte de don Fernando siguió a su cambio, en noviembre de 1592, desde el castillo de Burgos al de Miranda. En uno y otro caso hubo sospechas de envenenamiento.

El Rey envió desde Madrid al doctor Miguel Lanz para instruir los procesos de las personas inculpadas de traición. Don Francisco y la Duquesa trataron de reivindicar el nombre de don Fernando. Lupercio Leonardo les ayudó en ello y por este tiempo hizo frecuentes viajes entre Madrid y Zaragoza, con motivo del proceso, como se desprende de su nota de gastos registrada por Pérez Pastor (20); y don Francisco, al responder a los cargos hechos a su hermano, alude frecuentemente a las «probanzas que trae advertidas Lupercio Leonardo», y «los advertimientos de Leonardo» (págs. 552-553).

Transcurrieron algunos años y los procesos quedaron sin resolver. El 25 de julio de 1594, Bartolomé Leonardo escribía desde Valencia a su amigo Bartolomé Llorente (21):

Yo pienso negociar aquí mal o bien y acudir a Madrid para dar el último esfuerzo al negocio del Duque, del cual va ya hecha la relación, y no pierdo la esperanza de pasar por çaragoça...;

Y el 14 de febrero de 1595:

Las cosas del Duque están en el punto que si la razón o sinrazón de estado no las tropella, podemos esperar bonísimo suceso, y porque tenemos Rey y Jueces tan criçtianos y rectos que

(20) *Ibidem*.

(21) El Conde de la Viñaza: *Los Cronistas de Aragón, discurso leído ante... la Real Academia de la Historia, el 13 de Marzo de 1904, Madrid, Imprenta de los Hijos de M. G. Fernández, 1904: Apéndice, sección 190, carta 5.*

nos aseguran de todos estos temores; pero sin embargo suplico a Vm. que las encomienden a Nuestro Señor... (22).

A fines de este año se dictó sentencia favorable a don Fernando y contraria a Aranda, cuyo nombre, sin embarbo, fué rehabilitado cuando Felipe III subió al trono (*Comentarios*, pág. 378).

Si queremos, después de tan dilatada exposición, formar juicio de la parte de Lupercio en estos sucesos, debemos decir que fué más erudito que político; que le cuadraba mejor el rebuscar un antiguo *fuero* que llevar con fortuna la responsabilidad de guiar al Duque entre el conflicto de tantas obligaciones, aparentemente contrapuestas; que su habilidad en redactar los *cabos* de un memorial y su confianza en el poder de sus escritos para mover al Rey que tenía sus propios fines a la vista, pudieran haberle cegado hasta hacerle tomar una posición definida, aun cuando fuese peligrosa. Don Francisco de Aragón en más de una ocasión lo juzgó con dureza; pero también le hizo justicia. Después que D. Alonso de Vargas hubo establecido el orden, los vecinos de Zaragoza se esforzaron en justificar su conducta. Don Francisco redactó un desaliñado borrador para Su Majestad y lo dió a Lupercio para que lo pusiera en forma definitiva:

Y entre otros que ha sido tenido hombre a propósito en esta materia de papeles y de discursos, por ser leído y tener buen natural era un Secretario del Duque de Villahermosa, que llaman Lupercio Leonardo, y habiendo visto mi borrador, hizo los cabos sobre la misma substancia y particulares de mi Memorial. (*Comentarios* págs. 213-214.)

Alguna vez don Francisco tenía razón en quejarse de la forma que tenía Lupercio:

Y dejé minutadas algunas cartas para que don Jorge las llevase firmadas del Reino, y la substancia de las demás, y porque no osaron darme a mí la instrucción, remitiéndola en la forma que a don Jorge le dieron hechas las intrucciones de las cartas, les dieron a Lupercio Leonardo que las ordenase, que, como digo, las dí yo y hice la substancia, y aun las más ordené, y aunque se han tenido por buenas y se han alabado, atribuyéndolas al que las escribió, por la buena reputación que en su habilidad

(22) *Ibid*, carta 9.

tiene, es pesar y sentimiento que si alguno echó algún trabajo, otro se llevase la gloria (pág. 262).

Pero él también buscó el consejo de Lupercio: «Consulté con Lupercio Leonardo, como persona entendida y curial» (pág. 292).

Además de su cargo con el Duque de Villahermosa, Lupercio se puso a disposición de los Diputados. En la Biblioteca Nacional (Ms. 9855, fol. 146) hay copia de una carta que lleva este encabezamiento: «Carta de los Diputados del Reyno de Aragón al Príncipe Nuestro Señor. Notóla Lupercio Leonardo de Argensola». En dicha carta se pide al Príncipe que interceda con su padre en beneficio del Reino.

Por último, parece que Lupercio conservó el favor real en medio de tan calamitosos tiempos. En carta a don Francisco de Aragón (23) habla de sus apuros jurídicos y económicos, y dice:

Y no crea V. S. que lo digo esto por imaginar que ha de haber cosas de hecho, que el Rey tiene preuenidos estos casos, *y yo no lo estoy tan pcco que no pudiera dormir en medio de las sesiones pasadas*;

y termina la carta con estas palabras: «Y yo, Señor, sacando al Rey y a la Duquesa contra todos los del mundo, he de servir a V. S., etc.».

(23) Viñaza, *Discurso*, Apéndice 119. El original está en el archivo del Duque de Luna, Madrid, Ducado de Villahermosa, año 1593, Leg. VI, primero, núm. segundo. La fecha es 22 de Julio de 1593.

V

MATRIMONIO

Según el registro de la iglesia de San Luis en Madrid (1), la misa nupcial de Lupercio Leonardo y María Ana de Albión se celebró el dos de septiembre de 1593 en presencia de Juan de la Puente, Manuel Lozano, Pablo Zurita y muchas otras personas, siendo padrinos Nicolás de Soria y Aldonza Tudela, madre del desposado. No puede aceptarse, sin embargo, la fecha y debe haber error por parte del que hizo la inscripción. En primer lugar contradice el que *siendo muy mozo* (2) Lupercio estuviera ya prometido a doña Mariana, como él mismo expuso ante la *Academia de los Humildes*. En 1593 casi, había cumplido los treinta y cuatro años. Tampoco conviene aquella fecha con los datos conocidos respecto del hijo de Leonardo, Gabriel. En septiembre del 1600, Bartolomé Leonardo comunicaba a Llorente (3) que el muchacho sabía el griego, retórica y estaba preparado para ingresar en la Universidad de Zaragoza. En diciembre de 1602, Lupercio escribió a Justo Lipsio (4) que su hijo tenía 15 años; y cuando en marzo de 1613, murió Lupercio Leonardo en Italia, fué Gabriel quien sucedió a su padre en el cargo de Secretario de Estado y Guerra a las órdenes del Conde de Lemos, Virrey de Nápoles —puesto para cuyo desempeño estaría mal preparado de haber nacido en 1594—. En vista de todo esto, nos vemos obligados a situar el casamiento de Lupercio no más tarde de 1587.

Doña Mariana Barbara de Albión era hija de Don Jerónimo de Albión y doña Jerónima de Reus y viuda de Luis Zaporta de quien había tenido una hija, Jerónima. Abundantes datos sobre su familia nos proporciona la petición antes citada (5), de don Miguel Leonardo a Felipe IV. Don Jerónimo de Albión sirvió al Rey Felipe II «en negocios de mucha confianza, dándole diferentes ins-

(1) Pérez Pastor, *Bibliografía madrileña*, III, pág. 410.

Véase el índice de las *Rimas*, 1634, sub *Obediente respondo a la pregunta y los tercetos* cuyo primer verso es éste; pág. 73 y ss.

(3) Viñaza, *Discurso*, Apéndice 190 carta 34.

(4) Pellicer, *op. cit.*, pág. 79.

(5) V. *supra*, p.

trucciones secretas su Confesor don Fr. Bernardo de la Fresneda». El hermano de don Jerónimo, Fray Felipe de Albión, fué caballero de la Orden de S. Juan de Jerusalén y gobernador del Castillo de Selsas en donde prestó fieles servicios, «imitando las hazañas de sus ascendientes, que desde la restitución de los Condados de Rosellón i Cerdenia avían gobernado aquellos presidios». Por cierto que fué Juan de Albión, abuelo de don Jerónimo y fray Felipe, el enviado en 1491 por Fernando el Católico como embajador ante el Rey de Francia para negociar con éste la restitución a España de estos Condados (Rosellón y Cerdeña) y, según Zurita (6), contribuyó eficazmente a que fueran cedidos a Fernando en 1493.

Así Lupercio se unió por matrimonio a una familia no menos distinguida que la suya propia. Todas nuestras noticias demuestran que la unión fué feliz. Y quizá nada lo pruebe mejor que el que Lupercio llegase a querer a su hijastra (7) como si fuera su propia hija, y que ésta quisiera poner en manos de su padrastro la parte de la herencia materna. (8) Probablemente en 1588 les nació su hijo Gabriel, Lupercio puso el mayor cuidado en la educación del chico y en 1600 escribe a Llorente (9).

Estaré en esa ciudad, dándome Dios salud, algunos días antes de S. Lucas, que quiere dexar a Gabriel en ella a oyr las artes, porque su edad y complexión no es para fiarle de quien le quiera menos que su agüela, hermana, y tía.

Con natural orgullo habla de él a Justo Lipsio (10):

Filius est mi Gabriel, qui nondum decimum quintum aetatis annum explevit, Latinae Graecaeque Linguae non ignarus, moribus candissimis, puer meliori aevo, meliore patre dignus (11).

Como nueve años después nació prematuramente una niña, y, después de recibir el bautismo, murió a los dos días de ver la luz. Profundo dolor se advierte en las pa-

(6) *Historia del Rey D. Hernando*, libro I, cap. 4.

(7) V. carta a D. Francisco de Gurrea y Aragón, Viñaza, *Discurso*, Apéndice 119, carta 2.

(8) Así se dice en la misma carta.

(9) Viñaza, *Discurso*, Apéndice 118, carta 7.

(10) Pellicer, *op. cit.* pág. 79.

(11) *Ibidem*.

labras de la carta en que Lupercio da cuenta del triste acontecimiento a su amigo Bartolomé Llorente (12):

Todo esto pasó en mi ausencia y tuve aviso dello en esa ciudad la noche antes de mi partida, y así vine con grandísima pena. Hallé fuera de peligro doña Mariana, aunque tan flaca y llena de achaques que pienso que se le aparea muy trabajoso invierno. Doy a V. m. tan larga cuenta porque en sus sacrificios se acuerde de ella y mande que Moisés Martín en la Capilla la encomiende en las Ave Marías de los devotos.

Por lo que sabemos, no tuvieron más hijos.

En cierta ocasión doña Mariana abandonó su hogar, pero no a causa de diferencia alguna con su marido. En 1593, encontrándose por razones que no alcanzamos, «con algunas obligaciones de conciencia y de mundo muy apretada», transmitió a sus hijos los bienes que tenía de su primer matrimonio y el resto a su marido, y repentinamente ingresó en el monasterio de Santa Lucía, en ocasión que Lupercio se encontraba en Madrid. Esta decisión produjo bastasnte descontento entre ciertos parientes que se creyeron defraudados y gestionaron con insistencia que Lupercio renunciase a la donación.

Yo no me admiré de que me hubiese confiado o dado su hacienda, porque a tenido causas para ello, pero sus hijos, o, por decir mejor, sus tías que la esperaban, creo yo que con gran deseo, comenzaron a hazer tales diligencias para que yo la renunciase, y con tales términos, que la han hecho irrevocable (13)

Lupercio dió cuenta de todas estas cosas a don Francisco de Aragón (14), buscando el apoyo de su autoridad, y expresándole su confianza en que la influencia de la Duquesa y la del Rey asegurarían la justicia de su causa. No conocemos el resultado, pero por cartas de Lupercio nos consta que doña Mariana estaba de nuevo con él por lo menos desde 1598 y de allí en adelante. En 1602 se seguía un pleito particular, según escribía Lupercio a Lipsio en diciembre de dicho año (15). No hay más no-

(12) Viñaza, *Discurso*, Apéndice 118, carta 4.

(13) *Ibid.*, Apéndice 119, carta 2.

(14) En la carta citada.

(15) Pellicer, *op. cit.*, pág. 77.

ticias de él. Lupercio vivió en una época de *pleitos*. Pero, en términos generales, su vida privada fué de verdadera y constante felicidad (16).

(16) Doña Mariana sobrevivió a su esposo, entregó a los Diputados algunos escritos que aquél dejó, y percibió de éstos dinero que se le debía. Todavía vivía en 1631, pues se la menciona en el testamento de su cuñado, Bartolomé Leonardo.

VI

LA ACADEMIA DE MADRID

En el momento en que Lupercio apareció en la Corte, (1584), era ya conocido en los círculos literarios como poeta trágico y lírico. Las tres Tragedias se representaron en la capital; versos laudatorios suyos aparecieron en dos libros publicados en Aragón (1), y es probable que circularan manuscritas otras composiciones. Seguidamente fué invitado por Juan Rufo a escribir las *estancias* de elogio en los preliminares de la *Austriada*, (2) y un año después, dos sonetos en conmemoración del embarque para España del duque de Saboya y de su casamiento con la Infanta Catalina (3).

Poco después de su llegada, fué admitido el joven secretario como miembro de una de las academias literarias de Madrid:

Siendo muy mozo el autor, fué admitido a una Academia de personas graves que havia entonzes en Madrid, en la cual tomó por nombre el Bárbaro, i se le preguntó la causa de llamarse así, a que respondió con estos tercetos (4).

Pellicer (5) afirma que fué ésta la *Academia Imitatoria*, mencionada por Cervantes en el *Coloquio de los perros* y en el capítulo LXXI de la segunda parte de *Don Quijote*, y por Juan Rufo en su segundo *apoteagma* (6). Las razones para tal aserto parece que hayan sido dos: la amistad de Lupercio con Rufo y que Pellicer, en 1778, no sabía de otra academia a la que el joven Leonardo pudiera haber pertenecido. De la *Academia Imitatoria* no sabemos absolutamente nada más de lo que nos cuenta Rufo: que se había fundado en Madrid a imitación de las famosas aca-

(1) El *Libro de Orlando determinado* de D. Martín de Bolea y Castro, Zaragoza y Lérida, 1578; y la *Divina y varia poesia* de Fr. Jaime de Torres, Huesca, 1579.

(2) Madrid, 1584 y Toledo, 1585.

(3) *Recibe o sacro Mar, una esperanza y O tú que las memorias de Barcino*, Rimas, 1634, pág. 132.

(4) *Rimas*, 1634; Índice, sub *Obediente respondo a la pregunta*.

(5) *Op. cit.*, p. 8.

(6) *Las seiscientas apotegmas y otras obras en verso de Juan Rufo*, edición Bibliófilos Españoles, Madrid, 1923, p. 16.

demias de Italia, siendo su presidente un rico y joven titulado que también era poeta; que concurrían allí personajes ilustres, incluso ministros del Rey, pero que cesó de existir dentro del año de su fundación. Navarrete en su vida de Cervantes se sirvió de las noticias de Pellicer en estos términos:

Parece que Lupericio Leonardo de Argensola, siendo muy mozo, fué admitido en esta Academia, en la cual tomó por nombre el de Bárbaro; y preguntándole la causa de llamarse así, respondió con aquellos ingeniosos tercetos manifestando que quiso tomar tal nombre con alusión a doña Mariana Bárbara de Albión a quien obsequiaba, y con quien casó por los años de 1587 (7).

Todo esto está rebatido por D. Agustín G. de Amezúa en sus notas al *Coloquio de los perros*:

El fundamento que tuvo Navarrete para dar esta noticia, que deja sin prueba... son..., aunque lo calle, aquellas palabras con que Gabriel Leonardo Albión... ilustró los tercetos... mas como en ellos no se cita para nada la Academia Imitatoria, *nominatim*, ni de las dichas palabras pueda deducirse que fuera cabalmente ésta, y no otra de las muchas conocidas o ignoradas, en la que ingresase el famoso secretario, concluyo, finalmente, que las únicas noticias auténticas, harto escasas y pobres..., que de la Academia Imitatoria nos restan son las que dió Rufo (8).

Pero no nos falta un indicio tal que nos permita identificar la Academia que contó entre sus miembros a Lupericio Leonardo. En su estudio sobre la fundación de la Real Academia Española (9) dice el señor Cotarelo y Mori:

Viniendo ya a las academias de Madrid, nos sale al encuentro una llamada de los *Humildes*, de que sólo el nombre conocemos (10), y, por el mismo tiempo, o quizá antes, la denominada *Imitatoria*, de que tampoco sabemos sino lo que el Jurado Juan Rufo nos cuenta en sus *Seiscientas apotegmas*.

A esta *Academia de los Humildes*, y no a la *Imitatoria* perteneció casi seguramente Lupericio Leonardo. En los tercetos, bajo el nombre de *Bárbaro*, Lupericio dice hablando de sí mismo en tercera persona:

(7) *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, 1849, págs. 408-409.

(8) *El Casamiento engañoso y El coloquio de los perros*, I, 1914, p. 10.

(9) *Boletín de la Real Academia Española*, I, 1914, p. 10.

(10) «Se cita en el índice de los mss. de la Biblioteca Nacional como existente en 1592. Pero el códice que hablaba de la Academia no se halla hoy en dicha Biblioteca, o se ha extraviado en ella». Nota de Cotarelo.

I si del ocio huyendo, por recreo
 busca la discreción de la Academia
 que ser *humilde* tiene por trofeo,
 le sigue i le persigue la blasphemia
 como si fuera público enemigo... (*Rimas*, 1634 pág. 76.)

Ha de tenerse en cuenta además que el editor de las *Rimas* hablaba de una academia que *había entonces en Madrid*, palabras que parecen convenir a una institución bien asentada. La *Academia Imitatoria* apenas tenía un año de vida, y no podía haberse referido a ella en tales terminos (11).

A falta de más abundante información respecto de la *Academia de los Humildes*, es imposible saber qué influencia ejerció sobre el secretario de don Fernando de Aragón. De los *tercetos* de Lupercio resulta que los ejercicios literarios eran practicados solamente por una minoría en la Corte, y que, por consiguiente, el grupo debió haber sido selecto. Es muy posible que Juan Rufo fuera uno de los miembros.

En medio de sus obligaciones como secretario del Duque, Lupercio Leonardo solo dispondría de escaso tiempo para el cultivo de las letras. De los poemas que ha sido posible fechar, doce únicamente pueden ser situados entre 1584 y 1593. En 1589 Lupercio deja que su pluma vague de terceto en terceto porque siente necesidad de dar forma a sus emociones tanto tiempo reprimidas. Escribe a su hermano Bartolomé:

Pues mientras en mi pecho hierve el mosto
 de todas estas cosas, porque el humo
 ahoga cuando está en lugar angosto,
 aunque me ha de costar trabajo sumo,
 quíerole dar salida por la pluma,
 que ha mucho que callando me consumo. (*Obras sueltas*, I, p. 19).

Compuso en el mismo año un hinchado poema (12) para el *certamen* celebrado en Alcalá de Henares con motivo de la canonización de San Diego; y otro fué escrito para

(11) Menéndez y Pelayo, *Horacio en España*, II, p. 85, dice de los tercetos en cuestión: «Leídos por Lupercio en la Academia *Selvaje*», pero como esta Academia no se fundó hasta 1612 (Cotarelo, *op. cit.*, p. 13) hay un error evidente en esta afirmación.

(12) La *Canción* que empieza: *En estas sacras ceremonias pías*, *Rimas*, i.º ág. 102.

la Princesa Isabel poco después de haber tomado el velo (13). Un soneto figuró en la edición 1591 de las *Rimas* de Vicente Espinal (14), y dos más conmemoraron el nacimiento de un hijo al conde de Aranda (15) y las *Cortes* que Felipe II reunió en Tarazona después de pacificar Aragón (16). Pero, en general, la producción de estos años fué insignificante. Hasta que no llegó a ser secretario de la Emperatriz María, Lupercio no tuvo comodidad para dedicarse a la literatura seriamente.

(13) *Tercetos: Hay un lugar en la mitad de España*, *Rimas*, p. 116.

(14) *Quien duda que pudiese del infierno*, *Obras sueltas*, I, p. 3.

(15) *Dulce descuento del dolor pasado*, *Rimas*, p. 134. Escrito antes de 1592. El Conde don Luis murió preso a raíz de los sucesos del 91.

(16) *Excelso monte cuya frente altiva*, *Rimas*, p. 131.

VII

SECRETARIO DE LA EMPERATRIZ

La carta de Lupercio a la Abadesa de las Descalzas Reales, en el que él espera confiadamente ser destinado al servicio de la Emperatriz, está, por desgracia, sin fechar. El original está guardado en el Archivo del Duque de Luña (1), entre papeles pertenecientes al año 1592 (2). La Abadesa contestó al margen de la carta de Lupercio, también sin fecha:

A mi señora la Duquesa sé yo bien lo que la sirvo en dessear su acrecentamiento de buestra merced, y oydo tenía a su Señoría la plática que se auía pasado con don Juan, queriéndose asegurar de la merced que su Magestad Cesárea le tiene prometida en la ocupación de su persona de buestra merced, y aprovechamiento del saber; en que entiendo que no podrá ser asta dar lugar la salud del Rey a que comuniquen y resuelban su Magestad y su Alteza en sus prouisiones, teniendo buestra merced seguridad de no quedar en bajo su pretensión y desseo.

Se ve, pues, que la persona más interesada en encontrar un nuevo empleo a Lupercio, era la Duquesa doña Juana, viuda del Duque de Villahermosa. Esto ocurriría, por supuesto, poco después de la muerte de su marido, en 1592.

También por estas fechas y acaso gracias a influencia de la misma Duquesa, Lupercio fué honrado con el nombramiento de gentilhombre de cámara del Archiduque Alberto, hijo de la Emperatriz. Pellicer (3) supone que esto tendría lugar en 1594, cuando Alberto vino desde Portugal a tomar posesión de sus estados en Flandes, deteniéndose en Madrid de paso para recibir el arzobispado de Toledo y despedirse de su madre y hermana. El documento más antiguo en que figura Lupercio con el título

(1) Madrid: *Ducado de Villahermosa*, año 1593, Leg. VI, primero, núm. 2. Esta carta fué publicada por Viñaza, *Discurso*, Apéndice 119, carta 1, pero la respuesta marginal que éste atribuye a don Francisco de Aragón fué escrita por la abadesa, como se ve claramente por su contenido y porque Lupercio la archivó entre sus papeles con esta nota al dorso: «De mi S. la Abbadessa de las descalças. B. núm. 17.»

(2) Como se lee en una carta del Maestro Franco a Llorente, 18, septiembre, 1592, publicada por Viñaza, *Discurso*, Apéndice 190, carta 1.

(3) *Op. cit.*, págs. 10-11.

de *Gentilhombre de la casa del Archiduque* (4) lleva fecha 12 de enero de 1596. El 27 de septiembre del año siguiente Bartolomé Leonardo, en nombre de su hermano Lupercio, dió un recibo por 25.000 maravedís «que dicho su hermano hubo de haber... de los 75.000 maravedises que en cada un año tiene de gajes de tal gentilhombre» (5). Consta también que Lupercio recibió una prebenda del Archiduque Ernesto. (6)

En su carta a la Abadesa manifiesta su esperanza de que el nombramiento hecho por la Emperatriz no sea meramente honorífico:

Adbierto a V. S. que la tendré por mucho menor si fuere de prouecho sin empleo, declarándome en esto por inútil para el seruicio de su Alteza.

Las obligaciones inherentes al nuevo puesto no debieron haber sido agobiadoras y el joven secretario empezó un período de gran actividad intelectual. Sus mejores poemas fueron escritos antes de 1603 (7); para el 8 de marzo de 1594, ya había terminado una versión de los *Annales* de Tácito, y en la misma fecha escribe desde Madrid a su amigo Llorente (8) contándole su contrariedad al ver que otro le había adelantado en publicar una traducción de Tácito. Desde este momento su interés por la historia y las investigaciones históricas no decayó más.

El 3 de mayo de 1595, Lupercio fué designado *notario extracto* (9) del cuerpo de Diputados de Zaragoza, con la retribución de 200 *libras jaquesas* al año (10). El 31 de mayo su procurador presentó ante el Consejo en nombre de Lupercio un escrito de excusa por su no asistencia y pidiendo se le concediera el mes entero permi-

(4) Pérez Pastor, *op. cit.*, III, p. 410.

(5) *Ibid.*, II, p. 162.

(6) Véase el epitafio latino redactado por la *Academia de los Ociosos* en Nápoles (Pellicer, p. 37) y los siguientes pasajes del elogio en latín leído en los funerales de Lupercio: «Nam Anna Augusta... illum sibi a secretis merito constituit. Eodem munere functus est apud duos Maximilianum II filios, Archiduces Austriae, Ernestum et Albertum, a quibus deputabat ad singula, verbaque eius illis pro sententia habebantur». (Real Ac. de la Hist., Ms. H, 24, cap. XX, fol. 66 verso).

(7) Fecha de las aprobaciones de la *Primera parte de poetas ilustres de España... Ordenado por Pedro Espinosa...*, En Valladolid, Año MDCV.

(8) Viñaza, *Discurso*, Apéndice 118, carta 1.

(9) Así llamado porque los nombres de los candidatos se escribían en pequeñas tiras de papel y encerradas en bolas de cera. Se tomaba una bola al azar y se daba el cargo a la persona cuyo nombre contenía.

(10) El valor de la libra jaquesa era de 4'25 ptas. (Alemany).

tido por la ley para la comparecencia personal del designado, y que los Diputados no procediesen a nombrar otro. El 30 de junio se presentó Lupercio Leonardo y dijo:

que tenía necesidad de absentarse de la presente Ciudad de Caragoça y sus términos, por negocios y cosas de mucha importancia, y estando residiendo en la presente ciudad, tenía en ella muchas ocupaciones y impedimentos de manera que no podía entender particulamente en las cosas de la Diputación, y que por su ofizio estaua obligado de hazer.

En vista de estas circunstancias y de acuerdo con su petición, se le permitió designar un sustituto (11). Parece oscura a primera vista la actitud de Lupercio en este caso. Es probable que quisiera ser él mismo quien pudiese nombrar su sustituto y que su viaje de Madrid a Zaragoza lo hiciera en obsequio de algún amigo (12).

Por una carta de Lupercio a Llorente (13) sabemos que en mayo de 1597 había emprendido ya su obra *Historia general de la España Tarraconense*. Pretendía con ella escribir la historia política y eclesiástica de Aragón desde la fundación de Zaragoza (14) por el Emperador Augusto, hasta la reconquista del Reino, de los moros, punto en que Jerónimo de Zurita empezó sus *Anales*.

Era ésta una empresa muy cara a Lupercio y que ocupó su talento y su pluma hasta su muerte, aunque en 1608 nuevas obligaciones le impidieron continuarla.

Para la preparación de esta historia buscó Lupercio la ayuda de los más eruditos clérigos y arqueólogos de Aragón, y en carta a Llorente habla de «los italianos doctos con quien he conferido el intento y los escritos» (15). Sus propias investigaciones fueron diligentes en extremo y quizá la escasez de materiales para la historia de Aragón antes de 1118, y el deseo de manejar nuevas fuentes, le decidieron a dedicarse al estudio del árabe y de la numismática.

(11) Archivo de la Diputación de Zaragoza, Ms. 276, fol. 167 ss.; Ms. 280, fols. 1.5: 17 verso y 18.

(12) Lorenzo Ibáñez de Aoiz.

(13) Viñaza, *Discurso*, Apéndice, 118, carta 5.

(14) Colonia Caesar Augusta.

(15) Viñaza, *Discurso*, Apéndice 118, carta 7.

Escribe el 11 de septiembre de 1598 a Llorente (16):

Mande Vm. decir a nuestro Godoy que cierto no se hallan cartillas arábicas, y que yo no envío la mía, porque sin maestro no podía aprender, ni yo acá sin ella, y ahora podría ser que se anudase el hilo, porque con la muerte del Rey cesó la lectura de S. Lorenzo, y está aquí el Maestro.

Este maestro era Urrea, italiano de nacimiento, que de niño fué cautivado por los turcos y habiendo sido instruído por ellos, llegó a ser secretario del Sultán. Huyó a Sicilia y allí fué bautizado, tomando el nombre de Urrea de la condesa de Alba de Aliste, hija del conde de Aranda, que hizo de madrina. Venido a España, obtuvo una cátedra de lengua en Alcalá (17), siendo además encargado por el Rey de catalogar los manuscritos árabes de El Escorial (18). Se hizo gran amigo de los Leonardo, y Bartolomé escribe a Llorente (19):

Quiere hazernos grandes arábigos, y es cosa estraña que tienen ellos la misma forma de poesía que nosotros, *similiter* cadencias y medidas de versos, y él, que es grande poeta, nos ha dicho algo de un libro que hizo a ciertas victorias de su amo.

Este mismo Urrea estaba preparando una historia de la dominación musulmana en España, según las crónicas árabes que había consultado en los archivos del Sultán y del Rey de Marruecos (20), rectificando a historiadores españoles como Jerónimo de Blancas y Juan de Mariana (21). Su ayuda a Lupercio debió ser inestimable.

Respecto del interés de Lupercio en numismática sólo poseemos un testimonio de Lastanosa en su *Museo de las medallas desconocidas españolas* (22):

Don Miguel Leonardo de Argensola i Albión, Correo Mayor de su Magestad en el Reino de Aragón, entre las medallas de su abuelo el Secretario i Chronista Mayor Lupercio Leonardo de Argensola, halló esta (23), la cual gozamos por su liberalidad.

(16) *Ibid.*, Apéndice 118, carta 3.

(17) *Ibid.*, Apéndice 190, carta 13.

(18) *Ibid.*, Apéndice 190, carta 24.

(19) *Ibidem*.

(20) *Ibid.*, carta 13.

(21) «También se burla casi de cuantos historiadores tenemos que tra-
ducen en castellano, y uno de ellos es Blancas, que dice de *Musa* quiere
decir christiano; y el Padre Mariana en mil partes». *Ibid.*, carta 24.

(22) Huesca, 1645, p. 85.

(23) *Medalla* 44, reproducida en la lám. 29.

El joven historiador también tendría acceso sin duda a la rica y rara colección de antigüedades que poseía el hermano del Duque de Villahermosa, D. Martín de Aragón y su sobrino, el Conde de Guimerá (24).

Tenemos numerosos datos del cuidado meticuloso con que se preparaba la *Historia general de la España Tarraconense*. De haberse terminado esta obra y si nos hubiera llegado, es posible que el Lupercio historiador hubiese eclipsado al poeta.

La *Historia general* fué comenzada en 1597. Al año siguiente corresponde el *Memorial que se dió a S. M. del Rey D. Felipe segundo, contra las comedias*, cuya paternidad no puede atribuirse con absoluta certidumbre a Lupercio Leonardo. Con motivo de la muerte de la Infanta Catalina, duquesa de Savoya e hija de Felipe II (6 de noviembre de 1597) el rey ordenó que se clausurasen los teatros de Madrid (25); y los adversarios del teatro, particularmente clérigos, aprovecharon la oportunidad que se presentaba y renovaron su pretensión de que la clausura fuese definitiva. El Rey sometió el asunto a tres teólogos, que después de prolijas discusiones se pronunciaron contra los teatros, con el resultado de que el 2 de mayo de 1598 se publicó un rescripto real declarando que a partir de ese momento no podrían representarse más comedias. La ciudad de Madrid redactó y publicó un memorial en que se rogaba a Su Majestad la anulación del decreto, y, efectivamente, se dispuso un edicto real en este sentido; pero el confesor del Rey, fray Diego de Yepes, se opuso tan encarnizadamente, que por enero de 1599, Felipe II influido por él y por otros guardianes de la moral pública, cambió de parecer y no llegó a promulgarse el decreto (26).

Hay dos problemas en relación con este memorial: su atribución a Lupercio Leonardo y de ser suyo, el motivo que pudiera tener para haberlo escrito. El texto (27) nos ha llegado en la *Primera parte de las excelencias de*

(24) Lastanosa, *op. cit.*, p. 62.

(25) Vide Reunert, *The Spanish Stage in the Time of Lope de Vega*, New-York, 1909, p. 206 ss.

(26) Los teatros se abrieron de nuevo con carácter permanente el 16 de abril de 1599.

(27) Puede verse en el Vol. I de las *Obras sueltas*, págs. 279-287.

la virtud de la castidad por fray José de Jesús María (28), que no dió el nombre de su autor, pero que, según Andrés de Ustarroz (29),

bastante lo manifestó al consignar que lo había compuesto un hombre de capa y espada, muy religioso en sus efectos, muy prudente en sus consejos, muy docto en todas las letras humanas y no ignorante de las divinas, que conociendo por experiencia los muchos daños que recibía la República del uso de las comedias y doliéndose de la perdición de tantas almas como en ellas se inficionaban y perdían, movióse a elevar al Monarca el dicho memorial.

Ustarroz, que conoció personalmente al nieto de Lupericio Leonardo, debió haber tenido otro fundamento que las solas palabras de fray José para atribuir este memorial al secretario de la Emperatriz. Su autoridad ha sido aceptada por Dormer, Pellicer, Latassa, Fitzmaurice-Kelly y Rennert. Podemos ahora añadir un nuevo testimonio. Las frases citadas de fray Jose figuran también en el Ms. H, 25 de la Real Academia de la Historia (fol. 128), y en el margen contrario están escritas estas palabras: «Es de Lupericio Leonardo de Argensola como él mismo (30) lo escribe de su mano».

Admitida esta evidencia, ¿por qué redactaría Lupericio Leonardo tal documento? El doctor Rennert (31) no llega a conclusión alguna en este asunto. Fitzmaurice-Kelly en la edición de 1898 de su *History of Spanish Literature* (32) califica la carta de Lupericio de «rencorosa», afirmando que nació del fracaso de sus tragedias en la escena y su resentimiento por los triunfos de Lope de Vega. En la edición española de 1921 se modifica un tanto este aserto.

Hay para hartarse de todo aquello (esto es de las carnicerías) y esto es precisamente lo que ocurrió. La boga de Argensola pasó pronto, y en 1598 pidió la suspensión de la *comedia nueva* representada por Lope de Vega, petición que no fué atendida (33).

(28) Alcalá, 1601.

(29) En *Elogios de los chronistas de Aragón*, ms. cit., citado por Vñaza, *Obras sueltas*, I, p. 280 n.

(30) Fray José de Jesús María.

(31) Op. cit., p. 261.

(32) New-York, págs. 175-6. V. también *Life of Miguel de Cervantes Saavedra*, págs. 192-193.

(33) *Historia de la literatura española*, Madrid, 1921, p. 177. La última frase citada es, como se ha visto, algo inexacta.

Se hace difícil seguir a Fitzmaurice-Kelly en su interpretación. Cejador está más cerca de la verdad sin duda cuando apunta (34) que Lupericio se percató de la decadencia de la tragedia senequista y, con buen acuerdo, la dejó. En ninguna de las cartas suyas conocidas, ni en obra alguna conservada existe indicio de que lamentase, como le ocurrió a Cervantes, su inhabilidad para competir con Lope. Si tenemos presente que la *Alejandra*, la *Isabela* y muy probablemente la *Filis* también, lo mismo que las tragedias de los contemporáneos de Argensola, «fueron escritas solamente por el gusto de las largas digresiones sobre temas morales» que contenían (35), el problema se desvanece de un golpe. La escena española era algo muy diferente en 1598 de lo que fuera quince años antes; y si antes vió Lupericio en el teatro un medio para purificar la moral pública (36), ahora le parecía, y no sin razón, un instrumento del diablo. «Con la creciente multitud de cómicos ambulantes la licencia de la escena aumentó» (37). Nuevas y lascivas danzas como la «pestífera» *Zarabanda* habían hecho aparición desde los relativamente inocentes días que vieron representar la *Isabela* y *Alejandra*. Y contra estos recientes abusos tronó Lupericio:

Y este abuso de las comedias es muy nuevo en España, pues agora treinta años apenas las había, y eran entonces con tan gran moderación, así en la materia como en el hábito y personas, y raras veces, y en cosas privadas, etc. (38).

Su argumento capital se dirige contra los excesos de quienes se enamoren de las actrices. Un ejemplo es el caso de Bernarda Ramírez, que a pesar de estar casada con Bartolomé Robles, fué raptada violentamente por don Jerónimo López, duque de S. Pedro, cuando estaba para regresar de Nápoles a España con la compañía de Figueroa, y fué llevada a Benevento, donde vivió algu-

(34) *Historia de la lengua y literatura castellana*, Vol. III, Madrid, 1915, p. 253.

(35) J. P. W. Crawford, *Notes on the Tragedies of Lupericio Leonardo de Argensola*, en *Romanic Review*, Vol. V (1914), p. 31.

(36) Cf. el prólogo a la *Isabela* (*Obras sueltas*, I, p. 49) y la escena final de la *Alejandra*. (*Ibid.*, págs. 274-275).

(37) Rennert, *op. cit.*, p. 206 ss.

(38) *Obras sueltas*, I, 286-287.

nos años con su raptor, al que dió dos hijos (39). Aunque esto sucedió unos cuarenta años después de escrita la carta de Lupercio, puede tomarse como típico de las condiciones morales de la farándula y la afirmación de que Lupercio estuviese resentido por haber fracasado en el teatro, no está comprobada por los hechos.

Los últimos años de estancia de Lupercio en la Corte, se señalan por su correspondencia con dos grandes eruditos, Juan de Mariana y Justo Lipsio. Las cartas con el primero versan sobre una controversia histórica que tres siglos no han podido dirimir. La primera carta (40) está fechada en Zaragoza (41), el 15 de agosto de 1602 y señala la insuficiencia de los datos en que basó Ambrosio de Morales (42) su afirmación de que el poeta cristiano primitivo, Aurelio Prudencio Clemente fué natural de Calahorra (43) y no de Zaragoza, y aboga por que el cantor de los mártires zaragozanos, sea restituído a la ciudad que, en sus himnos, cantó con amor filial.

Mariana contestó una semana después, aceptando que los argumentos y autoridades aducidos por Lupercio eran de peso bastante a nacerle suspender juicio si hubiera parado mientes en la cuestión anteriormente; pero al mismo tiempo, defendiendo el punto de vista contrario como el menos imposible, señalando los extremos en que las conclusiones de Lupercio no le convencían. Esta carta llegó a Madrid algún tiempo antes del regreso de Lupercio y en su ausencia escribió Bartolomé Leonardo (44) a una persona que no se nombra, y en esta carta resume el estado de la cuestión y aduce nueva evidencia en favor de Zaragoza. Se ve también que Bartolomé preparó una contestación a Mariana, pues Lupercio escribe a su vuelta a la corte (45):

Porque en mi ausencia entiendo que mi hermano ha replicado

(39) E. Cotarelo y Mori, *Actores famosos del siglo XVIII*, Madrid, 1916, página 38 ss.

(40) Pellicer, *op. cit.*, págs. 50-58.

(41) Donde es probable que fuese requerida la presencia de Lupercio por el pleito que se alude en la segunda epístola a Lipsio, Pellicer, *op. cit.*, p. 77.

(42) La opinión de Mariana sobre esto, *Historia de España*, L. X, cap. 20.

(43) *Crónica general de España*, L. X, cap. 41.

(44) Pellicer, *op. cit.*, págs. 65-71.

(45) *Ibid.*, págs. 71-74; sin fecha.

a Vuestra Paternidad, y donde él pone la mano, no es menester que otro satisfaga, responderé brevemente a su carta de Vuestra Paternidad.

En los párrafos siguientes responde a las objeciones del autor de la *Historia latina* punto por punto, afirmándose en sus primeras conclusiones.

Cuanto han discutido el tema tienen que basarse en conjeturas sobre las palabras de Prudencio en sus himnos, y especialmente en el uso de la palabra *noster*. Mariana planteó el problema precisamente (46):

Dos veces llama a Zaragoza *nostra* en el hymno de los diez y ocho mártires de Zaragoza... Otras dos da a Calahorra este mismo apellido... así que no parece que tenga más fuerza en favor de Zaragoza, para hacerla patria de Prudencio aquella palabra *nostra*, que en favor de Calahorra para lo mismo.

Viñaza, en su estudio crítico y biográfico del poeta latino (47), se apoyó enteramente en las cartas de Lupercio y concluyó:

Zaragozano fué sin duda alguna aquel grande ingenio; por zaragozano es tenido en el juicio de casi todos los modernos críticos; españoles y aragoneses fueron sus ascendientes, y en Zaragoza pasó su infancia y recibió su primera educación intelectual. (48).

Pero los críticos modernos están muy lejos de la unanimidad. La *Catholic Encyclopedia* deja la cuestión en duda; la *Britannica* prefiere una tercera ciudad, Tarragona; Cejador (49), Calahorra; Hurtado y Palencia (50), Zaragoza. El *Dictionary de Hymnology* (51) deja el problema tal como lo dejó Mariana en 1602:

Nació... en algún lugar del norte de España, bien en Zaragoza, en Tarragona o en Calahorra; pero es incierto en cuál al aplicar a todos la misma expresión que, aplicada a uno solamente, hubiera fijado el lugar de su nacimiento.

(46) *Ibid.*, págs. 60-61.

(47) Aurelio Prudencio Clemente, estudio biográfico-crítico, discurso leído... en el certamen literario celebrado en Zaragoza con motivo del Jubileo sacerdotal de S. S. León XIII, Madrid, 1888.

(48) *Op. cit.*, p. 24.

(49) *Op. cit.*, Vol. I, p. 94.

(50) *Historia de la literatura española*, Madrid, 1921, p. 13.

(51) London, 1915, p. 914.

Las cartas revelan por las dos partes mucho saber, mucha cortesía y un sincero deseo de alcanzar la verdad. Por estas razones fueron alabadas por D. Tomás Tamayo de Vargas (52) como modelos de controversia literaria.

Es natural que Lupercio deseara comunicarse con Justo Lipsio. Este había establecido en 1574 un nuevo texto de Tácito proponiendo 530 nuevas lecciones, de las cuales 435 se habían aceptado como definitivas, y seguramente fué este el texto que siguió Lupercio al disponer su traducción (53), y Lipsio había sido compañero de estudios de Andrés Scoto en la Universidad de Lovaina. Lupercio asistió a las clases de éste en la Universidad de Zaragoza y su nombre figura una vez en esta correspondencia (54). Escribe Lupercio mismo:

Multa ab amicis tuis audiui; sed illis tacentibus, quos edis persuadent libri, ex quibus ego multa commoda excepsi moribus, ingenio. (55).

Aprovechando la presencia en Flandes de su amigo don Nuño de Mendoza, por aquel entonces oficial del ejército español y después Conde del Valle de Reis (56), Lupercio consiguió por medio de éste relacionarse con el sabio humanista. La primera carta (57) es en su mayor parte la presentación del escritor a Lipsio, y manifiesta la esperanza de ver los frutos de los desvelos de Lipsio en su nuevo cargo de historiador de Felipe II en los Países Bajos. A continuación viene el tema principal de su carta. También él es cronista real (58); teme escribir de sucesos contemporáneos en tan revueltos tiempos y está tratando de elegir entre el pasado y el presente. Si estuviese libre de ataderos familiares, iría con

(52) Defensa de la Historia del P. Juan de Mariana, p. 231 ss. Citado por Pellicer.

(53) Para Lipsio, vid. *Biographie Nationale, publiée par l'Académie Royale... de Belgique*, Vol. XII, Bruselas, 1892-1893, art., *Lipse*.

(54) Pellicer, *op. cit.*, p. 79

(55) *Ibid.*, p. 75.

(56) Vid. los tercetos de Bartolomé Leonardo, *Dizesme, Nuño, que en la Corte quieres, Rimas*, 1634, p. 234, y en el Índice.

(57) Madrid, 15 julio 1602. Texto dado por Pellicer, *op. cit.*, págs. 74-76.

(58) Recibió este nombramiento en 1599. Vid. el capítulo siguiente del presente estudio.

gusto a Lovaina para escuchar el consejo de Lipsio (59). Aquí presenta a sus hermanos que le envían saludos por su conducto y pide ser tenido entre los correspondientes de Lipsio.

La respuesta de Lipsio (60) rebosa estimación por el talento de su nuevo amigo; lamenta los estragos de las luchas en Flandes; y aconseja al nuevo *scriptor regius* que evite los peligrosos mares del presente: «Ad nostrum istud Arctoum [mare] si venis, pericula sunt, et nec Ulyses tuto naviguet... Tuta, tuta, id est vetera» (61).

Lupercio en su segunda carta (62) compara con las devastaciones de Flandes por la guerra, la apatía intelectual y moral de España: «Virtuti vale diximus, luxus et pecuniae vilia mancipia sumus». Hay sin embargo algunos que no son extraños a las Musas y entre ellos cita Leonardo al Doctor Bartolomé Llorente, canónigo en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, «theologus, latino graecoque sermone peritissimus»; al Dr. Bartolomé Morlanes, sacerdote de la misma iglesia «magnum ingenium virtutibus aequans»; Gabriel Alvarez un agustino muy docto en Teología, hebreo, latín y griego; y al Dr. Domingo de Vengoechea, juez de la *Real Audiencia*, a quien igualmente conoció Lipsio por correspondencia (63). El resto de la epístola está dedicado al hijo de Lupercio, Gabriel, cuya afición a las humanidades y a Lipsio tanto agradaban a su padre. Después de estas presentaciones, termina la carta:

(59) Nam et ego Scriptor sum Regius; sed adhuc portum teneo, ac mihi cum navigandum Pacifico vel Mortuo mari cursus agatur: ubi, etsi nubes et tenebrae, nulla naufragia. Tamen horreo iratum mare vivum et vivorum, ubi amor, odium, adulatio, Manes veritatem terrent. Vellem te Ulysse sapientissimo uti, ut me exemplo tuo doceres fugare has Syrenas, has Caribdas, hos Poliphemos. Redeo ad initium. Ita te, Lipsi amo, ut liber si essem. (uxorem habeo, pater sum, expertus scis quale hoc iugum) hinc irem ad te visendum, mihiq; Edetano essent Lovanium et Lipsius, quod Gaditano illi Roma et Livius. (Pellicer, *op. cit.*, p. 75).

(60) Lovaina, 29 agosto, 1602. Para el texto, v. Pellicer, *op. cit.*, págs. 76-77.

(61) Idéntico consejo dió de palabra Lupercio a D. Luis de Bavía, autor de la *Tercera parte de la Historia Pontifical y Católica*, Madrid, 1606, respecto a la conveniencia de escribir la historia del Pontificado de Clemente VIII en vida de éste. Véase la de Lupercio a Bavía, pub. por Viñaza, *Discurso*, Apéndice 120.

(62) Zaragoza, 1 diciembre, 1602. Para el texto, v. Pellicer, *op. cit.*, p. 77-79.

(63) Para las vidas y obras de personajes v. las *Bibliotecas de Latasa*. Alvarez, que nació en Oropesa, no está incluido. Escribió: *Vida del P. Gaspar Loarte. Historia Provinciae Aragoniae*, un comentario sobre Isaías, etc. V. la *Enciclopedia universal ilustrada de Espasa*, Vol. IV, art. *Alvarez*.

Hos igitur ad te duco amico: dexterisque iniungo sancta ac non violanda fide... Anna nos, doctissime, et si vacaverit, per te vel alios fac nos certiores valetudinis tuae.

La respuesta (64) es breve, apenas poco más que un acuse de recibo, y sigue luego un largo paréntesis en la correspondencia. Lupericio escribe en 1605 en contestación a una tercera carta de Lipsio, que no tenemos, y explicando que una enfermedad le impidió contestar. Ha leído, dice, las últimas publicaciones de Lipsio sobre Séneca, sobre fisiología, sobre las Vestales y sobre los santos de Halle y pide un favor que prueba que nuestro autor seguía trabajando todavía en su historia política y eclesiástica del antiguo Reino de Aragón, buscando materiales por todas partes. En un libro titulado *De Litteris et lingua Getarum sive Gothorum*, editado por Bonaventura Vulcanius, amigo de Lipsio, Lupericio había visto un fragmento de un poema en alemán en loor de San Anno, Arzobispo de Colonia y deseando completar sus conocimientos respecto a las misiones y viajes de todos los apóstoles, pide que Vulcanius le proporcione el texto completo, junto con una traducción latina y notas sobre el autor alemán del poema (65).

No se sabe si Lipsio respondió a esta carta, pues murió en 1606; y lo que hubiera podido ser una correspondencia eruditísima, fué truncada en sus mismos comienzos. No parece que Lipsio ejerciera influencia sobre Lupericio como ocurrió con Quevedo (66), que se dirigió a aquél por primera vez cuando tenía veinticuatro años. Las epístolas que nos restan no son de gran importancia. Lipsio era muy liberal en prodigar alabanzas, y los cumplidos epistolares cambiados entre él y Lupericio podrían ser tomados excesivamente al pie de la letra. Queda el hecho de que Lipsio fué uno de los hombres más sa-

(64) Pellicer, *op. cit.*, págs. 81-82.

(65) *De Litteris et lingua Getarum* es rarísimo y no he podido ver un ejemplar. Lupericio buscaba naturalmente materiales para la historia de Aragón en tiempos de los Godos, aunque Anno le interesaría escasamente. *Vid. The New Schaff-Herzog Encyclopedia of Religious Knowledge, New-York* 1908, Vol. I. Las palabras de Lupericio son: «Est mihi opus pluscula carmina legere, in quibus de missione et peregrinatione omnium apostolorum agitur, ubi fragmentum Vulcanius obtruncavit». (Pellicer, p. 82.) Lupericio se interesaba especialmente en la supuesta predicación de Santiago en España.

(66) E. Mérimée. *Essai sur la vie et les oeuvres de Francisco de Quevedo*. París, 1886, págs. 22-23.

bios de su generación; que mantuvo correspondencia no sólo con profesores, eruditos y antiguos discípulos, sino también con cardenales, magistrados, nobles y príncipes; que personas del más elevado rango buscaron su amistad y dieron pruebas de su alto aprecio por él (67). Que Lupericio consideró un honor el ser incluído entre sus amigos lo demuestra el siguiente párrafo de su segunda carta a Lipsio:

Recibí tu carta... no en Madrid, adonde iba dirigida, sino en Zaragoza, donde estoy solicitado por un pleito familiar; y este retraso me ha sido por demás desagradable. Pues resulta más grato ser honrado en la propia ciudad, a vista de los conciudadanos de uno, especialmente cuando los honores vienen de tí.

Y en su segundo discurso ante la Academia Literaria de Zaragoza, dice, hablando de los beneficios de la historia:

Muchos [libros] podría referir, más sólo quiero nombrar los de Justo Lipsio, por honrar su memoria y honrarme, diciendo que, sin haberme visto, fué familiar amigo mío (*fide antiqua*) como él me dice en una carta (68).

La correspondencia con Lipsio, junto con las enseñanzas de Scoto, debieron contribuir a librar a Lupericio del provincianismo de tantos paisanos suyos, y darle un tono europeo.

Cuando Lupericio escribió su última epístola a Lipsio, María de Austria murió y Lupericio no vivió más en Madrid. Pero antes de seguirle a Zaragoza, es preciso retroceder algunos años y estudiar otro aspecto de su vida en la Corte.

(67) *Biographie Nationale* (de Bélgica), *op. cit.*, Vol. XII, cols. 276-277.

(68) *Obras sueltas*, I, págs. 319-320.

VIII

CRONISTA DEL REY

En septiembre de 1598 murió Felipe II (1). El cambio de gobernante, desastroso muchas veces para el cortesano, marca para Lupercio un período de creciente actividad. Casi inmediatamente de suceder Felipe III dirigió al *Consejo de Aragón* un memorial, recordando que, si bien tenía el Rey cronistas de Castilla y de Indias, desde el tiempo de Fernando el Católico no lo había habido de los Reinos de la Corona de Aragón y solicitaba ser nombrado para este desempeño (2). El 26 de noviembre de 1598 el Consejo presentó al Rey la substancia de esta petición (3), con la recomendación de que fuera creado el nuevo cargo, y expresando confianza en la habilidad de Lupercio Leonardo para ocuparlo dignamente, «por ser natural de Aragón y concurrir en él bondad, ingenio y letras humanas, de todo lo cual tiene opinión entre los que le conocen, y el Consejo mucha satisfacción de su persona». Más adelante se indicaba que el título podía concederse temporalmente sin estipendio, «hasta ver cómo probará y se gobernará en ello».

Felipe contestó a todo esto en el reverso del documento una sola palabra: «Assí», y el nombramiento se hizo oficialmente el 15 de enero de 1599, día en que el secretario Agustín de Villanueva redactó el texto latino del real decreto (4). En este documento se establece que

(1) Lupercio imprimió a su costa la oración fúnebre pronunciada por su amigo el Dr. Aguilar Terrones. V. Pellicer, *op. cit.*, p. 12 y también una carta de Bartolomé Leonardo a Llorente, Viñaza, *Discurso*, Apéndice 190, carta 26. Este sermón se imprimió en 1601 sin mencionar impresión alguna anterior, en la colección *Sermones funerales, en las honras del Rey Nuestro Señor Felipe II... recogidos por Ivan Iniguez de Lequerica, impressor de libros, Anno MDCI. En Madrid...*, págs. 20-40.

(2) Este cargo debe distinguirse netamente del de *Cronista del Reyno de Aragón*, establecido en las *Cortes* de Monzón (1547) y desempeñado sucesivamente por Jerónimo Zurita, Jerónimo de Blancas, Juan Costa. Jerónimo Martel y Lupercio Leonardo (1608). El titular de este empleo respondía sólo ante los Diputados del Reino.

(3) Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona, *Consejo de Aragón*, Leg. I. Este papel lo descubrió y me lo enseñó don Ernesto Martínez Ferrando, secretario de dicho Archivo.

(4) Se guarda una copia en la Real Academia de la Historia, Ms. H, 25, fol. 114 ss.

Lupercio Leonardo (5) disfrutará de todos los gajes y prerrogativas inherentes ordinariamente al cargo de Cronista mayor; que se le encarga redactar la historia de cuantos sucesos dignos de nota ocurrieran en el Reino, componiendo un libro titulado *Preeminencias Reales*, que recogiese especialmente los servicios personales prestados por los aragoneses al Rey en tiempo de paz y en guerra; que deberá examinar todas las obras que escriban otros historiadores del Reino, sometiéndolos a su censura; y que todos los ministros del Rey en Aragón, desde el primero hasta el último, deberán so pena del enojo del Rey y de multa de mil florines de oro, considerar a Lupercio Leonardo como el cronista de Su Majestad, y habrán de proporcionarle oportunamente todas las crónicas y documentos que él pudiera necesitar en el cumplimiento de sus funciones. Un *post-scriptum* a este documento dice que el 23 de enero Lupercio Leonardo se presentó en persona ante Diego de Covarrubias, Consejero de Su Majestad y Vicecanciller del Reino de Aragón y juró sobre la cruz y los cuatro evangelios que se conduciría lealmente y según ley en su nuevo puesto.

El título de Cronista real llevaba aparejado, además, el de Consejero del Rey en el Consejo Supremo de Aragón, que constaba de seis funcionarios reales: el Vicecanciller, el Tesorero general, el Fiscal general, el Prototario y dos secretarios (6). Andrés de Ustarroz (7) refiere un detalle curioso:

Luego que entró [Lupercio] en el Consejo, tubo competencia con los Secretarios porque pretendió que había de sentarse después del Fiscal, precediéndoles; hubo sobre esto consultas, y por estar los papeles en el Archivo de Barcelona, no podemos referir la resolución que se tomó, y no se duda que sería conforme al empleo, pues por ser nueva la creación de oficio, no había de ser posterior, sino prehemimente.

El 19 de mayo de 1600, el Consejo se dirigió nuevamente a Felipe, diciendo que Lupercio Leonardo había

(5) Parece que hubo otros aspirantes: «Cogitantesque cui offitium praedictum tuto credere et commendare possimus, inter alios qui se ad id obtulerunt, visum est nobis te, dilectum Lupercium Leonardo de Agenso-
la, ... caeteris preferre».

(6) Pellicer, *op. cit.*, p. 13.

(7) *Progresos de la Historia en el Reino de Aragón*, ms. cit., cap. V.

presentado un segundo memorial en demanda de que le fuera asignado un salario igual al del Cronista de Indias, quien percibía cuatrocientos ducados al año, casa para vivir y un crédito para gastos auxiliares, o, en su defecto, que se le asignara una remuneración correspondiente a la clase de trabajo y dignidad del oficio, «que ha un año que le sirve, y ha trauajado mucho en preparar la materia de la historia» (8). Los miembros del *Consejo* proseguían diciendo que habían examinado la labor de Lupercio, y estimaban que su historia sería buena, interesante y útil a los que buscasen informes precisos acerca del servicio de la Corona en los Reinos de Aragón. Pero no llegaban a recomendar que su salario fuese igual al del Cronista de Indias, aunque proponían que se le diesen doscientos ducados anuales a cargo del tesoro del Reino de Aragón.

El Rey contestó a esto: (9) «Pues sabéis cómo se le dió, no se trata de hacer novedad en esto.» Es una clara referencia a los términos del nombramiento:

Cum omnibus et singulis salariis, iuribus, lucris et emolumentis, praerogativis, gratiis, privilegiis, franquitatibus, libertatibus, praeminentiis, inmunitatibus honoribusque et oneribus, quae, et quibus caeteri historiographi maiores aliorum Regnorum nostrorum percipere utique et gaudere ac subjici consuerunt, potuerunt, et debuerunt usquequaque.

No ha lugar a duda. Aun cuando el nuevo Cronista hizo un año de pruebas en vista de la primera recomendación del *Consejo*, fué puesto al nivel de los que desempeñaban análogos empleos para Castilla e Indias.

Nada más se sabe de esta historia que estaba en preparación por los años 1599 y 1600. Cuando Lupercio escribía a Lipsio en 1602 había continuado seguramente su trabajo por lo menos hasta el reinado de Felipe II, quizá hasta los años 1591-1592, y temió continuarlo por miedo a naufragar en el agitado mar de la vida, donde el amor, el odio y la adulación, y aun los muertos, espantaban la

(8) Archivo de la Corona de Aragón, *Consejo de Aragón*. Leg. I. Documento descubierto por don Ernesto Martínez de Ferrando

(9) Al dorso del documento.

verdad (10). Esta es la última referencia: el libro de las *Preeminencias Regias* es otra de las obras de Lupercio Leonardo perdidas.

(10) V. la carta de Lipsio, Pellicer, *op. cit.*, págs. 74-76.

IX

MONZALBARBA Y ZARAGOZA, 1603-1610

La Emperatriz María falleció el 22 de febrero de 1603, y las honras fúnebres se celebraron el 18 y el 19 del mes siguiente (1). Lupercio Leonardo asistió a estos funerales y compuso el epitafio latino; pero conoció que sus relaciones oficiales con la Corte tocaban a su fin (2). Antes de morir, la Emperatriz encomendó al Rey varias personas de su servidumbre, y Lupercio, además, contaba con «otros persuasores», pero sus esperanzas de recibir nuevos favores no eran muy grandes. Por el momento envió su esposa a Zaragoza para poder atender desembarazadamente a cualesquiera nuevas obligaciones que pudieran sujetarle, y también con la idea de que, caso de no realizarse sus esperanzas, su vuelta le sería menos amarga estando ya élla allí (3).

Nada resultó de las recomendaciones de la Emperatriz, y hacia el 26 de junio, después de pasar antes por Zaragoza (4), Lupercio se instaló en su casa de campo de Monzalbarba, suburbio situado en la ribera del Ebro a una hora de camino de la ciudad (5). Describe a Lipsio este retiro como «un agradable suburbio, un encantador rincón campestre, casi un trozo de la ciudad, luciendo una iglesia (6) y las casas de numerosos ciudadanos acomodados». Su entusiasmo por Monzalbarba lo expresa también en verso, cuando escribe al Dr. Domingo de Vengoechea (7):

Alivio fué venir a nuestra aldea,
que cual ella no pienso que hay ninguna.
Porque si, ausente, la ciudad desea
el que huye della, la tendrá en una hora,
como quien por el campo se pasea.

(1) Una relación de las *ezequias* trae el Ms. 11773 de la Biblioteca Nacional. Ninguno de los Leonardo es citado allí.

(2) Vide Viñaza, *Discurso*, Apéndice 118, carta 11. Allí el texto del epitafio.

(3) V. la carta citada en n. 2.

(4) V. el comienzo de la tercera epístola a Lipsio, Pellicer, *op. cit.*, p. 81.

(5) Vide Viñaza, *op. cit.* Apéndice 118, carta 12.

(6) Para la nueva consagración de este templo en 1601 Lupercio compuso una inscripción latina con su historia.

(7) *Obras sueltas*, Vol. I, págs. 21-22.

Pues el camino, ¿es malo? Si Pandora
 tuvo patria, ésta fué porque el deseo
 aquí, con la experiencia, se mejora, etc.

Aquí tuvo por fin Lupercio (aunque a pesar suyo) la oportunidad para dedicarse al estudio por que tantas veces suspiraba en sus versos. Ciertamente, aun antes de morir la Emperatriz, se había entregado durante sus estancias en Zaragoza al más intenso estudio bajo la dirección del Dr. Bartolomé Llorente (8), hasta el extremo de que su salud se resintiera. Bartolomé Leonardo escribía el mes de junio de 1603, a Llorente, desde Madrid: (9)

No es posible que mi hermano esté tan sobre los libros y tan de veras como Vm. dize, sino movido del exemplo del huésped; y assí lo mejor sería purgar al amo... Vm., pues, se temple, y estará bueno mi hermano.

Bien pronto hubo de interrumpir sus estudios: entre el final de julio y el principio de diciembre enfermó tan gravemente que estuvo a dos pasos de la muerte y quedó inútil para muchos meses. El 27 de diciembre de 1603 escribe desde Monzalbarba a Llorente: (10)

Mi enfermedad me tiene de manera que no puedo andar solo un paso sin que me lleven dos y de las manos estoy tan impedido como lo dice la letra: en suma, aunque sin peligro eminente, estoy de manera que no puedo ser contado entre los vivos, a lo menos entre los útiles de este mundo.

A Lipsio, como un año más tarde (13 de abril de 1605):

He perdido el uso de los piés, manos y lengua, y, lo peor de todo, mi cabeza vacila. He tomado todas las medicinas de Arabia, he sido sangrado hasta perder el sentido, y en mí han probado toda suerte de ungüentos. En una palabra, durante casi dos años he padecido este infierno. Ahora me encuentro envejecido y envío una carta a Lipsio, a quien amo y estimo, y cuyas congratulaciones espero recibir. (11)

Con todo lo dolorosa que fué esta convalecencia, to-

(8) Probablemente en relación con la parte eclesiástica de su *Historia general de la España Tarraconense*. Vide la correspondencia con Llorente.

(9) Viñaza, *Discurso*, Apéndice 190, carta 37.

(10) *Ibid.*, Apéndice 118, carta 13.

(11) Pellicer, *op. cit.*, p. 82.

davía pudo Lupercio trabajar y viajar en 1604. Hacia fines de este año emprendió viaje a Granada, y el primero de diciembre escribió a don Luis de Bavía, capellán de Su Majestad en la Capilla Real de Granada, en respuesta a la petición que éste le hiciera de su opinión acerca de la ciudad:

Generalmente me pareció insigne ciudad, fértil y deleitosa su vega, la gente amable por su virtud y singular maestría... aunque no negaré que algunas cosas me parecían menores que su fama, señaladamente las había leído en una carta de Andrea Navajero, porque en la materia y en el arte las hallé diferentes de como las pinta a sus Venecianos. (12)

Esta carta está escrita desde Zaragoza. Probablemente por este mismo tiempo concluyó un encargo que los Diputados le hicieran antes de su enfermedad. Los disturbios de 1591 y las variadas interpretaciones que de ellos se hicieron, no dejaban de ser una espiná para los aragoneses. Algunos escritores castellanos y de otros reinos habían escrito sobre ellos en forma que no podía agradar a los habitantes del *fidelísimo reino*, y tan fuerte era el sentimiento de los Diputados, que fray Jerónimo de Aldovera y Monsalve fué enviado a Madrid para conseguir si era posible la supresión de los libros de mala fe. Sus esfuerzos no fueron afortunados y comunicaba desde Madrid:

Se halla grande dificultad; porque los libros estrangeros su Magestad no puede impedir su impresión; de los de Castilla tampoco se puede hacer prohibición sin parecer del Consejo Real. Todos los graves personajes que he tratado sobre esto, concluyen que el mejor medio es que algún hombre erudito, o algunos, escribiesen una Apología en latín contra estos libros, para que siempre hablase a favor de nuestra fidelidad. (13)

La persona elegida para vindicar el honor del Reino fué Lupercio Leonardo, que, tan pronto como se lo permitió su salud, entregó a los Diputados el manuscrito de su *Información de los sucesos de Aragón en los años de 1590 y 1591, en que se advierte los yerros de algunos autores*. No estaba en latín, como se deduce del título, aun-

(12) Viñaza, *Discurso*, Apéndice 120, al principio.

(13) Pellicer, *op. cit.*, págs. 19-20.

que su propósito fuera poner en claro a los extraños precisamente, lo que había ocurrido en Aragón. Fué redactado en medio de las mayores dificultades, pues a más de las que el asunto entrañaba, el autor careció de energías para dedicarle el máximo esfuerzo y de tiempo para darle la perfección que él deseaba. Se excusa en estos términos:

También yo en mi nombre pido y espero el mismo perdón por las infinitas faltas que en esta relación se hallarán; y (por dar más causas que su benignidad al lector) quiero alegar la brevedad del tiempo en que se ha escrito, que ha sido en quince días, algunos dellos estando en cama con muchos accidentes, que trae consigo la convalecencia de una larga y peligrosa enfermedad que he tenido, y se interpuso entre el mandamiento de los diputados y mi execución, y así como voto pagué mi deuda con fuerzas débiles. (14).

El opúsculo es, sin embargo, una de las mejores relaciones de sucesos particulares de que puede ufanarse la literatura española (15), y el hecho que no se publicase hasta dos siglos después, se debe exclusivamente a las circunstancias políticas. Como vinieron a demostrar sucesos posteriores, ningún relato, verdadero o falso, de estos desdichados sucesos podía satisfacer a todos los que en ellos tomaron parte. La posición de Lupercio era particularmente difícil por ser cronista del Rey cuyo padre había decapitado al *Justicia*, siendo al mismo tiempo dependiente de los Diputados y partidario de las libertades de la aristocracia aragonesa. El resultado fué que acometió su tarea con la convicción de que habría de mostrarse firme y cauteloso respecto de estas libertades y con temor, que resultó fundado, de que su *Información* le acarrearía disgustos (16).

Esta monografía se terminó en el plazo increíblemente breve de dos semanas y fué entregada a los Diputados que acto seguido la pasaron al Doctor Juan Francisco Torralba (17). *Regente de la Cancillería* a fin de que concediera la licencia para su publicación. Así lo hizo, pero sólo después de añadir copiosas notas en varios pa-

(14) Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en los años 1591 y 1592*, Madrid, 1808, p. 231.

(15) Duque de Villahermosa, *op. cit.*, p. 22.

(16) Vide, Duque de Villahermosa, *op. cit.*, págs. 16-17 y 22-24; Viñaza, *Discurso*; y Vicente de la Fuente, *Estudios críticos sobre la historia y el derecho de Aragón*, 3.^a serie, Madrid, 1886, p. 355.

(17) A quien Cerbuna había elegido en 1583 para enseñar Derecho canónico en la Universidad de Zaragoza.

sajes. Estas notas se extendían más de lo debido en la parte de Torralba, como lugarteniente del *Justicia* en los famosos sucesos y subrayaban las modificaciones introducidas en los fueros aragoneses desde las Cortes de Tarazona en 1592. Lupercio se molestó y no queriendo que la obra así enmendada apareciese con su nombre y comprendiendo que lo escrito por él no podría publicarse sin lesión de muchos (18), recogió el original y desde ese punto se negó a concluirlo, aun cuando los Diputados del siguiente año quisieran imprimirlo.

En esto obró sin duda con acierto. «Los tiempos andaban difíciles para escribir historia, y Lupercio, que no tenía vocación de mártir, se abstuvo de hacerlo, o, por lo menos, de dar a la estampa el breve, aunque precioso, fruto de sus trabajos» (19). Más adelante hemos de ver lo que tuvieron que sufrir, injustamente, los cronistas oficiales del Reino a consecuencia de su exposición de estos acontecimientos y todavía en 1625, cuando parecía que las pasiones personales habían tenido tiempo suficiente para templarse, los Diputados que habían encargado a Bartolomé Leonardo la redacción de sus *Alteraciones populares de Zaragoza*, al examinar los preliminares y la primera parte, le ordenaron que interrumpiera su labor y se dedicase a otras (20).

La *Información* de Lupercio fué, sin embargo, muy estimada. Ya se ha dicho que los Diputados hicieron un segundo intento de imprimirla en 1605. Un año después de morir Leonardo (1614) escribieron los Diputados a su hijo Gabriel rogándole que, de acuerdo con varias cartas escritas anteriormente, entregase al Archivo del Reino los papeles en que su padre había estado trabajando en calidad de cronista, y especificando particularmente este punto:

También sabemos que escribió un libro en defensa de la fide-

(18) Como el propio Lupercio dice en nota al dorso de la portada del original, y que figura como prefacio en la edición de 1806

(19) Duque de Villahermosa, *op. cit.*, p. 17.

(20) Esta *Primera parte* la diéron por perdida el Duque de Villahermosa y el Conde de la Viñaza. La Biblioteca Nacional guarda un ejemplar, ms. 13985. El título completo es, *Alteraciones populares de Zaragoza. Año 1591, por el Dr. Bartolomé Leonardo de Argensola, Canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza en la Corona de Aragón, Chronista del Rey nuestro Señor, y en Aragón del mismo Reyno. Todo va sugeto a la censura y corrección de la Santa Madre Iglesia, y de los varones zelosos, y sabios.*

lidad deste Reyno..., y aunque se a dicho quedó una copia dél en el Archivo del Reyno..., no se halla en él, y así gustaremos mucho de que a nuestra costa se saque una copia dél y se nos imbie, que daremos orden de que a costa del Reyno se imprima, que grande corrimiento es que hablando tantos extranjeros y aun naturales de España tan mal contra nuestra fidelidad (y con tanta inorancia de lo que pasó que argüen malicie) no aya quien les respondiese (21).

Todavía los Diputados de 1617 se interesaron por el folleto y ordenaron el pago a la viuda de Lupercio de todo el dinero que se debiera a su marido,

atendido que el dicho Lupercio Leonardo escribió el quadero que por parte de la dicha heredera se auia entregado acerca de los sucesos acaecidos en este Reyno el año de 1591 (22).

Y don Miguel Leonardo de Argensola y Albión, nieto de Lupercio, escribía en 1651 a Andrés de Ustarroz:

Esto lo digo para que no se amohine, y siga el exemplo de mi agüelo, que dexó de imprimir los *Sucesos del año 91* por no sugetarse a las notas del Regente Torralba; pero no por esto ha dexado de correr el papel entre los curiosos, ni él perdió la gloria que se trabaxó en aquel trabaxo (23).

La *Información* de Lupercio fué utilizada por don Luis de Bavia como base para la parte de su *Historia eclesiástica y pontifical*, que trata de las sublevaciones en Aragón, y tan satisfechos quedaron los Diputados con la relación de don Luis que no sólo le dieron las gracias, sino que le asignaron cierta suma de dinero por este servicio al Reino. Esta circunstancia la registra Bartolomé Leonardo en un memorial que preparó en 1619 y decía: «Es cosa certíssima que todo lo que aquel historiador escribió es del Secretario Lupercio, designios o fragmentos de sus papeles» (24).

Para los años que siguieron al de 1604 y antes del 1607, no tenemos documentos, a excepción de la epístola a Lipsio (1605) en que, como se ha visto, Lupercio pide materiales para emplearlos al parecer en la redacción de

(21) Real Acad. de la H.^a, Ms. H, 25, vol. 131.

(22) *Ibid.*, fol. 100 verso y 101.

(23) Biblioteca Nacional, Ms. 8391, fol. 518.

(24) *Obras sueltas*, II, p. 356.

su *Historia de la España Tarraconense*. Al mismo tiempo que estos años se dedicaron con seguridad a la investigación histórica (25), también fué concedida atención a Musas menos graves. Un soneto (26), y una *canción* (27) fueron dirigidos antes de 1611 a D. Juan Antonio Calderón, quien los incluyó en la *Segunda parte de las Flores de poetas ilustres*, aunque atribuyendo erróneamente la última a Bartolomé Leonardo y a estos años corresponde indudablemente el poema leído por Lupercio como presidente de unas justas poéticas en honor del Santo Sacramento (28). También se conservan los discursos (29) pronunciados por el mayor de los Leonardo ante una academia Literaria de Zaragoza, antes de 1606 (30).

El número de academias literarias en Zaragoza a principios del siglo XVII era considerable, y la vida literaria en la antigua capital era notablemente activa. El Conde de la Viñaza (31), cita la *Pítima de la Ociosidad*, la *Academia de los Anhelantes*, la Academia fundada por el Príncipe de Esquilache, la del Conde de Aranda y la del Conde de Lemos. Lupercio pudo haber pertenecido a cualquiera de ellas, dice la Viñaza, y de cierto fácilmente pudo haber sido miembro de las tres últimas por la amistad de Leonardo con las casas de Esquilache, Aranda y Lemos. Su nombre no se cita, sin embargo, en un *vejamen* dado por Juan Lorenzo Ibáñez de Aoiz (32) en la Academia del Conde de Aranda (33), y Viñaza añade:

No falta, sin embargo, quien diga, como mera conjetura, que probablemente sería en la *Academia de los Anhelantes* en la que pronunció el mayor de los Leonardo estos discursos (34).

La hipótesis de que Lupercio pertenció a esta Academia se aproxima a la certidumbre en vista de la cita si-

(25) La *Historia* a que se refiere iba muy adelantada por el 1608, como dice Lupercio en carta a los Diputados, Pellicer, *op. cit.*, págs. 32-34.

(26) *Antes que Cerez commutase el fruto*, Rimas, p. 121.

(27) *Alivia sus fatigas*, Rimas, p. 5.

(28) *Obras sueltas*, I, p. 26-28.

(29) *Ibid.*, págs. 309-326.

(30) Se alude a Lipsio, muerto.

(31) *Obras sueltas*, I, p. 310, n.

(32) A quien Lupercio nombró en 1595 para sustituirle en el puesto de notario extracto de la Diputación.

(33) Vide el vol. II de las *Memorias literarias de Aragón*, ms. in 4.º por D. Felix Latassa, págs. 241-245, sección 8. Este libro está en la Biblioteca Provincial de Huesca y me lo mostró D. Ricardo del Arco.

(34) *Obras sueltas*, I, p. 310 n.

guiente tomada del *Panegírico de la poesía y la doctrina del Doctor Angélico Santo Thomás de Aquino, Patrón de la Academia de los Anhelantes de Zaragoza* (35):

¿Quién contará en España los [poetas] de la [Academia] de la Selvagia en la Corte, de los Nocturnos en Valencia, de los Hosuenses en Aragón (a quien bastó su mismo nombre), de los Augustos (Anelantes), a quien no bastó, pues no igualó ninguno a la fama de los dos Leonardos, gloria de toda Iberia?

Es cierto, no obstante, que Lupercio no era miembro de la Academia antes de pronunciar estos discursos. Parece tratarse de un grupo recién organizado cuyos componentes, conociendo su inexperiencia, pidieron a Lupercio un plan para sus actividades y que les diera si no una constitución, a lo menos los estatutos, pues él empieza su discurso del *Día segundo* (36) con estas palabras:

Hoy es el último día de los que vuestas mercedes mandaron que yo presidiese esta Academia, honrándome tanto que, no siendo de ella, quisieron que la ordenase y dirigiese. Poco tuve que hacer en esto, porque sólo con informarme de lo que vuestas mercedes habían hecho entonces, y ponerlo (como lo puse) por escrito, quedó ordenado lo que se debía hacer de allí en adelante. Si acerté en aquel discurso, mandáranle leer vuestas mercedes cuando les pareciese renovar la memoria, y a lo menos no admitan ningún académico sin que se sepa lo que contiene.

Que la Academia no era muy conocida por entonces, lo revela este fragmento, también del segundo discurso (pág. 322):

Sea un concurso y una conversación varia, en la cual no menos se ha de evitar el tratar del gobierno público presente, que la murmuración del amigo o del vecino, porque, como dice aquel filósofo, *Nec silentium tutum est a calumnia...* De esta verdad tenemos experiencia, porque los señores Virrey y Justicia de Aragón, mal informados hablaban de esta junta aplicándole ciertos versos y libelos, y que aquí se censuraba el gobierno público. Quisieron saber de mí la verdad; y como tiene tanta fuerza, no solamente perdieron esta opinión, pero alabando lo que aquí se hace, creen que la República tiene en vuestas mercedes defensores de la virtud...

En 1607 el cargo de Cronista real de Leonardo lo mez-

(35) *Memorias literarias de Aragón*, ms. cit., Vol. II, p. 252 ss.

(36) *Obras sueltas*, I, págs. 317-326.

cló en la acusación contra Jerónimo Martel de que resultó el ser desposeído del empleo éste último y que Lupercio fuera nombrado para sucederle como Cronista del Reino, según se verá en otro capítulo. De mayor interés es la parte de Lupercio en la preparación del *Mapa de Aragón*, hecho por el cosmógrafo del Rey, Juan Bautista Labaña. Acaso por no haber logrado que su *Información* se imprimiera, y desde luego, llevado por el afán de dar a conocer las glorias de Aragón tanto en España como en los países extranjeros, (37) concibió la idea de hacer grabar un mapa de Aragón en cuyos márgenes iría un resumen en latín y castellano de la historia de este antiguo Reino, un mapa que habría de ser:

el más curioso que hasta ahora se ha visto, pues con él sólo se hará capaz el que le leyere de toda la historia de Aragón; hallará en un momento cualquier lugar que buscare; sabrá si es ciudad, villa o aldea, y también de qué diócesis o jurisdicción y en qué altura está (38).

En 1607 (39) interesó a los Diputados en este proyecto y le dieron facultades para seguir adelante con él. La persona más calificada para dirigir y preparar el mapa, era el portugués Juan Bautista Labaña, cronista regio de Portugal y Primer Cosmógrafo del rey. Lupercio, que iba con frecuencia a Madrid en 1608 y 1609, le convenció de que aceptase el encargo. El 9 de marzo de 1610, Lupercio compareció ante los Diputados de Aragón en representación de Labaña y se redactó un convenio por el que Labaña se encargaba de ver el territorio y preparar con el mayor rigor científico un mapa del mismo formato que el de Cataluña, impreso en Amsterdam, llevando en sus márgenes la historia del Reino de Lupercio Leonardo. Por este trabajo Labaña percibiría 2.500 ducados, y además, se entregarían 2.000 reales a Lupercio por su historia. Los

(37) Bartolomé Leonardo escribe, refiriéndose a su hermano: Buscando diversos modos para que se propagaran las memorias de este reino... trató con los señores Diputados que se formase un Mapa de Aragón.» *Obras sueltas*, II, p. 353

(38) Carta de Lupercio a los Diputados, Napoles, 31 diciembre, 1610. *Obras sueltas*, I, pp. 366-369.

(39) Escribe en 1610: «Habiendo yo solicitado tres años la ejecución del Mapa de ese Reino.» *Ibid.*, al principio.

gastos de las salidas y viajes de Labaña serían de cuenta del Reino. (40)

Labaña hizo su trabajo a fines de 1610 y durante el invierno de 1611, pero antes de terminarlo se vió precisado a regresar a Madrid. Desde allí escribió a los Diputados que completando sus notas con la descripción que se hiciera de los Pirineos cuando las revueltas de 1591 y con algunos otros datos que pedía le enviaran, confiaba completar el mapa, aunque no dentro del plazo fijado en el contrato. Los Diputados acordaron encargar al jesuita Pablo de Rojas, sabio matemático y geógrafo, la continuación de las mediciones y éste trabajó sobre el terreno durante el verano de 1614, enviando sus notas a Labaña.

El mapa se terminó el 5 de septiembre de 1615, y se entregó al Consejo; pero hasta la primavera del año siguiente los Diputados, cuya disposición había cambiado por el retraso, no lo aprobaron por fin, y entonces surgieron dificultades en cuanto a su impresión, que se alargó unos tres años.

Una de las dificultades mayores fué el precisar el carácter de la descripción marginal. El 31 de diciembre de 1610, Lupercio Leonardo había escrito desde Nápoles que iba a mandar los textos latino y castellano de su *Declaración sumaria de la historia de Aragón*, (41) que había de acompañar el mapa; y el 11 de febrero de 1611, el cuñado de Lupercio, Jusepe Trillo, lo entregó a los Diputados. (42) Pero el Padre Rojas criticó la descripción de Lupercio de *corta y pobre* y se pronunció en contra de su publicación con el mapa, (43) prefiriendo, naturalmente, una compuesta por él mismo. El 20 de abril de 1619, Labaña escribió al Consejo preguntando qué descripción había de imprimirse, «si una que hizo Lupercio Leonardo que no tengo o otra que hizo el Padre Roxas que él me imbió»; (44) y en setiembre del mismo año don Miguel Martínez del Villar mandó a Zaragoza «unos aduertimien-

(40) Vide *Itinerario del Reino de Aragón, por don Juan Bautista Labaña obra impresa y publicada por la excelentísima Diputación de Zaragoza*, Zaragoza, 1895, p. XXI ss.

(41) *Obras sueltas*, I, págs. 366-369.

(42) Archivo de la Diputación de Zaragoza, Ms. 320-321, fol. 106.

(43) *Itinerario*, p. XXXVI.

(44) *Ibid.*, p. LXX.

tos y cossas memorables para poner a las márgenes del mapa». (45)

En ese confuso estado de cosas Bartolomé Leonardo se encargó de la defensa de su hermano y redactó un memorial en que mostraba que de acuerdo con los términos del contrato original, sólo la descripción hecha por Lupercio podría imprimirse en los márgenes del mapa. (46) La justicia de esta reclamación fué reconocida y en 1619 apareció el mapa con la descripción (sólo en castellano) del Secretario Leonardo. El 28 de junio de 1623, doña María de Albién, viuda de Lupercio compareció ante el Consejo y expuso lo siguiente:

...Según fuero en dicho nombre de grado etc., otorgo hauer rescuido etc., de Juan Baptista La Baña... quatro mil sueldos jaqueses que por la capitulación hecha entre el dicho Lupercio Lehonardo mi marido y dicho Juan Baptista La Baña, la deuía dar y pagar por hacer la discrepción y mapa del Reyno de Aragón, y por lo que el dicho Lupercio Lehonardo hauía de trabaxar en hacer la discreción (sic) marginal de la ystoria del dicho Reyno y porque es verdad, etc., renuntiante, etc.

No solamente esta descripción, sino el mismo mapa, representan un señalado servicio de Lupercio Leonardo a Aragón y a la ciencia española, pues, como dice su hermano, «todo este negocio del mapa lo movió, lo solicitó y lo redujo a su efecto el Secretario [Lupercio Leonardo] hasta el punto en que hoy se halla.» (47) El éxito del mapa lo prueban las once ediciones que de él se hicieron antes de 1773. Ningún otro mapa de Aragón se hizo hasta 1761, cuando Tomás Fermín de Lezaún puso el trabajo de Labaña al día; y la muy celebrada *Nova et accurata Regni Aragoniae descriptio* de Juan Seyra y Ferrer, grabada en París por Lebaux, fué poco más que una reducción del mapa de Labaña; mientras la *Carta de Aragón* del geógrafo d'Anville, también muy alabada, estaba calcada en la *Descriptio* de Seyra. (48)

(45) *Ibid.*, p. LXVIII (b).

(46) Archivo de la Diputación de Zaragoza, Ms. 364, fol. 108. Testes, Gabriel Leonardo de Argensola, Caullero, y Juan García Aguado, Page.

(47) *Obras sueltas*, II, p. 354.

(48) *Itinerario*, págs. XXIX y XXXVI.

X

CRONISTA DE ARAGON

El primer cronista del Reino de Aragón fué Jerónimo de Zurita que tuvo este cargo desde 1548 hasta 1581 y fué sucedido por Jerónimo de Blancas, Juan Costa y Jerónimo Martel. A Costa y Martel correspondió escribir la historia de Aragón en los años que señalan la decadencia de su constitución. Sus escritos disgustaron a algunas personas infuyentes en la Corte; se hizo presión, sus anales fueron condenados y destruidos y el cargo de Cronista le fué retirado a Martel y concedido a Lupercio Leonardo. Este empleo duró tres años y es de todos los aspectos de la vida de Lupercio el que menos le honra.

Martel fué el artífice de su desgracia. Además de su «aparente o real indiferencia hacia las prerrogativas del Rey, su peligrosa fidelidad en detalles, (1) y su excesiva independencia de juicio» (2) existían razones especiales por las que los Diputados se habían disgustado con él. En contra de los términos de su nombramiento y de la obligación de residir los cronistas del Reino dentro de sus fronteras, Martel había fijado su residencia en Medinaceli como *Contador Mayor* del duque de este título. Ya en 1605 (3) le habían escrito los Diputados que volviera a Aragón con la amenaza de separarlo de su puesto, si no lo hacía. Martel no hizo caso y continuó sirviendo al Duque, mientras los Diputados esperaban su turno.

Dos años más tarde un accidente casual puso en juego el aparato de la injusticia oficial movida por la pasión y el interés particulares. El 31 de julio de 1607 murió uno de los Diputados, Don Diego de Monreal, Obispo de Huesca, y las llaves del Archivo que habían estado a su cuidado, se entregaron a Juan Estala, canónigo y Ca-

(1) «Escribía Martel... materias dependientes de otro reynado, y, con ser así, como los veían (los Anales) los que habían obrado en los sucesos de 1591, y se descubrían algunas causas ocultas, lo tenían por ofensa» Ugarte, *Progresos*, ms. cit., cap. VIII.

(2) Viñaza, *Discurso*.

(3) Carta de Lupercio a los Diputados, Real Acad. de la H.^a, Ms. H., fol. 118 ss.

marero de Roda, Diputado también. El 3 de agosto de 1607, Escala se presentó a sus colegas y dijo que al abrir el armario del Obispo había encontrado uno de los volúmenes de los anales de Martel (1606) al que le habían arrancado cuatro páginas. Presentó el libro mutilado para su examen y se registró puntualmente el hecho en los registros. (4) Se abrió una investigación y se averiguó que la falta de las cuatro hojas se había advertido antes de morir el Obispo. (5)

Es claro que alguien había tenido un motivo preciso para quitar una parte del manuscrito, y el 3 de agosto los Diputados acordaron retirar del Archivo cuantos libros tratasen de la historia del Reino, desde 1591 hasta la fecha, y entregarlos a una comisión de censores.

para que sus señorías vean la manera que se han de corregir y emendar dichos libros, para que estén de la forma y manera que más conuenga, en aumento del servicio del Rey Nuestro Señor y honra deste Reyno (6).

Acordándose sin duda de la comisión encomendada en 1599 a Lupercio Leonardo, Cronista de Su Majestad, para que corrigiera todas las historias escritas en el Reino por otros, (7) los Diputados lo designaron para actuar en esta comisión con Juan Estala y Bartolomé Llorente, Prior de Nuestra Señora del Pilar y antiguo Diputado.

Una vez más encontramos a Lupercio en una difícilísima situación. El, el «tenacísimo fuerista» era requerido para cuidar que ningún cronista aragonés escribiera algo que el Rey o sus ministros pudiesen interpretar como un «error». No obró con libertad seguramente, cuando halló motivos para suprimir los libros en cuestión y los motivos hallados por él y sus colegas no podían ser defendidos en ningún caso.

La comisión informó que Martel había desfigurado los hechos; que no había guardado la cronología de los sucesos; que se había equivocado completamente en su interpretación de las causas, mostrándose como narrador de fábulas y mitos más que como historiador; que no había

(4) Real Acad. de la H.^a, Ms. H. 25, fol. 89. Véase Ustarroz, *Progresos*, 26, fol. 89. Véase además Ustarroz, *Progresos*, ms. cit., cap. VIII.

(5) Ustarroz, *Progresos*, cap. VIII.

(6) Real Acad. de la H.^a, Ms. H. 25, fol. 90.

(7) «Historia per historicos dictorum Regnorum scribendas videndo, et diligenter examinando, et ab erroribus expurgando.»

discriminado los hechos según su importancia relativa; y que la pasión personal había perturbado su juicio hasta el extremo de que sus libros eran «pasquines y difamatorios libelos». Proseguía la información:

en lugar de prudencia, erudición y elegancia se hallan en estos Anales mucha temeridad, poca doctrina y ninguna curiosidad en el estilo y lenguaje, porque de los Reyes, nuestros Señores, de quien habla, de sus criados, ministros y oficiales, y de otras muchas personas calificadas, escribe y dice tales cosas, que quando no temía hacerse autor dellas, debe el Reyno temer justamente conservarlos en su archivo (8).

Parece también que se buscaron las opiniones de otras personas y que la condenación fué unánime. (9) Fray Miguel López Chalez, refiriéndose a los anales de Martel de los años 1598, 1599 y 1600, escribió a los Diputados:

Me parece que el Reyno no deve permitir que se impriman, porque demás que en ellos habla muy sin consecuencia annual, el autor es nombre muy sin estilo ni noticia de cosas necesarias para historia; el lenguaje es muy malo, la historia muy vulgar, y notablemente injuciosa y mordaz contra los Reyes..., contra sus privados y ministros, etc. (10).

Consecuencia de todo esto fué la remoción de Martel el 13 de octubre de 1608, «por tanto et alias», nombrando a Lupercio Leonardo para sucederle, con un salario de 4000 *sueldos jaqueses* al año, para desempeñarlo de por vida a condición de que viviera en Aragón; y se ordenó que los nueve volúmenes manuscritos de la crónica de Martel y los dos de la de Costa (11) se le confiaran para usar de ellos o rechazarlos en parte o en todo en la preparación de una *Historia de los años pasados* tal, que pudiese ser leída y estimada no sólo dentro del Reino, sino también fuera de él. Lupercio estuvo presente a todo esto y agradecido por el nombramiento, prestó acto seguido el juramento del cargo. (12)

(8) Real Academia de la Historia, Ms. H, 25, fol. 83.

(9) *Ibid.*, fol. 98 ss.

(10) *Ibid.*, fol. 95 Fecha, 10 agosto, 1608.

(11) Esta es la primera vez que se mencionan los anales de Costa en los documentos. Estos anales contenían la historia de Aragón desde las Cortes de Monzón, 1585, hasta poco antes de las de Tarazona, 1592, y fueron destruidos con los anales de su continuador, Costa fué Cronista de Aragón desde el 21 de mayo de 1592, hasta su muerte, 30 de junio, 1597. Cf. Latassa, Vol. I, art. *Costa*.

(12) Real Acad. de la Historia, Ms. H, 25, fol. 98 ss.

Según parece, Martel se mantuvo entre tanto en actitud de desafío y continuó trabajando sin hacer caso de los cargos que se le hacían. El 31 de mayo de 1608 compareció su hijo ante los Diputados y les hizo entrega de «un libro en pliego grande... el cual dijo que era el libro de la crónica del presente Reyno, por el dicho su padre hecho, del año próximo pasado de M-DCVII»; (13) y el 9 de diciembre Antonio Latassa, como procurador de Martel, protestó ante el Consejo contra la legalidad de su destitución. (14) Juan Miguel Palomar apoyó su causa.

Lupercio al día siguiente de ser nombrado partió para Madrid, llevando consigo los once *cuadernos* a fin de ponerlos fuera del alcance de algunos amigos de Martel que querían extractarlos y apenas llegado a la Corte escribió a Martel una carta todo lo conciliadora que pudo. En ella le decía que si aceptaba el antiguo cronista la decisión de los Diputados, nadie sino Lupercio se encargaría de la revisión de los papeles condenados; pero que en cualquier otro caso, la intervención de otros, quizá menos inclinados a la blandura, llegaría a ser necesaria. (15) No hubo respuesta. Una segunda carta de Lupercio amenazaba con tomar medidas encaminadas a justificar públicamente la decisión de los Diputados, caso de no contestar Martel dentro de un mes. Una tercera carta se escribió después de conocida la reclamación de Martel y, por último, en vista del silencio tan tenaz de éste, Lupercio presentó el asunto al Rey y pidió instrucciones. Fué remitido al Vice Canciller de Aragón, D. Diego Clavero, y a D. Pedro Moncayo, Presidente de Castilla. Este último, después de informarse sobre la conducta de Martel y la naturaleza de sus escritos, quiso traerlo preso a Madrid, pero a instancias de Lupercio no se hizo así, y en cambio se le mandó comparecer. Martel se presentó, reconoció la paternidad de las crónicas, y se le mandó retirar su apelación y que entregase sus apuntes para que fueran destruidos juntamente con las crónicas. (16)

El 10 de mayo de 1609 los Diputados ordenaron a Lupercio Leonardo que entregase los once volúmenes a don Martín de Alagón, Gentilhombre de Cámara de Su Ma-

(13) *Ibid.*, fol. 91.

(14) *Ibid.*, fol. 91 verso.

(15) *Ibid.*, fol. 118 ss.

(16) Real Acad. H.^a, Ms. H, 25, fol. 118 ss.

jestad y Diputado del Reino de Aragón con el fin de que fueran confiados al Vice Canciller «para que haga dellos lo que su Majestad tiene mandado». El 19 de mayo se hizo la entrega y fueron destruidos los once volúmenes de Costa y Martel «rasgando los dichos libros y ojas dellos... de manera que haora ni para siempre jamás no puedan ser leídos». (17)

Es claro que esto fué una injusticia. Pellicer dice: (18)

No es creíble que todo lo que escribieron los Coronistas Costa y Martel, según eran de cuerdos y doctos, fuese indistintamente merecedor de censura tan severa,

y señala razones de tipo político. Ustarroz, que era casi coetáneo, considera el asunto como muy desgraciado y concluye:

Cuando en Madrid se rasgaban los escritos de Gerónimo Martel, en Mallorca D. Miguel Martínez del Villar, le llamaba *diligente y verdadero historiador* (19), y cita un fragmento de harto honor para las cosas del Reyno... en el tratado que publicó impugnando los autores que manzillaron la fidelidad de Aragón...; y creo... que expurgándolos de algunas cosas pudieran sin vergüenza leerse y estimarse, y pudo hacer este castigo menos sensible la compañía de los Annales de Juan Costa, a quien no falta disposición, elocuencia y juicio para escribir (20).

En 1641 se publicó por orden de los Diputados del Reino *Forma de celebrar cortes*, obra de Martel «después de haber triunfado gloriosamente de las calumnias que la envidia y la ignorancia desencadenaron contra sus libros» (21) y en el prólogo, el editor (Andrés de Ustarroz) resume en tres palabras la causa de las contrariedades que el autor padeció: «Las verdades lastiman» (22). En la Biblioteca Nacional existe otra obra (23) del infortunado cronista: *Cronología universal, primera parte, desde la creación del mundo hasta el año 3373*. Su impresión es-

(17) *Ibid.*, fol. 108 recto y verso.

(18) *Op. cit.*, p. 25.

(19) «Diligens ac verus Regni Aragonum historicus» en su obra titulada *De innata fidelitate Regni Aragoniae*, p. 270. Citado por Latassa.

(20) Real Acad. H.ª. Ms. 11-2-7=16 (*Progresos*), cap. VIII.

(21) Lastanosa, *Medallas desconocidas*, op. cit. (1645), p. 6.

(22) Esta obra relata la mayor parte de los cargos hechos contra Martel por la comisión de censores en 1608. Viñaza, *Discurso*.

(23) Ms. E, 27, citado por Gallardo.

taba a medio terminar en 1602. Ustarroz tenía un ejemplar completo; pero la causa de seguir inédito era desconocida para Latassa, que cita también la *Historia de las cosas de su tiempo, que pasaron a su vista* como una obra «de utilísimo uso» (24). De Costa se conserva el rarísimo *Gobierno del Ciudadano* (25) y *De Conscribenda historia* (26). La primera fué traducida al latín, francés e italiano (27), y mereció el honor de tres ediciones españolas.

Lupercio comprendió la injusticia que se estaba cometiendo, como lo demuestran sus varios intentos de defender a Martel, en tanto fuera compatible con sus propios intereses y con las exigencias de su situación. Su honor estaba interesado en que no hubiese discusiones sobre la legalidad de su nombramiento. Con esta mira, hizo cuanto pudo por convencer a Martel de que aceptase lo inevitable. Al no conseguirlo, «obligado del caso», y previa consulta de graves eclesiásticos, procedió a llevar las cosas adelante. Pero, por su parte, no hubieran sido destruidos los papeles de los dos cronistas.

Martel era sabedor de la actitud contemporizadora de Lupercio y no tuvo conocimiento de sus tres cartas. No es difícil imaginar los sentimientos del primero, que advierte en Medinaceli:

No se admirará ni indignará Vm. desto (28) acordándose que aquellos escritos los entregaua cada año recién nacidos, faltándole tiempo y comodidades para verlos y reformarlos, que según Oracio diez años son menester para esto, y assi alargó Vm. la pluma algunas veces según sus afectos, aunque entonces le deuía parecer que era según su obligación (29).

Lupercio hizo, sin embargo, lo que pudo por Mar-

(24) Latassa, Vol. II, págs. 250-251.

(25) *Gobierno del Ciudadano*, compuesto por Micer Ioan Costa, Doctor y Cathedrático de Leyes en la Universidad de Caragoça; trata de cómo se ha de regir así su casa y República..., Zaragoza. 1684. Esta edición la citan Jiménez y Simón, op. cit., II, págs. 250-251. Había aparecido anteriormente en Pamplona, 1575, y Salamanca, 1578.

(26) *De conscribenda reyum Historia libri duo: quibus continentur totinae historiae institutionis breuissima et absoluta praecepta, Caesaraugustae, anno 1591, 4, typis Laurentii de Robles (Nicolás Antonio). Citado por Latassa en sus notas al *Aganipe de los cisnes aragoneses* de Andrés de Ustarroz, 2.ª ed., Zaragoza, 1890, p. 115. Para otros escritos de Costa v. Latassa o Nicolás Antonio.*

(27) Latassa.

(28) Es decir, del informe de los censores.

(29) Real Ac. de la H.^a, Ms. H. 25, fol. 118 ss

tel. Se resistió a solicitar el cargo de cronista, aun cuando sus amigos le apretaban a hacerlo. Aplazó el examen de las crónicas cuanto pudo (30). Al prestar el juramento de su empleo de Cronista requirió al notario para que hiciere constar en los registros del Consejo su sentimiento por haber sido designado con perjuicio de ofro. Disuadió al Presidente de Castilla de que impusiera a Martel la humillación del arresto; protestó contra la destrucción de las crónicas, ofreciéndose a expurgarlas, y, finalmente, defendió a su autor, haciendo ver que sus papeles habían sido entregados de buena fe a los Diputados y que sus errores más se debían a incompetencia que a mala intención (31).

Pero, como apunta el Conde de la Viñaza (32), todo esto no convence. Lupericio mismo señaló a Martel el verdadero camino: «Vm. sabe a quién tiene ofendidos en estos escritos y si se pueden hazer pagados de su mano» (33). Las razones eran de orden político, y enteramente ajenas a toda consideración de estilo o cronología en la narración de los sucesos. Lupericio, aun cuando algunos pasajes de su relación acerca de las revueltas de 1591 son la última muestra de independencia en los cronistas de Aragón, (34) había perdido su libertad por aquel entonces. Era un servidor de Su Majestad.

Lupericio Leonardo era sobradamente astuto para no echar en saco roto lo ocurrido a su predecesor. Los Diputados, al nombrarlo Cronista, le encargaron de rehacer la «historia de los años pasados»; pero en la cláusula del nombramiento que reza «y lo que más se fuere ofreciendo se le advertirá», encontró él un pretexto para eludir tan peligrosa empresa, pues en 1612 escribía desde Nápoles:

Quando los SS. Diputados predecesores de V.SS. me mandaron que sirviese al Reyno en el oficio de Coronista, reservaron para después el darme instrucción de lo que debía hacer, juzgando prudentemente que la que tubieron mis dos predecesores

(30) «Començamos a ver los libros de Costa en las casas del Reyno con asistencia de un Diputado y por parecerme grande y inútil el trabajo, desuaneceí la junta».

Los de Martel no fueron examinados hasta el año siguiente. *Ibid.*, 118 ss.

(31) Real Acad. de la H.^a, Ms. H, 25, fol. 107.

(32) *Discurso*.

(33) Real Acad. de la H.^a, Ms. H, 25, fol. 118 ss *ad finem*.

(34) Duque de Villahermosa, *op. cit.*, p. 16.

no era qual convenía; porque dar tarea, y obligar a que cada año se escriba lo que en él sucede, y que se entregue como sale de la pluma, es ageno de la gravedad y autoridad de la Historia, y ocasión de que se escriban muchas mentiras y cosas indignas...; de manera que escribir sin tiempo y sin examen, sin elección y sin estilo, más es de Gazetas y Menantes que de historiadores. Yo les propuse algunas materias en que a mi parecer se debe ocupar el Coronista de ese Reyno, que son las siguientes (35).

Y eran éstas: primera, hacer un compendio de los *Anales* de Zurita, añadiendo las explicaciones que hicieran comprensible el libro a los no nacidos en el Reino; segunda, componer un libro con las vidas de los hijos ilustres de Aragón, en provecho de otros países; tercera, continuar la *Historia de la España Tarraconense* ya empezada por Lupericio; cuarta, continuar la Historia de Zurita, desde la unión de Castilla y Aragón bajo Carlos V. Los Diputados se pronunciaron por esta última idea, aunque al mismo tiempo le ordenaron seguir adelante con su historia de la *Hispania Tarraconense*; y Lupericio empezó a trabajar en su *Historia de Carlos V*, «preparando y inquiriendo las cosas necesarias».

Pero casi inmediatamente tuvo nuevos cargos y responsabilidades, que, si le hicieron posibles más extensas investigaciones sobre el reinado del Emperador, también hicieron pasar a segundo plano la redacción de la historia de su reinado.

El Conde de Lemos fué nombrado Virrey de Nápoles y quiso llevarse a Lupericio como Secretario de Estado y Guerra. Italia, escenario de las heroicas hazañas de los antiguos reyes de Aragón, país, además, de los antepasados paternos de Lupericio, se abría delante de él. Obtuvo permiso sin dificultad de los Diputados y se preparó a marchar.

(35) Pellicer, *op cit*, págs. 32-33.

XI

N Á P O L E S

Don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos, sobrino y yerno del Duque de Lerma había sido mucho tiempo amigo de los Argensola. Pardo sugiere (1) que pudo haber trabado relación con Bartolomé Leonardo en la Universidad de Salamanca, pero no parece esto probable por ser él catorce años más joven que el Capellán de la Emperatriz. La amistad con los dos hermanos nacería en la Corte. Como Presidente del Consejo de Indias don Pedro eligió a Bartolomé para relatar el hecho que él consideraba como el más notable de su administración, la conquista de las islas Molucas o de las Especias (1604-1606); y éste escribió, por orden suya, la *Conquista de las Islas Malucas* (2). Es obvio suponer que Don Pedro fué también la «persona grave» (3) que impidió retirarse de Madrid a Bartolomé a raíz de la muerte de María de Austria y le indujo a ir con la Corte a Valladolid.

El nombramiento del Conde se hizo público el 21 de agosto de 1608 muy poco después de muerto Juan Ramírez de Arellano, su amigo y secretario (4). Inmediatamente empezaron a llover sobre él cartas de solicitud y recomendación dirigida por cuantos deseaban para sí o para otros un puesto en el séquito del nuevo Virrey. Entre los pretendientes estaba Diego de Amburcea, que, por su experiencia como secretario del Conde de Benavente, que cesaba de Virrey, se creyó calificado para desempeñar puesto semejante con el Conde de Lemos. Pero con grandísimo disgusto suyo se enteró de que la misma noche de la muerte de Ramírez se había ofrecido el cargo de secretario a Lupercio Leonardo de Argensola, a quien don Pedro quiso años atrás hacer miembro de su servidumbre, y que todo lo concerniente a la elección

(1) A. Pardo Manuel de Villena, *El Conde de Lemos*, Madrid, 1911, p. 20.

(2) Madrid, 1609.

(3) V. los tercetos de Bartolomé, *Con tu licencia, Fabio, me retiro, Rimas*, p. 254.

(4) Estos y los más de los datos que siguen están tomados de Pardo, *op. cit.*, cap. VIII.

del personal para el nuevo servicio estaría a su arbitrio, caso de que aceptase. Amburcea se sintió ofendido y desfogó su despecho escribiendo a un amigo de Vizcaya una sátira sobre la debilidad del Conde al rodearse de poetas (5).

Puesto que el mandato del Conde de Benavente como Virrey de Nápoles no expiraba hasta la primavera de 1610, don Pedro no se dió prisa en hacer sus preparativos y se retiró a sus posesiones de Monforte (Galicia). Probablemente hasta la resolución del caso de Martel (19 de mayo de 1609) y la concesión a Lupercio por los Diputados del permiso especial por el que podía residir fuera del Reino (6), no le fué posible aceptar definitivamente el nuevo puesto. El 17 de septiembre de 1609 Bartolomé Leonardo escribía a Llorente desde Madrid: «Mi hermano está en Galicia. Vendrá presto, y con su venida acabaremos de saber si esta ida a Nápoles es hijo o hija.» (7)

Por estas fechas es probable que los dos Leonardo empezasen a elegir su gente. Era deseo del Conde que los elegidos se escogieran entre gente de letras, y así se hizo. Pero la elección hecha no es fácil de explicar.

Uno de los que más insistentemente procuraron ser incluídos en la servidumbre de don Pedro fué Miguel de Cervantes (8), pero por alguna razón fué preterido a pesar de las amistosas relaciones que existían y continuaban existiendo entre él y el de Lemos. Parece, sin embargo, que los Argensola le prometieron llamarlo en la primera oportunidad. No lo hicieron y «el apacible anciano» les reprocha su olvido en el *Viaje del Parnaso* (9). Pardo

(5) Pellicer, *op. cit.*, págs. 26-27. Esta carta puede leerse en Paz y Melia, *Salas españolas*, Madrid, 1890, Vol. I, págs. 317-375.

(6) Este permiso se concedió formalmente a 9 de marzo de 1610, pero los Diputados tenían «ya antes noticia de las razones que en la dicha petición se contienen». Archivo de la Diputación de Zaragoza, Ms. 314, folio 136 verso.

(7) Viñaza, *Discurso*, Apéndice, 190, carta 38.

(8) Pardo, *op. cit.*, págs. 110-114; 125-126; 260-261

(9) Mandóme el del aligero calçado,
que me aprestasse y fuesse luego a tierra
a dar a los Lupercios un recado,
en que les dicesse cuenta de la guerra
tenida, y que a venir les persuadiesse
al duro y fiero asalto, al cierra, cierra.
«Señor, le respondí, si a caso hubiesse
otro que la embajada les llevasse,
que más grato a los dos hermanos fuesse,

aventura la explicación de esto por la edad de Cervantes, y porque no era a propósito para lucir en las «comedias de repente» de que tanto gustaba el de Lemos. Fitzmaurice-Kelly, por otra parte (10), nota que Cervantes era quizá no menos eficiente que Lupercio, que murió el primero.

Según Pardo, don Luis de Góngora también pretendió un lugar y al no lograrlo escribió el soneto *El Conde maññor se va a Nápoles*, pero este soneto figura en la edición crítica de las obras de Góngora (11), con esta nota: «Del Conde de Villamediana, Prevenido para ir a Nápoles con el Duque de Alba.» El citado soneto no puede aplicarse bien a la partida de don Pedro.

Otro de los aspirantes era Cristóbal de Mesa y éste, ante el anuncio del nombramiento de don Pedro, secundó su primera petición con una epístola en verso lamentándose de que una larga enfermedad le había impedido escribir y de lo difícil que resultaba llegar hasta el Conde después de muerto su anterior secretario Ramírez de Arellano. Y Cristóbal Suárez de Figueroa en *El Pasajero* (Alivio VIII) refiere, cómo con intención de dedicar un libro a Lemos y tal vez en un intento de obtener un lugar

que yo no soy, sé bien que negociasse
mejora. Dixo Mercurio: «no te entiendo
y has de ir antes que el tiempo más se passe».
«Que no me han de escuchar estoy temiendo.
le repliqué, ya, si el yr yo no importa,
puesto que en todo obedecer pretendo,
que no sé quién me dize y quién me exorta,
que tienen para mí, a lo que imagino,
la voluntad, como la vista, corta;
que si esto así no fuera, este camino
con tan pobre recámara no hiziera,
ni diera en un tan hondo desatino,
pues si alguna promessa se cumpliera
de aquellas muchas que al partir me hizieron,
lléneme Dios si entrara en tu galera.
Mucho esperé, si mucho prometieron,
mas podía ser que ocupaciones nuevas
les obligue a olvidar lo que dixeron.
Muchos, señor, en la galera lleuas
que te podrán sacar el pie del lodo.
Parte, y escusa de hazer más prueuas».
«Ninguno, dixo, me hable desse modo
que, si me desembarco y los enuisto,
boto a Dios, que me trayga al conde y todo».

Ed. Schevill y Bonilla, Madrid, 1922, págs. 43-44.

(10) *The Life of Miguel de Cervantes Saavedra*, op. cit., p. 230.

(11) Ed. R. Foulché-Delbosc, Bibliotheca Hispanica, Vol. XVII, New-York, 1921.

en su acompañamiento (12), fué a Barcelona cuando iba a embarcar, pero le fué estorbada una audiencia por un *eclesiástico* (acaso Bartolomé Leonardo), que contestó que el Conde estaba ocupado. Acudió a alguien más, pero no recibió diferente respuesta, y se volvió a Madrid convencido de que don Pedro estaba rodeado de *ingeniosos* que lo hacían inaccesible. Los resentimientos suscitados en esta ocasión están confirmados por el testimonio de Andrés de Ustarroz: «Todos los poetas de aquel tiempo se lamentan de la tibieza de Lupercio Leonardo.» (13)

Los elegidos de momento fueron don Antonio Mira de Amescua, Gabriel de Barrionuevo, Antonio de Laredo y Francisco de Ortigosa. A excepción del primero, los demás son hoy desconocidos. Gabriel de Barrionuevo, «celebrado por sus entremeses» (14), sólo ha dejado impreso el *Entremés famoso del triunfo de los coches*, publicado en la *Octava Parte de las Comedias* (1617) de Lope de Vega y en la *Colección de entremeses* de Cotarelo (15). En cuanto a Laredo y Ortigosa no he logrado averiguar nada más de lo que cuenta Diego Duque de Estrada en su relación de la academia literaria establecida por el de Lemos en Nápoles. Alude a Ortigosa como un «singular, si desgraciado ingenio» (16) y en otra ocasión dice de él:

Por su nobleza, valor y soberano ingenio pudiera fortuna, a no ser envidiosa y tener discurso de razón, darle el laurel de Apolo de nuestra España (17).

Y de Laredo:

Era... de muy buen ingenio, cara y talle, tentadísimo por hablar de repente, junto que en otras comedias hacía él la mayor parte de los papeles, fingiendo diversas voces, y pasándose a diferentes lugares, con que (como que) hablaban muchos; y tan gracioso en los disparates, que decían que era la fiesta de la comedia (18).

(12) «Doctor. No se apartana de mi imaginación el continuo cuidado de ausentarme, por buscar en patrias estrangeras alas que como otras veces me sirviessen generosamente de sombra y escudos». *Bibliófilos esp.*, Madrid, 1914, págs. 422 ss.

(13) *Elogios*, ms. cit., cap. XXII.

(14) *Comentarios del desengañado, o sea Vida de D. Diego Duque de Estrada, escrita por él mismo. Memorial histórico español*. Vol. XII, Madrid, 1860, p. 124.

(15) *Nueva biblioteca de AA EE*, vol. XVII, págs. 208.216.

(16) *Op. cit.*, p. 124.

(17) *Ibid.*, 140.

(18) *Ibid.*, p. 126.

Pero don Diego Duque de Estrada era un fantástico, como puede deducirse de algunas páginas de su *Comentario*, y el valor de sus palabras solo puede ser relativo. Quizá un más exacto juicio es el de Cristóbal de Mesa en la ya citada epístola al Conde (19):

De algunos españoles haceis caso
que en Italia veréis por experiencia
que a la falda no llegan del Parnaso.

Es evidente que en el caso de esta selección nadie mas compartió la responsabilidad con los Argensola, ya que contra éstos y no contra el de Lemos, se dirigieron las invectivas de los no favorecidos. Puede ser que la amistad decidiera, pero no hay datos de que Lupercio o Bartolomé distinguieran con su estima a los elegidos. Puede ser, como supone Pardo (20), que la condición principal requerida fuese la habilidad en improvisar versos y comedias según la costumbre de la época. Y hasta es posible que los Argensola prefiriesen rodearse de personas cuyas prendas literarias no fueran capaces de oscurecer las suyas.

Establecido en Nápoles con su esposa y su hijo Gabriel, Lupercio se encontró casi abrumado por sus obligaciones. El Virrey de Nápoles era el más importante de todos los cargos (21) que el rey de España nombraba en Europa. El mismo Conde de Lemos estaba agobiado de trabajo y sus médicos le prescribieron que se tomase más descanso (22). Una idea del enorme cúmulo de asuntos llevados, puede obtenerse de un dato de Amburcea, el antiguo secretario:

¿Quién creará que hoy día que llegan los memoriales decretados por el virrey y sus Secretarios... a novecientos? (23)

Y Lupercio Leonardo habla de la atareada vida que llevaba en una carta a don Martín Bautista de Lanuza (24).

(19) Citado por Pardo, *op. cit.*, p. 113

(20) *Ibid.*, págs. 260-261. V. además págs. 105-108 y don Diego Duque de Estrada, *op. cit.*, págs. 125-127.

(21) Pardo, *op. cit.*, p. 129.

(22) *Ibid.*, p. 131.

(23) Pellicer, *op. cit.*, p. 28.

(24) El *Justicia de Aragón*. La carta está fechada en Nápoles, 8 septiembre, 1611. Real Acad. H.^a, Ms. H, 25, fols. 122-124. Citado por Pellicer, p. 35.

Quien se da enteramente a los negocios, halla en ellos mismo lugar para respirar. Yo lo he hecho así, porque no vivo en Nápoles, sino en mis aposentos. No como, sino a mediodía; acuéstome a las once; despierto antes de las cuatro, y hasta las seis soy absolutamente mío, porque entonces callan mis aposentos; en todo lo demás del día son campo de batalla.

Estas dos horas entre cuatro y seis las dedicaba Lupercio a sus trabajos históricos, porque el permiso de ausentarse concedido por los Diputados no le eximía de sus obligaciones como Cronista. El mismo había aducido como principal motivo para su licencia, las ventajas que el autor de la *Historia de Carlos V* tendría en poder visitar el teatro de los sucesos que iba a relatar y en tratar a personas que habían sido testigos presenciales de los mismos, todo lo cual podría hacerse en Italia, ya que las guerras entre Carlos y el Rey Francisco I dirimieron la posesión de la península, habiéndose considerado siempre Milán y Nápoles como el más preciado galardón de las victorias del Emperador (25). En enero de 1612 pudo comunicar a los Diputados:

He trabajado en esta *Historia de Carlos V* de manera que dándome Dios salud pienso ver el fruto, y poner mano en otra que también me mandaron los Señores Diputados,... que es la *Historia de Aragón* desde la fundación de Zaragoza (26).

Esta esperanza se cumplió. Por diciembre de 1612 escribió de nuevo a los Diputados, diciendo que, a excepción de ciertas lagunas que habrían de llenarse con datos recogidos en Aragón a su regreso, la *Historia de Carlos V* podía considerarse acabada. Pero en vista de que el Conde de Lemos se habría de detener por lo menos hasta el verano próximo, y de que su permiso de residencia caducaba en marzo, pidió una prórroga del plazo con la promesa de continuar su labor histórica sin más remuneración hasta su vuelta a España (27). Se accedió a lo pedido y Lupercio reanudó su trabajo sobre la *España Tarraconesa*.

Los miembros de la servidumbre de Don Pedro organi-

(25) Real Acad. H.^a, Ms. H, 25, fols. 160 ss.; *Obras sueltas*, I, páginas 368 ss.

(26) *Ibid.*, fol. 125.

(27) Pellicer, *op. cit.*, págs. 32-34.

zaron reuniones literarias tan del gusto del Virrey cuyo entusiasmo por las letras le había valido justamente el dictado de *Mecenas español*. Había mantenido, como se recordará, una academia en Zaragoza (28), y es natural que, hallándose en la ciudad donde estas reuniones habían alcanzado quizá su máximo esplendor, y confirmando la tradición establecida por el Virrey anterior, Don Pedro de Toledo, se decidiera el de Lemos a organizar una academia propia. Sabedor de la existencia de una naciente sociedad literaria que había sido organizada por el Cardenal Brancaccio y que ahora presidía Giambattista Manso, amigo y biógrafo del Tasso y amigo más tarde (1638) de Milton, ofreció a su presidente sus propios servicios y los de su secretario (29).

Resultado de esa fusión fué la *Academia de los Ociosos*, que, según Pardo (30), llegó a ser uno de los centros literarios más importantes de Italia y aun de todo el mundo de las letras en los primeros años del *seicento*. Giannone, en su *Historia civile del regno di Napoli* (31), dice de esta Academia que no sólo los *letterati*, sino también la nobleza y los más celebrados eruditos de Nápoles solicitaron el honor de contarse entre sus miembros, y cita especialmente los Príncipes de Stigliano, de la Riccia, de Cariati, y de Rocca Romana, junto con los Duques de Sermoneta y Nocera y otros caballeros de elevada alcurnia; entre los sabios estaban Giambattista Marini, Pietro Lassena, Francisco de Petris, Giulio Cesare Capaccio, Ascanio Cojelli, Tiberio del Pozzo, Antonio María Palumbo y muchos otros.

Pero aun en medio de tan distinguida compañía, según Giannone, el Virrey era quien comunicaba a la Academia su mayor brillo y fué su afición a las representaciones teatrales la que dió carácter principal a los ejercicios literarios con que los *Oziosi* entretenían sus horas libres. En cierta ocasión don Pedro recitó una comedia de su propia invención (32), que fué premiada con aplauso general. Y era asimismo de su gusto el asignar a cada uno

(28) *Obras sueltas*, I, págs. 309-310, n.

(29) Pardo, *op. cit.*, p. 160 ss.

(30) *Ibid.*, págs. 163-164.

(31) Citado por M. Mir en su introducción a la *Conquista de las Islas Malucas*, Zaragoza, 1891, págs. XLVIII-XLIX.

(32) *La casa confusa*. M. Mir, *loc. cit.*, p. L.

de los académicos asunto para la improvisación de comedias en las reuniones, después de leídas las disertaciones encargadas en la sesión precedente (33).

Diego Duque de Estrada (34) ha dejado un relato de una de estas representaciones, en la que tomó parte:

La primera vez que yo entré se hizo una comedia de repente, que así por detenerme en escribir otra cosa que desdichas, como por ser graciosa, la contaré. Representóse el hundimiento de Eurídice,... Hacía de Orfeo el Capitán Anaya, un hombre de muy buen ingenio y ridículo, tocando por citara unas parrillas aforradas de pergamino que formaban unas desconformes voces; de Eurídice hacía el Capitán Espejo, cuyos bigotes no sólo lo eran, pero bigoterías, pues los ligaba a las orejas. El Rector de Villahermosa, hombre graciosísimo, viejo y sin dientes, a Proserpina; el Secretario Antonio de Laredo a Plutón y yo al embajador... de Orfeo... Empezóse la comedia y asistían Virrey y Virreina con muchas damas encubiertas permitiéndose, como era de repente, si se decía alguna palabra sucia o no muy honesta, si lo había menester el consonante del verso. Salió el Rector, que como clérigo andaba rapado, vestido de dueña, y habiendo en esto entrado una dueña muy gorda, como era de noche, pensando que era ella, fué tal la risa, que apenas si podía empezar la comedia, la cual empezó el Rector diciendo:

Proserpina. Yo soy la Proserpina; ésta, la morada
del horrible rabioso cancerbero,
que me quiere morder por el trasero.

Plutón. Bien hay en que morder, no importa nada

Y a este tono se fueron siguiendo disparates tan graciosos, que aun los que los representaban no lo podían hacer de risa, etcétera.

La intervención del hermano de Lupericio en las actividades de la Academia está demostrada por estas palabras de don Diego. Hay también pruebas de que Lupericio era el principal organizador. Recordando las gratas horas pasadas con los *Humildes* de Madrid y los *Anhelantes* en Zaragoza y valiéndose de la experiencia allí adquirida, él fué el primero en acelerar la constitución de la nueva sociedad, y después la sostuvo con sus desvelos, la orientó con sus consejos y la ennobleció con su presencia.

Cui debemus Academiam hanc nostram, auditores, nisi soli Lupericio? Ipse enim apud Proregem de ea primum cum verba

(33) D. Diego Duque de Estrada, *op. cit.*, p. 125.

(34) *Op. cit.*, págs. 124-127. Citado por Pellicer, *op. cit.*, págs. 89-92, y por Pardo, *op. cit.*, págs. 168-171.

fecisset, quantum civitati huic ipsiquemet Principi splendoris additura fuisset, commemoravit, quo factum est ut doctissimus ille, ac dementissimus comes in Academicorum numerum, tanto nostro cum honore describi petieret, quare quidquid sumus, sua ope, consilio sumus Academici; huic itaque Lupercius Academiam hanc nostram in lucem prodeuntem, suscepit, natam sinu fuit, adolentem ornavit, suscepit auxilio, fuit consilio, ornavit praesentia (35).

No todas las actividades de la Academia fueron tan frívolas como la parodia del «hundimiento de Euridice». Andrés de Ustarroz nos ha legado un relato de una sesión bien diferente, tenida con el mayor decoro, en latín. (36) Esta sesión se celebró el 29 de marzo de 1613 en conmemoración de la muerte del fundador, Lupercio Leonardo.

Aunque su muerte sobrevino repentinamente, parece que él la presintió. Aquejado de una que parecía ligera indisposición, mandó llamar un sacerdote con achaque de hacer una confesión que había redactado algún tiempo atrás. El confesor manifestóse sorprendido e indicó que su petición de los Sacramentos era prematura. Lupercio insistió. Llamó a su hijo Gabriel le exhortó a ser celoso en el servicio de Dios y de su Rey y murió a las pocas horas. (37)

Don Pedro escribió el 18 de marzo a los Diputados de Zaragoza, (38) expresando su sentimiento por la pérdida de quien tanto lustre prometiera por su talento a Aragón y a España y del que había sido un amigo suyo. El 21 de marzo Gabriel Leonardo envió otra carta en parecidos términos y ofreciendo sus servicios al Consejo. (39) Este último, en su respuesta, le pedía que, como heredero, se hiciese cargo de los escritos de su padre, entregándolos al Archivo del Reino tan pronto como le fuera posible, con el fin de que pudieran disponerse para su publicación. (40)

No se hizo así desgraciadamente ya por negligencia

(35) Real Acad. H.^a, Ms. H., 24, cap. XX. Del elogio en latín pronunciado en los funerales de Lupercio.

(36) *Ibid.*, cap. XX. También Pellicer, *op. cit.*, págs. 36-39.

(37) Fitzmaurice-Kelly, en su *Life of Miguel de Cervantes*, p. 149, da la fecha de 13 de marzo. En ninguna otra parte he hallado noticia del día. Véase *ms. cit.*, cap. XX, y Pellicer, *op. cit.*, pág. 35.

(38) *Obras sueltas*, II, p. 373.

(39) Real Acad. H.^a, Ms. H., 25, fol. 127.

(40) Real Acad. H.^a, Ms. H., 24, fol. 98.

de Gabriel, ya por alguna circunstancia ajena a éste; y con excepción de unos pocos fragmentos del *Carlos V* de Lupercio y de su *Historia general de la España Tarraconense*, los demás manuscritos se perdieron. A Gabriel se le dió el puesto de su padre de Secretario de Estado y Guerra. El Rector de Villahermosa continuó en su cargo. Y ambos siguieron al servicio de Don Pedro hasta su regreso a España el verano de 1616.

XII

EL HOMBRE

Un manuscrito de la Real Academia de la Historia, al parecer de mano de Andrés de Ustarroz, hace el siguiente retrato de Lupercio Leonardo: «La tez del rostro blanca, ojos negros barba y cabeza (sic), la nariz proporcionada, la frente ancha, y calva mucha parte de la cabeza». (1) Su carácter se ha revelado en la historia de su vida y la apreciación que sigue es poco más que un resumen de lo arriba dicho. Le distinguieron en alto grado las cualidades que han caracterizado siempre a los naturales de Aragón. *Fuerista* cuando el forcejeo entre el Rey y el Reino, fué también tenaz defensor de sus propios derechos: «Estoy resuelto en no revocar la donación, porque las cosas hay humanas, y en morir defendiendo lo que las leyes de Dios y del Rey me permiten absolutamente.» (2) Esta misma posición inquebrantable se advierte en su gestión de los asuntos del Duque de Villahermosa y en su elección de la servidumbre que iba a llevar el Conde de Lemos a Nápoles.

El era ante todo un aristócrata, un noble. La organización aragonesa con sus injustas diferencias de clase, era para él cosa sagrada, resultado de la sabiduría de generaciones, sancionada por reyes y prelados unidos en nombre de Cristo. (3) Cuando ataca la *comedia* es por el número de *personas señaladas* pervertidas por ésta. (4) En ninguna ocasión habla de la tiranía que los *caballeros señores de vasallos* ejercieron en Aragón, (5) pero insiste en que el pueblo debe obedecer: «Rompiéndose el nudo de la obediencia en el pueblo, es forzoso que él, o quien le señorea, perezcan» (6) Su conducta con el Rey, que linda con la adulación en la *canción* a San Diego (7) y los

(1) Real Acad. H.^a, Ms. H. 25, fol. 130.

(2) Viñaza, *Discurso*, Apéndice 119, carta 2.

(3) *Información de los sucesos de Aragón*, págs. 17-18.

(4) *Obras sueltas*, I, p. 282.

(5) «No es extraño; la misma santa Duquesa había prendido a un alcalde y se creía autorizada para matarlo foralmente de hambre, y por rasgo de santidad se tuvo que no lo hiciera». V. de la Fuente, *op. cit.*, p. 335.

(6) *Información*, p. 65.

(7) *En estas sacras ceremonias pías*, *Rimas*, p. 116.

tercetos sobre Aranjuez, (8) se define más precisamente en su *Información de los sucesos de Aragón*; (9) «Pues los reyes son hombres, y ven y oyen por otros ojos y oídos: sólo Dios es el que no puede ser engañado».

Una sola vez dejó de ser leal Lupercio. En la destitución de Martel se inclinó a las exigencias del poder, sancionando públicamente, aunque contra su voluntad, las falsas acusaciones lanzadas por uno de sus colegas. (10) Hizo esto, sin embargo, en la convicción de que no había otro camino viable; y en su lecho de muerte pudo decir que nunca había sido reo de engaño. (11)

Su deseo de levantar el nivel moral de sus contemporáneos, está patente en todas sus obras; y no menos clara es su devoción a la Iglesia. Al explicar a Llorente por qué empezaba su historia del antiguo Reino de Aragón desde el tiempo de Augusto, escribe. «No tengo por de gran importancia escribir las barbaridades antiquísimas de aquellas gentes que no conocieron el verdadero Dios». (12) En la preparación de dicha obra, la historia eclesiástica es la que le interesa más y su entusiasmo por Aragón corre parejas con el de Prudencio que cantó:

Tu decem Sanctus revehes et octo
Caesaraugusta studiosa Christi,
Verticem flavis oleis revincta
Pacis honore.

Quintana le acusa no sin algún motivo de frialdad; pero amó tiernamente a sus familiares y fué muy devoto de unos pocos amigos y escribió a Lipsio remedando la frase de Terencio: «Homo cum sin. nihil humani a me alienum puto». (13) El primero entre estos amigos lo fué el canónigo y Prior de Nuestra Señora del Pilar, D. Bartolomé Llorente. Las quince cartas conservadas de la correspondencia entre éste y Lupercio van desde 1594 hasta

(8) *Hay un lugar en la mitad de España*, Rimas, p. 116.

(9) P. 52.

(10) «Pudieron haber llegado al mismo fin sin ensañamiento ni tacha de adulación al poderoso, siquiera entendiesen cumplir con su conciencia y con sus altos deberes; y así no se habrían desmentido posteriormente la mayor parte de las aseveraciones del referido dictamen con lo impreso que de Martel ha llegado a nuestro conocimiento». Viñaza, *Discurso*, op. cit.

(11) Pellicer, op. cit., p. 25; Ustarroz, *Elogios*, cap. XX

(12) Pellicer, op. cit., p. 14.

(13) *Ibid.*, p. 78.

1609. En él encontró Lupercio un amigo, un consejero y un maestro. A él le mandó para corregirlo el manuscrito de su traducción de Tácito; a él acudió en busca de guía a cada momento en la preparación de su *Hispania Tarraconensis*; bajo su dirección estudió hasta el punto de poner su salud en peligro; y con él compartió los momentos de su vida familiar. Sólo ocasionalmente se descubre en estas cartas el fondo íntimo de Lupercio; pero tales fugaces vislumbres y el largo espacio de tiempo que duró la correspondencia, y su mismo contenido, revelan la influencia de Llorente sobre su amigo.

Junto a Llorente, como amigo de los Argenzola, está el Dr. Aguilar Terrones, con quien Bartolomé coincidió en la Universidad de Salamanca, y que más adelante llegó a Capellán del Rey. (14) A él alude frecuentemente Bartolomé Leonardo como «nuestro amigo» en sus cartas a Llorente, y a ruegos suyos compuso Lupercio los *tercetos* (15) en honor de San Eufrasio, cuando Terrones hizo el traslado de las reliquias del Santo desde Asturias a su patria, Andújar. (16)

Nada más cabe decir de su amistad con Lipsio. Lupercio lo cuenta entre sus mejores amigos: «Te praecipue inter hos ut luna inter minora sidera conspicuo» (17) Pero aquí se trata del Lipsio erudito. Lupercio sintió admiración y respeto hacia él. Acaso no le esté muy bien aplicada la palabra amigo.

Mucha más íntima debió ser la relación con don Nuño de Mendoza, primer Conde del Valle dos Reis que sirvió de intermediario entre Lipsio y Lupercio. Nacido en Alcaccer do Sal, (Portugal) de familia noble llegó a ser hombre de no pocas letras y sostuvo correspondencia con Lipsio y otros humanistas de su época, siendo también un generoso protector de los literatos. El mismo compuso versos en portugués y castellano, que fueron celebrados por Lope de Vega, (18) y la epístola satírica de Bartolomé Leonardo, *Dizesme, Nuño que en la Corte quieres parece*

(14) Viñaza, *Discurso*, Apéndice 190, carta 12. Debe recordarse que Lupercio publicó el sermón predicado por Terrones en el funeral de Felipe II.

(15) *Quando en la sed del implacable estío*, Rimas, p. 87.

(16) Viñaza, *Discurso*, Apéndice 190, carta 24.

(17) Pellicer, *op. cit.*, p. 78.

(18) *Laurel de Apolo*, Silva III: *Pero no se atreviendo con respeto*, etc.

ser contestación a una composición semejante de Mendoza. (19)

Al parecer Lupercio estuvo muy unido con su cuñado don Juan de Albién hasta que murió en 1591. A éste dirigió la epístola en verso desde Lérida, ya citada en capítulo anterior. Se dirige Lupercio de «edad tan verde» no solo como a un amigo, sino como a entendido y crítico en quien busca consejo y avisos. Y con don Juan Lupercio pasó las *siestas* durante las Cortes de Monzón, junto con el Conde de Fuentes, don Jerónimo de la Caballería, don Juan Pacheco y otros, «tratando cosas muy dignas de ser sabidas» o tal vez escuchando mientras el conde discurría sobre el arte de la guerra, Pacheco traducía y recitaba algunas arengas de Livio y Giovanni María Agazio, caballero italiano, recitaba sus poemas:

Don Juan de Albién preguntaba y dudaba con mucho juicio, y yo oía con atención, y aseguro a vuestras mercedes que, aunque no pude echar de mí toda ignorancia, desterré parte de ella en esta conversación (20).

Don Juan es citado entre los *Ingenios españoles y héroes extremeños y andaluces*, de Cristóbal de Mesa, (21) y un soneto suyo se publicó en el *Monserate* de Cristóbal de Virués. (22)

Lupercio mantuvo amistad literaria con Juan Rufo, Vicente Espinel, Andrés Rey de Artieda y Martín Abarca de Bolea y Castro, para cuyas obras compuso versos laudatorios; y cambió sonetos con don Luis Ferrer, don Francisco de Soria Galvano (23) y el Duque de Osma, don Juan. Debió de escribir a Lope de Vega, como escribió a cierto jurista de Valencia, (24) «exhortándole a no rendirse (como lo hacía) al amor», ya que el siguiente soneto que lleva el número 56 en la edición de las *Rimas* (25) de Lope (1605) está dedicado a Lupercio Leonardo:

(19) Los versos de Mendoza se han perdido, excepto unos pocos contenidos en el *Cancionero* de Faria y Sousa. Vide D. García Peres, *Catálogo razonado biográfico y bibliográfico de los autores portugueses que escribieron en Castellano*, Madrid, 1890, págs. 379-380.

(20) *Obras sueltas*, I, págs. 323-324.

(21) Gallardo, *Ensayo*, III, col. 788.

(22) Por una carta de la esposa de Lupercio, Biblioteca Nacional, Ms. 1762, fol. 2i, resulta que don Juan murió en 1591. En 1596 ella figura como heredera.

(23) Ambos mencionados en la *silva* tercera del *Laurel de Apolo*.

(24) *Quién osa defender*, Ricardo mio, *Rimas*, p. 85.

(25) Edición facsímil por Archer M. Huntington, New-York, 1903.

Pasé la mar quando creyó mi engaño,
que en él mi antiguo fuego se templara;
mudé mi natural, porque mudara
naturaleza el uso y curso el daño.

En otro cielo, en otro reyno extraño,
mis trabajos se vieron en mi cara,
hallando, aunque otra tanta edad pasara,
incierto el bien y cierto el desengaño.

El mismo amor me abrasa y atormenta,
y de razón y libertad me priva.

¿Por qué os quexáis del alma que le cuenta?

¿Que no escriba, decís, o que no viva?

Haced vos con mi amor que yo no sienta,
que yo haré con mi pluma que no escriba.

Lupercio no formó grupo, como hizo su hermano Bartolomé, que le sobrevivió dieciocho años y alcanzó una gran influencia después de su regreso de Italia, contando entre sus seguidores a los poetas Esteban Manuel de Villegas, el Príncipe de Esquilache, don Fernando de Avila y Sotomayor, y otros. Lupercio compartió con su hermano la admiración de un poeta, por lo menos, como se ve en los siguientes versos del *Aganipe de los cisnes aragoneses celebrados en el clarín de la Fama*, (26) de Andrés de Ustarroz:

Don Juan Campí (27) elocuente,
cuyo ingenio valiente
de uno y otro Leonardo
imitó la dulzura y elegancia.

Pero Lupercio no dió mucha importancia a sus versos. En Nápoles quemó cuantos poemas suyos hubo a mano y nunca compuso, como Bartolomé en más de una ocasión, un *Ars Poética*. Era fundamentalmente un historiador y un secretario, cuyas huellas siguió Bartolomé en casi todas las fases de su carrera, en tanto que en el campo de las letras fué éste el más celebrado. El juicio de los contemporáneos está bien reflejado en el *Panegérico de la poesía* (28) de D. Bernardo de la Vera: «Los Lupercios (y especialmente el retor) son los que justamente aspiran a la primacía». Pero lo más frecuente es que se les juzgara

(26) Segunda ed., Zaragoza, 1890, págs. 16.17.

(27) Arcediano de Aliaga. Dejó varios poemas manuscritos.

(28) Citado por A. de Ustarroz, *Elogios*, op. cit.

iguales, y no es necesario aducir una larga lista de *elogios* para demostrar la estima en que se tuvieron las *Rimas* desde 1634.

Lupercio gracias a su relación con el de Lemos, llegó a ser protector de los escritores como se ha visto en el capítulo precedente y Ticknor indicó. Según se desprende de una interesante nota, que parece de Ustarroz, y se guarda en la Real Academia de la Historia, (29) no sólo los escritores españoles ya mencionados, sino también un italiano, por lo menos, buscó el favor del Secretario de don Pedro y organizador de los *Oziosi*. En 1611 Giovanni María Porta dedicó a Lupercio Leonardo su libro titulado *Magia naturale* (30) con estas palabras:

Al molto illustre signor Lupercio Leonardo de Argensola, Secretario della Maestà dell' Imperatrice, Cronista maggiore del Ré Nostro Signore nella Corona de Aragona, et del Regno istesso, Secretario dell' excellentissimo Signor Conte di Lemos, vicerè di Napoli, etc.

Dos años después de escrita esta dedicatoria murió Lupercio, cuando sus facultades mentales estaban en su apogeo y cuando la mayor parte de su obra estaba por concluir. En nuestro intento por formar un juicio de sus producciones, nos vemos cortados en el año de 1613, y cuando consideramos la gran parte de sus trabajos que se ha perdido, sólo podemos decir con el Conde de Lemos:

El Secretario Lupercio Leonardo de Argensola... es muerto, dejándome con el sentimiento que se debe a la falta de tan gran sujeto, de cuyo ingenio Aragón y toda España esperaba grandes frutos. Ha conformado su muerte con la integridad de su vida, con la cual y con su hijo que le sucede hallo algún consuelo.

(29) Ms. H, 25, fol. 129.

(30) Nápoles, 1611.

(31) *Obras sueltas*, II, p. 373.

XIII

LAS TRAGEDIAS (1)

En la época que Lupercio Leonardo componía sus tragedias el teatro español estaba maduro para que un poeta genial fundiera las diversas tendencias entonces en boga y creara un nuevo género dramático en el que tuvieran expresión el espíritu y los ideales hispánicos. El material estaba al alcance de la mano. Puede afirmarse que cada uno de los caracteres de la gran producción dramática ulterior, se habían ensayado ya en forma rudimentaria. Pero todavía no había cuajado una concepción total y aceptable de lo que había de ser la nueva «comedia». Las mismas piezas que contienen los gérmenes de la *comedia nueva* aparecen como tanteos de una forma definitiva. Por lo común carecen de acción, y buscan suscitar emociones violentas y extremosas amontonando casos horribles. Los personajes no tienen vida; los diálogos son, frecuentemente, mera declamación; la relación es siempre débil e ilógica; y finalmente el conjunto tiene una estructura uniforme con un desarrollo que va desde un principio determinado a un fin inevitable. (2)

Las tragedias de Lupercio Leonardo ocupan un lugar importante en este período de transición. Aun cuando suponen un alto dentro de la corriente del drama en formación, presentan sin embargo una nueva concepción de la dignidad del teatro, y desde este punto de vista la *Isabela*, junto con la *Numancia* de Cervantes, es una de las más estimables producciones del *teatro antiguo*.

Lupercio no tuvo simpatía por las farsas populares y las comedias de intriga que iba a recoger la nueva forma dramática, y se refiere a aquéllas en la *Loa* de la *Isabela* como

comedias amorosas,
nocturnas asechanzas de mancebos,

(1) Una descripción del ms. en que se conservan estas piezas, v. *Obras sueltas*, I, págs. XII-XIV.

(2) Vid. Schevill y Bonilla, *Obras completas de M. de Cervantes, Comedias y Entremeses*, Vol. VI. (Introducción), Madrid, 1922, págs. 24-25

y libres liviandades de mozuelas,
cosas que son acetas en el vulgo..., (3)

Con gusto aristocrático volvióse a la tragedia, para representar el castigo del crimen y las debilidades de la naturaleza humana, ante un auditorio selecto:

Vosotros, por no ser amigos desto
venís a ver los trágicos lamentos,
y la fragilidad de nuestra vida,
evidente señal de que sois tales,
que discernís lo malo de lo bueno,
para lo cual ternéis materia luego (4).

Abandonando la tradición puramente clásica establecida en la tragedia por Jerónimo Bermúdez en 1577 y continuada por Virués en su *Elisa Dido*, Argensola adoptó el nuevo tipo dramático creado por Juan de la Cueva, dividido en cuatro actos (5), prescindió de las unidades y usó al lado de los principales metros italianos los *versos cortos* nacionales. Su inspiración remonta a Séneca a través de Giraldo Cintio y Ludovico Dolce; concibe la tragedia como una serie de hechos sangrientos, todos ellos encaminados ostensiblemente a mostrar que el pecado termina en la muerte, aunque en la *Isabela*, la elección de un asunto nacional y patriótico, además de elevar el tono emotivo, lo aparta de los abusos de la imitación senequista.

La *Isabela* debió ser compuesta probablemente hacia 1581 (6) y un verso del prólogo indica que se representó en Zaragoza, a lo que parece, por la compañía de Mateo de Salcedo (7). El primer parlamento sitúa el fondo histórico fijando la época de la acción entre 1096, fecha de la batalla de Alcoraz, y 1104, año en que murió don Pedro I de Aragón (8). El tema es local, y en su desarrollo busca el poeta la exaltación del espíritu de martirio y

(3) Obras sueltas, I, p. 49.

(4) *Loc. cit.*

(5) El Dr. J. P. W. Crawford ha demostrado que Argensola escribió primitivamente sus tragedias en cuatro actos. V. *Notes on the Tragedies of L. L. de A., Romanic Review*, V. (1914), págs. 31-44, y *Spanisk drama before Lope de Vega*, Philadelphia, 1922, p. 170, del mismo autor.

(6) V. *supra*, págs. 25-26.

(7) V. Rennert, *The Spanish stage in the time of Lope de Vega*, New York, 1909, p. 591.

(8) Crawford, *Notes*.

sacrificio que tan fuerte era en Zaragoza por los tiempos de la primitiva Iglesia española.

Con la lucha entre Moros y Cristianos como fondo, «el argumento gira en torno a la pasión amorosa del rey Alboacén de Zaragoza por la doncella cristiana Isabela, y su nudo central lo constituye la decisión de morir ésta con su enamorado Muley, converso, antes que rendirse al enemigo de su pueblo» (9).

Fuera de las referencias a la conquista de Huesca al principio de la tragedia, nada hay en las crónicas españolas que haya sido utilizado en el argumento, ya que la ejecución de Isabela y Muley procede del episodio de Olin-do y Sofronia del canto segundo de la *Gerusalemme Liberata*, como notó el primero Schack.

Es sorprendente la afirmación sin restricciones de Ticknor (10): «Hay algunos romances viejos sobre el tema de esta tragedia pero la tradición histórica está en la *Crónica General*, Parte III, cap. 22, ed. 1604, f. 83, 84.» Tanto los romances (11) como el capítulo de la *Crónica* a que se refiere Ticknor narran la historia de doña Teresa, hija del Rey Bermudo de León, que en 894 fué casada contra sus deseos por su hermano Alfonso V con Abdalla, rey moro de Toledo, con el fin de que éste le ayudase contra el rey de Córdoba. Este relato solamente tiene tres puntos comunes con la historia de Isabela: el nombre de Abdalla (Audalla), la secreta conversión de un moro al cristianismo, y la repulsa de una doncella cristiana a los requerimientos amorosos de un rey moro. Nada hay que justifique el suponer una relación. Audalla como nombre moro es muy corriente y aparece en cinco de los *romances moriscos* publicados por Durán (12), ninguno de los cuales, sin embargo, tiene la más ligera semejanza con nuestra tragedia. Doña Teresa, pues, no parece haber sido el original de la Isabela de Argensola.

En esta tragedia se recurre con frecuencia al patrio-

(9) Crawford.

(10) *History of Spanish literature*, 4.^a ed. americana, Vol. II, p. 82, nota.

(11) *Casamiento se hacia*, pub. por F. Wolf en su art. *Ueber eine Sammlung Spanischer Romansen*, en *Denkschriften der K. Akademie der Wiss., Philos.-Hist. Classe*, Zweiter Band, Wien, 1851, p. 210; y otros dos a que se refiere Wolf: *En los reinos de León*, y *Forzado el rey don Alonso*, que pueden verse en *Biblioteca de AAEE.*, Vol. X, núms. 721 y 722.

(12) *BAAEE.*, Vol. X.

tismo regional: la alevosa matanza de los «Innumerables Mártires de Zaragoza», bajo Daciano, en 304; el martirio de Santa Engracia con sus diecisiete compañeros a manos del mismo sanguinario *praeses*; la devoción al santuario de Nuestra Señora del Pilar como primera iglesia de la Cristiandad, fundada por santos y ángeles, e igualmente a los monasterios de Monte Aragón y San Juan de la Peña, son temas que recoge en hermosos versos el devoto y joven aragonés. Estos motivos de devoción cristiana constituyen una de las más señaladas bellezas de la tragedia. Un solo ejemplo será suficiente. Audalla, consejero del rey, hace que presenten a Isabela antes de ser ejecutada los sangrientos restos de sus padres y hermana. Sus lamentos brotan al principio amargos, irrefrenables al ver que su último consuelo en este mundo se ha convertido en su más honda aflicción; pero, en rápida transición, recobra la sublime serenidad propia de una mártir cristiana:

Pero yo, temeraria, ¿por qué lloro
y las ilustres ánimas ofendo?
Ellas ocupan ya sillas de oro,
las celestiales músicas oyendo,
y yo, con imputar al fiero moro,
la voluntad inmensa reprehendo.
¡Oh loca! ¿Tú no sabes que del cielo
procede lo que miras en el suelo?
Dios quiso colocarlos de tal suerte
entre los que contemplan su grandeza
y dar a mi paciencia con su muerte
un toque verdadero de firmeza.
Ea, pues, Isabela, tú convierte
en alborozo dulce esa tristeza (13).

La crítica más acertada de la *Isabela* es la de J. L. Klein en su *Geschichte des Dramas* (14). Sólo él entre todos los que han estudiado la pieza, ha señalado las posibilidades de sublimidad que encierra; pero que el poeta no llegó a desarrollar por faltarle los modelos necesarios y el talento dramático suficiente para creárselos él por sí mismo. Una de las más conmovedoras escenas es aquella en que Isabela lucha entre encontradas pasiones cuando considera de un lado la salvación de su familia, que exige

(13) *Obras sueltas*, I, p. 130.

(14) Vol. IX, Leipzig, 1872, págs. 243, ss.

una apariencia siquiera de concesión a las solicitudes amorosas del Rey, y del otro la fidelidad que debe a su Dios y a su amante Muley:

¿A quién he de poner aquí delante,
a la fe, a la patria o al amante?
Sin saber resolverme, voy confusa
a los odiosos pies del Rey tirano,
y con adulación, como se usa,
le tengo de besar la fiera mano;
juntamente buscar bastante excusa
de refrenar su ciego amor profano.
Incierta voy de todo: Tú me guía,
estrella de la mar, dulce María (15).

Aquí se encuentran, por cierto —escribe Klein—, los elementos precisos para una tragedia: conflicto, pasión, pathos—todos ellos están patentes en una situación que ya es profundamente dramática (16). Pero el poeta parece no apercibirse de esta oportunidad, y en lugar del desarrollo que había derecho a esperar, sigue con un episodio apenas relacionado con la *fábula*.

Cambia la escena y nos encontramos extramuros de la ciudad, en una explanada donde Adulce, refugiado en la corte de Alboacén y antes rey de Valencia, se queja a los árboles, en elocuentes octavas, de la crueldad de Aja, hermana de Alboacén, que desde la huida de Adulce de su reino, cautivó su corazón fomentando sus esperanzas sólo para burlarse de él. La introducción de tales temas secundarios parece exigida por el público de la época, y probablemente por este motivo la unidad y simplicidad clásicas no hubieran gustado. Argensola, a imitación de sus predecesores, los introdujo, sin poner en tela de juicio, al parecer, su valor dramático.

Además, este mismo episodio ofrece una nueva situación trágica, la cual, desgajada del tema principal, pudo haber servido para una tragedia independiente. Tres escenas después de ser presentado Adulce, Aja, en un monólogo parecido, lamenta la sentencia de muerte dada por

(15) *Obras sueltas*, I, p. 97.

(16) «Das Beste freilich, um die Situation und den Seelenkamps tragisch zu machen: das tragische Pathos, die solchen Conflicten entsprechende, durch alle Vorgänge stürmende Leidenschaft, die tragische Seelenbedrängnis —diese freilich liegt dem Octaven—stück im Magen, wie dem Walfisch der betrübt Prophet Jonas, aber ohne es, wie der Walfisch den Propheten, von sich geben zu Können». *Op cit.*, p. 249.

el rey contra el enamorado de Isabela, por la doble culpa de su conversión al cristianismo y de su competencia amorosa con el rey. En su lamentación, Aja nos cuenta su no correspondido amor por Muley, pide al cielo que impida la ejecución y se impacienta por la demora de Adulce, que no llega a la cita allí convenida. Aparece en la escena siguiente (Acto II, escena VII) y ella le pide que salve a Muley con ruegos si es posible, por la fuerza si es necesario. Adulce, que ha empeñado su palabra antes de conocer la demanda de Aja, se siente anonadado, pero decide mantener su promesa y abandona a Aja confiada.

La lucha interior de Adulce se va intensificando. Se da cuenta de que si fuera a cumplir su promesa a Aja, se haría culpable de traición e ingratitud para con Alboacén, y no encontrando otra solución que la muerte, envía con su caballero Selín un mensaje verbal a Aja y se mata después de encargar que su cabeza sea llevada a ésta en prueba de su muerte. «Otra noble y conmovedora figura la del príncipe Adulce, despojado de su reino y de su amor y, sin embargo, incapaz desgraciadamente de ganar nuestra simpatía trágica por su inesperada, repentina presentación» (17).

Así, el poeta, aun poseyendo un oculto sentido dramático, ha fracasado por segunda vez por lo rudimentario e incompleto de su concepción de la tragedia.

Todavía se encuentran unas pocas escenas más fuertemente dramáticas a lo largo de la trama, pero en ningún momento han sido desenvueltas y ensambladas con justeza. El acto tercero (en las versiones impresas) carece casi enteramente de acción. Un mensajero cuenta el martirio de los dos protagonistas, Selín, la muerte de Adulce. Auzán y Zauzala refieren la actitud de las turbas ante las ejecuciones y la muerte de Audalla, consejero del rey y Aja dice a Selín cómo, en su furor contra su hermano por la muerte del que ella amaba, lo apuñaló en el lecho y quemó su cadáver, terminando la acción al arrojarse Aja al lago que hay junto al palacio.

Es opinión común que en las tragedias de Argensola, como en el teatro de la escuela a la que pertenecía, no hay análisis psicológico en el desarrollo de los carac-

(17) Klein.

teres. Isabela es una excepción. A pesar de que ya en el mismo comienzo (Acto I, escena II) tiene un presentimiento de su muerte y considera su martirio hasta con cierto anhelo, atenuando el conflicto y por tanto el carácter dramático de la pieza, es, con todo, una mujer de carne y hueso con temores y esperanzas, amores y antipatías, cuyo carácter se mantiene hasta el final.

Se nos presenta primero (Acto I, escena II) rogando por Muley, que, informado de los proyectos del rey contra los cristianos, se ha dirigido al rey cristiano Pedro I en demanda de auxilio para el pueblo cuya fe ha abrazado. Vuelve Muley esperando encontrar en Isabela una firmeza que ayude a la suya propia, y al hallarla triste y deprimida, duda de su constancia. La respuesta (18) de ella es una hermosa expresión de lealtad, cuando le dice que el temido decreto se va a aplicar y que sólo podrá detenerlo sometiéndose a los descos del tirano. Ana, hermana de Isabela, que también está presente, inquiere:

¿Y no hay algún intervalo?

A lo que Isabela, descubriendo la verdadera causa de su abatimiento, responde:

Sí lo hay, y aun en mi mano;
pero nunca Dios lo quiera,
porque es amar al tirano
y más vale que yo muera.

En la escena VI, Isabela se entera de la prisión de Muley en el temible calabozo del rey. Ella desearía sufrir en lugar de Muley, dice en un verso, y se desvanece (19).

Sucede luego aquella escena (la primera del acto II) tan falta de gusto, en que los padres de la heroína le piden que finja amor a Alboacén a fin de parar el decreto de expulsión. Ella se emociona de verlos a sus pies y se ofrece para cualquier sacrificio, el de su vida incluso. (20) Conforme su padre Lamberto va descubriendo el plan, su intuición femenina se alarma, y aquél calla al ver lo afectada que está su hija:

(18) *Obras sueltas*, I, págs. 71-74.

(19) *Ibid.*, p. 83.

(20) *Ibid.*, p. 88.

¿Por qué razón te turbas y suspiras?
¿tan puro te parece lo que pido? (21)

Sin embargo se imponen las súplicas. Ella promete, pide quedarse sola y por fin se decide a presentarse ante el rey, aunque sin poder fijarse una línea de conducta. En la escena V pide a Alboacén gracia para su pueblo. pero no dice una palabra que pueda hacerle concebir esperanzas de poseerla (22); y al saber la suerte de Muley, quiere morir en lugar de él; Albaocén se enfurece y ordena la ejecución de los dos amantes, a lo que Isabela:

Ese fiero furor y tiranía
las vidas, cuando mucho, quitar puede;
Muley dará la suya, y yo la mía;
pero después la gloria que sucede
al martirio dichoso, no la quita,
ni tal jurisdicción se te concede, (23)

y entusiasmada con la idea del martirio, exclama:

¡Oh lazos apazibles y cadenas,
temidas de los flacos corazones,
por ser de tales ánimos ajenas!
Cefidme ya, dulcísimas prisiones;
seréis preciosas arras de mis bodas,
y del esposo dulce gratos dones. (24)

Antes de la ejecución ella pide hablar con Muley, temiendo que pueda vacilar en su fe:

¡Ay Dios, si se cumpliese mi deseo!
Temo que con temor de tu castigo
dejes, Muley, tu fe; mas no lo creo;
pero si yo me puedo ver contigo,
bien sé que ganaremos hoy trofeo,
y coronas de mártires gloriosos,
contentos y purísimos esposos. (25)

En el tormento, ella es quien muestra más fortale-

(21) *Ibid.*, p. 90.

(22) Parece que Klein no ha comprendido esta escena: «Doch nicht ohne Beimischung einiger Krokodilenthänen erhehnchelter Liebesneigung». *Op. cit.*, p. 250. No encuentro nada que justifique estas palabras.

(23) *Obras sueltas*, I, págs. 113-114.

(24) P. 115.

(25) P. 128.

za (26). Los verdugos se asustan en su presencia (27). Y hasta el *alcaide* moro no puede menos de manifestar su admiración (28). Aunque el consejero Audalla, ganado por su belleza, le ha prometido salvarla (29) si se le entrega, y ha amenazado con matar también a sus padres si rehusa (30), Isabela se mantiene fiel a sí misma y a su religión y muere repitiendo el nombre de Cristo (31).

No hay otros caracteres en la pieza que puedan parangonarse con el papel de Isabela. Pero aislada y todo es uno de los caracteres más hermosos y completos del *teatro antiguo*. Klein la compara favorablemente con la Paulina del *Polyeucte* de Corneille y considera esta tragedia como la primera entre las pertenecientes a la tendencia clásica en España (32).

La *Alejandra* no merece un análisis tan minucioso como el dedicado a la más conocida de las tragedias de Argensola. Está inspirada, como probó el Dr. Crawford (33), en *Marianna* de Lodovico Dolce y es un reflejo de las imitaciones italianas de Séneca, con los horrores que no vamos a recordar. «La tragedia tiene dos acciones bien definidas, el deseo de un Príncipe de vengar la muerte de su padre, y la locura celosa de un Rey que mata a la Reina, combinándose por tal modo los temas de Hamlet y Othello» (34). La acción pasa en Egipto, pero carece de fundamento histórico (35). La acción secundaria del amor de Lupercio y Orodonte por Sila, lo mismo que la conspiración de Ostilo y Rémulo parecen invención de Argensola (36) y la influencia de *Marianna* es fácilmente perceptible desde la *Loa* hasta el epílogo que dice la tragedia. «El asunto», según Ticknor (37), «está plagado de

(26) P. 137.

(27) P. 138.

(28) P. 131.

(29) P. 149.

(30) P. 150.

(31) P. 141.

(32) «Trotz aller dargelegten Mängel glauben widoch, unter sämtlichen spanischen bisher in Betracht gezogenen Dramen der classischen Schule, dieser tragedia Isabela... die Palme reichen zu dürfen. Die Glaubens und Liebesheldin, Isabela, darf als ein würdiges und vielleicht nicht unbestreitbar und zweifellos übertrroffenes Vorbild von des grossen Corneille «Pauline» im «Polyeucte» gelten.» *Op. cit.*, p. 253.

(33) *Notes on the tragedies, op. cit.*

(34) *Ibid.*, p. 37.

(35) *Ibid.*, p. 38.

(36) *Ibid.*, p. 39.

(37) *Ob. cit.*, II, p. 81.

repulsivos horrores. Todos los personajes, menos un mensajero tal vez, mueren en el curso de la acción; algunos niños son degollados y las cabezas, arrojadas a los pies de sus padres en escena; y la falsa Reina, después de ser invitada a lavar sus manos en la sangre de la persona con quien estaba indignamente unida, arranca su propia lengua y la escupe a su monstruoso marido (38). La traición y las conspiraciones iluminan un cuadro compuesto principalmente de tales atrocidades».

En cuanto a las fuentes de las dos piezas, Schaeffer, en su *Geschichte des Spanischen Nationaldramas* (39), afirma que: «Argensola hat jedenfalls Virués vor Augen gehabt. Hätte er aber, statt dessen Schauerstücke, dessen Elisa Dido nachgeamt, so hätte er wenigstens ein Kunstwerk, wenn auch kein Drama geschaffen». Esto es mucho decir. Es verdad que existen muchas ideas comunes entre las tragedias de Virués y Argensola, pero no hay un solo caso de imitación segura. No hay huella en la *Isabela* ni en la *Alejandra* de la técnica peculiar de Virués. Este último se atribuyó la «innovación» de dividir sus obras en tres actos, y pretendió hacer de cada acto una tragedia reducida. Argensola, siguiendo a Juan de la Cueva, compuso sus obras en cuatro actos y dedicó no escasa atención a la composición dramática. Por lo demás, no hay ninguna semejanza entre la concepción poética de uno y otro escritor. El estilo de Argensola es siempre sencillo y llano, mientras Virués busca efectismos por medio de hipérboles y repeticiones:

Zapiro buela i llámame a Zebalo
i di que con presteza de ave o viento
i con sus valerosos camaradas
hasta aquí siga en buelo tus pisadas. (40)

Tiempo tendré para desencerrarme
de un cautiverio infame i afrentoso
que a ya diez i seis años que en mi reina
con título de Reina sin ser Reina. (41)

(38) W. von Wurzbach en su reseña de la obra de Crawford, *Spanish Drama b. L. de V.*, publicada en la *Literaturblatt für germ. und rom. Philologie*, 1925, p. 374, advierte que este detalle procede de una leyenda muy difundida, que figura en S. Jerónimo *in vita S. Pauli Eremitae, Acta sanctorum*, en I, 605, y en Nicetas *in Sabellicus, Exempla*, Basilea, 1560, V. 6.

(39) Leipzig, 1890, Vol. I, p. 73.

(40) *Obras trágicas y líricas*, Madrid, 1609. fol. 3.

(41) *Ibid.*, fol. 18.

Algunas veces extrema el procedimiento, como en los folios 23 verso y 24 en que las palabras *letra*, *firma*, *sello*, aparecen las tres repetidas en siete versos consecutivos.

Por otra parte, hay pasajes en las tragedias de Lupercio que pueden quizá ser reminiscencia de las obras de Virués. Lupercio, según se ha visto, tomó de Giraldi Cintio (*Orbecche*) la imagen del barco combatido de vientos contrarios. Análogas comparaciones son frecuentes en Virués (42), y para Schaeffer esto constituiría una prueba del influjo de éste sobre la *Isabela*. La idea de la volubilidad de la Fortuna, y de las incontables vueltas de su rueda, es muy repetida por Virués (43), y también está en Argensola (44). *Atila furioso* proclama que el primer deber de un rey es hacerse temer. El rey Acoreo de Argensola, opina lo mismo (45). Uno y otro repiten este tópico:

Pues es más vencerse a sí
que vencer a todo el mundo; (46)

y cualquiera de los dos pudo haber escrito estos versos:

Si en los ásperos riscos
del Cáucaso entre fieras no nacistes,
si entre los basiliscos
criados para tanto mal no fuistes,
si no son vuestras almas piedra dura,
doleos de mi terrible desventura. (47)

En *La Gran Semiramis*, en *Atila furioso* y en la *Alejandra* una reina engaña a su marido y trata, en vano, de seducir a un tercero. Un Fabio aparece en *La Cruel Casandra* y en *Alejandra*. La situación de Filadelfo en esta última es un tanto parecida a la de Adulce en la *Isabela*. Aja en la *Isabela*, igual que el protagonista de *La Cruel Casandra*, determina matar a su hermano, responsable de la muerte de su amante. Y la actitud de Argensola frente al *vulgo* tal como se define en el prólogo de la *Isabela* recuerda bastante las ideas que en-

(42) *Ibid.*, fols. 10, 11, 60, etc.

(43) *Ibid.*, fols. 21, 22, 53, 72, etc.

(44) *Obras sueltas*, págs. 174, 267.

(45) *Ibid.*, p. 247.

(46) Virués, *op. cit.*, fol. 7, verso.

(47) *Ibid.*, fol. 27 v.

cierra el prólogo a *La Infelize Marcela* de Virués. Pero todas estas semejanzas no prueban una influencia precisa. Pueden muy bien encontrarse ideas y situaciones análogas en cualquiera de las tragedias de una misma escuela. Es posible, quizá probable, que el joven poeta aragonés hubiera leído las tragedias primerizas de su predecesor valenciano en copias manuscritas y que de su lectura quedase algún acuerdo que luego se deslizó en el cuerpo de sus propias obras dramáticas. Pero su modelo fué Juan de la Cueva mas bien que Virués.

Klein ve una reminiscencia de Eurípides en el papel del Nuncio en la *Isabela* (48), y se refiere como a una «euripideische Katastrophenmeldungen» a la conversación entre Azán y Zauzala sobre los asesinatos que se han cometido en aquel día, a la relación que Selín hace del suicidio de su amo (el Príncipe Adulce) y la confesión de Aja del asesinato de su hermano. Para el papel del nuncio o mensajero existen precedentes numerosos en el teatro italiano del que se sirvió Argensola y si es cierto que estudió Griego en la Universidad de Zaragoza con Schoto y que Pedro Simón Abril, que publicó en 1599 una traducción de la *Medea* de Eurípides, desempeñaba por aquellos años la cátedra de retórica en dicho centro, es también cierto que Lupercio Leonardo no imitó deliberadamente el teatro clásico, griego o latino, y que los elementos clásicos que aparecen en sus obras dramáticas, deben ser considerados como reflejos indirectos o reminiscencia de sus lecturas (49).

Relegados Virués y Eurípides como influencias meramente posibles sobre la *Isabela* y *Alejandra*, cabe señalar otras fuentes incontestables. Argensola debe mucho de su *Alejandra* a Dolce, como se ha visto. El prólogo de esta obra, sin embargo, aunque no deje de tener algún punto de contacto con el prólogo de *Marianna*, está mucho más relacionado con *Orbecche* de Giralaldi Cintio. Ya hemos hablado de esto en la parte biográfica del presente libro (cap. III) donde se han transcrito pasajes paralelos con fin diferente. El parentesco se confirma clarísima-

(48) «Der Nuncio scheint der Schule des Euripides entlaufen, so anschaulich baredt spinnt er seine Katastrophengrüel aus.»

(49) Eurípides, Sófocles y Séneca son mencionados en la *Loa* de la *Alejandra*.

mente leyendo los prólogos de las dos piezas por entero:

Alejandra. Imagináis quizás que estáis ahora contentos en la noble y fuerte España, y en la insigne ciudad de Zaragoza, ribera del antiguo padre Ibero, debajo de aquellas leyes tan benignas que los Reyes famosos os dejaron, atando la clemencia y la justicia con tantas y tan grandes libertades. ¿Pensáis que estáis en tiempo de Filipo, segundo Rey invicto de este nombre? Y estáis (¡oh desdichados de vosotros!) ¿en dónde, si pensáis? En medio Egipto, ribera del famoso y ancho Nilo, en la grande ciudad llamada Menfis, en donde vive y reina un rey tirano, cuyo fuerte palacio veis presente; aquí la casa real tiene su asiento, aquí se albergan hoy los infernales: mirad en poco tiempo cuántas tierras os hace atravesar esta tragedia... (50)

Orbecche

Forse pensarete,
In Ferrara trovarvi, Città piena
D'ogni virtù, città felice quanto
Ogni altra, che il Sol scaldi, o che il mar bagni,
Mercè della giustizia, e del valore,
Del consiglio matur, della prudenza
del suo Signor al par d'ogni altro saggio;
E fuor del creder vostro tutti insieme,
Per oppra occulta del Poeta nostro,
Vi troverete in un istante in Susa,
Città nobil di Persia, antica stanza
Già di felici Rè, come or di affanno,
E di calamitadi è crudo albergo.
Forse vi par, perchè non v'accorgete
Velocissimamente camminare,
Che siate al vostro loco, e sete in via,
E già vicini a la Città ch'io dico.
Ecco quest'è l'ampia Città reale,
Questo è il real palazzo, anzi il ricetto
Di morti, e di nefandi, e sozzi affetti,
Di ogni scelleragine, ove l'ombre,
E l'orribili furie acerbo strazio
Porranno in brieve, e lagrimevol morte.
Ma che restate? Oimè! perchè nessuno
Di voi si parte? Forse vi pensate,
Che menzogna si sia ciò, ch'io vi dico?

Egli è pur vero; e già ne sete in Susa:
E nel tornar v'accogere bene
Quanti mar, quanti monti, e quanti fiumi
Avrete a varcar prima, che giunti
Ne siate tutti alla Cittade vostra. (51)

Orbecche ha proporcionado también la comparación al principio del soliloquio de Isabela en la escena segunda del segundo acto en la tragedia de que es protagonista:

Isabela. Cual suele de los vientos combatida
en el soberbio mar hinchada vela,
los cuales a gran furia la relevan,
y con alternos soplos se la llevan;
el dudoso piloto no bien sabe
a cuál de los dos vientos seguir deba:
al uno vuelve ya la frágil nave,
y luego de seguir al otro prueba,
y en tanto que consulta el hecho grave,
éste y aquél a más andar la lleva,
y sin determinarse llega al puerto,
mucho más que el dudoso mar incierto:
de tai manera voy confusa el alma
a buscar el remedio de mi gente. (52)

Orbecche. Quasi nave, che in mar sia ai venti, e a l'onda,
Ch'or da crudel tempesta,
Che d'improvviso con furor l'assale,
Combattut' è, si ch'or da l'unda sponda,
Ora da l'altra oppressa,
Si vede a canto aver la morte espressa:
E talor con eguale
Corso, senza alternar di pioggia, od orza
Con la soave forza
De l'aurette seconde
Solca del salso mar le tranquill'onde;
Ond' è piena talor d'ogni conforto,
E d'affanno talor lungi dal porto.
Però non voglio, che voi diate in preda
A la doglia la mente... (53)

El Dr. Crawford ha demostrado (54) que el relato del nuncio con la muerte de Isabela es una traducción, en parte, del episodio de Niso y Eurialo que se encuentra en

(51) *Teatro italiano antico*, Vol. 4, págs. 124-125.

(52) *Obras sueltas*, I, p. 96.

(53) *Teat. ital. ant.*, IV, 124-125.

(54) *Notes*, p. 36.

la *Eneida* (l. IX). Abundan recuerdos de esta clase. Típicamente virgilianos son estos versos que dice Audalla:

Cual toro que de lejos ve que asoma
el toro que a su vaca también ama,
de cuya vista nueva furia toma,
y con celosa voz gimiendo brama,
y ya su pastor mismo que los doma
elige de algún árbol gruesa rama
para ver la batalla temeroso
del animal feroz y más celoso:
no menos el colérico Rey moro...; (55)

y los siguientes, dichos por el Viejo en alabanza de Isabela, combinan imágenes tomadas del *In freta dum fluvii* de Virgilio (56) y del *Integer vitae* de Horacio: (57)

En tanto que el caudal del Ebro vaya
al poderoso mar Mediterráneo,
y en el alto Moncayo nieves haya
(nieves que por renombre le dan cano)
y en tanto que dividan y hagan raya
entre el aragonés y el aquitano
los altos y nevados Pirineos,
donde tienen los nuestros sus trofeos,
tus obras cantaremos excelentes,
si bien a la desierta Libia vamos,
o bajo de la zona los ardientes
y no sufribles rayos padezcamos,
y nuestra sucesión y descendientes
daran las mismas gracias que te damos;
los niños con la lengua ternezuela
repetirán el nombre de Isabela (58).

De inspiración virgiliana es el elogio de la amistad en boca de Alboacén: (59)

En la amistad del Mauritano Atlante
que la celeste máquina sostiene,
digo que es a tal monte semejante:
también nombre de monte le conviene
porque por más que el cielo se revuelva,
y arroje rayos, y con ira truene,
y puesto que en cenizas se resuelva,

(55) *Obras sueltas*, I, 82. Cf. *Aen.* XII, 103 y 716.

(56) *Aen.*, I, 607 ss.

(57) *L. I.*, oda 22.

(58) *Obras sueltas*, I, 94-95.

(59) *Obras sueltas*, I, 101.

con furia de las llamas y los vientos,
la vieja cumbre de encinosa selva;
jamás mudan los montes sus asientos
ni los fieles amigos mudar pueden; (60)

y una vez más resuena el *Integer vitae* (61) en esta declaración de Adulce:

Declárame, señora, qué desear
porque quiero que veas
cuán bien tus mandamientos obedezco.
Cultivar las arenas
de la Libia me ofrezco,
si para tal trabajo me condenas;
y si con las desnudas plantas quieres
que pase de la Scitia los helados
no tendré por difícil este hecho... (62)

Es opinión muy admitida que las tragedias de Argensola representaban, en cuanto a la versificación, un gran avance en el desarrollo del teatro. Ciertamente suponen un avance respecto de las obras de Juan de la Cueva. Es casi imposible determinar si forman un eslabón en la cadena que va desde las primeras manifestaciones dramáticas hasta la comedia del s. XVII (63). La estadística de los versos en las dos tragedias es esta:

(60) Cf. *Aen.*, IV, 246 y 441.

(61) Horacio, l. I, oda 22.

(62) *Obras sueltas*, I, 119.

(63) G. G. Morley afirma categóricamente que no. (*Strophes in the Spanish Drama before Lope de Vega*, en *Hom. a R. Menéndez Pidal*, I, 524). Una posible influencia sobre Cervantes ha sido señalada por Schevill y Bonilla en la *Introducción* a su ed. de las *Comedias y entremeses* (Vol. VI, páginas 23-24, etc.): «No sin misterio alaba Cervantes las comedias de Argensola. Hay, en efecto, notoria semejanza entre la técnica de uno y otro, aunque no sea fácil determinar quién influyó en su contemporáneo. Mas, como Argensola era poeta mejor dotado que Cervantes, puede suponerse que éste fijó su atención en las formas métricas del primero... En ambas obras [de Argensola] abundan los tercetos, las octavas, los versos sueltos, las estrofas, las quintillas y las redondillas. Probablemente es también que Cervantes admirase en Argensola la fuerza emotiva, la nueva entonación de sus escenas trágicas, el atrevimiento (muy raro, o desconocido hasta entonces) de su fórmula dramática; y asimismo debió reconocer que Argensola, como dramaturgo, es mucho más impresionante que Cueva, lo cual equivale a admitir un progreso en el primero respecto del segundo.»

Desde el punto de vista de la versificación, todos los elementos citados en este pasaje podrían proceder de Cueva o de Argensola. Los tercetos y las octavas fueron usados por los dramaturgos españoles después de la aparición de las dos *Niases* de Bermúdez. Versos italianos y tradicionales aparecen mezclados en Cueva, Virués y Artieda. En cuanto a las estrofas [estancias], los tipos empleados por Cervantes en sus primeras producciones (*El trato de Argel*, *La Numancia*, *Los Baños de Argel*) son los siguientes: la *Lira* de 6 versos y la estancia de 13 versos hepta y endecasílabos, con rima a b C a b C c d e e D f F (las mayúsculas representan endecasílabos). En la *Alejandro*

ISABELA, 2670 versos

Versos sueltos	Tercetos	Quintillas	Estrofas	Octavas	Sonetos	Redondillas	Varios
165	1235	270	165	816	14	5
6,1%	47%	10,1%	6,1%	30,5%			

ALEJANDRA, 2120 versos

170	846	60	464	...	580	...
8%	39,9%	2,8%		21,8%		27,3%	

En términos muy generales puede decirse que el verso libre se prefiere en la exposición, los tercetos y octavas en la narración y parlamentos largos, las estancias para narraciones patéticas y en ocasiones, para diálogo, y los versos cortos para el diálogo rápido. El único soneto—recitado por el espíritu de Isabela—es como un epílogo.

Se nota una marcada preferencia por los tercetos en lo que se aproxima a algunas tragedias de Virués (64), si bien la proporción entre tercetos y octavas es inversa. Uno y otro se distinguen de Bermúdez por el predominio de versos rimados sobre los libres; de Juan de la Cueva, por una mayor cantidad de *terza rima*; y de Rey de Artieda, por el uso que éste hace de la *copla real* en lugar de los tercetos. Comparando las obras de estos autores, resulta que Lupercio no siguió a ninguno en la conjunto, tienen sólo un valor histórico. Pertenecen a un

no hay estrofas. En la *Isabela* suman 165 versos; pero en ningún caso las combinaciones corresponden a las usadas por Cervantes. La escena VI del II acto contiene cuatro estancias de 15 versos hepta y endecasílabos que riman A B C B A C c d d E e F g f G. La escena VII del mismo acto presenta estancia y media del mismo tipo (21 versos): y en la escena VI del acto III hay tres estancias y una media estancia de 20 versos que riman: a B a b B c d D c d D e f e f F g H g h H.

En la pág. 56 de la Introducción citada más arriba leemos: «En la tragedia de la *Isabela* de L. L. de A., la Fama recita el prólogo, expresando ideas que coinciden con las de la Fama en la *Numancia*. Yo he cotejado cuidadosamente ambos pasajes y sólo encuentro una idea común, la de la Fama pregonera. Ninguno influyó sobre el otro. Cervantes se inspiró en el *In freta dum fluvii* de Virgilio. Yo creo que los hechos no abonan la suposición de una influencia directa. Una fuerza emotiva muy semejante vibra, sin duda, en la *Isabela* y en la *Numancia*; pero esto es todo. La notoria semejanza en la versificación de los dos poetas es, para mí, prueba solo de que ambos pertenecen a la escuela de Cueva. Basta leer la primera octava de la *Numancia* para convencerse de que Cervantes sigue al sevillano más bien que al aragonés.

(64) La *Gran Semiramis* y La *Cruel Casandra*. *Atíla* sólo tiene dos páginas de tercetos; *Marcela* (que contiene 108 versos de romance en e-e) tres páginas; *Dido*, ninguna en absoluto.

trico introducido por Bermúdez en la tragedia española, y adoptado, con notable libertad en cada caso, por los restantes trágicos de la época. Es el sistema de finales del siglo XVII que Lope de Vega llevó a la perfección.

La *Isabela* y *Alejandra* fueron compuestas cuando Argensola contaba veinte años y proporcionan una base de gran interés para el estudio de su ulterior creación poética. Su primer editor, López de Sedano (65) afirma que la técnica de las piezas es tan buena como la de las *Rimas* y Wolf, por su parte, dice que, «se mostraba ya en el autor de veinte años que las compuso el que algún día habría de ser maestro de la lengua y de la versificación» (66). No parece que el joven Lupercio limara el verso de sus tragedias, que producen la impresión de haber sido escritas a vuela pluma. Y con todo, en los 2670 versos de la *Isabela* no hay uno solo incorrecto por el número de sílabas (67), y poquísimos tienen acentuación defectuosa. Sus principales defectos consisten en *ripios* y *acentos supérfluos*. He aquí una relación de las imperfecciones observadas en la *Isabela*. (68)

Se encuentra algún hipérbaton, obligado por las exigencias del metro (ocho casos):

Porque de la virtud difícil cumbre 47-3

En siete versos están mal colocados acentos o cesuras:

Y, malgrado del gran Marón, tú, Dido 48-8
Hice lo que diré luego. Comienza. 159-10

Dos ejemplos de licencia poética:

Mas antes con razón llorar debía 80-18
A tí sola su furia comprehenda (69) 108-9

(65) *Parnaso español*, VI, apéndice.

(66) *Hist. de las lit. esp. y port.*, trad. por Unamuno, II, 364.

(67) El verso *Unas veces me hielo y otras me quemo* debe leerse, como lo trae el ms. Osuna, *Unas veces me hielo, otras me quemo*; el verso, *A la fe, o la patria, o al amante*, debiera ser, naturalmente, *A la fe, o a la patria, o al amante*.

(68) Los números indican página y línea en Obras sueltas, I.

(69) La pronunciación de *comprender* como palabra de cuatro sílabas la achaca Juan de Valdés a *vicio de los aragoneses*. Lupercio altera el número de sílabas según le conviene.

No pocas veces resultan versos prosaicos:

Que es la de él a la de ella semejante 64-9
Y por consiguiente si procuras 89-9

En ocasiones falta a los versos la acentuación secundaria:

O por la de la huérfana doncella 139-1

Mucho más frecuente que el *verso débil* es el *verso duro*, cuya aspereza procede de acentos contiguos:

El ejemplo que digo será parte 52-5

De estos versos hay hasta ciento cuatro en la *Isabela*. Igualmente, he contado veintiocho ripiosos o sin más objeto que completar una octava o un terceto:

Y si es (como lo es) de su costumbre 53-19

Defectos de menos nota son la aliteración excesiva y la asonancia interna:

A Dios perdón y a tí piedad pidiendo 83-11
Qué debe hacer quien ambas cosas ama 96-21

En el uso que Argensola hace de la sinafela, hiato, diéresis y sinéresis no difiere de los mejores poetas castellanos. Sólo hay una rima imperfecta, y aun en este caso, el manuscrito Osuma da una lección que salva el defecto. Puede decirse que, en general, la rima es fácil, y, si bien según creo rima frecuentemente con *deseo*, *veo*, etc., el poeta consigue variedad casi siempre, rimando palabras menos usadas: *refresca*, *soldadesca*, *Huesca*; *cierva*, *Güerva*, *yerba*. Son muy pocas las rimas a base de terminaciones verbales. Lo más corriente es introducir un nombre o adjetivo: *tuviste*, *triste*, *diste*. No abusa de la terminación adverbial en *mente*: *juntamente*, *gente*, *fácilmente*. No se le puede reprochar la repetición de homónimos, tan frecuente en los poetas dramáticos contemporáneos: *falta* (n.), *falta* (v.); *tengo* (amor), *tengo* (celos), *vengo*, etc.

Estas mismas observaciones valen para la *Alejandra*, aunque su versificación es menos cuidada y el lector nota

fácilmente la repetición de *Tolomeo* y *Acoreo* en rima con *feo*, *poseo*, etc.

Con relación a estas repeticiones, resulta interesante el siguiente cuadro comparativo:

	Número de versos	N.º de rimas repetidas	Rimas repetidas más de una vez	Máximo de repeticiones
ISABELA (A. I)	742	229	141	6
		31 %	19 %	
DIVINA (C. I)	742	153	31	4
COMMEDIA		20,6 %	4 %	

Las tragedias de Lupercio Leonardo consideradas en conjunto, tienen sólo un valor histórico. Pertenecen a un período efímero de la literatura dramática en el que se produjo un tipo de obras de escaso valor intrínseco por su carácter artificial y su deformada concepción de la tragedia. Ahora bien, si las contemplamos a la luz de la historia de la literatura, son, ciertamente, tan buenas como cualquiera de las tragedias de su tiempo. Ya en ellas encontramos algunas de las notas que serán características de la gran floración teatral subsiguiente: afición a las acciones secundarias y a lo episódico, (70) predominio de lo lírico sobre lo puramente dramático, y, en la *Isabela*, utilización de un asunto nacional. Su importancia como un ejemplo más de las relaciones entre la literatura española y la italiana en el s. XVI, ha sido puesta de relieve por el doctor Crawford (71). Su valor como documento para el estudio de la versificación de Lupercio, quedará definitivamente establecido en el capítulo dedicado a las *Rimas*.

(70) P. ej., los amores de Adulce, Aja y Muley en la *Isabela* y de Orodonte, Lupercio y Sila en la *Alejandra*.

(71) *Notes on the Trageries*, op. cit., 44.

XIV

LAS CRÓNICAS

Lupercio Leonardo emprendió cuatro obras históricas: una traducción de los *Annales* de Tácito, (1) una historia de Aragón antes de la Reconquista, (2) una historia de Aragón bajo Carlos V, y una relación de los alzamientos en el mismo reino, por los años de 1591 y 1592. Sólo ésta última se nos ha conservado.

La traducción de Tácito fué empezada en 1592 ó 1593 cuando Lupercio servía de secretario a la Emperatriz María. En su preparación usó, casi podemos asegurarlo, el nuevo texto de Tácito establecido por Lipsio en 1574, (3) y sabemos que poseía una versión italiana por lo menos. El Maestro Franco escribe desde Madrid —septiembre de 1592 (4)— al Dr. Llorente: «He visto a Cornelio Tácito en italiano y por tenello ya Lupercio, no sé si le compraré.» Hacia el mes de marzo de 1594, el trabajo iba adelante, ya que el 18 de este mes Lupercio envió a Llorente un borrador incompleto, en demanda de su juicio y opinión sobre la conveniencia de interrumpir la tarea, puesto que ya otro había terminado una traducción del historiador latino (5). La mejor exposición de los fines y el método del joven traductor nos la proporciona el siguiente pasaje de la carta que acompañaba la traducción:

Aunque como digo es la primera forma, doy a Vm. en la margen alguna razón de las que me mueven a mudar de frasis quando hay peligro de escuridad en la letra: esto procuro que sea con tanto tiento que no pervierta el intento de seguir la sencillez y la gravedad de Tácito. Pero para qué me detengo en esto, pues Vm. lo ha de ver? Verdad es que si no me anima algún amor propio no sé si podré proseguir, porque después que escribí a Vm., he sabido que uno de los que emprendieron este trabajo le ha llevado al cabo, y, aunque no creo que debe ser sujetán-

(1) Cf. *supra*, p. 51.

(2) *Ibid.*, p. 52.

(3) *Ibid.*, pág. 59.

(4) Viñaza, *Discurso*, Apéndice 190, carta 1. Franco fué íntimo amigo de Bartolomé Leonardo, quien añade una nota a Llorente al final de la carta de Franco.

(5) He buscado en vano una traducción de Tácito al español publicada en esta época. La más antigua que conozco es de 1613.

dose a tantos preceptos como yo, al fin es gran cosa ser el primero, y haber ocupado el gusto con la Historia; de manera que solamente me dexa la gloria del estylo, que aunque no es pequeña, consiste en menor número de personas. Sobre lo uno y lo otro aguardaré con mucho deseo su respuesta de Vm. (6).

No he hallado más referencias a esta traducción en los escritos de Lupercio. Acaso no se terminó nunca. Parece que la parte enviada a Llorente no fué devuelta, pues leemos en los *Elogios* de Andrés de Ustarroz (7):

Dos pliegos he visto de su misma letra encuadrados con unos papeles curiosos del Doctor Bartolomé Llorente, y de su mano advierte [Lupercio] que pudo ser que continuara esta obra..., pero a nuestra noticia no ha llegado más que ésta.

Al lamentar la pérdida de los dos *pliegos*, hemos de alegrarnos con la conservación de la carta a Llorente, pues ésta nos muestra las ideas que animaron a Lupercio al emprender su primera obra seria en prosa: gustaba de la sencillez y dignidad en el estilo y se proponía un elevado modelo, cualidades que habrían de manifestarse brillantemente en su *Información de los sucesos de Aragón*.

La *Historia general de la España Tarraconense* fué empezada en 1597. En mayo del mismo año Lupercio escribe a Llorente y le pide datos que sin duda alguna, servirían para su preparación, aunque se refiere a esta obra como a «una materia de gusto aunque de trabajo» en que estaba ocupado (8). Dos años más tarde le anuncia definitivamente su plan en estos términos:

Quod felix faustumque sit. Yo dí principio a la *Historia general de la España Tarraconense*, o, por hablar más propiamente, de aquella parte que después de su recuperación de los moros se comprendió en la Corona de Aragón, cosa a mi parecer muy necesaria, porque, si bien escrita, cuanto a la diligencia, como la tenga otra provincia del mundo, es acéfala, y tomando el principio de anteayer: yo, siguiendo el camino de medio, no me he contentado con estas postrimerías, ni tampoco con repetir los tiempos de Túbal y las demás cosas de Joan Annio de Viterbo o de su Beroso y de otros escritores, sus secuaces: lo uno porque están muy desacreditados, por más que el moderno Antonio de Guevara vuelva por ellos; lo otro porque cuando

(6) Viñaza, *Discurso*, Apéndice 118, carta 1.

(7) *Ms. cit.*, cap. XXIII.

(8) Viñaza, *Aréndice* 118, carta 5.

fueran acreditadísimos, no tengo por de gran importancia escribir las barbaridades antiquísimas de aquellas gentes que no (9) conocieron el verdadero Dios. Y así, dejando aquellos siglos como materia ruda y sin forma, comienzo con los felicísimos tiempos de Augusto, en los cuales Dios envió a su Hijo y se echaron los fundamentos de la Iglesia (10).

El método seguido en el acopio de materiales para esta historia ha sido ya discutido en la parte biográfica de este estudio (11), y es digno de nota sobre todo por cómo se nos muestran su afán por agotar toda posible fuente de información.

La primera parte de este libro trataría extensamente de historia eclesiástica, ya que, según consta por la carta citada, quería mostrar la antigüedad del cristianismo en Aragón, su persistencia ininterrumpida y creciente vigor (12). Tenía especial empeño en mantener la tradición del apostolado de Santiago en España, que a la sazón se discutía seriamente en Roma (13), y en reconstruir la historia de las campañas de Aragón en la Reconquista (14). Pero la obra no se terminó, y se perdieron

(9) El texto de *Obras sueltas*, I, 330, suprime la palabra *no*. Es un error evidente. Cf. la misma frase tal como la trae Pellicer, *op. cit.*, p. 14.

(10) Carta a Llorente, 29 abril, 1599. *Obras sueltas*, I, 329-330.

(11) Cf. *supra* p. 52 y ss.

(12) Para este extremo consultó a Llorente sobre detalles de la historia de la Iglesia en Zaragoza, y mantuvo correspondencia además con el Arcebispo de Zaragoza, el Dean de Huesca, el Obispo de Barbastro y otros eruditos aragoneses. Pellicer *op. cit.*, p. 15. Se guarda en la Real Ac. de la H., una carta del Obispo de Barbastro.

(13) Llorente más en contacto con la tradición como Prior de la archidiócesis aragonesa, era el más apto para ayudar a Lupercio en este asunto. A éste escribe en el verano de 1600: «Yo, después de mucho trabajo y grandes consultas, me resolví en no disputar en medio de mi Historia... sino constar sencillamente lo que esa Santa Iglesia tiene admitido, y en los lugares donde los contrarios dudan, hacer una paráfrasis breve que quite la dificultad sin estruendo de argumentos.» Viñaza, *Discurso*, Apéndice 118, carta 7.

(14) Dice Lupercio en su segundo discurso ante la academia literaria de Zaragoza: «Considerando yo que los más de vuestras mercedes son caballeros aficionados al ejercicio militar... deseo que alguno de vuestras mercedes se aficione a imitar a Lipsio, y que así como él tan doctamente describió la milicia romana... así éste nos descubriese los ejércitos, milicia, armas y máquinas de los españoles... Deseo saber qué eran y cómo usaban de los pavese y lanzas; qué cosa era pespunte y loriga; cómo formaban las mantas o gatas; qué máquina era el funebol, el magaret, el trabuco y otros semejantes; qué oficio era el de los adalides...; los almogávares qué milicia eran... ¿Qué diré de las naves que apenas conocemos, javidas, carracas, laúdes y otras semejantes? Vuelvo a decir que sería muy loable trabajo... [y que] en mí a lo menos tendría este tal libro un lector, o este tal maestro un discípulo muy deseoso». *Obras sueltas*, I, 320-321. Lupercio andaba investigando sobre estas materias con toda seguridad, manejando como fuentes los libros indicados a su auditorio de académicos: las crónicas de Jaime I, de Pedro IV, de Ramón Muntaner y otras.

los frutos de sus investigaciones. Ustarroz sólo llegó a conocer el bosquejo que tuvo ocasión de ver en manos del nieto de Lupercio, Miguel Leonardo de Albión. En su lugar nos quedan las *Historias eclesiástica y secular de Aragón* (1622) de Vicencio Blasco de Lanuza (15).

La *Historia de la España Tarraconense* iba a servir de introducción a los *Anales de la Corona de Aragón* de Jerónimo Zurita, que comienza con la reconquista de Zaragoza en 1118 (16). En su calidad de Cronista de Aragón, Lupercio preparó y casi terminó otra obra histórica, que habría de ser una continuación de Zurita: la *Historia de Carlos V* (17). En este terreno Argensola había sido precedido por Fray Prudencio de Sandoval (18), cuya enfadosa obra lamenta haber tenido que leer. Pero todavía quedaba materia para una nueva historia del gran Emperador. La dificultad para Lupercio consistía en el punto de vista desde el que iba a tratar la cuestión al querer escribir sobre un período de la historia no de España, sino de Aragón, como indica a los Diputados en 1612:

Si yo huviera de elegir materia para otro escritor, ninguna antepusiera a ésta, pero para mí no se me pudiera ofrecer más difícil. Primeramente el proseguir una Historia escrita en tantos años, con tanto cuidado, aprovada con tanta razón, y que cada día gana aficionados, era exponerse al peligro de la comparación, y al juicio de inferioridad, que tan duro es para los yngenios. El buscar en autores extrangeros los hechos de este Príncipe, *averiguar que tanta verdad contienen*, oponerse a sus calumnias, tampoco careze de grandes dificultades; pero la que más me daba que pensar era el hallar lugar a la historia de Aragón entre las hazañas y los sucesos de este Monarcha, porque como en su persona se unieron inseparablemente todos los Reynos, y concurrieron en sus victorias, es el querer señalar la parte que de ellas cupo a cada uno, dentro del mar pretender dividir las aguas de los ríos; porque ya no se podrá llamar de aquí adelante historia de Aragón, de Castilla, ni de otro particular Reyno, la que se escriviese de nuestros reyes. (19)

Apenas se había hecho cargo de su puesto de Cronista del Reino, cuando tuvo la oportunidad de ir a Nápoles

(15) Zaragoza.

(16) Cf. *supra* p. 52 y ss.

(17) Cf. *supra* cap. X.

(18) Las crónicas de Juan Ginés de Spúlveda y de Pero Mexía estaban por publicar todavía.

(19) Carta fechada en Nápoles, 14 enero, 1612, copiada por Ustarroz, *Progresos*, ms. cit., fol. 170.

como Secretario de Estado del nuevo Virrey (20). Normalmente no hubiera podido aceptar los dos cargos, pero se presentaba la ocasión de recoger en Italia datos de primera mano acerca de las relaciones entre el Emperador y este país. Lupericio solicitó licencia de los Diputados el 9 de marzo de 1610 para ausentarse del Reino, y el mismo día se le concedió un permiso por tres años (21).

Durante estos años dedicó dos horas cada día a su Historia y por septiembre de 1611 escribía a don Martín Bautista de Lanuza, Justicia de Aragón:

Estas dos horas de silencio las ocupo en la Historia, la qual me a obligado a sufrir a Fray Prudencio de Sandobal, y a leer muchos tratadillos latinos de jornadas y cosas particulares de Carlos Quinto. Ojalá de las cosas de España huviera hallado tanta luz como de las de Alemania, Africa, y Italia, que ay autores alemanes muy puntuales y curiosos. E hallado en este Reyno un señor de 80 años, sobrino de Paulo quarto, que fué su Nuncio y trató con el Emperador negocios graves. Ame dado noticia de nuebas particularidades. Tengo en mi poder las cartas que en aquellos tiempos escribió a don Pedro de Toledo, y tanta noticia de todas aquellas materias que entonces pasaron que, como digo, me haze dessear lo que me falta de las cosas de España, y señaladamente de las de Aragón. E començado a escriuir y dexaré sus lugares vacíos para que entren las cosas desse Reyno, de las quales me han de informar los procesos de las Cortes, los Registros de las actas comunes del Reyno, algunas relaciones que pienso pedir a las ciudades y a los cabildos, y algunos papeles, si los hallare dignos de fee, en poder de personas curiosas (22).

Una vez más aparece el espíritu crítico de Argensola. Sus fuentes son originarias. Examina la veracidad de los documentos para ver si son *dignos de fee*. Y es por demás interesante su reconocimiento de la excelencia de los eruditos alemanes en el campo de la historia.

En el mes de diciembre (28) de 1612 escribió a los Diputados que su obra estaba concluida a excepción de aquellas partes que había dejado para completarlas a su vuelta a España (23). Pero esta obra corrió la misma suerte que otras suyas y Ustarroz (*Elogios*) cuenta que el nieto del autor sólo poseía unos pocos fragmentos. Es lamentable la pérdida de un trabajo preparado tan cuida-

(20) Cf. *supra*, p. 87.

(21) Cf. *supra*, p. 86 y ss. y *Obras sueltas*, I, p. 363.

(22) Viñaza, *Discurso*, Apéndice 121.

(23) Carta copiada por Pellicer, *op. cit.*, págs. 32-34.

dosamente y con tanta competencia. No se comprende cómo el hijo de Lupercio, que se hizo cargo de los papeles de su padre al morir éste en Nápoles, no consiguió conservar el manuscrito.

Se han expuesto ya las circunstancias que concurrieron en la redacción de la *Información de los sucesos de Aragón* (24). Los Diputados del Reino, heridos por la interpretación o por la falta de ella que algunos historiadores dieron a los sucesos de Zaragoza en 1591 y 1592, y en la imposibilidad de anular las obras de autores hostiles, encargaron a Lupercio Leonardo de escribir una defensa de su país. No se encuentra, sin embargo, mención directa en parte alguna de aquellos escritores cuyas afirmaciones se refutan y era tanto el temor de molestar a los poderosos, que se hacen constantes esfuerzos por exculparlos: «No nombraré a ningunos», dice Lupercio, «porque no quiero avergonzar a los que erraron de ignorancia, de quien se espera enmienda, ni honrar a los que de malicia, si estuvieren pertinaces» (25). Y su hermano Bartolomé, escribiendo en 1625, va más allá en su postura conciliadora:

Aunque a los tales, o por benignidad se les deve perdonar, o presumir que carecen de ambas culpas [ignorancia o malicia], por no afligirlos con el perdón. Y por ventura nos estaría mejor no caer en la cuenta (ni en la noticia) de los que, o con su incapacidad o con sus afectos, infaman la historia. (26)

No podemos saber con seguridad quiénes fueran estos autores, pues yo no he hallado ninguna historia de los disturbios en Aragón publicada antes de 1608. Y sin embargo, es evidente que no se escatimó la tinta en estos años memorables, y que, impresas o manuscritas, las nuevas de estos sucesos circularon por todos los ámbitos de la Península. Gallardo cita en su *Ensayo el Memorial del Obispo de Segorbe para el Rey, sobre los Reyes de Aragón, queriendo probar que todos han sido tiranos: fecho año 1590*, y también *Perdón publicado por mandamiento de la S. C. R. Magestad del Rey, en la ciudad de Zara-*

(24) Cf. *supra*, pág. 69 y ss.

(25) *Información*, p. 1.

(26) *Alteraciones populares de Zaragoza, Año 1591*. Bib. Nac. Ms. 12985, fol. 3.

goza a 17 días del mes de enero del año 1592. Con licencia, impreso en Sevilla en la casa de Juan de León, por original impreso en Valladolid. Véndese a Puertas de Cabildo de esta ciudad de Sevilla, por Pedro Moreno de la Rea. 1592 (27). Podemos formarnos clara idea de la índole de las informaciones que tanto ofendieron a los aragoneses por los términos de la *Información* misma y por referencias posteriores más concretas. (28)

En primer lugar era muy fácil que un historiador concienzudo, bien informado de los hechos en sí, pero ignorante de sus causas remotas, compusiera un relato describiendo sensiblemente lo ocurrido en el antiguo Reino. Tal sucedió al castellano Antonio de Herrera (29), cuyos «injuriosos escritos» trató de refutar Bartolomé Leonardo (30), y cuya principal falta fué ocasionada por no haber sabido interpretar los hechos referidos en relación con sus causas y desde el punto de vista aragonés. Igual censura alcanza a Cesare Campana, uno de los «autores extranjeros» desmentidos por el Padre Murillo. En el *Suplemento a su Vita del Catholico... Don Filippo Sesonao d'Austria, re delle Sspagne, con le guerre de' suoi tempi* (31), dedica como dos páginas a las luchas en Aragón en 1591 y 1592. Para el escritor italiano la expedición de don Alonso de Vargas a Zaragoza no fué más que una de tantas *guerre*, y su relato la presenta como una mera rebelión.

En segundo lugar era creencia muy extendida que Felipe II había abolido en las Cortes de Tarazona (1592) la constitución aragonesa con la supresión total de los fueros. El Embajador veneciano informó en este sentido a su Gobierno y la mayoría de los escritores extranjeros aceptaron esta versión que también fué acogida en Casti-

(27) B. J. Gallardo, *Ensayo*, I, cols. 382 y 1237 respectivamente.

(28) Murillo da en los caps. 17 y 18 de su *Fundación milagrosa del Pilar*, Zaragoza, 1622, una lista de autores cuyos escritos él descalifica, y el mismo es incluido en una lista semejante por Bartolomé Leonardo. Cf. carta de éste a fray Jerónimo de San José, *Obras sueltas*, II, págs. 331-334.

(29) *Tratado, relación y discurso histórico de los movimientos de Aragón sucedidos en los años de mil y quinientos y noventa y uno, y de mil y quinientos y noventa y dos*, Madrid, 1612.

(30) *Obras sueltas*, II, p. 333.

(31) Vicenza, 1605-1608; Vol. III, Parte quarta, Deca settima, Libro Sesto, folios 41-42.

lla (32). Y había razón para ello (33), pero ningún aragonés estaba en disposición de entender la legislación emanada de aquellas Cortes en su verdadero espíritu. Quedó la letra de la ley y en aquellos tiempos de *leguleyismo* la propia ley lo era todo. El Profesor Giménez Soler (34) incluye justamente a Argensola entre tales *leguleyos*. El fué un hombre de su época y de su partido y sus juicios se resienten de las apreciaciones erróneas de una y otro.

El propósito de Argensola se cifró, pues, en hacer patente a todo el mundo que Aragón no se había levantado en franca rebeldía y que por lo tanto el Reino no había recibido una humillación ante un rey enojado. Para esto juzgó necesario dedicar los primeros 25 capítulos de los 56 de su libro a los antecedentes históricos, y no podemos pasar por alto aquí el examen de estos antecedentes. Durante la Edad Media los aragoneses madrugaron en la formación de sus derechos políticos y antes de que se diera la *Magna Charta* ya habían conseguido aquéllos avances considerables, siendo su Privilegio General (1283) y su *Privilegio* de la Unión documentos insignes en la historia del derecho (35). Pero estos mismos privilegios concedidos por varios reyes a partir del s. XII, confirmados por todos los monarcas subsiguientes, formando un cuerpo de *fueros* que, en realidad, eran una constitución, había llegado, dentro del s. XVI, a no responder a las necesidades de la sociedad contemporánea y sirvieron de ocasión a innumerables abusos.

Un desenvolvimiento libre de la primitiva constitución aragonesa pudo haber producido algo semejante a la democracia lograda en Inglaterra (36); pero triunfaron las

(32) *Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe Segundo*, por el Marqués de Pidal, Madrid, 1862, III, págs. 145-146.

(33) Cf. Andrés Giménez Soler, *Las alteraciones de Aragón en tiempo de Felipe II*, 1917, págs. 217-218: «Todos los historiadores procuran demostrar que no mató nuestras libertades, que las Cortes de Tarazona no son principio de una nueva era; pero es que la imagen les parecía realidad viva; desde entonces no hay en Aragón más poder efectivo que el del Rey y se conservó aquella sombra de constitución a la antigua por creer consustanciales el armatoste legislativo y la existencia del reino. Se impusieron los partidarios de la tradición, pero no de la genuina, de la buena tradición aragonesa, sino de la forjada por los juristas... y se conservó todo lo perturbador, la Diputación y el Justicia, el procedimiento de las firmas y manifestaciones, como medios de burlar la ley.»

(34) V. la nota anterior.

(35) G. T. Northup, *An Introduction to Spanish Literature*, Chicago, 1925, p. 6.

(36) Manuel Marraco, en su *Prólogo* a Giménez Soler, *op. cit.*, p. XIV. La exposición que sigue está tomada de Giménez Soler y Pidal, *opera citata*.

tendencias contrarias. Ya antes de la unión con Castilla, la Corona iba asumiendo más y más el poder. Con el casamiento de Isabel y Fernando la centralización se acentuó y bajo una monarquía moderna, centralizada, la ordenación medieval aragonesa no podía pervivir. El cambio se hace sentir ya en el s. XV y los aragoneses, advirtiendo que estaban en trance de perder algo muypreciado, trataron de detener el proceso de este cambio. Ciertamente las leyes antiguas producían efectos no buenos, y los reformadores atribuyendo el mal no a las leyes, sino a los hombres que las administraban, pretendieron restablecer la tradición creando nuevos cargos: «Quisieron asegurar la tradición, fijarla y hacerla inmutable y se encerraron en un capullo, del cual si salían había de ser para morir.» (37) Surgieron innumerables tribunales, hasta el punto que mientras los inocentes estaban en peligro, muchos culpables quedaban en libertad (38). Zaragoza se convirtió en refugio de gentes fuera de la ley, porque «con los fueros y leyes en la mano, se podía retener preso a un hombre sin culpa, y con la ley en la mano se dejaba ir suelto y libre por las calles al delincuente.» (39). Lo que se había creado para la tranquilidad pública, se volvió pública amenaza y el célebre *Privilegio de Veinte* de Zaragoza, responsable en gran parte de los sucesos del 91, no era mas que un remedio violento de estos abusos cuando resultaban ya intolerables.

El problema tenía otras facetas también. La España de Carlos V más que una nación había sido un conglomerado de naciones y el nuevo Estado tuvo que luchar contra las antiguas nacionalidades. Felipe II fué el primer rey de «las Españas» todas y el primero que tuvo una capital. Los fueros de Aragón fueron antiguamente un freno para los reyes aragoneses y ahora eran una limitación del poder central, aunque su fuerza e importancia se apreciasesen exageradamente. Aragón, que había permanecido tranquilo durante la lucha de las *Comunidades* de Castilla y de las *Germanías* de Valencia en tiempo de Carlos V y que seguía quieto durante los primeros años del reinado de Felipe II fué paulatinamente haciéndose

(37) Giménez Soler, *op. cit.*, p. 87.

(38) *Información*, p. 67.

(39) Giménez Soler, *op. cit.*, p. 121.

teatro de una apasionada lucha que culminó en Tarazona el año 1592.

La lucha era inevitable y dentro de Aragón estaban las fuerzas que al fin dieron la victoria a Castilla. Nobleza y clero favorecieron los *fueros* que daban a los primeros ilimitado poder sobre sus vasallos, y a los últimos un destacado lugar en el manejo de los asuntos del reino. Sin embargo, su política es a veces indecisa y tratan de ganar por las dos partes. Pues si los *fueros* suponen poder y ventajas en casa, el favor de Madrid trae distinciones, *mercedes* en el más ancho campo de la monarquía española. Y se hicieron oportunistas. La gran tragedia de los *sucesos de Zaragoza* fué que las personas distinguidas, exceptuados acaso tres, no supieron adoptar una postura definida. El tercer estado se opuso a los *fueros*, los cuales aunque daban a los restantes aragoneses exceso de fuerza y libertad, mantenían a la gran masa de vasallos en la más abyecta miseria y la privaban de todo derecho humano. Estos, pues, se identificaron en todo momento con el partido centralista, negaron obediencia a sus señores y crearon un estado de anarquía con el fin de atraerse al rey y librarse del antiguo vasallaje. Los consejeros del rey en Madrid favorecieron por todos los medios la expansión del poder real. Su ideal era el Imperio Romano. No concebían una monarquía de poderes limitados y consideraban cada intento de sostener los privilegios regionales como actos dignos de castigo. En este aspecto, los consejeros fueron más allá que el rey a pesar de que Felipe II fué en todo momento celosísimo de su autoridad.

Los acontecimientos vinieron a favorecer el juego del Monarca. Abusos, actos de violencia y hasta crímenes a cuenta de las libertades locales se sucedían por ambas partes, si bien es cierto que unos y otros se disculparían justificando tales medios por el fin perseguido. El resultado fué que Aragón estaba en una tensión excitada y recelosa, de forma que la llegada de Antonio Pérez a Zaragoza sirvió de pretexto más que de causa para suprimir la independencia aragonesa (40).

Argensola no se dió perfecta cuenta de este estado de cosas. No ignoraba los intentos hechos desde Madrid para

(40) Los *fueros*, aunque muy restringidos en su eficacia después de 1592, continuaron nominalmente en vigor hasta el reinado de Felipe V.

quebrantar el poder regional y la parte que en ellos cabía a los ministros del Rey (41). Pero no se apercibió de las consecuencias políticas y sociales y su primer esfuerzo, después de trazar el desarrollo de la constitución desde los primeros tiempos, se encaminó a demostrar la bondad de la legislación aragonesa.

No hai lei en este reino que no esté fundada en precepto, o consejo evangélico, derecho común o razón natural... Causa admiración ver quan a bulto son condenadas estas leyes en los extranjeros, y señaladamente españoles, que las ignoran de todo punto... Lo que dicen los apóstoles San Pedro y San Judas, que hai muchos que blasfeman de todo lo que ignoran, esto me admira en gente de ingenio, y que piensa que tiene letras, no pesar la razón, sino a ojos cerrados decir mal de los fueros y leyes de Aragón, no considerando que las leyes son muertas quando no tienen buenos ministros que las executen, y que más facilmente estará en ellos la culpa del abuso, que son hombres sujetos a varias imperfecciones, que en las leyes, que se hicieron sin pasión, y concurren en hacerlas tantos prudentes. Y si dice Cristo que en dos o tres congregados en su nombre asistirá, ¿cómo quieren contradecirle negando que entre tantos cristianos eclesiásticos y seculares falta esta congregación y asistencia?... Presupuesto lo dicho trataré ahora de la *manifestación de persona, que es uno de los más santos remedios que hai en este reino para evitar la cólera de los reyes o de sus ministros*. (42)

Su método de defensa consiste en la mera exposición de los hechos y con frecuencia, más que defensa, los hechos constituyen una condenación implícita del Reino. Esto se ha considerado como imparcialidad: en la página primera de la *Información* Lupercio se refiere a su «intento, que es escribir para que otros juzguen, sin mover los afectos, como si esta causa se tratara delante los lacedemonios o atenienses». En realidad, esta postura le fué impuesta. El estaba al servicio de los Diputados y encargado de escribir la defensa de Aragón. Era además un asalariado del Rey y en calidad de Cronista suyo se le exigía la censura de aquellas historias que pudieran parecer contrarias a los intereses de la Corona. (43) Y por

(41) Especialmente Rodrigo Vázquez y el Conde de Chinchón.

(42) *Información*, págs. 17-19. El subrayado es mío.

(43) V. los términos de su nombramiento, *supra*, p. 64. Se conserva en la Biblioteca Nacional un documento (Ms. 6121, fols 35-44) que muestra por modo muy personal la actitud de Lupercio respecto de su historia. Esta escrito en forma de carta, sin encabezamiento, fecha ni firma y empieza: «Ayer en presencia del mismo portero que traxo el libro y su carta de

último, sabía muy bien que el poderoso partido antiaragonés de la Corte era de temer. (44) No le quedaba otro camino que ceñirse escuetamente a la verdad, (45) dejar que los hechos hablasen en favor de la fidelidad del Reino en conjunto y en contra de los que fuesen dignos de reproche, (46) y cargar al *vulgo* la responsabilidad de la animosidad hacia los ministros del Rey. (47) Al contestar a los advertimientos, expone en términos precisos su postura:

[Lo]... que pretende este libro es artificiosamente persuadir la verdad, y como Lucrecio, engañar al lector untando la orla del vaso con miel, para que como niño enfermo beua la medicina amarga... Pienso que con artificio se responde vastantemente no sólo a los que an escrito contra el Reyno, sino a muchos que hablan y creen que solamente en el castigo y pertinacia no somos semejantes a los flamencos. (48)

Y en este tono prosigue a lo largo de la obra. Los capítulos de la introducción, pese a su concisión, consiguen leer entre líneas la injusticia cometida por Felipe

vuestra merced escriví lo que me pareció a propósito sobre los advertimientos que esse personage (bien quisiera saver quién es) a hecho sobre mi libro, aunque no los ley sino de priesa. Aora que los e leydo de espacio diré más largamente mi pareper y resolución para que vuestra merced li comunique a esos señores». Se trata de una contestación a críticas y sugerencias anónimas, algunas de las cuales son aceptadas, otras rebatidas en los más enérgicos términos. En respuesta a su crítico, dice: «Ni quiero ser avisador del Rey, mayormente siendo como soy su Chronista Mayor en la Corona de Aragón, y estando a mi cargo el reformar las historias descomedidas».

(44) «Y que viven oy algunas de las personas a quien quiere [el advertimiento] que se dé toda la culpa, muchos deudos y amigos de Rodrigo Vázquez; que es menester servir al tiempo y ganar la boca a la nación. en quien más conviene sellar nuestra verdad; y finalmente, que no se deue mentir, mas tampoco se deue decir todo lo que se sabe. La verdad se trasluce y el que fuere discreto entenderá bien lo que se calla». *Ms. cit.*

(45) «Respondo [al advertimiento] que en todo escriuo verdad y me parece necesario para los fines arriba dichos y que carezco de toda pasión. Amigo mío era don Ramón Cerdán: *Amicus Plato*, se dize por proverbio, *sed magis amica Veritas*». *Ms. cit.* El advertimiento acusa a Argensola de injusto con Cerdán.

(46) «Para ser bien recibida esta información es menester que juntamente sea confesión de las culpas que hubo: yo a lo menos libremente digo que sin esto no me atrevo a tan gran empresa». *Ms. cit.*

(47) «Esto se hizo con mucho disgusto del vulgo, que decía que el Justicia pendía de la voluntad de los ministros reales». *Información*, páginas 46-47. No hay duda de que el Conde de Chinchón dió un mal giro a los asuntos de Aragón en todas las ocasiones posibles. Argensola se atreve a nombrarlo una vez: «El rei era justiciero, y no faltaba quien le incitase a exercitar aquella virtud: porque el Conde de Chinchón, gran privado suyo, era primohermano del marqués de Almenara, y con el nuevo delito resuscitaba el primero en que fué muerto [el marqués], que pudiera castigarse sin tanto estruendo». *Información*, págs. 106-107.

(48) *Bib. Nac.*, *Ms.* 6121, fols., 34-44

y sus consejeros al favorecer los levantamientos de vasallos contra sus señores durante muchos años antes de 1591. Si la Corte hubiera querido sofocar los movimientos sediciosos, éstos no habrían seguido adelante. Los capítulos que tratan de Antonio Pérez muestran terminantemente que, si Aragón en conjunto fué leal a su Rey, los actos de violencia fueron debidos a unos pocos nobles secundados por unas masas a las que habían preparado para cualquier revuelta los sucesos de los diez años precedentes, y que el conflicto fué además debido al miedo y negligencia de todas las autoridades de Zaragoza y en particular a la declaración nacida del temor y no de la ley, que hizo el tribunal del Justicia. Con relación al segundo cargo formulado por los *autores extranjeros*, a saber, que la constitución aragonesa había sido anulada, la contestación era menos difícil, y una exposición de hechos no podía herir ni al Rey ni al Reyno. (49) Los registros de Cortes proporcionan abundantes pruebas. Lupercio escribe:

Muchos extranjeros, donde la fama del suceso llegó desnuda de todas estas cosas que he contado, piensan que el rei entró en Aragón como vencedor, armado y victorioso, privando, según lei de guerra, a los vencidos, (50) de sus privilegios; y a mí me lo han dicho y porfiado en Castilla muchos hombres no vulgares... Las leyes y fueros de Tarazona fueron hechas por el rey y por los aragoneses... (51) habiéndose de voluntad del rei y de los quatro brazos constituido las leyes que para el buen gobierno juzgaron, según los casos precedentes que más convenían, *sin alterar*

(49) Aunque alguien objetó que la presencia de las tropas reales en Zaragoza estorbarían la libertad de acción en Tarazona. Que Argensola pensaba así se ve por su respuesta al último de los *advertimientos* (*ms. cit.*), que nos proporciona un ejemplo más de la cautelosa actitud del autor en cada una de sus afirmaciones. ADVERTIMIENTO «Estas palabras parece a algunos que se debieron quitar, pues las Cortes no se pudieron tener ni celebrar con la libertad que otras, y perdimos mucho en ellas, y así es bien que se entienda que no nos aplacieron, por que algún día podamos alegar que en ellas hubo opresión». LUPERCIO. «Confieso que es muy importante y aun caso necesario dexar puerta para esta quexa... mas no la cierran estas palabras. No estuvo la violencia en la convocación de las Cortes sino en el discurso de adelante y en el modo de proceder, que nadie puede negar que si las Cortes tubieran los requisitos necesarios, no era el remedio más a propósito que se podía desear, como digo... Preuine esto en lugar oportuno, de manera que no se puedan notar los aragoneses de pusilánimes en estas Cortes, ni si en otras no recuperaren lo que dice el advertimiento que perdieron en éstas, y sin obligarlos al cumplimiento desta táctica amenaza; y basta para los discretos decir que al fin el Rey se vistió el traje de la tierra».

(50) El texto reza *vencedores*, error notorio.

(51) *Información*, p. 189.

ni mudar la forma antigua que en el reino había en hacer o corregir leyes. (52)

Sigue a continuación un resumen de la legislación emanada de Tarazona y al final este pasaje que puede ser considerado como la conclusión de esta parte de la obra:

Esto contienen los fueros de Tarazona, y no hai otra cosa en contrario. Según esto, véase qué cosa hai más agena de verdad que decir que el rei ha quitado al reino de Aragón privilegios, si para hacer estos fueros llamó a Cortes. (53)

Las conclusiones de Argensola son incorrectas. La constitución sólo era una sombra de lo que había sido (54) y las leyes no podían salvar a una sociedad corrompida de su propia corrupción. (55) Pero el valor de su obra no desmerece apenas por esto. Es sin duda alguna la relación contemporánea más fidedigna de los sucesos (56). Tanto él como su hermano Bartolomé tomaron parte activa en ellos, según hemos visto. Su hermano Pedro asistió al Justicia en los últimos momentos antes de ser ejecutado. Para otras cuestiones acudió a documentos originales (muchos de los cuales acompañan al texto) o testigos presenciales (57). Los defectos del trabajo son los propios en obras de esta naturaleza. Más que una historia era una apología (58) y, en consecuencia, la cronología, tan interesante para un historiador moderno, (59) contaba poco para Lupercio y sus contemporáneos, para quienes los sucesos eran

(52) *Ibid.*, p. 187. El subrayado es mío.

(53) *Ibid.*, p. 211.

(54) *Vide supra*, p. 129, nota 33.

(55) «Una nación como era la de Aragón a fines del siglo XVI, cuyo clero se ha descrito; cuya nobleza sólo pensaba en fiestas y recreos, en quisquilleos y puntos de honor, según el Virrey; ignorante, dominadora y cruel con sus vasallos, según veremos; una clase media compuesta o de mercaderes muy ricos, antiguos judíos, o de legulejos, y un pueblo hambriento y desecado de vestir hábitos para escapar del campo y dejar el arado, no podía tener más que un gobierno corrompido para las clases corrompidas y tiránico para los ignorantes». Giménez Soler, *op. cit.*, p. 77.

(56) «Indudablemente el historiador más veraz de aquellos sucesos es Lupercio Leonardo...» Giménez Soler, *op. cit.*, p. 172, n. 1.

(57) «Todo lo que escribo de Teruel es por relación del Sr. Doctor Abengoechea, a quien me remito» Bib. Nac., Ms. 6121, fols. 35-44, respuesta al *advertimiento* 16. Abengoechea era el magistrado supremo de Teruel en el tiempo de la sedición en esta ciudad.

(58) «Si yo hubiera de escriuir historia de nuestros tiempos, muy de otra forma la escriuiera.» *Ms. cit.*

(59) «Su obra adolece del gravísimo defecto de no seguir orden de tiempos.» Giménez Soler, *op. cit.*, p. 172, n. 1.

cosa familiar (60); y aun cuando escribió con cautela obligada, que ha de tener presente el estudioso de hoy (61), su libertad de expresión asombra las más de las veces si tenemos en cuenta las condiciones en que fué compuesta.

En cuanto al estilo, la Información posee las inestimables virtudes de concisión y sencillez, cualidades que ciertamente no distinguen al más joven de los Argensola, cuya *Conquista de las Islas Malucas* y *Anales de Aragón* son tachados con justicia de prolijos. (62)

«Seré brevísimo —escribe Lupercio—, porque para enseñar o informar es el primer precepto; y porque si descendiese a particularidades, sería defraudar a las crónicas, que se esperan, del reino.» (63)

La amenidad del libro no pierde por esta concisión, antes gana con ella. Vicente de Lafuente la califica como obra «de amenísima lectura» y el Duque de Villahermosa en su discurso de la Real Academia Española, resume su valor literario así:

Del estilo de esta relación tan sesuda, tan honrada y tan cristiana, sólo os diré que, sin afectar sistemáticamente, como Mendoza o como Melo, la imitación de Salustio o de Tácito o de cualquier otro de los grandes modelos de la historia clásica, se les asemeja en la rapidez y en la fuerza, aunque no en aquel arte divino, sólo a ellos concedido, de mostrar y hacer patentes a la vista las escenas históricas, como si delante de nosotros aconteciesen. (64)

Esto es verdad respecto de una obra que Lupercio no consideraba histórica, escrita para servir a un fin prác-

(60) «No tengo cuidado de decir en qué tiempo sucedió cada cosa destas, porque no importa; basta saber que todas se continuaron, y quando lo pide la materia, no dexo de señalar el día.» *Información*, p. 149.

(61) «La *Información de los sucesos del reino*, escrita por Argensola en 1604, es un libro sumamente curioso y de amenísima lectura. A él me refiero, aunque hay que leerlo con cuidado, pues está escrito con miedo y con amañada astucia. Argensola, comensal de los duques de Villahermosa, se muestra recatado, pues temía lo que sucedió, y que su escrito le costaría disgustos; pero desde luego se ve que no era enemigo de las libertades de la aristocracia y que las entendía al estilo de Cerdán, y a favor de ésta, pero no del pueblo.» V. de la Fuente, *Estudios críticos sobre la historia y el derecho de Aragón*, Tercera Serie, Madrid, 1886, p. 355.

(62) Esta es una de las diferencias capitales entre los dos hermanos. Compárese la sátira de Lupercio, *Muy bien se muestra, Flora, que no tienes con cualquiera de las interminables sátiras o epístolas de Bartolomé*.

(63) *Información*, p. 1.

(64) *Obras*, op. cit., p. 24.

tico e inmediato mas bien quee artístico o científico y compuesta en quince días, durante la convalecencia de una larga enfermedad. (65) De habérsenos conservado sus obras históricas de más empeño es muy posible que le hubieran valido un puesto al lado de Zurita.

Ya hemos tratado de las causas que impidieron la impresión de la *Información* antes de 1808. (66) ¿Quién fué este Juan Francisco Torralba, cuyas notas y adiciones al manuscrito original impidieron su publicación, y en qué consistían las enmiendas que propuso? El profesor Giménez Soler, en su lección sobre *Los hombres y el gobierno* (capítulo segundo de su obra sobre las *alteraciones*, ya citada) lo presenta así a su auditorio:

Este es aquel impertinente que habiendo recibido el manuscrito de Argensola, se atrevió a llenarlo de notas, unas ridículas otras adulatorias de los cortesanos y muchas laudatorias de si mismo (67).

Fué profesor de Derecho canónico en la primera Facultad de la Universidad de Zaragoza, y en 1591, juez, o lugarteniente en el Tribunal del Justicia y se mostró como uno de los más serviles partidos de la Corte. En calidad de tal se negó a hacer cierta providencia en favor de Antonio Pérez, quien con amenazas y queriendo amedrentar a sus enemigos, consiguió que Torralba fuese separado de su puesto. El lugarteniente fué acto seguido a Madrid e informó contra el Reino, por lo que fué recompensado con el nombramiento de juez de la *Real Audiencia* en Zaragoza (68). Mentiroso, falso testigo, un verdadero pícaro (69), era por el 1604 *regente de la Cancillería* y se requería su aprobación para que la *Información* pudiera ser impresa. Argensola escribe:

Los Diputados de Aragón, a cuya instancia se escribió este discurso, queriéndole imprimir, le presentaron al doctor Juan Francisco Torralba, regente de la cancillería, para que diese licencia; el qual de su propia mano añadió muchas cosas en diversos lugares, las cuales yo no quise que saliesen a mi nombre,

(65) *Información*, p. 231.

(66) Cf. *supra*, p. 71.

(67) *Op. cit.*, p. 101.

(68) Marqués de Pidal, *op. cit.*, II, págs. 71-72.

(69) Giménez Soler, *op. cit.*, págs. 102-116.

y así cobre este original, donde están escritas, como digo, de mano del regente, las adiciones, para que hagan perpetuo testimonio de su autor. (70)

Aparte la exactitud o inexactitud de las notas, su incorporación al texto hubiera desfigurado la unidad y el verdadero carácter de la obra. Consideradas en sí mismas, son, ciertamente, «ridículas». Argensola escribió breve, concisa, imparcialmente, prescindiendo de lo no esencial y siguiendo con la mayor habilidad un rumbo entre Escila y Caribdis. Las notas hubieran hecho su obra difusa, cominera y notoriamente parcial por la Corte.

Su cominería (la de las notas) puede verse en este ejemplo. Argensola escribe en la página 24:

Al fin de la audiencia el regente por medio de un secretario, que aquí llaman *escribano de mandamiento*, pronuncia las sentencias que tiene escritas...

Después de la palabra *mandamiento* Torralba añadió, «estando en pie y sin bonete». Su partidismo centralista se ve en otro. En la página 113, el autor transcribe el texto del *fuero* en el que se apoyó el Justicia para enfrentarse a las tropas del Rey. Refiriéndose a este *fuero*, escribe Torralba: «el cual se ha quitado en las Cortes de Tarazona de 1592». Argensola añadió la siguiente apostilla a la nota:

Terrible mentira, porque no se ha quitado ni corregido: véase la pasión del buen regente Torralba, cuya es esta letra.

En las páginas 8 y 10 hay otras notas recalcando los cambios introducidos en la constitución. Todo el capítulo XXX hubiera sido completamente desfigurado por las nueve notas de Torralba. La más extensa y ridícula de éstas es la que mejor muestra la afición del *regente* al autobombo: Argensola había escrito narrando el ataque contra el Marqués de Almenara:

Y de tal manera le rodeaban [al marqués], que hállandose el Justicia fatigado de la gran turba, y del dolor de una gran

(70) Escrito por Argensola al dorso de la portada del ms. original.

caída que dió, dexó al preso en manos de su lugarteniente y ministros, y se fué a un quartago. (71)

Después de las palabras *en manos* añadió Torralba:

Del dicho Torralba, el qual lo llevó a la cárcel con grandísimo riesgo de su vida, en esta manera, que, habiendo salido de su casa, el Justicia de Aragón iba a la mano derecha del marqués; el doctor Martín Batista de la Nuza iba delante, y micer Gerardo Clavería detrás, y micer Torralba al lado izquierdo de dicho marqués; y Pedro Alburquerque y otro fulano Carrillo, criados del marqués, allí junto. Y luego, en sacándolo de la casa, de tal manera iba la gente amotinada, que no se podía romper; y habiendo llegado a la plaza de Albión o de Clariana de Zaragoza, cayó el Justicia en tierra, y fué tanto el tumulto de la gente que cargó, que no se pudo levantar hasta pasado un rato. Y luego, en habiendo caído el Justicia, se quedó con el dicho marqués a solas el doctor Juan Francisco Torralba: al qual... salieron Gil de Mesa y Gil González con las espadas desenvainadas, diciendo: *muera el traidor, y viva la libertad*: a lo qual comenzó el dicho lugarteniente micer Torralba a vocear *resistencia, resistencia; tente al rei...*, etc., etc.

La nota ocupa una página más y su única finalidad es presentar al Dr. Juan Francisco Torralba como un héroe.

El criterio de Lupericio sobre cualquier modificación de su manuscrito se manifiesta en su réplica a los *adver-timientos*:

Digo que me allano a todo lo que fuere quitar del libro, mudar el título, no exasperar a los autores que an escrito *contra* este Reyno..., pero en lo que fuere añadir o mudar la sustancia de la escritura no me allanaré en ninguna manera.

No menos firme se mantuvo frente a las adiciones de Torralba, que quería adular a Madrid. También se percató de que, pese a todo su *artificio*, su obra estaba destinada a ser piedra de escándalo (72) y resistió a cuantos intentos de publicarla hicieron los Diputados.

Se hicieron, a pesar de todo, varias copias manuscritas

(71) *Información*, págs. 87-88.

(72) «Mas yo, por razón de las dichas adiciones, y porque con más acuerdo consideré que me ponía a peligro de irritar voluntariamente [involuntariamente (?)] a muchos, no siendo yo cronista del reino sino del rei, saqué de las manos del lugarteniente; y aunque los diputados del año siguiente me le han enviado a pedir..., no pienso darle.» *Información*, nota de Lupericio al dorso de la portada.

que corrieron de mano en mano (73). El original pertenecía a don Ramón Pignatelli de Zaragoza (74) a principios del siglo XIX y actualmente se conserva en la biblioteca del Seminario de San Carlos en dicha ciudad (75). La edición de 1808 (76) parece haber sido hecha con fines políticos, según se desprende de la nota del editor (77). En estos años todas las miradas se volvían a Zaragoza, y la monografía de Lupericio bien podía ser recordada, al igual que la *Numancia* de Cervantes, para excitar a los españoles en la defensa de su libertad. «No puede darse», escribe el Duque de Villahermosa, «doctrinal más breve de derecho público aragonés, ni estímulo más eficaz para recordar a aquellos pueblos lo que fueron, y aquella libertad que gozaron, elogiada por muchos, imitada por algunos, y deseada por todos» (78).

(73) Cf. *supra*, p. 72.

(74) Cf. la nota del editor, ed. de 1808.

(75) Cf. M. Serrano y Sanz, *Revista de Archivos B. y M.*, XX (1909), p. 130

(76) «Salvá asegura ser ésta la primera edición; Muñoz y Romero, que no la cita, cree que se hizo una en 1802.» Nota de Sánchez Alonso, *Fuentes de la historia de España*, Madrid, 1919.

(77) «Desde que poseía su apetecida y estimable copia, me veía forzado contra todo mi gusto, en grave perjuicio de la historia, a respetar la intención del autor, porque el imperio atroz del despotismo, que anudaba las lenguas y tenía atadas las manos, hubiera negado el permiso para imprimirla. ¡Tiempos lamentables y calamitosos en que era delito publicar ciertas verdades, y sólo se permitía tomar la pluma para adular y mentir! Al mismo leal y valeroso ruino de Aragón se debe ahora la libertad de relación de los sucesos ocurridos en él para testimonio eterno de su inmarcesible fidelidad, y para instrucción general del público español.»

(78) *Op. cit.*, p. 23.

XV

OBRAS MENORES

Memorial contra el teatro.—Defensa de las crónicas de Zurita.—Defensa de la «Conquista de las Islas Malucas» de Bartolomé Leonardo.—Compendio de la historia de Aragón.—Discursos en una academia de Zaragoza.—Correspondencia.

En uno de los capítulos biográficos de este estudio (1) se ha examinado la campaña, que triunfó temporalmente, de varios eclesiásticos y moralistas para suprimir el teatro nacional. El Arzobispo de Granada fué el iniciador de la ofensiva. Con motivo de la suspensión de todo espectáculo público durante el luto de la Corte por la Infanta Catalina (2), presentó al Rey una formidable acusación contra los teatros y exigió que su clausura fuese definitiva (3). Felipe II confirió el asunto con tres teólogos, Fr. Diego de Yepes, su confesor; Fr. Gaspar de Córdoba, confesor del Príncipe de Asturias, y D. García de Loaisa, más tarde Arzobispo de Toledo. Su informe (4), que, junto con el memorial de Lupericio Leonardo, hizo que se cerrasen los teatros de Madrid y aun los de toda España (5), es un mosaico de citas de Santos y Padres de la Iglesia, de ejemplos sacados de la historia antigua y de lugares comunes tomadas de los moralistas. Los más de los argumentos apelan a la conciencia del monarca, haciendo resaltar lo perniciosas que las representaciones teatrales eran para la moralidad de sus súbditos. Uno sólo es terminante y efectivo: el teatro crea un ambiente de pereza y ocio, contribuyendo a relajar la austera sobriedad de una nación guerrera, ¡y el Rey está en apurada necesidad de soldados!

La villa de Madrid presentó entonces su opinión so-

(1) Cf. *supra*, págs. 54-57.

(2) Murió el 6 de noviembre, 1597.

(3) Cf. E. Cotarelo, *Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España*, Madrid, 1904, págs. 19-20.

(4) Reproducido en Cotarelo, *op. cit.*, págs. 392-397.

(5) 5 de mayo de 1598.

bre el caso en un memorial (6), que, aun siendo muy sensato, resulta humorístico si se lee en relación con el informe de la comisión especial. Todas las naciones honradas han permitido la representación de comedias, la historia las tiene por buenas, presentan *buenos* ejemplos, proporcionan esparcimiento, *corrigen* las pasiones del hombre. Si (el «si» va subrayado) se han cometido abusos, que se corrijan con reglamentos, y no se prive a los hospitales de la villa de los 8.000 ducados que reciben de los teatros.

Lupercio contestó a la villa de Madrid y por lo que leemos en su *Memorial contra la representación de las comedias* (7), se desvanecen todas las dudas sobre su atribución al mayor de los Argensola. Al igual que en su *España Tarraconense* no quiso empezar la historia de Aragón con las «barbaridades antiquísimas» del tiempo de Túbal, y en su *Información e Historia de Carlos V* sólo admitió lo más cierto, de la misma manera en su ataque contra el teatro no se contentó con los anatemas de los Padres de la Iglesia o de los tratados de moral; sino que aduce ejemplos concretos de la perniciosa influencia de la *comedia*, «y para poderlos referir con verdad se han averiguado primero; y si se pudiera hacer, se pusieran los nombres de las personas y lugares» (8). Por eso Cotarelo (9) tenía su memorial por «una de las más duras impugnaciones de la escena que se le han hecho».

En el primer párrafo alude Lupercio al informe de los teólogos:

Porque personas pías y doctas han significado a V. M. los inconvenientes que los Santos temieron de los teatros y comedias, y el rigor con que en los Santos Concilios son detestadas y prohibidas, no se repetirá..... ninguna cosa cerca desta materia, sino solamente daños particulares sucedidos en España, por esta causa y en este tiempo; contra los cuales no podrán los defensores de las comedias... alegar diversidad de tiempos, de nación, de religión ni de costumbres. (10)

(6) Cotarelo, *op. cit.*, págs. 421-424.

(7) *Obras sueltas*, I, págs. 279-287.

(8) *Ibid.*, p. 287.

(9) *Op. cit.*, p. 65.

(10) *Obras sueltas*, I, págs. 279-280.

Siguen luego, en términos de insuperable contundencia, numerosos ejemplos especificados de nobles cuyos amoríos con actrices dieron ocasión a los mayores escándalos. Hecha esta introducción, Lupericio procede a refutar los puntos de la defensa presentada por la villa de Madrid. Los partidarios de la *comedia* habían argumentado que la clausura de los corrales no iba a hacer virtuosos a los que en ellos habían tenido motivo para pecar. Lupericio no lo niega, pero califica la argumentación de «indigna de personas de entendimiento, porque demás que el pecado secreto y sin escándalo es menor, no corre por cuenta de V. M., como a algunos les parece que corre el no quitar este tropiezo público» (11). Los defensores del teatro aducían también que los misterios de la Religión y los episodios heroicos de la historia podían ser difundidos mejor por las representaciones dramáticas. La contrarreplica de Lupericio es certera. Durante una reciente representación en Madrid, dice, de una comedia sobre la vida de la Virgen María, era tan sabidas entre el público las ilícitas relaciones entre el hombre y la mujer que hacían los primeros papeles, que la contestación de María al Ángel, *Quomodo fiet illud*, fué coreada por una explosión de carcajadas; y los mismos actores, en una pieza de Navidad, discutían en el escenario, oyéndoles los espectadores, porque la mujer había mirado a alguno del público, provocando así los celos del primer actor.

En su vestuario están bebiendo, jurando, blasfemando y jugando con el hábito y forma exterior de Santos, de Angeles, de la Virgen Nuestra Señora y del mismo Dios. Y después salen en público, fingiendo lágrimas y haciendo juego de lo que siempre había de ser veras y tratado por gente limpia. (12)

La ilustración histórica que proporciona el teatro tiende a ser descuidada e inexacta. El ignorante no sabrá discernir la verdad histórica de lo puramente fantástico, y los mismos escritores son «por la mayor parte indoctos... y añaden a las historias cosas impropísimas» (13). Y se cita otro nuevo ejemplo:

(11) *Ibid.*, I, p. 282.

(12) *Ibid.*, págs. 283-284.

(13) *Ibid.*, págs. 284-285.

En una [comedia] que pocos días há se representaba del casamiento del serenísimo Rey D. Juan, padre del Católico Rey don Fernando, le aplicaban hechos y acciones, no solamente contra la verdad, más aun contra la dignidad de su persona; y a la serenísima Reina, su mujer, liviandades que en persona de mucha menor calidad fueran reprehensibles. (14)

De haberse propuesto Lupercio escribir una disertación sobre las ventajas del teatro, podemos asegurar que la tragedia, tal como él la entendía, no hubiera merecido su condena. La *comedia* de 1598 era en verdad un grave problema para los moralistas. Lupercio no admitió términos medios: «Las sabandijas que cría la comedia son hombres amancebados, glotones, ladrones, rufianes de sus mujeres» (15). La *comedia* con sus «lazos tan perniciosos para los cuerpos y almas» era una escuela de libertinaje y como tal debía prohibirse en todos los reinos de Su Majestad.

El 2 de mayo de 1598 se cerraron los corrales, y no volvieron a abrirse mientras vivió Felipe II. Al subir al trono el nuevo monarca, la villa de Madrid renovó sus esfuerzos y presentó un memorial, idéntico en el fondo al presentado el año anterior (16); el Rey, «después de oír al Consejo y teólogos, [ordenó] que continuasen las representaciones» (17).

El conde de la Viñaza (18) proclama a Zurita «el historiador más severo, concienzudo e imparcial que ha habido en España». Es un juicio absoluto, pero es cierto que él fué «el primer historiador español que recogió documentos originales, el primero en completar sus fuentes con el estudio de documentos extranjeros, el primero en percatarse del valor de los viajes para el investigador». Fitzmaurice-Kelly considera sus *Anales de la Corona de Aragón* (1562-1579) como «una obra excelente desde el punto de vista de la exactitud» y a Zurita como «un espíritu fundamentalmente científico» (19).

Su historia fué aceptada desde el primer momento y

(14) *Ibid.*, p. 285.

(15) *Ibid.*, I, 285.

(16) Cotarelo, *op. cit.*, págs. 424-425 y 369-384.

(17) 16 de abril de 1599. Cf. Cotarelo, *op. cit.*, p. 425.

(18) *Discurso*, *op. cit.*

(19) *Historia de la literatura española*, Madrid, 1921, p. 198

casi unánimemente como modelo de investigación histórica y arsenal, «archivo público», de datos históricos. A estos *Anales* quiso Lupercio dotar de una introducción con su *España Tarraconense* y al anunciar esta obra a Llorente en 1599 (20), habla de ella como de «[una historia] tan bien escrita, cuanto a la diligencia, como la tenga otra provincia del mundo». No se libró, sin embargo, de severas críticas.

Aun cuando las tempranas observaciones de Alonso de Santa Cruz habían sido controvertidas por Ambrosio de Morales y Juan Paez de Castro, todavía quedaba en 1604 un grupo de críticos a quienes no satisfacían las cualidades de los *Anales* (21).

Lupercio, en alguna fecha anterior el 31 de enero de 1604 (22), preparó la contestación a los cargos, y envió una copia de esta defensa a don Pablo de Santa María, judío converso, «persona muy docta y aficionada a la lectura de los mismos *Anales*» (23), el cual había ordenado un índice de la obra de Zurita en castellano escrito en caracteres hebraicos, y a lo que parece, había consultado a Lupercio con tal motivo (24). Este último le apremió en su respuesta a que publicase el *Índice*, a pesar de que los Diputados de Aragón andaban preparando la publicación de un índice semejante en aquel mismo año (25) y unió a su carta la defensa que él había redactado.

El interés de esta defensa reside en cómo deja ver

(20) Carta publicada en *Obras sueltas*, I, 329-336.

(21) Cf. Pellicer, *op. cit.*, págs. 20-21, y Ustarroz y Dormer, *Progresos de la historia en Aragón y vidas de sus cronistas*, Primera Parte, 2.^a ed. Zaragoza, 1878, libro II, cap. XII, págs., 225-230.

(22) La fecha de la carta de Lupercio está equivocada en *Obras sueltas*, I, p. 362: «último de enero 1610 años». El año es 1604. Así lo imprimen Ustarroz y Dormer, *loc. cit.*, y el «Índice que los Diputados deste reino han mandado hacer», citado en la carta, se imprimió en 1604. Cf. Sánchez Alonso, *Fuentes de la historia española*, p. 63.

(23) Ustarroz y Dormer, *op. cit.*, y 225.

(24) La carta de Lupercio empieza: «Tampoco me parece ajena del título deste libro la carta que se sigue, pues en ella se defiende a Jerónimo Zurita.» Pellicer, *op. cit.*, p. 21, y Viñaza, *Obras sueltas*, I, p. 353, interpretan este libro como que fuera la misma *Información* de Lupercio, escrita en 1604. Esto es un error. La carta no figura ni tiene que ver con la *Información*. Las palabras *este libro* se refieren al *Índice* de don Pablo. Cf. *este cuidado y esta obra*, con la misma referencia, *Obras sueltas*, I, 361. Yo me inclino a creer que Argensola devolvía el ms. a don Pablo. De aquí que escriba *este*, no *ese*.

(25) «Porque, a lo que creo, solamente el nombre será común a este trabajo y al de vuestra merced, y en lo demás habrá notable diferencia.» El índice de don Pablo no se imprimió y se ha perdido.

la posición independiente de Lupercio, aun frente a una autoridad tan recibida como Zurita, y también su inclinación—propia de todos los historiadores de la época y que se encuentra en la *Información* de Lupercio y en sus contestaciones al *Advertimiento* anónimo—a buscar precedentes y justificación en los historiadores de la antigüedad y aceptar su ejemplo como norma.

En las páginas preliminares, antes de entrar en la defensa, Lupercio cuenta a don Pablo los ataques que él mismo ha sufrido por parte de algunos que le echaban en cara haberse inventado las críticas que refutaba a fin de llamar la atención sobre sí (26), y añade:

En esto a lo menos no hay engaño, que jamás tuve intento de defraudar al secretario Jerónimo Zurita de su gloria, sino de celebrarle y estimarle, como lo merecía su gran erudición, prudencia y bondad... Y nadie crea que contradice a esta verdad el no seguirle yo en todo lo que escribió, porque el tiempo descubre y apura en unas edades cosas que estaban ocultas y confusas en otras. Y en algunos doctores de la Iglesia hay opiniones que no se pueden tener y afirmar, por haberse determinado lo contrario por los Sacros Concilios. Así que el apartarse de la opinión de Zurita no es ser detractor de Zurita, y más en la historia, donde el que escribe debe ser, como lo dice Horacio: *Nulius additus iurare in verba magistri* (27).

Lupercio adoptó el método de Zurita, pero lo siguió con independencia, consciente del constante progreso de la erudición, y no sometiéndose en los hechos a un *ipse dixit*. No así en cuanto al estilo. A los detractores de Zurita y a la objeción de que los *Anales* debieran haberse escrito en el conciso estilo de Tácito, opone el ejemplo de Cicerón, modelo de elocuencia, también acusado de verbosidad, y de Livio «[quien] escribió largamente los [anales] de la República romana, sin encerrarse en estilo lacónico o limitado». También encuentra justificación en Livio para la costumbre que tenía Zurita de incluir, con una insistencia en los detalles que resultaba enojosa a algu-

(26) «Desto me avisó un caballero muy principal deste reino, y yo luego junté a un nieto y algunos deudos de Jerónimo Zurita y les leí la carta, rogándoles que me dijese si aquellas oposiciones eran inventadas por mí o las habían oído a diversas personas, y si les parecía que mis respuestas satisfacían o no, porque yo estaba dispuesto a hacer cualquier enmienda. Respondió su nieto que no solamente después de la muerte de su abuelo eran públicas, mas que viviendo llegaron a sus oídos, etc.» *Obras sueltas*, I, 354.

(27) *Obras sueltas*, I, 355-356.

nos, los nombres de cuantos figuraron en *Cortes* y otros actos públicos; pues del mismo modo que Livio no pudo omitir los enfadosos relatos de las consultas a los auspicios a causa de la importancia que los romanos concedían a la religión, Zurita, que escribía para aragoneses, les proporcionó una relación de nombres y hazañas de sus antepasados.

Y se aducían razones de más peso. Los *Anales* de Zurita son una obra de consulta más que de arte, y no podían ahorrar ningún detalle. Si Zurita no se remonta más allá de 1118, es por lo escaso de los materiales en los primeros tiempos y prefirió, como Plutarco, dejar a otros estos grandes desiertos y dedicarse él a más productivos campos. Si no narra la historia particular de cada una de las grandes familias aragonesas, es porque no escribe genealogías y sí historia, además de que no tenía acceso mas que a los documentos públicos. Si tributa alabanzas imparcialmente a España y a las naciones enemigas, es por su respeto a la verdad, y su historia gana autoridad con ello. Y, por último, la carencia de un índice es algo que fácilmente se puede suplir.

Estas observaciones revelan una concepción de la naturaleza de la historia como ciencia más que como arte. Responden con autoridad, penetración y eficacia (28) a las críticas de quienes ven lunares donde no quieren reconocer excelencias, y nos dan un matiz más de la personalidad intelectual de Lupericio Leonardo.

Aunque con perjuicio del orden cronológico, parece oportuno examinar ahora la defensa de otra obra histórica, la *Conquista de las Isla Malucas* (1609) de Bartolomé Leonardo, hermano de Lupericio. La historia de la reconquista de las Molucas o Islas de las Especies por D. Pedro de Acuña (1606), fué compuesta por Bartolomé a ruegos del Conde de Lemos, que consideró este triunfo naval como el principal éxito de su gestión en la presidencia del *Consejo de Indias*. Su relato es, según Ticknor, «uno de los más agradables entre las historias menores españolas» y mereció los honores de ser traducido al francés,

(28) Ustarroz y Dormer, *op. cit.*, p. 255

alemán e inglés (29). No llega, sin embargo, al rigor histórico de Lupercio en su *Información* o al del mismo Bartolomé en sus *Anales de Aragón* más tarde (1630) (30), y como corrió manuscrita algún tiempo, fué objeto de censuras que hubieran impedido su publicación a no haber intervenido Lemos (31).

En el prólogo «A los lectores», Lupercio defiende a su hermano en forma parecida a la que empleó con Zurita. El título, se le decía, es la *conquista* de las islas, y puesto que fueron tomadas en un solo encuentro, hubiera bastado con un *pliego* en lugar de los diez libros para contarla. Lupercio contestó que, habiendo sido antes perdidas las islas por Portugal, su historia anterior era necesaria para la perfecta inteligencia de lo sucedido y que «todas las demás cosas, que en orden a ésta se escriben, deben ser admitidas como pompa de este triunfo». Todavía se le objetó que se habían introducido elementos novelescos, «particularmente los amores y casamiento de aquel Alférez que refiere en el Libro Tercero». Aquí Lupercio se acoge de nuevo a la autoridad de los antiguos, y replica:

No le faltaba materia a Tito Livio para hacer larga la Historia romana, pero no dejó de escribir otro suceso semejante al de este Alférez; contento quedará mi hermano, si fué yerro, en tener por compañero a Livio.

El estilo del libro fué censurado de excesivamente retórico y figurado para una obra de historia seria. «En Tucídides», contesta Lupercio, «en Salustio y en Tácito, con los cuales pretenden argüirnos y espantarnos, podríamos hallar nuestra defensa. Pero busquémosla donde está manifiesta en Herodoto, Jenofonte y Tito Livio, a quien acusan, acusando a mi hermano». La última objeción se fundaba en la elección del tema, a lo que Lupercio res-

(29) La traducción inglesa, que nunca he visto citada por los biógrafos de Bartolomé, es de John Stevens, London, 1708. Hay un ejemplar en la New-York Public Library.

(30) «Así como en sus otras obras históricas Bartolomé es exacto e imparcial, en ésta utiliza leyendas y narraciones fabulosas, teniendo el defecto capital de ser descripción fantástica de países no conocidos por el autor.» Hurtado y Palencia, *H.ª de la lit. esp.*, p. 693.

(31) «En saliendo de las manos de su autor se le opusieron dificultades para quitarle la vida; pero la autoridad de quien le mandó escribir le dió fuerzas para vencerlas.» *Conquista de las Islas Malucas*. Zaragoza, 1891, p. CLIX.

pondió que el asunto no había sido elegido, sino impuesto, y que la hazaña era digna de un lugar en la historia «para que se vea que el celo de la religión (32) y la prudencia vencerán siempre, y que se debe gloria a los que fielmente se ejercitan en sus ministerios».

Es indudable que si Lupercio hubiera escrito la *Corquista*, el valor histórico de la misma hubiera sido mayor, más breve el relato y con menos interpolaciones fantásticas. La defensa que hizo del libro es un ejemplo curioso de las buenas relaciones entre los dos hermanos y una manifestación más de la pedantería al uso en los primeros años del siglo XVII.

Las calidades estilísticas ya observadas en la *Información* aparecen nuevamente en la *Declaración sumaria de la historia de Aragón* (33), que Lupercio dispuso en latín y castellano como ilustración marginal para el mapa de Aragón de Juan Bautista Labaña (34). La finalidad de ambas redacciones era una misma: dar a conocer las glorias de su país (35). Y así, más que una descripción geográfica del territorio, tal como figuraba en los márgenes de un mapa semejante de Cataluña, Lupercio prefirió hacer una sucinta reseña de las proezas de Aragón, limitándose a lo absolutamente esencial en la exposición de sus peculiaridades físicas (36).

Los primeros párrafos son una descripción del Reino para los extranjeros y pasa luego revista a sus orígenes, etimología del nombre, procedencia de sus leyes y recepción del cristianismo. Sigue una historia política resumi-

(32) Uno de los objetivos principales de la empresa fué el de impedir la expansión del protestantismo holandés por las islas orientales.

(33) *Obras sueltas*, I, 289-303.

(34) Cf. *supra*, p. 75.

(35) «Y así tuve por acertado decir lo que de cada cosa de éstas dije, y tácitamente responder a la calumnia que la envidia nos pone, señaladamente en querer quitar a la Corona de Aragón el Reino de Nápoles.» Carta de Lupercio a los Diputados de Aragón, *Obras sueltas*, págs. 366-369.

(36) «Quise ser más largo relator de la historia de Aragón que de sus particulares ríos, fuentes, frutos y otras cosas naturales que en semejantes lugares se suelen escribir y en el mapa de Cataluña vemos tan difusamente relatados; porque no hallé cosa que me pareciese digna de esta particularidad, con exclusión de las más importantes, que son las acciones de los hombres, que no cupieran en tan angostos límites de papel, si nos detuviéramos en disputar los nombres antiguos de las ciudades, las calidades de los ríos y fuentes, y finalmente aquellas cosas que escritas parecen admirables y vistas son muy ordinarias y semejantes a las de cada provincia. Lo más digno de esto me parecieron los santos, los reyes, los capitanes y por decirlo en una palabra, los hombres.» *Obras sueltas*, I, 367-369. El subrayado es mío.

da con los principales sucesos de cada reino, queriendo demostrar que «no se ofrece en las historias ejemplo de algún reino que distando de la mar tanto como Aragón y con tan angostos límites, haya dilatado tanto su nombre y adquirido tantos reinos y provincias» (37). Enumera, a continuación, los productos de la región y aunque éstos son tan abundantes que Aragón se basta solo tanto en paz como en guerra, aunque el clima es ideal y la tierra favorecida por ríos limpios y corrientes, su verdadera gloria la debe al especial favor que el Cielo le dispensa.

Es mucho más favorecido de el cielo con dones sobrenaturales, pues (según graves tradiciones) es el más antiguo de España en la religión Católica, y la recibió con la predicación de el Glorioso Apóstol Santiago el Mayor, el cual convirtió a ella más gente en esta provincia que en lo restante de España, particularmente en Zaragoza (38).

Dedica un párrafo a cada una de las diez principales ciudades empezando por Zaragoza, a la que dedica tres, y terminando por Albarracín. Concede especial importancia a los asuntos eclesiásticos de cada una y a los santos y mártires con que se honra la historia respectiva. Dice de Zaragoza:

Dice en sus himnos Prudencio (natural también de Zaragoza) que apenas es lícito comparar a Roma con esta ciudad. Llámala Casa de Angeles, y añade que nunca la Iglesia Católica fué perseguida sin gloria de Zaragoza, y que en toda ella habita Cristo (39).

La descripción termina después bruscamente.

Basta la relación de estas diez ciudades, porque proceso infinito sería describir todas las villas y lugares de Aragón, sus excelencias naturales... sus templos sumptuosos llenos de reliquias..., el concierto de sus Repúblicas, las noblezas de las familias... Y así remitimos uno y otro a las historias públicas, porque resumirlo aquí no es posible, ni debe el lector pedirlo en la angostura de estos márgenes (40).

Estas páginas son perfectamente características. Luper-

(37) *Ibid.*, 296.

(38) *Obras sueltas*, p. 302.

(39) *Ibid.*, p. 304.

(40) *Ibid.*, p. 307.

cio es un historiador interesado en las acciones humanas y en temas humanos, pero no un geógrafo. Con su acostumbrada exactitud refiere como leyenda y sólo leyenda las dos tradiciones más caras a los aragoneses, la predicción de Santiago y la fundación de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza por el mismo apóstol y por mandato de la Virgen cuando aun vivía en la tierra. Defiende los *fueros* (41), como también el derecho de Aragón a las posesiones españolas en Italia. El estilo es ceñido, rápido y por extremo atractivo, constituyendo en conjunto la mejor muestra de la prosa de Lupercio quizás.

No son tan interesantes los *Discursos pronunciados en una academia de Zaragoza* (42). No son «discursos» y están compuestos en el estilo directo que Lupercio se forjó, diferenciándose de los otros escritos suyos principalmente por las frecuentes citas de autores clásicos e italianos (43). El primero describe el carácter de una academia literaria como lugar de intercambio intelectual entre personas de diversas aficiones; el segundo enumera las varias actividades en que pueden ejercitarse con provecho sus miembros y sugiere ideas acerca de la organización de un centro de ese carácter.

En uno y otro tenemos nueva confirmación del encendido culto a Horacio y de la pasión que Lupercio sentía por la Historia. Admitía íntegramente los preceptos del *Ars poetica* y a menudo apela a su autoridad (44). No se encontrará en otro lugar una expresión más cumplida de sus ideas poéticas:

Ninguno aquí pretende el nombre de poeta, sabiendo que un poeta mediano es de ningún precio, y un poeta grande pasa un siglo antes que se ve.

(41) *Ibid.*, págs. 292-293.

(42) *Obras sueltas*, I, 309-326.

(43) Horacio, Lucrecio, Ariosto, Tasso, etc.

(44) «No puedo dejar de añadir a lo dicho que será bien, cuando se hubieren de escribir versos, cada cual examine sus fuerzas; y si las hallare débiles se abstenga, como dice Horacio: *Versate diu quid ferre recusent, Quid valeant humeri*. Y si todavía pareciere hacer versos, no se publiquen sin grande examen. Lean mucho, escriban poco, amen el borrar mil veces cada palabra, que por no hacerlo así los poetas de su tiempo, dice Horacio que erraban.» *Obras sueltas*, I, 317-318.

Esta afirmación no deja de ser notable para un tiempo en que Lope de Vega podía contar

En cada esquina cuatro mil poetas

No se trata de una mera postura literaria. Lupercio no buscó el laurel de poeta; su verdadera vocación le llevaba al terreno de la Historia, y en el *Discurso* segundo dejó expresada su concepción de esta ciencia:

Esto basta para los poetas solos; mas a todos generalmente digo que tengan por sustento ordinario la lección de la historia, porque sin ella siempre son los hombrese niños. E ignorar uno las historias de su tierra y de sus mayores es ignorancia, tan culpable como no haberse visto jamás al espejo, ni saber en su imaginación qué manera de rostro tiene, y aun peor, porque es como ignorar los dedos de sus manos y los miembros de que consta su cuerpo... Enseña [la historia] sin cansancio..., hace que en pocos años vivamos muchos años, vistamos de todos los trajes y usemos de todos los instrumentos de guerra y de paz que ha habido. Echemos el sello: nuestra religión historia es, de historia consta, y sin historia todo perece. No hay cosa en el mundo tan necesaria y alabada, y así no me detengo en esto (45).

Estos discursos, aparte de lo que nos dicen de su autor, son de importancia capital para el historiador de las academias literarias en España.

La correspondencia de Lupercio no merece más que una somera atención. El era un hombre muy atareado, y sus cartas parecen mensajes telefónicos en los que el único interés radica en la transmisión del pensamiento y no hay lugar para los primores literarios. Ninguna puede compararse con la que escribió el conde de Lemos a Bartolomé Leonardo y que empieza: «Válgame Dios, Rector de Villapulcra (46), y ¡qué profundo ha sido nuestro sueño!» (47). «España y los españoles», escribe un crítico español contemporáneo, «carecemos de intimidad» (48). Es esta una cualidad que raras veces aparece en Lupercio. Un ejemplo puede verse entre las catorce cartas al Dr. Llorente, de las que la siguiente es la mejor:

(45) *Obras sueltas*, I, 318-319.

(46) Villahermosa.

(47) *Obras sueltas*, II, 381-384.

(48) César Baya, *Libros y autores modernos*, Madrid, 1925, p. 614, nota.

Llegó su carta de Vm. a tiempo que el Dr. Quintana Bueñas y yo comíamos; holgó mucho de saber que Vm. tenga salud, aunque le pesó de no haber podido besarle las manos. Díxome que yo lo hiciese en su nombre como lo hago. Yo le dixé que faltando Vm. la veía manca. Páguenos Vm. lo que con su ausencia nos quita, en mirar mucho por su salud y volver muy bueno. Yo seré entre tanto fidelísimo alcaide desta su casa. Al Sr. Mossén Gerónimo beso las manos. Guarde Nuestro Señor a Vm. como desseo. Çaragoça, 29 de Septiembre, 1602. Ya Vm. debe saber cómo la hermana del Sr. Cetina que estaría en casa del duque de Ixar se manifestó a instancia de don Juan, hijo de Miguel Terrellas. *Sic fiat.* Lupercio Leonardo (49).

Las tres cartas a Lipsio (50) son notables por su elegante latín; las dos a Mariana (51) son modelo de argumentación directa y poderosa. Las veintiséis conservadas en total ofrecen las mismas características que la *Información*, la *Declaración sumaria* o los *Discursos*, y tienen escaso valor para el estudio de la literatura epistolar.

(49) Viñaza, *Discurso*, Apéndice 118, carta 10.

(50) Cf. *supra*, págs. 59-62.

(51) Cf. *supra*, págs. 57 y 58.

XVI

LAS RIMAS

La edición de 1634. — Poemas juveniles. — Los sonetos. — Las canciones. — Tercetos. — Octavas y versos cortos. — Traducciones. — Versificación. — Crítica.

Lupercio Leonardo jamás consideró la poesía como una ocupación seria. Era antes que nada un secretario, un historiador. Compuso sus poemas para complacer a sus amigos, para conmemorar el nacimiento, el casamiento o la muerte de alguna persona ilustre, y para ocupar agradablemente los pocos ratos en que sus agobiadoras obligaciones no le apremiaban demasiado. Tan cierto era esto, que, al acercarse al final de su vida, su creación poética le pareció decididamente inferior a su ideal y durante su permanencia en Nápoles quemó cuantos manuscritos hubo a mano.

Abrasó sus poéticos escritos
nuestro Lupercio, i defraudó el desseo
universal de ingenios exquisitos, (1)

escribe su hermano Bartolomé en una epístola a don Fernando de Avila. No es seguro que se salvase alguno. Sólo existe una composición que parece escrita en Italia, un soneto publicado por primera vez en el *Ensayo* de Gallardo, que empieza:

El ímpetu cruel de mi destino,
¡cómo me arroja miserablemente
de tierra en tierra, de una en otra gente,
cerrando a mi quietud siempre el camino (2).

En él parece aludir a los frecuentes viajes de Lupercio entre Zaragoza y Madrid.

(1) RIMAS / DE LUPERCIO, / I DEL DOCTOR / BARTOLOME / LEONARDO DE ARGENSOLA, / CON LICENCIA I PRIVILEGIO / de la Corona de Castilla, i Aragón, / EN ZARAGOZA, / En el Hospital Real, i General de / nuestra Señora de Gracia, / Año 1634. En este mismo año se hicieron dos impresiones y en la misma imprenta. En *Obras sueltas*, I, p. Xi. se da una descripción de sus portadas.

(2) *Ensayo*, IV. col. 1340, y *Revue Hispanique*, XLVIII, 1920, p. 381.

Pero quedaron muchos poemas en España. Treinta y cinco habían aparecido ya en once libros diferentes (3); y en 1634 don Gabriel Leonardo de Albi6n, 6nico hijo del poeta, public6 en Zaragoza una edici6n de poesias de su padre junto con las de su tío .

Esta colecci6n es incompleta (4), y se la considera por lo com6n, insuficiente. Nota Andr6s de Ustarroz en sus Elogios (5).

Las public6 defectuosas (esto es, las rimas de Bartolom6) su sobrino D. Gabriel Leonardo de Albi6n, en cuanto a la cantidad, y poco ajustadas a los originales, y esta quexa la public6 Mart6n Miguel Navarro, quien tenia m6s noticia dellas, y todos los que han tenido curiosidad de juntarlas repiten la misma quexa.

Estas palabras parecen injustamente severas. Es muy probable que don Gabriel fuera, en ocasiones, poco cuidadoso con los manuscritos de su padre; pero un estudio de la edici6n de 1634 prueba que no perdon6 diligencia en su preparaci6n. Men6ndez y Pelayo la consideraba como uno de los textos po6ticos m6s correctos entre todos los publicados en el s. XVII (6) y forzosamente habr6 de atribuirsele una gran autoridad cuando se quiera establecer cr6ticamente la obra de los Argensola (7).

Las omisiones m6s notorias son f6cilmente explicables. Las tres tragedias de Lupericio, adem6s de su car6cter no l6rico, pertenecen a una 6poca anterior y al parecer habían sido olvidadas hasta por su mismo autor; y aunque, por otra parte, las s6tiras de Bartolom6 figuran entre las m6s notables del Siglo de Oro, se las consideraba entonces indignas de publicarse con el nombre de una *persona grave*, como apunta Men6ndez y Pelayo (8).

Bartolom6 nos certifica de que 6sta era su opini6n

(3) Cf. *Rev. Hisp.*, XLVIII, 330-342.

(4) Ha sido completada por el conde de la Viñaza (*Obras sueltas*), E. Mele (*Rev. de Hist. y Lit. españolas, portuguesas e hispano-americanas*, VI, 1901, 73-75), R. Foulehe-Dellrosc (*Rev. Hisp.*, XLVIII) y L. Pfandl (*Rev. Hisp.* LV).

(5) *Ms. cit.*, cap. XXX.

(6) «Al lado de textos tan correctos como el de los Argensolas, el de Herrera y el de J6uregui, figuran algunos tan infelices y desmañados (a pesar del gran nombre de su editor) como el de Fray Luis de Le6n, impreso por Quevedo.» *Antologfa de poetas l6ricos castellanos*, Madrid 1890-1903, I, p. XV.

(7) En particular con respecto a los poemas de Lupericio. Bartolom6, como se ver6, revis6 muchos de sus poemas con miras a su publicaci6n.

(8) *Loc. cit.*

sobre las mismas. Contestando a don Fernando de Avila, que le había escrito «persuadiéndole a que diese lugar para imprimir sus obras» (9), dice:

Cuando sostuve en otra edad más firme
ciencias prolixas, de su estudio ingrato
pudieron estos versos divertirme.

Mas para ornarlos no pasé un rato
dándoles energía, o reprimiendo
el follaje ambicioso del ornato.

No moderé a Satura el estruendo
ni añadí consonancias a la Lyra,
quitando, ¡ con primor substituyendo; (10)

y pide que sus versos caigan en el silencio y el olvido. Las sátiras pasaron sin *estruendo* y todavía en 1889 el Conde de la Viñaza juzgó mejor suprimir en las *Obras sueltas* algunos pasajes de la *Sátira del incógnito* (11). Hemos de lamentar la omisión de algunos sonetos (12), de la epístola incompleta de Lupercio al Dr. Domingo de Vengoechea (13), y del encantador *villancico* de Bartolomé, *A la profesión de una religiosa* (14); pero, en general (exceptuando siempre las sátiras extensas) los versos recogidos por investigadores modernos no han modificado nuestra valoración de ambos poetas (15). Don Gabriel no era un erudito en el sentido actual. Pretendió dar una edición seleccionada y lo consiguió admirablemente.

Ninguna composición figura en las *Rimas* atribuida erróneamente a los Argensola, aunque su nombre se ha relacionado algunas veces con obras que no pertenecen

(9) *Rimas*, Índice de los poemas de Bartolomé, p. 150.

(10) *Rimas*, p. 465.

(11) La sátira puede leerse completa en Viñaza, *Algunas obras satíricas de L. y B. L. de A.*, Zaragoza, 1887.

(12) Lupercio: *No las antiguas púrpuras de Tiro, Amor, yo te acogí cuando tenía, En otro tiempo, Lesbía, promettas* (esta traducción de Catulo había aparecido en *Flores de poetas ilustres de Espinosa*, 1605), etc.; Bartolomé: *Galla no alegues a Platón, o alega, Visto el proceso y autos del, fallamos, En la edad de oro, aunque hubo afectos tiernos*.

(13) *Obras sueltas*, I, 21.25.

(14) *Rev. Hisp.*, XLVIII, 431-432.

(15) Algunos son indignos del talento de sus autores. Cf. Viñaza, *Obras sueltas* I, p. 9, n.º: «En el mismo [ms.] se hallan todos los sonetos siguientes. Como curiosidad bibliográfica los reproducimos ahora; no como modelos literarios, pues si el códice... no nos ofreciera motivos para atribuirse los con algún fundamento al secretario de la Emperatriz, podrían la sintaxis violenta y los versos incorrectos que a veces se notarán, convencernos de que no habían brotado de la misma pluma que escribió aquellos sonetos que comienzan... etc.»

a ninguno de los dos (16), y composiciones suyas han sido asignadas a otros poetas (17). Ofrece un particular interés el caso del soneto de Bartolomé *En la olanda bañada del tributo*, del que dice el editor en el Índice (página 152):

Este soneto ha salido, viciado, como andaua manuscrito, entre las Rimas de un gran poeta: i aunque fué honoralle mucho el juzgalle por obra digna de tal autor, es bien que no esté en duda cuál es el verdadero, como no lo estará ya: pues quien le imprime agora, no puede recibir engaño en esta parte. (18)

En esta nota se advierte al menos un razonable cuidado, pese a la afirmación de Andrés de Ustarroz

Lo único que no puede comprenderse es que don Gabriel no utilizase la colaboración de don Martín Miguel Navarro (19), quien estaba empeñado desde 1624 en una edición anotada de los versos del hermano más joven. Se conservan algunas cartas dirigidas por Bartolomé a este sabio eclesiástico, y por ellas sabemos que en tanto el autor revisaba los textos, el editor estudiaba las fuentes del poeta. Parece que don Gabriel no tuvo conocimiento de esto. En la carta dedicatoria a Felipe IV, que antecede al *Prólogo* de las *Rimas*, dice aquél que su padre y su tío habían evitado siempre la publicación de sus poemas, y que uno de sus propósitos al imprimirlos era el de acabar con las copias manuscritas en que circulaban. En el *Prólogo*, asegura haberlos restaurado:

(16) El soneto *Excelso monte a do el romano estrago* (*Rev. Hisp.*, XLVIII, 382) es de Cetina. «Después que viste Amor jubón de raso» (soneto, *ibid.*, 372) procede de la Academia de Ochoa, Sevilla, por la época en que Lope de Vega estuvo en dicha ciudad. Cf. *Riconete y Cortadillo*, ed. Rodríguez Marín, Madrid, 1906, 156-157; y *Madre de los valientes de la guerra* (Oda a la pérdida de la Armada, *Rev. de ciencias, literatura y artes*, Sevilla, 1857, p. 53) es de Cervantes. Cf. *Hom. a Menéndez Pidal*, I, 413-427. *Mil veces callo, que romper deseo*, *Obras sueltas*, II, 393, figura con ligeras variantes como de Mendoza en BAAEE, XXXII, p. 84.

(17) Cf. L. Medina, *Dos sonetos atribuidos a L. L. de A.*, *Rev. Hisp.* VI, 1898, 314-329. Las *liras* de Lupercio, *Tú, por la culpa* apenas han sido atribuidas equivocadamente a Quevedo; el soneto de Bartolomé, *Fabio, las esperanzas no son malas*, a Paravicino, etc.

(18) Puede verse en *Obras de don Luis de Góngora*, Bruselas MDCLIX, p. 184. Foulché-Delbosc excluyó este soneto de su edición de Góngora. New-York, 1921.

(19) Murió siendo canónigo de la catedral de Tarazona. Escribió en 1623 una égloga latina en recuerdo de Lupercio Leonardo y en alabanza de su hermano Bartolomé (el médico napolitano, Mario Squipano compuso otra égloga latina en elogio a Lupercio) Cf. Pellicer, *op. cit.*, 135-142.

a la verdad de sus originales, tan poco favorecidos de sus autores, que ha sido casi igualmente difícil para mí, que pudiera serlo para un extraño, el recogerlos: porque como nunca aspiraron a ganar aplauso, poco más rato conservaron sus papeles del que era necesario para exprimir con la pluma lo que habían concebido interiormente. I así salen en público sin havelles dado la última mano... etc.

Esto nos explica el que los poemas de Bartolomé presenten con frecuencia, más de una versión y hace suponer que el texto de las *Rimas* representa la forma primitiva, más bien que la última, de las composiciones en cuestión.

La impresión del libro es agradable (20). Los índices son útiles y claros. No se dan los títulos. La distribución está hecha por asuntos: amorosos, satíricos, filosóficos, religiosos, versos de circunstancias, traducciones.

De Lupercio Leonardo nos han llegado ciento cincuenta y tres composiciones poéticas. Se descomponen así: dos tragedias, ciento trece *sonetos*, trece *canciones*, diez poemas en *tercetos*, seis en *liras*, cinco en *redondillas*, cuatro en *décimas* y tres en *octavas* *. En los sonetos predominan los motivos amorosos; en las *canciones*, los religiosos; los *tercetos* son satíricos, generalmente; las *liras* son, excepción hecha de dos, traducciones; las *décimas* dicen agudos galanteos; las *octavas* tienen carácter laudatorio. por lo general. Las *redondillas* escapan a una clasificación.

De este total se han podido fechar, exacta o aproximadamente, cincuenta y tres poemas, lo que nos permite seguir la evolución del poeta con cierta seguridad. La

(20) De acuerdo con la *tassa*, el precio del libro debía ser de 276 maravedí. El título, según el *privilegio*, era *Rimas que se han podido recoger de L. y del Doctor R. L. de A.* Entre los *aprobantes* figuran Lorenzo Vander Hammen y León y Lope de Vega, que dice: «Fue discreto acuerdo imprimirlos juntos, porque pudiesen competir, aunque hermanos, pues no hallaran quien se opusiera a tanta erudición, gravedad y dulzura; antes parece que vinieron de Aragón a reformar en nuestros poetas la lengua castellana que padece por novedad frassis horribles, con que más se confunde que se ilustra». La primera estancia de la *canción*, *Alivia sus fatigas* está mutilada (*Rimas*, p. 5), y ha sido reconstituida sobre ms. por Foulché-Delbosc (*Rev. Hisp.*, XLVIII, 387). Hay otro error en la apostilla del editor a *Ya la primera nave fabricada*, de Bartolomé: «Canción a la nave de la Iglesia, escrita cuando el señor don Juan de Austria venció al turco en Lepanto». Como Bartolomé sólo contaba nueve años en 1571, la oda fué escrita, naturalmente, más tarde.

* Se advertirá que suman 156. [N. del T.]

más antigua de las composiciones es un elogio en cuatro octavas, que apareció en el *Libro de Orlando determinado* de don Martín de Bolea y Castro, impreso en Zaragoza, cuando Lupercio tenía diez y nueve años (21). Cuanto puede decirse de esta prueba juvenil es que los endecasílabos son correctos, aunque tienen cierta dureza a causa de algunos defectos de acentuación, y que los cuatro últimos versos hacen un garboso final. El joven escritor se siente embarazado y el lenguaje, ideas e imágenes son prosaicos, generalmente. En los treinta y dos versos aparecen repetidas las palabras *entendimiento*, *alabanza*, *celebrar*, *sublevar*, *pluma* y *quedar cierto*. Raro, figura tres veces. En conjunto constituyen estos versos un estreno poco alentador. Mucho mejor es un soneto con *estrambote* publicado en las páginas preliminares de la *Divina y varia poesía* de fray Jaime de Torres, Huesca, 1579. Expone cuánto más loable es el cantor de los misterios divinos que no el de las cosas terrenas y concluye con estos tres tercetos:

Dichoso Torres, pues habéis tenido
asiento entre famosos escriptores,
cubriendo el ciego amor de triste luto,
ya la digna corona os ha tejido;
porque bien la merece de mil flores
aquel que con las tuyas da tal fruto.
También yo mi tributo,
os doy de voluntad, y más os diera
si el cielo más que daros concediera. (22)

Hay aquí una seguridad, un fácil movimiento, una ausencia de pequeños defectos y una entonación elevada, que están llenas de promesas.

La más antigua entre las composiciones extensas y de más pretensiones, es la epístola dirigida ya en 1582 a don Juan de Albión desde Lérida, «en la sazón en que vino de Alemania la Serenísima Emperatriz María» (23). Este viaje de la viuda de Maximiliano II empezó en Praga, el primero de agosto de 1581 y terminó en el Convento de las Descalzas Reales en Madrid, después de una peligrosa travesía por mar y estancias demoradas en Bar-

(21) 1578. El poema está en *Obras sueltas*, I, p. 34.

(22) *Obras sueltas*, II, p. 390.

(23) *Rimas*, Índice a los poemas de Lupercio.

celona, Zaragoza, Alcalá de Henares y el Pardo (24). El padre de Lupercio formaba parte del séquito (25), pues había servido como secretario al Emperador y es natural que nuestro joven poeta saliera al encuentro de la comitiva ante su llegada a Barcelona el 6 de enero de 1582.

Esta epístola es completamente característica de la manera de Lupercio. Se ha notado una y otra vez que el tono predominante en las obras de los Argensola es un cierto didactismo filosófico, moral y religioso y Lupercio nos dice aquí que su ideal sería cantar con acento épico a los Godos que rechazaron a los moros desde las fortalezas de los Pirineos, para así excitar a los jóvenes de su tiempo:

Haré ver con vergüenza a mil mozelos,
que viven de sí mismos satisfechos,
cuán diferentes eran sus abuelos. (26)

No llegó a escribir tal poema y de haberlo hecho, no hubiera acertado probablemente, como él mismo indica:

Digo que muchas veces he querido
heroycos escribir, i lo he dexado
por verme paralítico i tullido (27).

Sin embargo, jamás abandonó la idea, que halló expresión en sus obras históricas en prosa.

Igualmente, el espíritu horaciano, que informa buena parte de su obra, por lo que él y su hermano merecieron el dictado de «los Horacios de España», aparece en estos tercetos. Lupercio habla detenidamente de la dificultad con que escribe y de la fatiga que le cuesta el logro de la perfección:

En vano pido aliento al sacro Coro:
pues para hacer un verso, y esse manco,
primero he de sudar por cada poro...
Borro i buelbo a escribir lo que havía escrito,
i más que algún príncipe inconstante
lo mismo que aprovava luego quito. (28)

(24) Padre Jaime Nonell, *La Santa Duquesa*, op. cit., Apéndice 11.

(25) Pellicer, op. cit., p. 2.

(26) Rimas, 61.

(27) *Ibid.*, 45.

(28) *Ibid.*, 35.

Pero estas afirmaciones no han de entenderse al pie de la letra. Las tragedias, escritas quizá en 1581, demuestran que su autor era ya un fácil versificador. Hemos de suponer más bien que estas confesiones están inspiradas en Horacio, a quien toma por modelo. El deseo y la incapacidad para componer versos heroicos son expresados repetidamente por el poeta latino y con palabras muy semejantes (29). Insiste asimismo Horacio en la necesidad de una constante revisión (30), y llama a sus odas *operosa carmina*. Del mismo modo la observación de Lupercio:

Yo nunca supe en término preciso
escribir cuatro versos concertados
ni hacer como otros libros de improviso (31),

puede haber sido imitada de la sátira horaciana de los improvisadores. (32)

En su lamento por no encontrar la inspiración lejos del campo, amado de las Musas, Lupercio repite a Horacio, como él mismo indica:

Lugares de quietud i despoblados
i no tumulto i gritos, dize Horacio
que son para las Musas dedicados
Mira, pues, si con esta compañía,
de mesón en mesón, querrán seguirme
las señoras Urania i Polimnia (33).

La horaciana alabanza de la vida del campo (34) se recoge al final de la epístola de Lupercio, donde él se retira imaginariamente a un placentero apartamiento consagrado a la literatura:

Pero si alguna vez de Dios impetro
la quietud que yo precio i más desseo

(29) *Epist.*, II, i, 250 ss.

Nec sermones ego mallem

Repentes per humum, quam res componere gestas...

Si, quantum cuperam, possem quoque...

(30) *De Arte poet.*, 291-294 y *passim*.

(31) *Rimas*, 37.

(32) *Sat.*, I, iv, 9-13 y *passim*.

(33) *Rimas*, 87-40. Lupercio escribe a Llorente (22, sept., 1598): «Y assi... trataré con las inuasas históricas, porque las otras quieren bosques y aménidades y acá no las hay, sino mucho estruendo». Cf. Horacio, *Epist.*, II, ii, 77-80.

(34) *Epod.*, II: *Sat.*, I, II, vi; y *passim*.

que de ti, España, la corona i cetro:
 si entre cuatro paredes yo me veo:
 si puedo hazer con mis dineros humo,
 i alguna cosa lícita posseo:
 yo juro de poner cuidado sumo
 en hazer a las Musas larga enmienda
 por este tiempo ocioso que consumo. (35)

No faltan tampoco otras reminiscencias de Horacio, (36) pero, generalmente, la influencia clásica es indirecta. Aun cuando hay semejanzas positivas en pasajes paralelos de este poema y de las obras de Horacio, ya en alabanza de la moderación y del contentamiento, ya en vituperio de la adulación, de la ambición excesiva, de la embriaguez y glotonería, la epístola de Lupercio no es imitación de ningún poema de Horacio, y cabe dudar si tuvo a mano una edición del venusino cuando la escribió.

Con toda su abundancia de alusiones clásicas, no cae en la pedantería y satiriza costumbres que había en los últimos años del reinado de Felipe II. Después de criticar la embriaguez, tan frecuente en la corte de los Habsburgo, dice:

Mal haya el que primero de Alemania
 nos truxo el brindis sucio i sus abusos.
 Pues no pudo con armas en campaña,
 con este vicio i otros imagino
 que pretendió triunfar de nuestra España. (37)

Juan de Valdés habíase lamentado del mismo mal. En el *Diálogo de la lengua* (38) enumera los diversos excesos con que los nobles dilapidan sus patrimonios:

el juego, el vestir, el *vanquetear*, que son tres cosas que con la venida de su Magestad [Carlos V] en España an crecido en tanta manera que os prometo que se siente largamente en todas partes.

Hay muchas referencias a la Iglesia y el poeta fulmina a los que cometen el pecado de simonía y

(35) *Rimas*, 46-47.

(36) Por ejemplo el deber de una crítica honrada (*Rimas*, 40. Cf. *De Arte Poet.*, 419-452).

(37) *Rimas*, 37.

(38) Ed. J. Moreno Villa, Madrid, 1919, p. 208.

los que procuran en el templo
dexar resplandeziente sepultura,
i no con sus virtudes buen ejemplo. (39)

Se intercalan refranes en los versos. (40) Una digresión sobre las tachas de las mulas de alquiler es, seguramente, recuerdo de alguna experiencia personal. Alude a la manía de ser un *cristiano viejo*, a los aventureros que buscan su fortuna en el Nuevo Mundo, a la Feria de Medina, a la alta estimación en que eran tenidos los cocineros flamencos. Y nos presenta un tipo de *rufián cobarde* como los del *entremés*.

Puede decirse que Lupercio escribió sus mejores sátiras a los veintidós años. Composiciones posteriores, como la famosa *Sátira a la Marquesilla*, (41) no difieren mucho en el tono, pero esta *carta* a don Juan las vence en finura y elegancia de expresión y en lo correcto de los endecasílabos. (42)

En 1584, Lupercio escribió tres *octavas* en alabanza de Juan Rufo, *jurado de Córdoba* que se imprimieron en las primeras páginas de la *Austriada* de éste (43). Aunque son ingeniosas y hasta agradables en otros aspectos, sus elogios frisan con lo absurdo por exagerados. El soneto compuesto en 1585 (44) con motivo de la navegación del Duque de Saboya rumbo a España para contraer matrimonio con la Infanta Catalina, (45) está inspirado en los primeros versos de la oda de Horacio a la nave que llevaba a Virgilio (46); pero está desarrollado con independencia a lo largo de los catorce elegantes versos. Pedro de Espinosa

(39) *Rimas*, 42.

(40) Cada cual dicen que habla de la feria
como en ella le ha ido... (p. 44).

No dexará la mona de ser mona
(como dize el refrán) aunque la ciña
la frente como a reyna una corona (p. 48).

(41) *Muy bien se muestra, Flora, que no tienes, Rimas*, 52 ss.

(42) Del poema en cuestión dice Menéndez y Pelayo: «Se nota en ella más soltura y desaliño que en otros versos del poeta» (*Horacio en España*, Madrid, 1885, II, 83, donde se la cita de pasada). En los 182 tercetos no hay un verso que no se ajuste al molde del endecasílabo, pero los hay, y bastantes, faltos de tersura, p. ej. *Borro i buelvo a escribir lo que havia escrito, y sino algún gran poltrón parabolano*.

(43) Madrid, 1584. Cf. *Obras sueltas*, I, 36.

(44) El Duque llegó a Barcelona el 18 de febrero de 1585. Balaguer, *Hist. de Cataluña*, Vol. VII, 122-123.

(45) *Rimas*, 133.

(46) L. I. oda iii.

lo incluyó en sus *Flores de poetas ilustres de España* (47). Menos feliz es un segundo soneto escrito cuando se celebraron las bodas en Zaragoza, (48) pero uno y otro merecen señalarse como ejemplos agradables de poesía de circunstancias.

A este mismo período corresponde el poema leído por Lupercio en la Academia de los Humildes (49), para explicar el nombre de Bárbaro que su esposa, doña Mariana Bárbara de Albién le diera y que él usó como seudónimo en la Academia. Estos *tercetos* (50) recuerdan en muchos aspectos la epístola desde Lérida y son, como observa Menéndez y Pelayo, un ejemplo más de *sátira horaciana*. (51) Pero aunque un tono horaciano informa esta sátira contra la falta nobleza, contra las cortesanas y sus galanes, contra la adulación y los pretendientes de favores, es muy posible que la idea central de la composición sea una reminiscencia de algunos versos de la sátira tercera de Juvenal. Comienza con una disertación sobre el significado de un nombre y el poeta expone que *Bárbaro* es un nombre apropiado para él que es un *bárbaro ignorante* según las normas de la Corte, que aconsejan vivir olvidado de toda aspiración elevada. Del mismo modo Juvenal se queja (III, 41 s.) de que por su carácter íntegro e independiente se ha visto postergado en Roma. Esta es la segunda de las tres sátiras extensas escritas por Lupercio.

La ejecución de María, reina de Escocia, en febrero de 1587 excitó la indignación general en España y dió ocasión a que Lupercio Leonardo compusiera un soneto (52) inspirado en la *Eneida* (II, 403 y s.). El fragmento de una epístola de Lupercio a su hermano Bartolomé, escrita en 1589, tiene, tal como se conserva, más interés biográfico que literario. Por ella sabemos que Bartolomé se había ordenado recientemente y que era a la sazón Rector de Villahermosa, cerca de Valencia; que el tercer hermano, Pedro, acababa de ingresar en la Orden de los Agustinos.

(47) Valladolid 1605, vol. I, núm. 141.

(48) *Rimas*, p. 132.

(49) Cf. *supra*, p. 46 y ss.

(50) *Rimas*, 73, ss.

(51) *Horacio en España*, II, 85.

(52) *Ofrecen hoy los pérfidos britanos, Obras sueltas*, II, 12. Cf. nota y *Rev. Hisp.*, XLVIII, 349. Este es, sin duda, uno de los sonetos más flojos de Lupercio y no está exento de ripios.

nos (53) y que Lupercio había pasado dos años en Madrid con su señor el Duque de Villahermosa. Los *tercetos* revelan el tierno afecto que unió a los tres hermanos, expresan la infelicidad de Lupercio en la Corte y su vehemente añoranza del retiro, tan caro para él. En su redacción entera la epístola era, o sería, una nueva expresión satírica de sus íntimas aversiones, con retratos velados de la *gente inútil* de la Corte:

Volviendo al tema, digo que no quiero,
como si de Madrid hiciese historia,
poner su descripción aquí primero;
que tú la tienes viva en la memoria,
y sólo he de traer de lo que importe
para que mi pasión te sea notoria;
Madrid es una funda de la Corte;
no trato della; estése enhorabuena;
sus límites alargue, o los acorte.

Aquí termina el fragmento tal como lo traen Pelli-
cer (54) y el Conde de la Viñaza. (55) Los tercetos siguien-
tes se encuentran en el ms. 4271 de la Biblioteca Nacio-
nal, folio 570:

De la gente diré de que está llena,
gente, que por rebelde a Dios, a dado
en el vientre cruel de la ballena;
que por esto Ballena le han llamado
y a los siglos que tiene, Ballenatos,
y por lo del asno alanzado.
De algunos pondré enteros los retratos,
de otros alguna parte, según sean
las calidades de su vida y tratos.
Ya tú ves que a los montes los rodean
nubes las cumbres: yo también procuro
que de todos los rostros no se vean.

La versificación es suelta y fácil. El poeta escribe por-
que necesita expresarse. Nosotros no podemos menos de
lamentar el fragmentario estado del poema.

Pueden asignarse al mismo año de 1589 dos composi-
ciones que prueban cómo a la edad de treinta años Lu-
percio había desarrollado plenamente su capacidad poé-

(53) 22, febrero, 1589.

(54) *Op. cit.*, 8-10.

(55) *Obras sueltas*, I, 17, ss.

tica. A las excelentes cualidades satíricas desplegadas en los tercetos dirigidos a Don Juan de Albión, a la *Academia de los Humildes* y a Bartolomé Leonardo, se les une ahora un matiz lírico que recuerda el Horacio de las Odas y el Virgilio de las Eglogas. Y es esta última nota la que distingue la obra de Lupercio de la de su hermano.

En el citado año Fray Juan de Tolosa publicó en Zaragoza un libro con el título de *Aranjuez del alma* (56), dedicado a la Infanta Isabel Clara Eugenia, y con motivo de su aparición —se nos dice en el Índice de las *Rimas*— Lupercio Leonardo escribió los tercetos que empiezan:

Hay un lugar en la mitad de España. (57)

De estos tercetos resulta que Tolosa había hecho del Palacio Real y jardines de Aranjuez un paraíso alegórico. Cada ala del palacio representaba uno de los cuatro evangelistas. Había «estanques mansos de la perfecta vida», y largos paseos, simbolizando virtudes, por los que el alma podía pasear segura. Siguiendo la idea de esta alegoría y a imitación de una égloga escrita por don Gómez de Tapia al nacimiento de la misma Infanta Isabel, (58) Lupercio compuso setenta y cinco tercetos que son un himno en loor del Rey, del Príncipe Felipe y de la Princesa Isabel y en el que se describe Aranjuez como único lugar sobre la tierra que pudiera parangonarse con la ciudad ideal fantaseada por Tolosa, (59) mansión apropiada para la infanta mientras aguarda

hasta que venga el celestial Esposo
a darle el premio eterno, al cual aspira. (60)

El estrecho parentesco entre este poema de Lupercio

(56) *Aranjuez del alma*, a modo de diálogos: en el qual se contienen graves, y diferentes materias para todos los estados: y en particular se tratan las que se suelen predicar en el Aduento, Navidad, Circuncisión, Reyes; y Presentación de Nuestra Señora... A la Serenísima Infanta doña Isabel Clara Eugenia, hija del Rey Filipo nuestro señor segundo deste nombre...

(57) *Rimas*, 121.

(58) Fué publicado la primera vez por Argote de Molina en su ed. del *Libro de la Montería*, que mandó escribir... el Rey Don Alfonso, Sevilla, 1582.

(59) Porque si en este suelo alguna cosa
con las que trata semejanza tiene,
es sola su ribera deleytosa. *Rimas*, 121.

(60) *Rimas*, 123.

Leonardo y la égloga de Gómez de Tapia fué advertido por López de Sedano, quien en el volumen tercero de su *Parناسo español* (61) publicó juntos la égloga y los primeros treinta y un tercetos de la *Segunda descripción de Aranjuez por Lupercio Leonardo de Argensola*, con esta nota (62).

Como tiene esta hermosa composición tanta oportunidad y correspondencia con la antecedente, se ha colocado a su continuación, aunque por lo que mira a la descripción la excede en la hermosura y belleza de los pensamientos y del estilo, ya que por haberla escrito pocos tiempos después no le pudo exceder en la de la extensión, magnificencia y hermosura, que si hubiera alcanzado la diferencia de lo que fué en sus principios a lo que es hoy este deliciosísimo sitio. Compuso nuestro Lupercio esta elegía en elogio del libro intitulado: *Aranjuez del alma*, que escribió fray Juan de Tolosa, Agustino, y se introduce describiendo primero el sitio material, que le sirve de fundamento, para entrar elogiando el metafórico, que por ser demasiado largo se omite en esta colección.

Es evidente que Lupercio se basó ampliamente en su predecesor como lo prueba una somera comparación entre los dos poemas (63); pero hay otros elementos que no proceden del apéndice al *Libro de Montería*.

(61) Madrid, 1770.

(62) Pág. 208.

(63)

Argensola.

Hay un lugar en la mitad de España,
donde Tajo a Xarama el nombre quita,
i con sus ondas de cristal lo baña:

Que nunca en él la yerba vió marchita
el sol, por más que al Etiope encienda,
o con su ausencia hiele al duro Scita.

O que Naturaleza condescienda,
o que venzida, dexé obrar al Arte,
i serle en vano superior pretenda:

al fin jamás se ha visto en esta parte
objeto triste, ni desnudo el suelo,
o cosa que de límite se aparte.

Contrarias aves en conforme buelo
los ayres cortan, i en iguales puntas
las plantas suben alabando al Cielo.

Gómez de Tapia

En lo mejor de la felice España.
do el río Tajo tercia su corrida,
y con sus cristalinas aguas baña
la tierra entre las tierras escogida,
está una Vega de belleza estraña
toda de verde yerba entretejida,
donde natura y arte en competencia
lo último pusieron de potencia.

Aquí jamás nublado velo cubre
del siempre claro cielo el rostro hermoso:
aquí el tesoro de su luz descubre

El poeta insiste en la descripción de una perfecta armonía entre las fieras, las aves y los pájaros que pueblan los sitios reales:

Las fieras enemigas aquí juntas,
forman una república quieta,
mezclándose en sus pastos i en sus juntas,
sin temor que el lebel las acometa:
o hiera el plomo con terrible estruendo:
o con mortal silencio la saeta. (64)

Se trata de una reminiscencia de la Biblia, tan bien conocida de Lupercio (65), o de la cuarta égloga de Virgilio (66), que también resuena en los versos dirigidos al Príncipe Felipe:

Filipo, tú también, que del abuelo
i padre emulación gloriosa al mundo
prometes, i en su pérdida consuelo,
mientras tu padre con saber profundo,
i tu niñez te escusan del trabajo,
entre esas flores andas vagabundo.
Tiempo vendrá, en que no te ofrezca Tajo
en su ribera conchas, mas cavallos,
de aquellos que lo beben más abajo...
Ya, ya la Grecia espera que la libres,
que abras el passo del Sepulcro santo,
i que la espada en su defensa bibres. (67)

Sorprende que Lupercio haya seguido el plan de una composición que se había publicado siete años atrás tan sólo y que, al parecer, debió conocer la Infanta, pues fué cantada en ambos poemas. Acaso el haber mejorado a su modelo es justificación suficiente.

En abril del mismo año (1589) se celebró en Alcalá de Henares con pomposas fiestas la canonización de San Diego (68). Lupercio escribió para el *certamen poético* convocado con tal motivo la *canción* que empieza:

con nuevo resplandor el sol lustroso.
No se conoce aquí desnudo Octubre:
perpetuamente es Mayo delectoso:
aquí el templado zéfiro se anida,
y a quantos vienen a nidar convida.

(64) *Rimas*, 116.

(65) Cf. Isaías 11: 6-9.

(66) Versos 20-25.

(67) *Rimas*, 119-120.

(68) Pellicer, *op. cit.*, 5. Cf. además los últimos versos de la *canción*:

Mas pues se me permite que yo cante
entre los cisnes del famoso Henares... (*Rimas*, p. 104)

En estas santas ceremonias pías. (69)

Esta oda ha sido elogiadísima por su lirismo. Luzán dice de ella en su *Poética*: (70)

Pero no sé yo si se podrá fácilmente hallar otro vuelo de poética fantasía más al caso, ni más remontado y noble, que el que he leído en una de las canciones de nuestro excelente poeta Lupericio Leonardo de Argensola. Escribe una canción en alabanza de Felipe segundo, con motivo de las fiestas de la canonización de San Diego: y luego, conmovida y encendida su fantasía por la grandeza del asunto, se remonta como en éxtasis a imaginar la santidad del monarca y sus futuros milagros... Así los poetas maestros, concibiendo con arte los afectos propios de su asunto, se remontan en alas de su fantasía a la más alta región, sin riesgo de caer despeñados; porque por más que se alejen de nuestra vista, siempre van guiados del juicio, asistidos y regidos del arte y de la prudencia, cuyos consejos y órdenes siguen y obedecen en lo más rápido de sus vuelos.

Para Ticknor es «una canción de no pequeño mérito como poema; pero que ofende el sentimiento religioso por su recuerdo de las apoteosis de los emperadores romanos» (71); y el Duque de Villahermosa juzga «que es, de todas las suyas, la que tiene mayor arranque, y movimiento lírico más vivo e intenso» (72).

Seguramente Luzán hubiera sido más parco en sus elogios y Ticknor se hubiera sentido menos escandalizado si hubiesen advertido, como el Duque de Villahermosa advirtió (73), que las *alas de la fantasía* que arrebataron a Lupericio hasta las regiones celestes y la temeridad con que canonizó en vida a un monarca, no eran suyas precisamente, sino de Virgilio. En efecto, el libro primero de las *Geórgicas*, 24-43, contiene la idea y no pocas de las imágenes de la canción.

Con la canonización de Diego de Alcalá, tendrá la Iglesia dos San Diego. Ya tenía un San Felipe. Podría haber

(69) *Rimas*, 102.

(70) Madrid, 1789, I, 217, ss. No cito directamente, sino a través de una nota de Rodríguez Marín al poema 213 del vol. I de las *Flores de poetas ilustres*.

(71) *History of Spanish Literature*, 4.^a ed. americana, III, 239, n.

(72) *Obras*, p. 14.

(73) Cf. *ibid.*, p. 32. «El autor acomodó diestramente a su propósito y a la alabanza del Rey algunos versos del proemio de las *Geórgicas*».

también un *Felipe segundo* en el calendario, mostrando la habilidad de Dios en obrar a través de quien viste púrpura o de un humilde monje. Este es el pensamiento de la primera estancia y mitad de la segunda. Aquí el poeta sigue a Virgilio, imitando muy de cerca su invocación a Augusto:

¿Mas de cuál de tus hechos sobrehumanos
te daremos entonzes apellido?
¿si luzirá la espada rigurosa?
¿o retorcido en tu corona hermosa
sus hojas tenderá el olivo sacro
por propia insignia de tu simulacro?

O si, cuando la trompa horrible diere
señal en los ejércitos, i tienda
la roxa Cruz, el viento en las banderas;
i de la muerte la visión horrenda
embuelta en humo, i polvo discurriere
por medio las escuadras, i armas fieras,
tu nombre ha de sonar en las primeras
vozes, que diere la española gente,
pidiendo por tu medio la victoria?
¿o si querrás la gloria
de ser en los Concilios Presidente...? (74)

En los versos finales vuelve a las profecías de la égloga cuarta, con algunos recuerdos bíblicos ocasionales.

Primero vivirás felizes años,
introduziendo por el ancho mundo
la santa Paz, i la Justicia unidas, (75)
i gemirá Plutón en el Profundo
de ver por tí deshechos sus engaños.

Los poemas hasta aquí estudiados son de los primeros once años de la breve vida poética de Lupercio. Aun cuando todavía no ha escrito su obra maestra (76), acusa ya las principales características que brillan en su producción ulterior. No todo son excelencias en su obra poética y seguirá escribiendo algunos versos que, si son dignos de recuerdo, lo son sólo por ser suyos. Desde el principio aparecen patentes su idea de la poesía al servicio de los valores morales y los modelos clásicos que siguió. Las calidades líricas que le salvan de un prosaísmo

(74) *Rimas*, 103.

(75) *Salmo* 85: 10.

(76) *La Sátira a la Marquesilla* (*Muy bien se muestra, Flora, que no tienes*), *Rimas*, 52.

o didactismo exagerado, han sido señaladas particularmente en la descripción de Aranjuez y en la *canción* leída en Alcalá. En general ha demostrado una facilidad en la versificación que, aun cuando le hace a las veces ser difuso (77), también contribuye notablemente a la armonía del conjunto de su obra.

De los 112 sonetos los más son amatorios; y sin embargo apenas hay uno que pueda considerarse expresivo del amor del propio poeta. En el quarteto siguiente el nombre de *Bárbara* con mayúscula, hace pensar que el soneto en cuestión iba dedicado a doña Mariana Bárbara de Albión que llegó a ser esposa de Lupercio:

Tanto mi grave sentimiento pudo,
que en la mano de Bárbara violencia
hizo, dando lugar a la Clemencia,
volver el filo del cuchillo agudo... (78)

Porque de sus donaires no me río (Obs. s., I, 6) pertenece a una época algo posterior, y en este soneto, como en los *tercetos* leídos ante la *Academia de los Humildes* tenemos un destello de su feliz vida matrimonial. Otros sonetos acaso sean recuerdo de episodios de su noviazgo; pero la inmensa mayoría no convienen con los datos biográficos de Lupercio. Están dirigidos a Filis, Cloris, Nisa, Ana, Julia, Laura y Galatea y en las *canciones* figuran además, los nombres de Amarilis, Dórida y Flérída. Sabemos que Galatea fué una dama real (79), pero los tres sonetos a ella dirigidos son, probablemente, ejercicio de *discreto cortesano*, como lo es *Antes que Ceres commutase el fruto* (*Rimas*, 21), escrito «con ocasión de haverle dado la persona, con quien habla en el [soneto], unas bellotas por regalo». Es imposible imaginar que cada uno de estos nombres represente un amor. Los poemas no se ajustan a una unidad ni tienen ilación y deben considerarse como ejercicios petrarquescos.

(77) Esto es más común en Bartolomé Leonardo.

(78) *Rimas*, 30.

(79) El editor de las *Rimas* dice del soneto que empieza, *O piadoso cristal que me colocas*, «Escribióse con ocasión de haver entrado a hablar a la persona, a quien llama en otras partes Galatea, al tiempo que se tocava, por lo cual pudo verse en el mismo espejo». A la misma están dirigidos también, *Si acaso de la frente Galatea* (p. 28) y *Este prolizo i tenebroso día* (p. 34).

No aparece una influencia directa del *Canzoniere*, como sucede con Bartolomé Leonardo. Los versos de Lupercio:

Imagen espantosa de la Muerte,
sueño cruel, no turbes más mi pecho,
mostrándome cortado el nudo estrecho,
consuelo solo de mi adversa suerte, (80)

pueden recordar el primer cuarteto del soneto CCXIII de Petrarca:

O misera et orribil visione!
E dunque ver che' nnanzi tempo spenta
sia l'alma luce che suol far contenta
mia vita in pene et in speranze bone?

Pero la semejanza no va más allá. Igualmente hay un interesante paralelo entre el soneto de Lupercio:

Amor, tú que las almas ves desnudas
cuéntanos el desden, i la osadía
con que la hermosa Filis resistía
a tus doradas flechas más agudas:
i dinos las razones, i las dudas,
con que después de herida se encubría,
si soberbia o vergüenza detenía
lo que mostravan apariencias mudas.
Lo que nosotros vimos acá fuera
fué colorearse el rostro como rosa,
i huir de nuestros ojos sus dos soles;
cual suele Phebo al fin de su carrera,
robando su color a cada cosa,
las nubes adornar con arreboles. (81)

y la siguiente *rima* de Torcuato Tasso:

Donna, chi vi colora
Come vermiglia e mattutina Aurora?
Forse è piacer, che'l volto
Così v'orna e dipinge,
Star non potendo dentro il core accolto?
O vergogna, che tinge
Il candor della fede,
Che per difetto rosseggiar si vede?

(80) *Rimas*, 18

(81) *Rimas*, 26.

Ma qualunque tu sia,
Color soave della Donna mia,
Per te la colpa ancor bella saria. (82)

Pero es muy difícil determinar una influencia y yo no he hallado imitación directa de los italianos en las poesías de Lupercio (83). Sin embargo le eran muy conocidas las obras de los imitadores de Petrarca, y casi todos los versos amorosos de nuestro poeta están compuestos en esta manera.

No hay propiamente un tipo de soneto italiano, si no exceptuamos los que reflejan el preciosismo del *quattrocento*, de los cuales no encontramos réplica en las *Rimas*. A ratos se nota un matiz voluptuoso que puede relacionarse con Ariosto:

Sin duda que esta red de hierro dura
es la que a Marte i Venus fué molesta,
cuando en su lecho con engaño puesta
sirvió de ignominiosa ligadura.

Allí en su gloria derramó amargura,
haziéndola a los dioses manifiesta,
i aquí en la mía con crueldad opuesta
en vano haze pasar la noche oscura.

Allá en oscuras cárceles contiene,
o Máquina cruel, con hombres fieros,
cuyos pechos te son tan semejantes:

O enciéndete en el fuego que me enciende,
i mudarán tu forma los deseos
que amor inspira en estos dos amantes. (84)

Otras veces repite los encendidos conceptos amorosos de los *petrarquistas*:

Divina Julia, en quien naturaleza
conforme al pensamiento te dispuso,
y con tan diestra mano se compuso
que aun al deseo excede la destreza,
no te ofenda señora la dulzura
que mi grosero ingenio...; (85)

(82) *Opere complete*, Venezia, Giuseppe Picotti, Vol. I, p. 780, núm. 77.

(83) Esto es lo más extraño, que Lupercio no tuviera inconveniente en imitar a Dolce y Cintio para sus tragedias y siguiera a Gómez de Tapia en los tercetos antes estudiados. Debe recordarse que un episodio de la *Isabela* está tomado de la *Gerusalemme liberata*. Cf. *supra*, p. 104.

(84) El mismo motivo se encuentra en *Antes que Ceres commutase el fruto* (p. 21) y *Ausente está de mi mayor parte* (p. 27) pero nada hay que se parezca a la crudeza de Ariosto en el Capítulo VI, *O più che'l giorno a me lucida e chiara*.

(85) *Rev. Hisp.*, XLVIII, 372.

y hasta el antisensualismo de Bembo:

No fueron tus divinos ojos, Ana,
los que al yugo amoroso me han rendido:
ni los rosados labios, dulce nido
del ciego niño, donde néctar mana:
ni las mexillas de color de grana:
ni el cabello, que al oro es preferido:
ni las manos, que a tantos han vencido:
ni la voz, que está en duda si es humana.
Tu alma que en tus obras se trasluze.
es la que sujetar pudo la mía... (86)

Las metáforas y símiles característicos de las escuelas petrarquistas están presentes en la obra de Lupercio. En uno de los sonetos antes citados compara el rubor de su dama a los colores de una puesta de sol. En otros, el amor del poeta se equipara al vuelo de Icaro (87) y a una nave sacudida por la tempestad (88), mientras que su dama levantando el velo recuerda el fulgor de un relámpago en la noche (89). Las lágrimas no hacen más efecto en la esquivez de la dama que en la inmensidad del mar, adonde son arrastradas por la corriente del Ebro (90). El espejo de la dama es el tema de dos graciosos sonetos (91). De tipo pastoril es *Esta cueva que veys toda vestida* (92). En tres sonetos hallamos la meditación histórica al modo del célebre *Superbi colli* de Castiglione (93); en ellos el poeta contempla las ruinas de Sagunto y compara su propia suerte con la de esta heroica ciudad:

Muros, ya muros no, sino trasunto
de nuestras breves glorias i blasones:
pues tiene puesto el mundo en opiniones
si soys, o no, reliquias de Sagunto. (94)

En todos estos sonetos la inspiración es indirectamente petrarquista. En otro grupo—el que contiene los más fa-

-
- (86) *Rimas*, 25.
(87) *Rev. Hisp.*, XLVIII, 373.
(88) *Rimas*, 33.
(89) *Ibid.*, 25.
(90) *Ibid.*, 24.
(91) *En el claro cristal que agora tienes* (*Rimas*, p. 26) y *O, piadoso cristal, que me colocas* (*Ibid.*, 29).
(92) *Ibid.*, p. 27.
(93) Cf. Foulché-Delbosc, *Notes sur le sonnet «Superbi colli», Rev. Hisp.*, XI (1904) 225-243.
(94) *Rimas*, 19.

mosos sonetos de Lupercio—la inspiración es clásica y horaciana. Algunos de éstos son de carácter amoroso. En *Quien voluntariamente se destierra* (95) y *Dentro quiero vivir de mi fortuna* (96) alaba la *aurea mediocritas* y el amor de Filis es la dicha que colma las aspiraciones del poeta. *Cuándo podré besar la seca arena* (97) refleja el horror horaciano a la vida agitada. El Horacio jocos, que avisa a sus amigos enamorados, es imitado en *De media noche passo y no te aguardo* (98) y *En sus ligeras alas confiado* (99) y a Horacio debe Lupercio la inspiración de los dos sonetos que mejor representan su arte y que le han valido la universal admiración desde que Espinosa los publicó en 1605 en las *Flores de poetas ilustres*:

Llevó tras sí los pámpanos Octubre,
i, con las grandes lluvias insolente,
no sufre Ibero márgenes ni puente:
mas antes los vecinos campos cubre.

Moncayo, como suele, ya descubre
coronada de nieve la alta frente:
i el sol apenas vemos en Oriente,
cuando la opaca tierra nos la encubre.

Sienten el mar i selvas ya la saña
del Aquilón, i encierra su bramido
gente en el puerto, i gente en la cabaña.

I Fabio en el umbral de Thais tendido
con vergonzosas lágrimas lo baña,
deviéndolas al tiempo que ha perdido. (100)

y

Tras importunas lluvias amaneze
coronando los montes el sol claro:
salta del lecho el labrador avaro,
que las horas ociosas aborrece.

La torba frente al duro yugo ofrece
del (101) animal que a Europa fué tan caro:
sale, de su familia firme amparo,
i los surcos solicito enriquece.

Buelve de noche a su muger honesta,

(95) *Ibid.*, 19.

(96) *Ibid.*, 17.

(97) *Ibid.*, 82.

(98) *Rev. Hisp.*, XLVIII, 373.

(99) *Obras sueltas*, I, 11.

(100) *Rimas*, 72.

(101) La lección de *Rimas* es *él*. Yo doy aquí la lección de Espinosa, *Flores*, I, núm. 22. Cf. la nota de los editores modernos de las *Flores*.

que lumbre, mesa i lecho le apercive,
 i el enxambre de hijuelos le rodea.
 Fáciles cosas cena con gran fiesta,
 el sueño sin envidia le recibe:
 ¡O Corte! ¡o confusión! ¿Quién te dessea? (102)

Dos sonetos son traducciones de autores clásicos. En otro tiempo, *Lesbia*, tú decías traduce el *Dicebas quondam* (*Carmen* LXXII) de Catullo y se atribuyó también a Bartolomé; pero el testimonio del manuscrito en que se ha encontrado (103), y la inclusión por Espinosa en las *Flores de poetas ilustres* a nombre de Lupericio, abonan la paternidad de nuestro poeta (104). La versión es ceñida, pero menos agradable que la, igualmente fiel, del *Quis multa gracilis* (Oda V. 1 I) de Horacio:

¿Quién es el tierno mozo, que entre rosas,
 i en olores líquidos bañado,
 tienes, Pyrra, en tu cueva regalado?
 ¿Por quién trenzas las hebras de oro hermosas?
 ¡Ay cómo llorará las mentirosas
 promesas, cuando el cielo esté mudado:
 con negro viento el fiero mar inchado,
 i él atónito i nuevo en estas cosas!
 Tiénete agora, i piensa que contino
 la misma le serás, que le parezes,
 del mentiroso viento no advertido.
 ¡Ay de aquel a quien nueva resplandezes!
 Yo, pintado en el Templo, al Dios marino
 muestro haver dado el húmedo vestido. (105)

Trece sonetos son de asunto sacro. En general prosáicos, se elevan solamente gracias al pensamiento que encierran; pero, alguna vez, el poeta supera este nivel. El siguiente, cuyo primer cuarteto ya se ha citado, rebosa poesía y expresa el anhelo de infinito:

El impetu cruel de mi destino,
 ¡cómo me arroja miserablemente
 de tierra en tierra, de una en otra gente,
 cerrando a mi quietud siempre el camino!
 ¡O si tras tanto mal grave i contino,

(102) *Rimas*, 83.

(103) Cf. *Rev. Hisp.*, XLVIII, 346 y 358, y *Obras sueltas*, II, 11, nota, y pág. 18.

(104) Puede verse en *Obras sueltas*, II, 18, y BAAEE, XLII, p. 290.

(105) *Rimas*, 146.

roto su velo mísero y doliente,
 el alma con un vuelo diligente
 volviese a la región de donde vino!
 Yría por el cielo en compañía
 del alma de algún caro y dulce amigo
 con quien fué común acá mi suerte.
 ¡O qué montón de cosas le diría,
 quáles, y cuántas, sin temer castigo
 de fortuna, de amor, de tiempo o muerte! (106)

Las tristes de Faetón bellas hermanas pertenece al exiguo grupo de sonetos de asunto mitológico (107). Tienen tendencia didáctica. *El lamentable son del campo griego* (108) y *Buelve del campo el labrador cansado* (109). En el soneto contra Júpiter sería fácil ver una sátira encubierta dirigida contra Felipe III si no tuviéramos presente la lealtad sincera, llevada en algunos casos hasta la adulación, que se desprende de otros versos de Lupercio y de su conducta en la vida pública:

Si entras como ladrón por los tejados
 corrompiendo con oro las donzellas,
 i quieres que tengamos por estrellas
 tus hijos de adulterios engendrados;
 si vemos que te embuelves en pecados
 que hazer suelen al Cielo echar centeillas;
 si están de ti los buenos con querellas,
 i los malos contentos i premiados;
 ¿por qué te enojas, Júpiter, si el humo
 de Sabá no te da por las narizes,
 ni víctimas se matan en tu Templo?
 ¿Eso preguntas? Porque soy Rey sumo,
 i les doy justas leyes; muy bien dizes
 si les das con las leyes buen exemplo. (110)

Dejando a un lado los sonetos escritos como cartas a amigos, o en conmemoración de algún suceso (111), solamente trataremos de los de carácter satírico. Algunos de éstos son, desde luego, de mal gusto y parecen no tanto una crítica de los abusos públicos cuanto la expresión de

(106) *Rev. Hisp.*, XLVIII, 381.

(107) *Rimas*, 22. Se dice que Lupercio escribió una *Fábula de Apolo y Dafne*. Dice Latassa que D. Joaquín Traggia poseía dicha fábula; pero no se halla entre los muchos volúmenes Mss. que de este escolapio posee la Academia de la Historia. Nota de Viñaza, *Obras sueltas*, I, p. xxi.

(108) *Rimas*, 83.

(109) *Ibid.*, 84.

(110) *Ibid.*, 69.

(111) Un buen ejemplo del último tipo es, *Excelso monte, cuya frente*

una cierta complacencia en la sátira por la sátira. Pero en este respecto el seglar Lupercio queda muy atrás del hermano ordenado. Uno de los menos dignos de admiración es el soneto contra Licoris (112). Tema predilecto es la falsedad de los adornos femeniles:

Ojalá suyo assi llamar pudiera
Gala cuanto hay desde la frente al cuello,
como puede con causa a su cabello,
que suyo es, pues compró la cabellera. . (113)

De positivo valor artístico y moral es el soneto contra una *alcahueta*:

Quien dar más bueltas viere a tu rosario,
que en la noria a la sarta de arcáduzes,
que más beve del Tajo, i con más cruces
adornada tu casa, que un Calvario,
dirá que desde luego un santuario
te preparen con lámparas i luces:
que entre ellas i entre huevos de avestruzes
tus reliquias aguarde un relicario.
Esto dirálo el sol mas no la luna,
testigo de las obras, o devota,
con que a Lidia conserves el devoto:
pues ¿qué dirá? que no hay justicia alguna
si no pueblan tus tocas la Picota,
i yo seré con ella deste voto. (114)

El soneto ecóico, *Después que al mundo el Rey divino vino* (115) es una mera *tour de force*, un ejercicio métrico que está muy lejos de ser agradable a nuestros oídos (116).

De las trece *canciones*, tres son amorosas, cinco, religiosas, dos son epitalamios, una es traducción de Horacio, una, personal, y una (ya examinada) es en alabanza de Felipe II (117). Las tres amatorias están dirigidas a Ama-

altiva, *Rimas*, 131. Cf. el Índice.

(112) *Con la lengua los labios apercibe*, *Obras sueltas*, II, 17.

(113) *Rimas*, 70.

(114) *Ibid.*, 71.

(115) *Rev. Hisp.*, XLVIII, 338-339.

(116) Fray Luis de León tiene un soneto semejante. *Mucho a la Majestad sagrada agrada*, en *BAAEE*, XXV, p. 44. Los poemas en eco son frecuentes tanto en la literatura española como en la italiana. Cf. *Cancionero general*, II, 21 (Juan del Enzina).

(117) Yo he prescindido de la canción, *Rayaba el sol al levantar el día*, «copiada de un Códice que se conserva inédito en la Biblioteca Colombina», y publicado en la *Revista de ciencias, literatura y artes*, dirigida por don

rilis, Dórida y Flérída, respectivamente. La primera, a Amarilis (118) nos la describe el editor de las *Rimas* (Índice) en los siguientes términos:

Lamenta la mudanza de su fortuna, por la cual vienen a serle instrumentos de pena sus sentidos, como en otro tiempo lo habían sido de gozo.

Sus amplias estancias son, a ratos, pesadas, pero contienen pasajes poéticos, alguno de los cuales recuerda vagamente a Garcilaso.

Completamente convencional es la *canción* (119) «a una toca, dada por favor». Empieza el poeta con una descripción de Ulises náufrago, ayudado en su lucha con las olas por el velo mágico de Ino. Del mismo modo, aunque en más airado mar, se debatía el poeta, cuando Dórida consintió en prestarle su toca que le sacó de peligro. Ya no navegará más, pero colgará la toca en el templo de su memoria. Aun cuando hay alguna reminiscencia horaciana en el poema, falta el espíritu de Horacio como falta asimismo un sentimiento poético sincero.

Enteramente horaciana es la *canción* en la que cinco hermosas estancias sobre la fuerza de la esperanza sirven de exordio a una invocación a Flérída para que sea menos cruel con su amante. Es ésta, sin duda alguna, la más elegante *canción* del poeta y nos lleva una vez más a la conclusión de que el verdadero guía de Lupercio fué Horacio.

Aplácase muy presto
el temor importuno
y déjase llebar de la esperanza;
infierno es manifiesto
no ver indício alguno
de que puede en la pena haver mudança.
Aflixe la tardança
del bien, pero consuela,

Manuel Cañete y D. José Fernández-Espino. Tomo segundo, Sevilla, Francisco Alvarez y Compañía, 1866, págs. 591-595, junto con una *canción* atribuida a Bartolomé Leonardo (*Resplandeciente Isabela*). El Vol. IV de la misma *Revista* contiene otra *canción inédita* (*Madre de los valientes de la guerra*). Estas *canciones* no figuran en ninguno de los mss. vistos por Foulché-Delbosq (*Rev. Hisp.*, XLVIII, págs. 317-496). *Madre de los valientes de la guerra* se atribuye ahora a Cervantes. La *canción Rayaba el sol* no es en modo alguno del estilo de Leonardo. Yo creo, por tanto, que no puede ser considerada suya sin mejor prueba que la afirmación de su editor. El estar dirigida a Belisa hace pensar de momento en Lope de Vega, pero en este caso, mejor que una *canción*, esperaríamos un *romance*.

(118) *Rimas*, p. 1.

(119) *Rimas*, 7

si se espera, saber que el tiempo buela. (120)
 Alivia sus fatigas
 el labrador cansado
 cuando su yerta barba escarcha cubre,
 pensando en las espigas
 del agosto abrasado,
 i en los lagares ricos del octubre... (121)

Traduce bellamente el *Beatus ille* (Epodo II) en la canción que empieza:

Dichoso el que, apartado
 de negocios, imita
 a la primera gente de la tierra:
 i en el campo heredado
 de su padre exercita
 sus bueyes, i la usura no le afierra:
 no le despierta la espantosa guerra,
 ni el mar con són horrendo le amenaza.
 Huye la curial plaza,
 i las soberbias puertas de los vanos,
 ricos i poderosos ciudadanos. (122)

El vigor de los versos últimos que hacen del original un epodo y no una oda, se conserva íntegramente en español:

Mientras Alfio usurero
 estas cosas relata,
 mediado el mes recoge su dinero,
 i de ser labrador rústico trata:
 mas luego a las Kalendas
 lo vuelve a dar a usura sobre prendas. (123)

Las *Geórgicas* de Virgilio están presentes en una *canción* de índole personal «en que muestra [el autor] sentimiento de tener causa de sospechar que un amigo suyo se había entibiado en su amistad» (124). Compara su amistad por Julio al afecto que unió a Castor y Pollux, a Saturno y Jano, y a la unidad de los tres cuerpos de Gerión; y termina su poema con estos hermosos y conmovedores versos:

(120) *Rev. Hisp.*, XLVIII, 367. Falta esta primera estancia en las *Rimas*, y hasta que Foulché-Delbosc la publicó, la canción estaba incompleta.

(121) *Rimas*, 5.

(122) *Rimas*, 136.

(123) *Ibid.*, 138.

(124) *Ibid.*, 77. Cf. el Índice de los poemas de Lupericio.

Palabras verdaderas, si no claras,
para que cuando pase Iulio os lea,
por mi quedad en esta piedra dura.
Si os buelve Tirsi a ver como dessea
celebradas sereys con ricas aras,
i si no, con su pobre sepultura:
i de su fe segura
al mundo haréis testigo.
Tú, caminante amigo,
que paraste a leer, no las ofendas,
aunque su oculta propiedad no entiendas,
que, si bien son pobrissimas de estilo,
tienen mayores prendas
que las mudas Pyrámides del Nilo. (125)

Las canciones religiosas deben clasificarse en general dentro de los versos de circunstancias. La oda que empieza *Eres tú a quien el mundo*, según el Índice de las *Rimas* «celebra el no haver admitido San Raymundo de Peñafort el Arzobispado de Tarragona». Otro soneto se compuso «en las fiestas que la ciudad de Barcelona tubo prevenidas para solenizar la translación del cuerpo de San Raymundo de Peñafort».

Bartolomé Leonardo tiene cuatro composiciones sobre la vida y canonización de este santo, y es probable que los dos hermanos contendieran en una *justa poética* celebrada durante estas fiestas (126). La *canción al martirio de San Lorenzo* (127) fué escrita probablemente para una ocasión semejante, pues Bartolomé Leonardo tiene dos odas al mismo asunto. *Divino patriarca* (128) se compuso, dice el Índice:

«a nombre de don Diego de Alava, cuando en el año de 1590 dió a los Monges Benitos de Valladolid una insigne reliquia de San Benito, la cual havia dado a su padre don Franzés de Alava..., siendo Embaxador del Rey nuestro señor en Francia, la christianíssima Reyna Catalina de Médicis.

La oda «a la impresión de las llagas de San Francisco» (129) parece que queda aislada y puede ser fruto de la meditación del poeta.

(125) *Ibid.*, 80.81.

(126) Se celebraron en mayo de 1601. Cf. Balaguer, *Hist. de Cataluña*, VII, 244.

(127) *Rimas*, 110. Cf. Índice.

(128) *Rimas*, 107.

(129) *Ibid.*, 97.

El asunto de estos poemas es difícil de clasificar. Suelen tener acento épico, y no les falta *brío*. Falta en todos la nota mística. Como poesías son elegantes, de buen gusto y más inspiradas que los sonetos religiosos. En la estancia que copiamos, el poeta pregunta a San Lorenzo qué visiones tuvo cuando le rodearon las llamadas en el Foro Romano:

Dinos, Lavrencio, ¿qué corona i palma,
por angélicas manos sustentadas,
o qué escuadrones te descubrió el Cielo?
¿Con qué triunfo esperavan que tu alma
dexase tus cenizas consagradas,
i dicesse para Dios el alto buelo?
¿Rompióse acaso el velo
del Trono soberano,
i viste al que en su mano
tiene todos los fines de la tierra?
¿Quién te dió valor en esta guerra?
Devístele de ver, no tengo duda,
i viste cómo yerra
quien sólo en lo de acá pide su ayuda. (130)

Sin embargo, no son la fe y las obras de los santos antiguos las que conmueven más hondamente el fervor religioso de Lupercio, sino la consideración de las glorias de la Madre de Dios. En la *Canción a la Asunción de Nuestra Señora*, el tema enciende su fantasía y compone un poema hermoso por su profundidad. Está inspirado en el *Cantar de los Cantares*, adaptado a la expresión de soledad de la Virgen después de la crucifixión de su Hijo.

Pasado el período de espera, María es recibida en el Cielo, y el mismo Dios le da la bienvenida. Solamente transcribiré una parte de la estancia segunda:

Ya no como tórtola gimiendo
suspiras tu divino amado ausente,
a quien con voz doliente
enferma de su amor poco há diciendo
ibas: de el cielo y tierra el más hermoso
¿dónde estás tú, la luz del mediodía?
Suene tu dulce voz en mis oídos,
ocupe tu belleza mis sentidos:
¿Quién alas de paloma me daría

para llegar con vuelo presuroso
al sacro tabernáculo precioso
do moras y das palma de victoria
clara luz, sumo gozo, eterna gloria. (131)

Las últimas palabras de la *canción* demuestran que fué leída en algún acto público.

De las diez composiciones en *terza rima*, cuatro han sido analizadas entre las obras primerizas. De las seis restantes, tres son religiosas; una, laudatoria; otra es una epístola familiar, y finalmente, la última es una sátira, la obra maestra de Lupercio.

Los *tercetos en la fiesta de las cadenas de San Pedro* (132) cuentan la evasión de San Pedro con la ayuda divina, según se narra en los *Hechos de los Apóstoles*. Otro poema (133) es el *proemio en certamen del Santísimo Sacramento*; y los tercetos que empiezan *Cuando en la sed del implacable estío* (134) refieren la toma de Illiturgi, antigua ciudad romana, por los moros, la huída de los cristianos a Asturias llevando consigo las reliquias de San Eufrasio y el traslado de las mismas por el Dr. Terrones a su antigua morada, el moderno Andújar (135). Estos tres poemas son más prosaicos que las *canciones* arriba examinadas.

La epístola dirigida en 1604 por Lupercio desde su residencia en Monzalbarba a su amigo el Dr. Domingo de Vengoechea, se conserva incompleta. Los *tercetos* son, con palabras del Conde de Vñaza, *gallardísimos*, y en el fragmento que nos ha llegado describe los alrededores de la quinta y emite un favorable juicio sobre un libro que le habían enviado manuscrito (136).

(131) *Obras sueltas*, I, 39.

(132) *Rimas*, 92. Cf. Índice.

(133) *Obras sueltas*, I, 26.

(134) *Rimas*, 87.

(135) El 6 de mayo de 1597 escribía Bartolomé Leonardo a Llorente: «Remitiré a Vm. presto un capítulo en tercetos que ha hecho Lupercio a ruego de Terrones, en que cuenta la causa de la oscuridad que hay en España de las reliquias, y luego una canción mía a Sto. Eufrasio, con que se ha partido [Terrones] muy contento a trasladalle». Este Dr. Terrones fué enemigo de los dos Leonardo y predicó, como se recordará, el sermón fúnebre de Felipe II, publicado por Lupercio. Cf. *supra*, n. 1 al cap. VIII.

(136) Cf. *Obras sueltas*, I, 21 y nota. No examinaremos aquí los tercetos que empiezan, *Tuuo cercada largo tiempo en vano*, compuestos en alabanza de un libro titulado *Teórica y práctica de fortificación*, de Cristóbal de Rojas, Madrid, 1598. Pueden leerse en BAAEE, XLII, 290.

Brillante, aguda, armoniosa, intencionadísima es la célebre sátira contra la *Marquesilla* (137). La única tacha es su excesiva longitud; pero si pueden reducirse los 182 tercetos, ninguna hay que no tenga aciertos. No se encuentran en esta composición las crudezas de Bartolomé Leonardo en su sátira contra Salamanca y Valladolid (138). Empieza el poema:

Muy bien se muestra, Flora, que no tienes
desta mi condición noticia cierta,
pues piensas enmendalla con desdenes.

Asegura a Flora que está muy equivocada si piensa que lo ha subyugado con sus encantos, y a continuación el poeta determina hacer un retrato, primero de ella, y después, de sí mismo, con el fin de sacarla de su error. Duda ante el temor de atraerse su enojo, pero, por fin, apremiado por algún enemigo de Flora, entra decididamente en materia. Sigue una implacable revelación de la doblez de Flora:

¿A quién tu gravedad allí no admira?
¿quién no dirá que puedes llevar palma,
¡ que a las Onze mil tu intento aspira?
Quien sepa, como yo, que en esa calma
suceden por momentos torbellinos
que anegan las ajenas, ¡ tu alma;
ni lo dirán tampoco tus vecinos,
que ven salir ¡ entrar en tu posada
los recién emplumados palominos...

La manera de sugerir, más que decir las cosas puede observarse en el terceto siguiente, que recuerda al soldado del *Casamiento engañoso*, aquel que en el Hospital de la Resurrección sudara sus *catorce cargas de bubas*:

Sabrá quien no las sabe, tus virtudes,
las quales te sustentan todo el año,
aunque ya vendrá tiempo en que las sudas.

Dedica dos páginas a enumerar los varios *afeites* que Flora usa en su trato (es un pasaje digno de la *Celestina*), y el poeta exclama al final:

(137) *Rimas*, 52.

(138) *Obras sueltas*, II, 59, ss.

¡Cuán mal se cubre el gato con la cola!
¡Cuán mal se cubre el fuego sin dar humo!
así la que se afeita i arrebola.

¡Ah, si eila y sus hermanas son sorprendidas a primera hora de la mañana, antes que el Arte haya tenido tiempo de ayudar a Naturaleza!

¡Qué fieras parezáis! ¡qué deshonestas!
con los ojos inchados, i sobre ellos
dos negras i tendidas nubes puestas;
y revueltos en bedijas los cabellos
como los de las Furias infernales,
o largos, como colas, por los cuellos.

Una vez acabado el retrato de Flora, Lupercio recuerda su promesa de hacer su propia semblanza; pero, juzgando que no puede pintarse tal como es en realidad, decide imitar al artista que, después de haber pintado a Juno y Minerva sobre el monte Ida y no sabiendo cómo presentar a Venus más bella que las otras, la pintó *de espaldas*:

I pues has de llevar retrato mío,
verás por las espaldas mi retrato:
que con volverlas, Flora, me desvíe
de tu conversación, favor i trato.

Según Menéndez y Pelayo (139), «el alma de la pieza es horaciana», y, son palabras del mismo crítico, «de Ovidio está tomado en sustancia el pasaje célebre *Y cuando veas el triste que se ablanda*» (140). El conjunto es de lo más ingenioso, realista e intencionado, y su lectura bastaría para sofrenar la insensatez de

los que pidieren a sus padres
de su porción devida la sustancia (141).

Aunque Lupercio vertió una obra de Horacio en un soneto y un epodo en una *canción*, prefiere en sus traduc-

(139) *Horacio en España*, II, 85.

(140) *Ibid.*, 84. Cf. *Rimas*, 58, y *Ars amatoria*, Lib. I, 417 ss.

(141) Es posible que Flora fuese una persona real.

Ni lo dirá tampoco quien estuvo
de Mantua por tu causa foragido,
i el perdón por dineros después hubo.

ciones las *liras* inventadas por Bernardo Tasso, para reproducir lo más fielmente posible el numeroso movimiento de los metros líricos horacianos. La elección de las odas traducidas es significativa. Ya hemos visto su amor a la vida retirada que le llevó a traducir el *Beatus ille*. Lupercio y su hermano han sido tachados frecuentemente de ser *nada joviales*; pero la traducción de *Quis multa gracilis*, de *Quid fles, Asterie* (III, 7) y de *Ulla si iuris* (II, 8) prueba un interés por el aspecto cómico del poeta latino y un gran acierto en su versión al castellano:

Si del haver mentido,
Barina, algún castigo te viniese:
un diente denegrido,
o una uña más fea yo te viesse,
cuanto huvieras jurado
creyera como firme enamorado. (142)

Pero el índice más cierto del carácter de Lupercio y de su temperamento poético se nos revela en su elección al traducir las dos odas sobre la decadencia del Imperio Romano: *Caelo tonantem* (III, 5) y *Delicta maiorum* (III, 6). No es fácil hallar una afinidad más estrecha con el espíritu del gran venusino que en la siguiente versión de Lupercio:

La juventud romana
no fué de tales padres engendrada,
cuando de la africana
gente dexó la mar ensangrentada:
a Antíoco vencido,
al grande Pirro, i a Aníbal temido.
Mas rústicos soldados,
que el campo con azadas revolvían
i de leña cargados
(cual sus madres severas lo pedían)
volvían, cuando Apolo
da sombras i descanso a nuestro Polo.
Las bueltas de los cielos
todo lo disminuyen: muy mejores
fueron nuestros abuelos;
que nuestros padres, somos hoy peores:
de nosotros se espera
sucesión que en maldades nos prefiera. (143)

(142) *Rimas*, 145.

(143) *Ibid.*, 144-145.

Los tres poemas en *ottava rima* no merecen especial mención. Uno de ellos fué escrito con ocasión del Corpus Christi (144); los otros dos son laudatorios. Pero las contadas composiciones en metro tradicional, son, ciertamente, notables. ¿Cabe mejor expresión de la renuncia a un antiguo amor que la de esta *décima*?

Ya de la memoria borro
todas las obligaciones;
porque vuestras sinrazones
me han dado carta de horro:
i de tal estoy, que me corro
de que tengáis prendas mías;
mas (por no mover porfias)
en vuestras manos las dexo,
cual la culebra el pellejo
para renovar sus días. (145)

Las *Rimas* suponen un decisivo progreso respecto de las tragedias en cuanto a versificación. En aquéllas sólo he encontrado dos casos de cuento de sílabas incorrecto, y los dos pueden explicarse, a mi parecer:

Que agora quiere tu furia hazer sangriento (pág. 82).

debe leerse probablemente con sinalefa y sinéresis:

Que ahora quiere tu furia hazer sangriento.

El otro caso es el octosílabo,

Con las olas más inchadas (pág. 8).

que se ha deslizado en una *canción* en metro italiano:

Con tormenta más fiera
con las olas más inchadas,
luchava mi amoroso pensamiento.

Sin duda, el artículo *la* se debe a inadvertencia del copista o de impresión. Más fácil es encontrar versos defectuosos en los poemas no incluidos en las *Rimas*, que han sufrido en manos de copistas aun en nuestros días (146); pero incluso aquí no he dado con versos que

(144) *Obras sueltas*, I, 28.

(145) *Rimas*, 12.

(146) Hasta el Conde de la Viñaza ha incurrido en un error de esta clase. Cf. la nota de Foulché-Delbos, *Rev. Hisp.*, XLVIII, 379.

sean absolutamente *incurables* (por servirme de la palabra de E. Benot). En el verso

En tiempo de estrago y triste llanto (*Obras sueltas*, I, 29),

debiera leerse *del por de*, como resulta del contexto. Igualmente, el verso

En hilar y texer un prendero (*Rev. Hisp.* XLVIII, 375),
es naturalmente

En hilar y texer un prendedero.

Los versos

Que halló en su pecho el tesoro abierto (*Rev. Hisp.* XLVIII, 376).

y

Con quien fué común acá mi suerte (*Ibid.* pág. 382).

exigen, respectivamente, hiato y diéresis no muy corrientes.

Dos versos no están correctamente acentuados:

A su autor (bien que no le amansa) admira (*Rimas*, pág. 110).
O qué escuadrones te descubrió el Cielo (*Ibid.*, pág. 111).

Apenas hay hipérbatos:

Las tristes de Faetón bellas hermanas (*Ibid.*, p. 22).
Navegando el del mundo barco humano (*Obras sueltas*, I, 26).

Y se encuentran algunos ripios (147):

Yo ví, yo ví los ojos (no es mentira) (*Rimas*, p. 30).
I, al fin de su poder la última prueba (*Ibid.*, p. 31).
I, en suma, cuanto pueden hierro i fuego (*Ibid.*, p. 83).

Los poetas de la edad de oro toleraban el *acento obstrucionista* que, hasta hace muy poco, aparece más o menos frecuentemente (148). Lupericio no lo considera un defecto, al parecer, ya que versos como los siguientes se encuentran,

(147) Las frases por consiguiente, los cuales, según creo, etc., que aparecen tan frecuentemente en las tragedias, han sido, en gran parte, eliminadas.

(148) P. ej., en Bécquer. E. Benot trae una larga lista de ejemplos, empezando con Garcilaso, en su *Prosodia castellana y versificación*, Madrid, Vol. III.

puede decirse, en cada página, y deben considerarse como una característica de época más bien que de un poeta determinado:

Ya los consejos son lo que más temo (*Rimas*, p. 20).
Entonces daré ley a mi desseo (*Rimas*, p. 82).

Algún caso de aliteración poco feliz:

Sino algún gran poltrón parabolano (*Rimas*, pág. 43).

El siguiente verso desmerece por una asonancia interna:

I a no saber por fe que hubo Diluvio (*Rimas*, p. 48).

Pero estos ejemplos apenas significan nada al lado de los méritos de las *Rimas*. Basta leer la sátira contra la *Marquesilla* para darse cuenta de la habilidad de Lupercio en el manejo de la *terza rima*, combinación estrófica preferida ya en las tragedias, y que él y su hermano, junto con Quevedo y el autor de la *Epístola moral a Fabio* llevaron a la máxima perfección (149). Las traducciones de Horacio son impecables dentro de los modelos del diecisiete (150), y prueban la maestría de Lupercio en la *lira*. Las más de las *canciones* revelan parecido dominio y los octosílabos tienen muchas veces una *gallardía* digna de Castillejo. Más fácil es hallar imperfecciones en los sonetos, a pesar de los muchos perfectos que hay.

Se observa facilidad en las rimas; no aparecen las repeticiones, tan notorias en las obras dramáticas, y no es frecuente el empleo de una misma palabra repetida con significado diferente (151). Sólo en contadas ocasiones se usa de alguna licencia; el poeta escribe *robre* para rimar con *pobre* y *cobre* (*Rimas*, pág. 59), o *amicicia*, latinismo reprobado por el *Diccionario de Autoridades*, con *justicia* y *codicia* (*Ibid.*, pag. 61). En el soneto, *Sin duda que esta red de hierro dura* (*Ibid.*, pág. 24) tenemos un error se-

(149) Menéndez y Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos*, Vol. XIII, pág. 237.

(150) En ocasiones hay acentos obstruccionistas: *Huya la curial plaza*.

(151) *Ara* v. y n.; *preso* n. y adj.; *alcanse* v. y n.; *toca*, n. y v. No he hallado más ejemplos.

guro: los tercetos riman, *contiene, fieros, semejantes; enciende, desseos, amantes* (152).

Un estudio de las rimas muestra la confusión de las antiguas fricativas que era de esperar en esta época (153) y se hace sinalefa ante *h* de cualquier procedencia (154). En el uso de la sinalefa, como en el del hiato, diéresis y sinéresis, Lupercio no se aparta de los usos entonces en boga.

La inspiración de los Argensola es clásica y petrarquista, juntamente. No se puede aceptar la opinión de Menéndez y Pelayo cuando dice de Bartolomé Leonardo que «aborrece de muerte la sutileza y el metafisiqueo de los petrarquistas» (155), ni la del Conde de la Viñaza cuando afirma otro tanto de los dos hermanos (156). Lo cierto es que Bartolomé copió «sutilezas» del *Canzoniere* (sonetos XIX y CIX) y que muchos de los poemas amorosos de Lupercio pueden muy bien considerarse, en cuanto al asunto y a las imágenes, como de un petrarquista tardío. Igualmente inexacta, es la afirmación de Menéndez y Pelayo con referencia a Bartolomé sólo, pero que corresponde a la opinión corriente sobre los dos hermanos: «Enójale todo uso frívolo y baladí de la poesía; no la concibe más que como matrona celtíbera, armada de hierro y con la ley moral en los labios» (157). Es una conclusión que se obtiene fácilmente de los pasajes en que los Argensola formulan sus ideas poéticas; pero no siempre corresponde con sus realizaciones. Es justa hasta cierto punto si se les compara con Garcilaso o con Herrera, pero basta leer, entre los sonetos citados en este capítulo, el del rubor de Filis, o *Tajo productor del gran tesoro* (158) entre los de Bartolomé, para convencerse de que es insuficiente tal conclusión (159). Junto a la tendencia a su-

(152) El soneto, *La piel en que, con sangre de el Cerbero* (Rev. Hisp., XLVIII, 375), así impreso, presenta un error parecido; pero el sentido pide que leamos *clava* por *clave*. El verso trece falta.

(153) *Pesa* (v.). *promesa, priesa*. En las Rimas, la *c* es sustituida por *s*, y sólo se usa excepcionalmente (campoña, p. 113). Zaragoza se escribe en la portada, de esta forma. También se escribía *Caragoça* y *Caragoza*.

(154) *Las armas desdeñosas con que heria* (Rimas, p. 71).

(155) *Hist. de las ideas estéticas en España*, Madrid, Vol. III, 1896, p. 388.

(156) *Algunas obras satíricas de L. y B. L. de A.* Zaragoza, 1887, p. 8.

(157) *Loc. cit.*

(158) *Rimas*, 189.

(159) El Duque de Villahermosa ha hecho justicia a este aspecto más ligero de los dos hermanos. *Vide Obras*, op. cit., págs. 26, 29, 50, 51. Le sigue el conde de la Viñaza, *Algunas obras satíricas*.

peditar la fantasía a la razón (160), a preferir lo general y abstracto a lo concreto y pintoresco, hemos de reconocer las auténticas calidades poéticas que imprimieron personalidad a su obra (161).

Dicho esto, se puede emitir un juicio de conjunto: los dos Argensola tienen de común un clasicismo que es puro, sin pedantería, original, un petrarquismo también propio y un intelectualismo que no es del todo incompatible con un verdadero espíritu poético. Y con esto volvamos a una consideración detenida de la poesía de Lupercio.

Es un poeta que tiene un mensaje: quisiera elevar a sus contemporáneos hasta sus propios elevados ideales de honradez y fervor religioso. En este aspecto, en las sátiras y epístolas morales, su obra es personalísima. Hay momentos en que los más íntimos sentimientos del poeta hallan expresión en sus versos: en la *canción*, *Aquellos dos cristales transparentes* (162); en unos pocos sonetos religiosos y en el siguiente en que anhela la fama, invocada también en otros lugares:

No temo los peligros del mar fiero
ni de un Scita la odiosa servidumbre,
pues alivia los hierros la costumbre,
i al remo grave puede hazer ligero.
Ni oponer este pecho por terrero
de flechas a la inmensa muchedumbre:
ni embuelta en humo la dudosa lumbre
ver, i esperar el plomo venidero.
Mal que tiene la muerte por extremo
no le deve temer un desdichado,
mas antes escogerle por partido.
La sombra sola del olvido temo,
porque es como no ser un olvidado,
i no hay mal que se iguale al no haber sido (163)

Pero, en general, falta la nota apasionada. Nada hay en sus versos amorios que pueda compararse con el lamento de Garcilaso por Elisa (164). No suele Lupercio poner su

(160) Duque de Villahermosa, *op. cit.*, 26.

(161) «Los Argensolas discurren siempre, y se proponen a la continua enseñar; pero discurren y enseñan de un modo poético. Hay en ellos una inspiración que rodemos llamar *reflexiva*; pero que es inspiración verdadera.» *Op. cit.*, 26.

(162) *Rimas*, 77.

(163) *Rimas*, 16.

(164) Las palabras más emocionadas escritas por cualquiera de los Argensola están en una carta (Viñaza, *Discurso*, Apéndice 190, carta 11) de Bartolomé a Llorente, al saber la muerte de su amigo, el Maestro Franco.

corazón al desnudo y lo conocemos no tanto por lo que escribió, cuanto por lo que hizo y pretendió.

Por otra parte, su estilo es personal. Eligió a Horacio por modelo porque encontró en el espíritu horaciano un perfecto vehículo para expresar su pensamiento y sus ideales —ideales que siempre son noblemente cristianos, nunca epicúreos—; y así su sátira es moderada como la de los sermones, pero el agente moderador no es una humorística indiferencia, sino una fe en la bondad del Universo y en el destino del hombre. Su lenguaje es en todo momento puro y directo, y las *Rimas* son, en este aspecto, un modelo de casi absoluta perfección (165). Es sobrio, conciso, de clásica corrección y su eficacia descansa más en la propiedad de los epítetos, que en el uso de figuras desusadas y otros artificios retóricos. Entre estos, el más frecuente es el chiasmo: *Tanto fué el miedo y la ambición fué tanta* (166). El símil —aunque usado con cautela—, es particularmente feliz en la comparación de la invasión de España por Tarik con las inundaciones del Nilo (167). El soneto, *Jamás salidos en el Mar de Oriente* (168), es enteramente alegórico.

Se encuentra con frecuencia la nota de humor seco, pero no menos auténtico, que templó la aspereza de la reprobación satírica. Fustiga la embriaguez y dice:

¡Qué cosa es ver al uno colorado,
que a cada paso los acentos yerra,
estar en las disputas porfiado:
i hacer varios discursos para guerra,
i gobernar mil flotas quien no ha visto
agua jamás, ni entonces ve la tierra! (169)

En otra ocasión, hablando de mulas haronas, exclama:

Dios guarde a los católicos christianos,
por su misericordia, deste tranze,
o les temple la cólera, i las manos. (170)

(165) Duque de Villahermosa, *op. cit.*, 28. Lupericio, que murió en Nápoles el 1613, apenas tuvo ocasión de ser afectado por el cambio de gusto que se inició hacia 1609.

(166) *Rimas*, 92.

(167) *Cuando en la sed del implacable estío*, *Rimas*, 87.

(168) *Rimas*, 25.

(169) *Rimas*, 39.

(170) *Ibid.*, 46.

Y juega ingeniosamente del vocablo:

Hay mula que es mejor ir con muleta. (*Rimas*, p. 45)

Si piensas que el ser Noble, i Cavallero,
consiste en más que Dones, i cavallos,
i en no tener escudos, Escudero. (*Rimas*, p. 74).

El defecto capital de los Argensola como satíricos es, sin duda, su prolijidad, que les impide dar en el blanco rápida y directamente. Pero no les faltó el don de la expresión enérgica a ninguno de los dos. Dice Lupercio de la *Marquesilla*:

I no digo con esto que eres vieja:
más téngote por ropa tan traída
que descubres la hilaza por la ceja (*Rimas*, p. 61).

Otro lunar es la repetición de algunas frases que hubieran sido suprimidas, probablemente, de haberse publicado las *Rimas* revisadas por el propio autor (171). Es bastante extraño que el verso *con las proas ferradas* aparezca dos veces en la misma canción (págs. 7 y 9 de las *Rimas*). Lupercio merece menos que su hermano la calificación de excesivamente grave en el tono.

Al terminar este estudio no encuentro motivos bastantes para modificar el juicio admitido sobre Lupercio y su hermano desde que Lope de Vega les llamó *los Horacios de España*. Fueron algo más que esto, como se ha visto, pero su carácter esencial está determinado en las palabras del *Monstruo de la naturaleza*. Si Fray Luis de León, los supera al adaptar a su lengua el espíritu de los *carmina*, el Horacio de los *sermones* no ha tenido mejores intérpretes en España y a los Argensola y al autor de la famosa *Epístola moral*, pertenece el honor de haber recreado, mejor que ningún otro español, la sátira genial del poeta de Venusa. Siempre han sido considerados con el mayor respeto por los escritores españoles, y causaron gran impresión entre sus contemporáneos. Llovieron *elogios* sobre ellos y sus versos se copiaron muchísimas veces en antologías manuscritas, que

(171) Está sobre los cuernos de la luna (*Rimas*, 129); Encima de los cuernos de la luna (*Ibid.*, 54); Porque estaba en los cuernos de la luna *Obras sueltas*, I, 174 (*Alejandra*). He recogido ejemplos de otras cinco frases.

se conservan en la Biblioteca Nacional. Bartolomé que sobrevivió a Lupercio casi veinte años y manifestó mayores dotes intelectuales, fué el fundador y «legislador» de la llamada escuela aragonesa dentro de la poesía de su época (172). Ninguno de los dos hermanos puede incluirse entre los poetas de primer orden, pero ocupan un lugar de honor entre los que siguen inmediatamente a los más grandes maestros.

(172) «Lo que en castellano se parece más a la *Poética* de Boileau son dos epístolas de Bartolomé Leonardo de Argensola (*Yo quiero, mi Fernando, obedecerte* y *Don Juan ya se me ha puesto en el cervello*), legislador severísimo de la escuela aragonesa, distinguida entre todas las escuelas peninsulares por la madurez y reposo del juicio, mucho más que por la brillantez ni por la lozanía.» Menéndez Pelayo, *Hist. de las ideas estéticas*, III, pags. 386-387.

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE
IMPRIMIR EN LOS TALLE-
RES TIPOGRÁFICOS DE
OCTAVIO Y FÉLEZ, EN
ZARAGOZA, EN EL MES
DE MAYO DEL AÑO 1945.
L A U S D E O

CORRIGE

DICE

- Pág. 15. línea 13-14. Leonardo
- » 16. » 12 ni siquiera
 - » 21. n (32). V. *supra* pág.
 - » 26. línea 12. represenado
 - » 46. n. (3). *una esperanza y O tú que*
 - » 47. n. (8) *engañoso y El coloquio*
 - » 71. n. (20). *a la ceusura*
 - » 73. línea 8. correponde
 - » 73. » 31. pertenció
 - » 81. » 2. actietud
 - » 97. » 17. ecribir
 - » 98. » 36. *Nuño*
 - » 99. » 27. Galvano
 - » 99. » 27. Osma
 - » 100. » 36. *Panegerico*
 - » 157. n. (16). *Riconete*
 - » 157. n (18). Foulché-Delbose
 - » 158. línea 9. presnten
 - » 163. » 28. Pedro de Espinosa
 - » 168. » 27. atran
 - » 183. n (135). Luperciyo

DIGA

- Bartolomé
- ningún
- V. *supra* pág. 15
- representado
- una esperanza y O tú que*
- engañoso y El coloquio*
- a la censura*
- corresponde
- perteneció
- actitud
- escribir
- Nuño,*
- Galvarro
- Osuna
- Panegírico*
- Rinconete*
- Foulché-Delbosc
- presenten,
- Pedro Espinosa
- atrás
- Lupercio



C. S. I. C.